

A sepia-toned photograph of a grand, classical building with a prominent dome and a portico supported by columns. The building is situated on a street corner. The text 'Julio Carpio Vintimilla' is overlaid in the upper right, 'NO HALLARÁS TU CAMINO' is centered across the middle, and 'Novela' is positioned below the title. A person is walking on the sidewalk in the lower right, and a traffic light is visible near the street corner.

Julio Carpio Vintimilla

NO HALLARÁS TU CAMINO

Novela

*Este libro es para María de las Mercedes Callado,
española y americana; quien sabe suficientemente de
extrañamientos y de soledades*

1

i

Julio Carpio Vintimilla

NO HALLARÁS TU CAMINO

Novela

-- Mami, ¿desde esta ventanilla del tren, se puede ver todo el mundo?
-- ¡Y, m'hija...! Aunque, esperate; talvez, si... Sí, sí... Yo creo que sí, m'hija.

Oído por casualidad, en un tren, hace años, al salir de Buenos Aires.

... la realidad no es verbal y puede ser incommunicable y atroz...

Jorge Luis Borges

“Voy a respirar mis últimos aires en España...” -- le había dicho Calancho, hace unos meses, a un colega suyo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de San Gregorio. Esto lo oí, cierto día, en una de esas conversaciones medio protocolares, que los profesores suelen tener antes de entrar a sus clases. (Pasatiempo que se explica un tanto por la pereza, un tanto por la costumbre más o menos admitida, y, otro tanto, por la simple necesidad de comunicación; ya que -- con sus generalmente abultados y dispersos horarios -- los docentes tienen poco tiempo y pocas ganas de hacer vida social en otra forma). Quien así hablaba, un profesor de Literatura, anotó, también, que nadie había sabido nada nuevo de Calancho, después de la fecha en que éste había partido; en la misma forma anónima, intrascendente y silenciosa que tuvo su estada de poco más de un cuarto de siglo en Cuenca. (La tranquila, provinciana y relativamente aislada ciudad andina del sur del Ecuador.) Unos decían -- continuó, aprovechando la curiosidad que se había creado -- que nuestro pedagogo había ido a recibir una muy buena herencia, dejada a él por un tío anciano que había fallecido hace poco en España; y, otros, que Calancho -- ciertamente envejecido y enfermo, aunque realmente no tan viejo por su edad -- había ya, en efecto, respirado sus últimos aires peninsulares y había entregado su solitaria y cansada alma al Creador; o quizá, más simplemente, sus disminuidos huesos a la Madre Naturaleza. (Sus creencias o incredulidades religiosas eran, explicablemente, desconocidas; excepto -- según cierto “sabedor social” y novelista destacado, a quien no citó por su nombre, pero que todos conocían -- alguna afición, un tanto vergonzante, por determinados ocultismos, al estilo de aquel de los Rosacruces...)

Bueno, previamente, yo había conocido algo al respecto. Unas semanas antes, había preguntado por él a otro profesor; éste, un conocido mío, filólogo, paisano de Calancho, colega nuestro también. (Aquí, -- en el mundillo intelectual y en el de la docencia de las letras y las ciencias sociales universitarias -- todos nos conocemos). Antonio Sánchez Defall, que así se llama el aludido, me había dicho:

-- Se ha ido. Tú sabes cómo era él ...Ha tomado su maleta (siempre viajaba -- me precisó -- con una sola y pequeña maleta de cuero) y se ha marchado. No se despidió de nadie. No sé qué habrá hecho con sus pocas cosas. ¿Las habrá vendido, las habrá regalado, las habrá echado por una ventana o las habrá dado a los vagabundos? Vaya el curioso a averiguarlo. Se fue durante las vacaciones. No sé siquiera si renunció a su cargo en la Universidad de San Gregorio. No creo que haya arreglado nada de su seguro social. O tal vez sí... En fin... Lo único que sé -- por Juana Beatriz Arenas, amiga o conocida de todos los españoles de Cuenca -- es que Calancho tomó un día un avión con destino a Guayaquil y adiós. Adiós...

En una ciudad mediana como Cuenca,-- que recién ha salido en realidad de su condición de pequeña -- se suele notar pronto las ausencias; hasta las de aquellos a quienes uno sólo conoce de vista. La memoria se encarga de ello; procediendo de una manera medio automática y medio misteriosa. Y así ocurrió conmigo, en este caso de Calancho. No lo encontré, durante un tiempo, en los lugares habituales; y, de pronto, un día, me percaté de su

falta. Ya no estaba, en las calles del centro, su figura de mediano tamaño; con sus ternos de color negro o marrón; (los dos únicos colores que alternaba en su vestimenta, invariablemente formal); su paradójico andar, entre pesado y ágil, de antiguo deportista; (había sido nadador y levantador de pesas); sus gruesos anteojos fotocromáticos y el infaltable diario del día en el bolsillo derecho de su saco. Y, de la observación, pasé a las preguntas; cuando el caso se prestaba para ello. (Como ocurrió con el colega mencionado antes; a quien tuve que visitar por un asunto de carácter personal; ajeno a las presentes preocupaciones, sí es que éstas realmente son tales...) . Se ve que la curiosidad motivadora ya me había picado; y, además, había deslizado, dentro de mi alma o mi cerebro, la sutil intuición de que me iba a encontrar con hechos inesperados, raros, especiales o significativos...

Unas cuantas semanas después, otra conversación casual, en las mismas circunstancias de la primera, confirmó, en cierta medida, mis expectativas. Un médico – que era profesor de Psicología en la dicha Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de San Gregorio – se refirió, con detalles adicionales, al caso de Calancho:

--El doctor Calancho - dijo - padeció, en sus últimos tiempos aquí, una profunda depresión. Lo estaba tratando nuestro colega el doctor Montoro. No le cobraba nada, por supuesto. Porque, bueno, ustedes ya saben, el pobre Calancho... El hecho es que él – que casi nunca iba a ver a los médicos – ya no pudo resolver sus problemas con los libros de autoayuda, ni con su fuerza de voluntad, ni con sus automedicaciones. Había empezado a beber. (Ustedes saben que antes no tomaba; hacía deporte, salía de excursiones...) Había adquirido, más bien a larga, tardíamente, la “buena” costumbre nacional. Y, en años recientes, había aumentado rápidamente la cantidad de los tragos. Por su estado anímico y, desde luego, por el mismo alcohol, comía muy mal. No tenía, al parecer, la energía suficiente ni el deseo de prepararse sus comidas. Los alumnos comentaban que se le percibía, con cierta frecuencia, el olor del aguardiente. Nunca vistió bien, pero se descuidó aún más. La depresión, ustedes saben, hace perder la autoestima. Una tragedia verdadera: la soledad, la pobreza, la enfermedad, los demonios interiores... El doctor Calancho pudo estar, en algunos momentos, al borde del suicidio. Finalmente, tomó una decisión buena o mala... Se fue a España.

Como podrá comprenderse, escuché todo, con bastante interés; sin perderme ningún detalle. Pero me guardé, cautamente, los comentarios y las preguntas. Si era necesario, ya me las arreglaría para averiguar algo más en el futuro... Reparé, también, en las conmisericordias -- y las preguntas, más o menos indiscretas o morbosas -- de los otros dialogantes. Al retirarme, fui pensando: ¡Ajá, con que así era el asunto! ¡Y esas falsas piedad, esas curiosidades bajas...! ¿Y, bueno, la mía será distinta? Estoy pensando, vaya, en mi curiosidad; porque piedad no siento, ahora al menos... En tal punto, mi preocupación por Calancho emergió de las honduras del subconsciente; y se instaló ya -- de manera firme y definitiva -- en los niveles más accesibles y racionales de mi cerebro. Y entrevisté, casi de inmediato, una tarea posible: Debo armar, de alguna manera, el rompecabezas que quizá haya sido la vida de Calancho. Y pronto tuve, al respecto, una sorpresa interior: Aunque yo creía conocer poco al pedagogo, los fragmentos – de situaciones, de ideas y de hechos – que la memoria me traía, iban aumentando, en forma paulatina y constante; hasta que, acumulados, llegaron a constituir un apreciable y más o menos coherente conjunto. Habría, entonces, que persistir con los recuerdos, con las referencias, con las deducciones... Sí... Trabajar con ello. Y -- ¡Eureka! -- , como soy un escritor medio espontáneo, medio inquisitivo y medio novelero, creí haberme encontrado con un buen tema de narrativa. Algo distinto. Quizás

pueda abandonar ahora la novela histórica; que es una cosa del pasado, en varios literales y metafóricos sentidos. En fin, ciertamente, persistí... Y aquí estoy, en este momento, poniendo en blanco y negro – para mi bien o mal, el de Calancho y el de otras terceras o cuartas personas – el resultado de este aleatorio ejercicio mental; que, debo decirlo, resultó ser, en lo mío personal, considerablemente catártico y algo doloroso. Me di cuenta, de este modo, de que ciertas muertes y ciertas ausencias – que parecen lejanas y ajenas en una primera aproximación -- nos golpean sorpresivamente y fuerte. Y nos siguen afectando, con sus implicaciones y consecuencias, durante largas temporadas. Queda hecha esta explicación genética, preliminar; y, talvez, necesaria. Talvez... Y, con quienes se animen acompañarme, sigo adelante.

Asimilada la información primera, el recuerdo de los solitarios que conocí, a lo largo de mi vida, se me vino a la mente. Me acordé de aquel cazador de tórtolas; que, con su escopeta y su morral, recorría – sobre todo en los claros y despejados días de los meses de las vacaciones estudiantiles-- los caminos, bordeados de eucaliptos, de las afueras orientales de la ciudad de Cuenca. Cuando pasaba por mi lado, me ignoraba en forma olímpica; como si realmente no me viera; como si yo,-- que ya era para entonces un niño bastante crecido – ni siquiera existiese; como sí el campesino y temeroso “buenos días, señor”, de mi saludo, no hubiera sido pronunciado. Me acordé, pues, de Bravo; – ese era su apellido, según decían - a quien nunca vi acompañado de nadie, ni conversando con nadie. Iba siempre solo; y llevaba siempre, colgada del hombro, una bolsa de lienzo,-- blanca quizá en su origen -- como ésas que usaban los escolares más pobres para llevar su pizarra, sus cuadernos y sus lápices. (Creo que los chicos de mi generación fueron los últimos que usaron una pizarra para sus tareas; las importaban de España y Portugal; yo la usé durante el primero y el segundo grado; después desapareció, y sólo la he vuelto a ver, como un inusitado adorno, en las paredes de algunas casas tradicionales.) Bravo realizaba, con cierta frecuencia, recorridos largos por las mencionadas afueras. ¿Qué hacía, aparte de esa caza muy menor? ¿De qué vivía? ¿Importa saberlo? ¿No son éstas viejas y pueblerinas preguntas; que, en todo caso, a las extemporáneas alturas de hoy, ya no pueden tener respuesta? Ciertamente... Y me acordé, también, de un judío rumano; – ojos muy azules, rostro muy tostado; vestido siempre con un añoso y casi sucio terno de casimir; cojo, se ayudaba, para caminar, con un bastón oscuro -- que vendía camisetas baratas en una plaza cercana al Mercado de San Francisco. (Uno de esos sucios y repugnantes mercados del centro de la ciudad.) En ese lugar, -- con sólo una silla pequeña, para sentarse; otra más grande, para exhibir su escasa mercadería; y un paraguas, para cubrirse – el viejo extranjero pasaba sus pobres y tristes días... Una tarde lo encontré – en la orilla del reservorio de la pequeña central hidroeléctrica de Cuenca – tratando de atrapar, con su bastón, un maletín de cuero; que, no sé cómo, se le había caído al agua; y empezaba a alejarse llevado por la lenta corriente del canal de ingreso. Yo – que, con unos primos, me preparaba para nadar allí – me tiré al agua y se lo alcancé. Me agradeció; sacó unas cosas del rescatado objeto y las puso a secar sobre la hierba; y, a continuación, contestó, de buena manera, a mis tres o cuatro curiosas y directas preguntas de muchacho. Como haría Calancho mucho tiempo después, el rumano desapareció de Cuenca; yo lo noté; y supuse que se habría muerto o habría regresado a su país. Pero, años después, lo vi en Quito; caminando cerca del Mercado Ipiales. (Yo hacía en la capital, por entonces, mi servicio militar.) El hombre soportaba, mucho más penosamente ya, su vejez y su pobreza. (Hay, también, judíos pobres y, hasta, miserables. Claro, sí señor, por supuesto. Lo de los judíos ricos y poderosos es nada más que un estereotipo usual; tan inexacto como cualquiera otro de su clase.) Simplemente, lo vi pasar e irse... Para siempre... Y aquel sombrío profesor ruso de la Facultad de Química: el doctor Nicolás Demidof. (Yo estudié Química un par de

años, antes de decidirme por la Filosofía y lo demás.) Era un hombre grandón y muy viejo. Tendría unos setenta años, cuando nosotros, sus estudiantes, teníamos veinte. Había salido de Rusia, para establecerse en Francia, cuando se produjo la Revolución Bolchevique. Andaba por el centro de Cuenca, lentamente, sólo, como ensimismado. Llevaba siempre un gran sombrero de paño, con las alas bajadas. Daba las cátedras de Física II y Electricidad Industrial. Decían que era una eminencia internacional en ciertas restringidas especializaciones suyas. (Que nosotros nunca supimos cuáles eran.) Llegaba a clase, ponía su sombrero sobre el escritorio, decía “Buenos días, señores estudiantes” y se ponía, de inmediato, a plantear un problema en el pizarrón. Luego, lo iba resolviendo; mientras hablaba con una voz bajita, pero en un español bastante claro. (Que nos recordaba, a nosotros, a esos curiosos locutores de Radio Moscú; los que relataban las hazañas de la perra Laika y de Yuri Gagarin.) Un día, -- se dijo -- el científico desapareció de Cuenca entre gallos y medianoche. Sin dar aviso, ni nada... Y -- por coincidencia, en los mismos días de mi servicio militar -- lo encontré, por la mañana temprano, en la Plaza de la Independencia de Quito. Cruzaba de la Catedral hacia el Palacio Arzobispal. Vestía un abrigo y llevaba el mismo sombrero. La misma soledad, los mismos pasos lentos, la misma actitud perdida... No lo vi nunca más, por supuesto... Y ese caballero, Don Alfonso Ambulodi Villar; -- alto, delgado, de luto completo -- que, durante años, iba, todos los días, salvo los domingos, con un ramo de flores, camino del cementerio; para visitar la tumba de su esposa. ¿La habrá querido mucho? Casi seguro... Quizá sea verdad que un gran amor -- o, más modesta y menos románticamente, una buena compañía -- son irremplazables. Y, claro, con mayor razón, hacia el final de la vida. (Cuando la gente está cansada, gastada, desengañada, abatida; cuando poco se puede dar ya en varios sentidos; cuando, hasta, recibir -- por lo dado antes -- se hace difícil; cuando es difícil, igualmente, flexibilizarse, readaptarse... En fin...) Las habladoras locales decían que Don Alfonso fue feliz, en su matrimonio, porque no tuvo suegra; y porque, además, su esposa no podía ser “la enemiga que duerme contigo”. Vaya, vaya, me explico: Don Alfonso se había casado con una prima hermana suya; y, por lo tanto, su suegra era su tía, y lo quería mucho; y, por su parte, una prima amada no podía ser la enemiga de casa adentro; y menos, ciertamente, entre gente distinguida... De paso, eran otros tiempos; y, en las más menos recónditas ciudades serranas, no se veía mal aquellos familiares y, desde el punto de vista de la descendencia, peligrosos enlaces. (Había retrasados mentales y tarados en un buen número de familias). Y, además, la gente era sencilla: “Ese señor debe estar muy dolido...” -- decían los vecinos. El psicoanálisis -- que a todos puede volvernos sospechosos y horribles -- no se había instalado aún en los Andes ecuatoriales. Y, por eso, a nadie se le ocurría endilgarle al reservado y sobrio Don Alfonso alguna extraña manía necrófila. Y me acordé, por fin, de nuestro vecino Miguel Ángel Ruiz: solterón, avaro, casi inabordable. Sólo le interesaban los árboles frutales, los periódicos viejos, las guerras lejanas y el comunismo de Rusia. “Bien hecho, carajo; -- comentaba reiteradamente, cuando se hablaba del último tema -- allá, en la Rusia (decía la Rusia), les han cortado la cabeza a los gamonales...” Así hablaba. Pero yo había oído decir, una vez, a otro vecino, envidioso, que el mismo Ruiz era un gamonal; y que tenía mucho dinero en los bancos; y que -- lo afirmó con mucha seguridad -- poseía también oro lavado en el Oriente; que ocultaba, enterrándolo, en sus propiedades. ¿Y qué tiene que ver este recuento, más bien triste, con Calancho? Bueno..., sin él, tal vez nunca habría sido hecho; y el pedagogo viene, con toda razón y pertinencia, a integrar la lista. Bienvenido.

Y, luego, entrando ya en la cuestión, los datos de Calancho. Francisco Marcial Calancho y Pérez -- con esa i griega, añadida y supuestamente añadidora; al estilo del entonces todavía muy notorio y prestigioso filósofo Ortega y Gasset -- había nacido probablemente en Ciudad Real, Castilla La Nueva, España, en la segunda mitad de la década de los veinte. ¿Interesa el

dato cronológico exacto? Creo que no. No agregaría nada; a menos, claro, que uno crea en aquello, popular e ingenuo, de los signos del zodiaco. Sólo habría servido para recordar su cumpleaños; que los españoles celebran. (Desde cuando -- por la arrasadora influencia norteamericana -- dejaron de celebrar su tradicional santo; el día del onomástico, que decimos en el Ecuador; la onomástica, así, en femenino, como dicen ellos, hoy, en el caso excepcional del Rey.) A propósito, ¿le habrá escrito alguien al pedagogo, en el día de su cumpleaños; para decirle que lo quería, que lo recordaba? ¿Quién o quiénes? Escribirle; ya que no se lo podía llamar por teléfono; porque no lo tenía. Bueno, -- por lo dicho antes y, también, porque no estoy escribiendo una biografía -- me siento exonerado de consultar, en la Universidad Austral o en la de San Gregorio, o en las dos, las fichas personales del profesor Calancho; que deben o debieran existir. De otro modo: Quiero decir que, en este asunto de la edad referencial y apreciable, a una persona cualquiera le basta con ver y saber que su prójimo es un niño, un joven, un hombre maduro o un viejo. Nada más. Así, todos quedan, fácil y automáticamente, clasificados y metidos en el estrecho tiempo de la pequeña comunidad; en el tiempo presente, corriente y uniente de la parroquia nuestra. (El único tiempo que, en forma cierta y real, importa y significa.) Por lo tanto, basta con decir que -- cuando llegó a Cuenca -- Calancho era un adulto joven. (Aparentaba, en realidad, menos años que los que tenía.) Y que, cuando se fue, era ya un viejo. (Aparentaba, entonces, más que los que tenía.) Y esto sí es muy significativo. Completamente significativo. Equivale a dejar la plenitud de la vida en tierra extraña; como suele decirse. (Aunque una canción -- que cantaba Lolita Torres -- decía que una tierra hermana, americana, no es una tierra extraña. Y, también, un argentino de la Patagonia, que conocí una vez, me dijo que, en España, los latinoamericanos somos solamente medio extranjeros... ¡Ah, caray! ¿Y los sudacas y los "gallegos" se sentirán sólo medio extranjeros, cuando la gente, de las supuestas tierras hermanas, los ve desde muy arriba; los discrimina un poco o un mucho; los desprecia; o los hace objeto de un sinfín de cuentos de tontos?) Bueno, ya se acabó este asunto temporal; la temporalidad personal y local. Todo se acaba o debe acabarse. Y es mejor que así sea... (Porque supongo que la eternidad debe ser supremamente, absurdamente, larga y aburrida. Un diabólico suplicio... Y pensar que Dios está condenado a ella. ¡Qué no puede salir de ella!)

Sigo. Con unas palabras sobre el origen, los estudios y la llegada de Calancho. Se debe señalar que éste -- y tomo aquí los dichos del periodista Malaval -- era, para todos los efectos imaginables, un auténtico y legítimo manchego; tal como el bueno y muy famoso señor Don Quijote; y el no menos bueno, aunque sí bastante menos famoso, queso de cabra. En cuanto a su preparación universitaria, había estudiado -- hay que enumerar solamente los logros significativos, conforme se recomienda en algunas hojas de vida -- primero, Filosofía y Letras en Madrid; y, luego, Pedagogía, en La Sorbona de París. (En esta capital europea, había obtenido el doctorado que, más o menos manifiestamente, era su único orgullo.) Vino a Cuenca, en el año 1966, contratado por la Universidad Austral; para dictar las Cátedras de Pedagogía y Didáctica. (Yo no las dicto; yo las explico... -- le oí decir, alguna vez; en obvia alusión a los conocidos y morosos "dictadores" de otras materias.) Se lo consideró, en su momento, un profesor muy importante y necesario. El mismo rector de aquel entonces -- Gabriel Casales del Pozo -- se había interesado en su contratación. Por orden suya, el secretario general de la universidad fue a recibir a Calancho en el aeropuerto; y lo condujo -- en el lujoso automóvil Mercedes Benz del rectorado -- hasta uno de los hoteles del centro de la ciudad. (Atención especial, que Calancho, agradecido, recordó, años más tarde, en uno de sus artículos de EL HERALDO).

La llegada de Calancho despertó la curiosidad y las expectativas del novelero mundillo intelectual de la Facultad de Filosofía y Letras. (Así solía ocurrir en las pequeñas universidades ecuatorianas, antes de la oleada masificadora y revolucionaria; que empezó con el libre ingreso estudiantil de 1969. Diversos hechos culturales o culturosos -- un nuevo profesor, un conferenciante destacado, un cursillo de moda, la publicación de un libro -- agitaban el ambiente; que, sólo en apariencia, era quieto y adormilado; y, en el verdadero fondo, bastante inquieto, despierto y receptivo.) A los estudiantes, nos llegó la versión -- que no sé dónde se había originado -- de que el nuevo catedrático era realmente una eminencia; una más del conjunto de estrellas académicas peninsulares, que el emprendedor e ilustrado rector Casales había traído. Para formar -- así, más o menos, continuaba la retórica del día -- verdaderos filósofos, verdaderos historiadores, verdaderos lingüistas y otros verdaderos más; que, andando el tiempo y ojalá pronto, reemplazarían a los actuales (actuales de aquel entonces) pedantes, intelectualoides, poetastros y maestrillos; quienes se hacían pasar por los dichos primeros y verdaderos. Y que, de hecho, sólo practicaban, literalmente, sus aficiones, en los ratos perdidos o hallados; o, más bien, robados a su específica actividad profesional de leguleyos o pleiteadores; no, de ningún modo, abogados verdaderos... Estos diablillos, -- se los satanizaba, en buena medida -- astuta e irresponsablemente, deterioraban y arruinaban el edificio de la inicial, pero ya respetable cultura de la ateniense ciudad del Sur; edificio que los cuencanos mejores habían logrado construir en apenas poco más de un siglo. (Con tantos esfuerzos y tantas dificultades...) Es necesario anotar, aquí, que, explicablemente, fuera de la universidad y aun dentro de ella misma, los mal aludidos diletantes -- prescindidos, denostados, despreciados y perjudicados -- empezaban ya a manifestar su irritación por el enojoso y un tanto postizo culpamiento. (No era, desde luego, necesario enzarzarse en una desatinada pelea con los juristas y los normalistas.) Habría bastado con hacer, positiva y resueltamente, la tarea propia... Y, un poco más tarde, los culpados -- ya bastante molestos -- comenzaron a presentar cierta directa resistencia a los insistentes y extranjerizantes entusiasmos académicos de Casales. Se podrá, pues, comprender que, en esta situación, algo artificiosa y confrontativa, se esperaba mucho de Calancho; quizás demasiado... El pedagogo debía demostrar que era netamente superior a todos los maestrillos... (Y esas esperanzas desmesuradas pueden ser muy contraproducentes...) Se hablaba de Calancho como una personalidad que haría escuela; el hombre que guiaría -- con la competencia debida y en la forma adecuada, se enfatizaba -- a los estudiantes, próximos a graduarse, por una ancha y larga ruta docente; la ruta que la nueva, y ya vigorosa facultad, había considerado necesario abrir... Etcétera. Un etcétera más liviano y abundoso que sustancial. Bueno, la pandorina esperanza... ¿O la esperanza buena de los fundadores, de los creadores, de los visionarios...? (La esperanza nunca es vana... -- afirmó, caprichosamente, Borges. / La mayor parte de las esperanzas son nada más que grandes burbujas de jabón. -- dijo, más prosaica y juiciosamente, Marcelo Torres De La Colina, ensayista chileno; refutando, en algún momento, y como de pasada nomás, al gran maestro porteño...)

Ese era el ambiente en la facultad, cuando, -- como con frecuencia ocurría -- me encontré, en el trayecto a la universidad, con mi profesor y amigo, el doctor Francisco Estarellas Castrillón. Un personaje... Lo había conocido, -- hacía unos tres años por entonces, -- al cursar con él Lengua Inglesa, en los primeros semestres de mi carrera. Estarellas era abogado; pero no de la clase de aquellos antes mencionados... (Por equivocación; no por vocación -- como solía decir. Se reía de sus colegas; y, ciertamente, los ridiculizaba; pero no los despreciaba, ni los satanizaba.) Había seguido, Estarellas, durante unos cuatro años, cierto número de cursos de Inglés y Literatura Inglesa en dos universidades neoyorquinas. (La de Columbia y la de New York; si mi memoria me es fiel.) Y esta

experiencia -- agregada a su mentalidad naturalmente abierta y crítica, a su ideología política liberal teñida de cierto escepticismo, a su gran curiosidad, y a su capacidad de comunicación que iba más allá de la sola sociabilidad -- le había dado, relativamente pronto, una buena visión de la intelectualidad, de la vida y del mundo. Había practicado algo de deporte: natación, box. (“... el box me dejó esta nariz un poco torcida y aplastada; y me enseñó, sobre los conflictos humanos, más que la famosa teoría de la lucha de clases...” -- me dijo una vez). Le gustaba el teatro, la lingüística, el humorismo, la música culta, el ensayo, la política internacional; la conversación inteligente, la bohemia literaria... Bebía mucho... Le gustaba caminar. (“... no quiero andar en cuatro, enjaulado y endeudado; como tantos catedráticos principiantes...” -- me dijo, otra vez. No lo dudo. Aunque tampoco dudo de que, con sus rones dobles, habría sido un conductor muy peligroso. Siendo así, yo sospecho que, entre beber y conducir, prefirió beber...) Cuando llovía, -- hecho meteorológico frecuente en Cuenca -- iba a la universidad en un taxi. Debía tener, por entonces, unos cuarenta años; cuando falleció, tendría unos cincuenta. Bueno, al cabo, -- tras las caminatas, las conversaciones, los ocasionales tragos y las afinidades que fueron apareciendo -- nos habíamos hecho bastante amigos. Aquellas charlas... Están entre los mejores recuerdos de mis años universitarios... Ese día, el tema de la conversación surgió presto, natural e inevitable: Francisco Marcial Calancho.

--Hola, Viñeros. ¿Así que llegó el maestro de maestros? -- dijo, de inmediato, Estarellas.

--Sí, doctor Estarellas. Esta mañana vino el rector, en persona, para presentárnoslo. Pedagogía I tiene unos cuarenta estudiantes; los de las tres nuevas especialidades y unos pocos egresados de otras carreras universitarias. Mañana será la clase de inauguración de la cátedra.

-- Ahhh... ¿Entonces no debutó aún?

--No. Solamente se nos permitió ver en cuerpo y alma a la nueva estrella.

--¡No exageres, Viñeros! El alma del gallego no ha llegado todavía. (Usó el término popular con el cual los argentinos designan a los españoles; esa era su costumbre). El cuerpo llega primero, porque viene en avión. El alma viene después, porque, como siempre, está muy fijada a su querencia; y se resiste a salir; y, cuando sale, camina lenta y desgadamente. A paso de camello; como dicen que dicen los árabes... Y, en estos Andes encantados, el alma de los gallegos debe andar en mula; como el alma de todos, nativos y forasteros. No hay excepciones, ni privilegios... Aunque el apurado de Casales -- que deseará, naturalmente, que Calancho esté lo más pronto completo e íntegro -- le pida la excepción, de rodillas, a La Pilarica o a la Virgen de Covadonga. No lo conseguiría. Esas prisas... Bueno, con la debida paciencia, el presente desdoblamiento también se terminará; y, sin duda, vendrá la unificación que corresponde. A otra cosa... ¿Y qué te parece tan extraordinaria compra del pase? (Usó, aquí, la conocida expresión de las transferencias de jugadores, en el ámbito del fútbol).

--Bueno... La otra opción - muy regular o hasta medio mala - era, quizá, darle el trabajo a uno de los ya tristemente famosos “maestrillos” normalistas. Un “paquete” más; para usar otra expresión futbolera... Es decir, un mediocre, un improvisado. En buena hora, no ocurrió... He oído de alguien - el rector de un colegio secundario, por jubilarse; de acuerdo a lo que suena - que pretendía “coronar su carrera con la cátedra universitaria”... Este señor, para tal objeto, ha usado bien o mal sus influencias.

-- Conozco ese chisme, Viñeros. Sí; con el nombre completo del interesado; la lista de amigos; e, incluso, la forma astuta y tortuosa de los tejemanajes.

--¡Ese modo ingenuo y amiguista de considerar las cátedras de la universidad! El señor Aguirre hizo la maniobra; y se le desairó; y se le humilló. ¡Nada de coronaciones...! Que se matricule en el primer año de la Facultad de Filosofía y Letras, si quiere venir acá. Eso es lo que corresponde... Que aprenda algo, aunque sea tarde... Eso, más o menos, ha dicho Casales; como siempre olímpicamente...

-- Ya ves. Lo que ocurre... Cuando, entre el palanqueo y la realización, en el medio, está nada menos que el gran rector y líder académico nacional...

-- Así es.

-- Pero el asunto se ha planteado mal, Viñeros. Lo fundamental - lo que no se ve ahora - es que entre el uno, español, y los otros, criollos, no habrá mucha diferencia. Y - más en el fondo, todavía - no creo que esto sea cuestión de personas. Es, sobre todo, una cuestión de contenidos; para usar un término que viene, aquí, como anillo al dedo.

--¿Cómo es eso, doctor Estarellas?

-- Mira Viñeros, la Pedagogía es una ciencia – y pon la palabrita entre comillas – gris, un poco insulsa y prescindible. Yo recibí un par de cursos de Pedagogía de Idiomas en Nueva York. Nada de especial. Y sí, en cambio, mucho que está, peligrosamente, cerca del lugar común, de lo obvio y de lo intrascendente. Y - fíjate bien - mis profesores gringos no eran “maestrillos”. Eran, realmente, buenos profesionales. Pero, con la Pedagogía, creo que nadie puede ser brillante... Y ten también en cuenta, por otra parte, que los maestros de nuestros “maestrillos” fueron los buenos pedagogos alemanes de la Misión Educativa Rockenfuss; discípulos, a su vez, de ciertos famosos pedagogos y pensadores de la misma nacionalidad.

-- Sí, claro; la misión que pidió el Presidente Ayora.

-- Esa. Tú sabes que vinieron, más o menos al mismo tiempo, dos misiones. La una, la Misión Educativa Alemana, fue traída para modernizar la educación. La otra, la Misión Militar Italiana, fue traída para modernizar el ejército. Se decía -- recuerdo lo que oía conversar a los mayores cuando era niño -- que los ecuatorianos siempre hacemos las cosas al revés; que lo correcto habría sido traer una misión alemana para modernizar el ejército y una misión italiana para modernizar la educación. Yo no sé... Pensándolo bien, yo creo que los italianos sólo son buenos para cantar y fabricar fideos; y que, en las guerras, corren... Talvez, lo mejor habría sido traer dos misiones alemanas para las dos cosas. Los alemanes también tienen sus fallas y sus ingenuidades; pero son siempre trabajadores y responsables. Y el ejemplo enseña. Y eso era lo que necesitábamos; y sigue siendo lo que necesitamos...

-- Interesante, doctor Estarellas. Pero acuérdesese que los alemanes han perdido dos grandes guerras; porque, aparentemente, son formidables luchadores, pero malos estrategas. ¿Usted ha oído eso de que ganan todas las batallas menos la última? Y, bueno, también se dice que los italianos, al contrario, pierden todas las batallas menos la última... Quizá el Presidente Ayora era más listo de lo que creemos. Y él mismo estudió en Alemania...

-- Según lo que tú dices, Viñeros, los italianos serían sólo regulares luchadores, pero excelentes estrategas. Mejor: gentes formidablemente oportunas. No digo oportunistas... Los estimo. No tomes muy literalmente aquello del canto y los fideos... Deja siempre un lugarcito para el humor... Y, desde luego, claro, soldado que huye, lucha en otra batalla o en otra guerra. Ganas, Viñeros. Pero, por este camino de las guerras ganadas, vamos a terminar encumbrando a los rusos... Y - como hacen algunos de mis amigos comunistas - recitando la Canción a Estalingrado de Pablo Neruda. Y yo no quiero eso... No quiero extraviarme. Volvamos, mejor, a lo de Calancho. ¿Te parece bien?

-- De acuerdo, doctor Estarellas.

-- Bueno, entonces, permíteme que retome el hilo de la conversación. Los alemanes de marras bien podrían haber sido mejores que Calancho. A eso quería llegar. Y sí sólo consiguieron formar maestrillos, por algo será... La clave del asunto de la buena enseñanza, Viñeros, está, realmente, en saber bien algo. Quien así lo sabe, sabrá - si se lo propone - enseñarlo. Y, al revés, quien sabe mal o flojamente algo, no logrará enseñarlo; por más que estudie toda la Pedagogía de este mundo y sus proximidades. ¿Qué opinas tú, Viñeros, sobre esto?

-- No tengo aún ideas claras sobre el asunto, doctor Estarellas. Aunque sospecho que alguna razón tiene usted. Por otra parte, no quiero empezar a estudiar una materia nueva con ideas preconcebidas.

-- Muestras tino y prudencia, Viñeros. Y quizás algo de astucia... Ya lo veré más adelante. Ya lo comprobaré... Y, por supuesto, no quiero meterte prejuicios en la cabeza... Tendrás tiempo de ir conociendo, constatando, verificando y apreciando esos contenidos: historia de la enseñanza, teorías del aprendizaje, la enseñanza y la sociedad, la sicomotricidad del niño, la mejor forma de enseñar las tablas de la Aritmética y los accidentes costaneros de la Geografía, los métodos inductivo y deductivo y toda la restante temática; "temática", con las imprescindibles comillas...Cosas chicas...Casi pavaditas...

-- Caray... ¡Qué definitivo!

--¿No lo crees? Bueno, cosa tuya, Viñeros... Y, ¿a la final qué? Pues, que los nuevos maestros se olvidan muy pronto de las lecciones de la Pedagogía; y siguen enseñando todo en la misma forma rutinaria en que lo hicieron sus predecesores. La Pedagogía les entró por la una oreja; y les salió por las dos... Y que los alumnos, - también como siempre, - aprenden a pesar de sus profesores. Y no quiero decir que no haya profesores que enseñan bien. Claro que los hay.

--Claro...

--Si tienes la suerte de encontrarte con uno de ellos, aprenderás en forma fácil, adecuadamente y hasta con deleite. Y, si no, aprenderás también; pero de una manera autodidáctica. Porque el autodidactismo es la maravillosa facultad que tienen los niños, y los jóvenes, para aprender con los malos maestros; y, hasta, sin maestros...

-- Malos augurios para Calancho, doctor Estarellas...

-- No... Todas las posibilidades están abiertas aún... Calancho podría ser competente, dedicado, buen comunicador; capaz de despertar inquietudes, vocaciones, entusiasmos por ciertas tareas; en fin... Lo que probablemente no será es muy interesante; y, menos, brillante. Y eso por lo que ya te dije: nadie es capaz de convertir el aserrín en oro. Y tampoco será un sabio; porque aún es joven; y la sabiduría, a diferencia de las muchachas, suele preferir a los viejitos.

--Insisto de otro modo, doctor Estarellas. Si usted tiene razón, Calancho ingresa con ciertas desventajas...

-- No, necesariamente... Es un importado respetable. Y echará su lata con bastante solemnidad gallega; y como sí, al hablar, estuviera, simultáneamente, masticando unas cuatro onzas de clavos de zapatero. Y esto, en nuestros remotos Andes, gusta e impresiona... Y, además - y muy importante hoy en día en nuestra universidad - Calancho es uno de los auspiciados de Casales...

--De Casales, El Fundador.

-- Sí, ha fundado. Y, de paso, ha satisfecho su profundo filomatritrismo. ¿Oíste bien, Viñeros, el neologismo hiperculto que acabo de inventar?

--Sí. Y, por lo que conozco, se ha inspirado usted en el mismo doctor Casales; creador de unas decenas de neologismos sorprendentes...

-- Mejor, peregrinos... A ver, Viñeros, ¿te acuerdas de algunos de ellos?

-- Ahí van unos cuantos: caneleros, amazonautas, camelomóviles, protourbanistas, magniprecusores, multifrontes, pluridonados, equipanópticos; condóricamente...

-- Muy bien, Viñeros. Y- tienes razón otra vez - yo acabo de colarme en esa línea. Ya lo ves: la inescapable influencia de los grandes...

--Usted lo ha dicho...

--Pero volvamos al grano. Déjate de diplomacias; y opina algo acerca de estos puntos de vista; aunque sólo sea algo provisorio y más o menos intuitivo. Ahí está lo más importante de nuestra conversación de hoy.

-- Bueno, también la Economía sería prescindible, doctor Estarellas. Anda sola, sin necesidad de los economistas, ni de las teorías económicas; y, a veces, justamente, en contra de ellos y de ellas. Pero no se podría deducir, de esto, que los esfuerzos de los economistas sean siempre, y en último término, totalmente inútiles.

--Te escabulliste, Viñeros... Pero voy a seguirte por tu atajo. No, hombre... Totalmente inútiles, no. Pero sí, ineficaces; y un poco dignos de lástima. Y prescindibles, por supuesto. Así que me ratifico: sigo creyendo que los pedagogos - y ahora también que los economistas - son prescindibles. Y voy a añadir algo más. La Tierra daba sus vueltas muy bien, y muy puntualmente, antes de que hubiera geógrafos..

-- El diseño inteligente, La Creación... El Gran Todo; bien y fríamente calculado...

-- Lo que sea, hombre... Y, claro, los geógrafos y los astrónomos mostraron talento e imaginación al descubrir esos movimientos. Pero fallaron profesionalmente en otro aspecto...

-- ¿En qué, doctor Estarellas?

-- En cuanto a difundir sus conocimientos... En ello, han fracasado rotundamente. Hasta el mismo día de hoy, la mayor parte de los humanos no entiende bien eso de los movimientos de la Tierra y los cambios de las estaciones.

-- Cierto, doctor Estarellas... Pero, el conocimiento - ya sea puro, aplicado, aplicable, transmisible o, también, más o menos críptico y exclusivo - ha hecho avanzar al hombre; le ha dado posibilidades de actuar sobre su ambiente, de controlar su vida....

-- Viñeros, mientras el hombre no sea Dios, no sabrá controlar su vida. Esa ecuación de conocimiento y poder es un espejismo. Nada más... ¿Crees tú que los geógrafos, o todos los humanos, podrían evitar una futura glaciación? Unos cuantos grados menos de temperatura, y el Señor Director del Infierno tendrá todo su espacio copado: 2.500 millones de refugiados; media humanidad remitida al Horno... La gente que llegó del frío... Título de la película: Del Ártico al Infierno.

--Yo no hablaba de poderes semejantes, doctor Estarellas; de poderes tan extraordinarios, tan sobrehumanos...

--Esos son los únicos que verdaderamente importan, Viñeros. Los demás - como decía el Che Rosas, un entrenador de fútbol que conocí - son verduritas.

Pude haber argumentado un poco más: algo sobre la justa medida, la moderación, el avance lento y gradual de la humanidad... Pero habría sido un poco como batirse en retirada. Me callé y sonreí. Los pequeños ojos azules, vivaces e inteligentes, de Estarellas, brillaron detrás de sus lentes claros. Pensó, supongo, que debía consolidar su victoria; y, también, sorprenderme.

-- Insisto un poco más en esto, Viñeros. Hay otros profesionales a los que les va peor. Los historiadores, por ejemplo, esperan que los acontecimientos ocurran; y, en ese momento sí, con elegancia, los explican. Es como si los médicos esperaran a hacer la autopsia para saber de qué murió el paciente... ¿Me comprendes?

-- Sí...

-- Y tus ilustres maestros gallegos de Filosofía son probadamente incapaces de crear valores. Y así por el estilo... Sólo el conocimiento del inglés es imprescindible, Viñeros. El inglés es el latín del siglo XX; el único esperanto factible. Sin el inglés, la cultura de nuestro mundo actual no se habría construido. Esta idea, por supuesto, no le entrará en la cabeza a Casales; porque él vive y perdura en el castillo medieval del español; idioma que, por buenas e históricas razones, se llama también, justamente, castellano; el idioma de los viejos castillos... Quiero decir, en consecuencia, Viñeros, que los profesores de inglés sí son, por ahora, imprescindibles. En el principio, fue El Verbo... Y El Verbo - el logos todopoderoso

de hoy - es el inglés Y rebátame, si puedes, Viñeros. Tienes plazo para hacerlo hasta mañana por la tarde. Sé aplicado con la tarea. Y, pasando a otra cosa, tomémonos un trago, Viñeros. No te preocupes por el tiempo... A las cinco y cinco minutos, estaremos en la sapiente Alma Mater.

Entramos en una cantina que se llamaba El Gato Negro. El dueño del descuidado local saludó atentamente Estarellas; quien -- por lo que ví y oí -- era un cliente asiduo.

-- ¿Qué le sirvo, doctor Paquito?

-- Dos rones dobles, Angumba; con una tajadita de limón serrano. Sin exprimirla, ¡ eh ¡ Déjala caer simplemente, antes de poner el hielo.

-- Muy bien, doctor Paquito.

-- Esta cantina se llama El Gato Negro; como un cuento de Edgar Allan Poe - dije yo.

-- Sí, pero no tiene nada que ver con eso. Este Angumba no sabe ni quién es hoy el Presidente de la República - dijo Estarellas. Y siguió: Lo que pasa es, que, cuando puso el negocio, tenía un gato negro, grande; su mascota adorada. A él, se debe el nombre. Unos años después, el gato murió arrollado por un automóvil. ¿Qué automóvil crees que era? Bueno, nada menos que el Cadillac del gobernador de la provincia. Después de practicar el gaticidio, el conductor detuvo el automóvil cerca de la esquina. Y Angumba, enfurecido, salió con un garrote; y empezó a dar golpes en la carrocería del vehículo. Lo tomaron preso, por supuesto. Y tuvo que pagar las reparaciones del costoso carrito oficial. Por las erogaciones forzadas, casi quiebra esta honorable empresa...

-- Males que vienen juntos...

-- Sí. Los males vienen siempre acompañados... Pero, bueno, empecé refiriéndome a la ignorancia enciclopédica de Angumba. Y, te diré, a propósito, que, a mí, la tal condición me produce un cierto respeto. Ese defecto nace de una auténtica bienaventuranza. Angumba vive en Cuenca, naturalmente; pero, de alguna forma inefable, se biloca a su deseo y placer; y se traslada al Paraíso Terrenal o al Cielo. Él mismo lo dice. Con una seguridad completa... Y, en esos lugares, como tú sabes, no hay necesidad de aprender nada. ¿Qué necesitan saber los adanes o los bienaventurados?

-- Supongo que nada. Claro... Si todo está en el primer inicio; o en la permanencia inmutable...

--¿Sabes cuál es la clave del asunto?

-- ¿Cuál?

-- Angumba, por su ignorancia, es un excepcional hombre feliz... No ha cometido el pecado de Borges... Ser infeliz... En realidad, no puede cometerlo.

-- ¿Así que, para Angumba, la ignorancia no es una limitación? Más bien todo lo contrario...

-- Por supuesto. El conocimiento es para los infelices; para los desventurados; como ese gran autor de los laberintos y las bibliotecas; y, más modestamente, como tú y yo, Viñeros...No, para él...

-- Vaya, vaya... Mal estamos los dos...

-- ¡Qué sé yo...! Y Angumba es inmodificable e incorregible; como el mismo Borges decía que son los peronistas... Unas veinte veces le he enseñado a preparar los cubalibres. Pero, él no aprende ni siquiera el nombre del brebaje; y, menos aún, los pasos correctos de la simplísima receta. El sabe preparar bien solamente los viejos canelazos... Como nuestras abuelas.

-- ¿Y qué pasará cuando Angumba se muera, doctor Estarellas? Si ya, a medias, está en el Cielo.

-- Buena pregunta, Viñeros. Pero no creas que no hay respuesta; o que ésta sea complicada. Se producirá la unificación definitiva, en el Cielo, de los dos cuerpos y las dos almas de Angumba. El Angumba unificado y localizado espacialmente para siempre... Eso espera él. Igual, con la misma inmovible seguridad. Sí... Eso. De la misma manera - pero en este caso sólo terrenal - que el cuerpo y el alma de Calancho se reunirán pronto, aquí; a las orillas del río Tomebamba.

Tomábamos, despacio, el trago largo. Yo pedí un sánduche. (No hay que tomar sin comer...) Estarellas no lo quiso. Se calló un minuto, como pensando; y, luego, retornó al tema previo.

--Por ese camino de la Pedagogía, Viñeros, nuestra Facultad de Filosofía y Letras llegará a convertirse en una universidad dentro de otra; una muñeca rusa de las interiores... Quiero decirte que la que es, en apariencia, prometedor Academia Casalense de hoy, talvez, a la larga y en definitiva, poco concretará... Y que es más probable que, a partir de cierto momento, empiece a degenerar; a ir tomando formas y funciones muy normalistas... No estoy imaginando nada inusitado, Viñeros... Eso ya ha pasado, y está pasando, en la Universidad Central de Quito. La primera y más prestigiosa academia ecuatorial... Y allá, también, la Facultad de Filosofía importó, en un principio, algunas rutilantes estrellas gallegas. Acuérdate de Juan David García Bacca; quien se casó con una quiteña; y hoy anda luciéndose en Venezuela. Casales tomó esa idea de los gallegos, de la Central, con años de atraso... Nada realmente nuevo...

-- La famosa iniciativa de los ecuatorianos...

-- Claro... ¿O tú crees que Casales iba a ser la excepción?

El pronóstico de Estarellas se cumplió con exactitud; y bastante pronto. Pero, cuando eso ocurrió, pocos lo lamentaron. La gente de la facultad -- y, en general, de todas las universidades ecuatorianas -- estaba ya mirando hacia otros y muy distintos horizontes. Llegaremos al asunto.

--¿Y ve usted, doctor Estarellas, alguna forma de evitar eso?

-- Claro, hombre... Formas existen. Por ejemplo, abandonar el sistema de facultades; y reemplazarlo por un sistema departamental; como el que hay en las universidades de los Estados Unidos y Canadá. Las facultades son estructuras viejas, aisladas, inconexas. Son las unidades académicas de las universidades decimonónicas. O, como dicen hoy, napoleónicas. Cada facultad - sobre todo de las nuestras - es un compartimento estanco. Y, en los casos peores, hasta un feudo... Y la universidad resulta ser - en resumidas cuentas - nada más que el total de esos separados compartimentos. En otras palabras, una simple federación de facultades; un agregado que ni siquiera suma correctamente las partes; y que, menos todavía, va a potenciar las fuerzas académicas...

-- De acuerdo, doctor Estarellas... Teniendo...

-- Déjame terminar... Esto de sumar bien las partes, las posibilidades, y de potenciar las fuerzas, es, en definitiva, Viñeros, la única razón que justifica actualmente la existencia de las universidades. De no ser así, el sistema de escuelas superiores autónomas sería mejor. Tal modalidad se practica, en distintas áreas de estudios, en Francia, en la Unión Soviética y en otros países.

-- Sí... La Escuela Normal Superior, de París; el Conservatorio Tchaikovsky, de Moscú; en nuestras mismas vecindades, la Universidad Nacional Agraria de La Molina, de Lima; pero ésta última, es solamente una "universidad" entre comillas...

-- Justo. Y nuestra Politécnica; que, en definitiva, es poco más que unas tres o cuatro ingenierías... ¿Y qué sabes tú del sistema departamental, Viñeros?

-- Algo, nada más...

-- A ver...

-- Bueno, los departamentos tienen toda una serie de ventajas, opciones, posibilidades...

-- Dale, sigue...

-- Permiten la interconexión entre los campos de estudio; la elección de materias principales y complementarias; la adaptación de la carrera a las diversas posibilidades de ocupación; la flexibilidad de los horarios; la duración de los estudios según la disponibilidad de tiempo del alumno, etc.

-- ¡Ajá! ¿Y cómo te has informado?

-- He hablado de eso con el doctor Kavalec; a quien usted conoció; y con unos amigos estadounidenses del Cuerpo de Paz. Y he leído también unos artículos sobre varios temas universitarios.

-- Está bien. ¿Algo más?

-- Sí. Creo que de tal modo debe hacerse la transformación de nuestras universidades... Y me extraña que nadie haya dicho eso, aquí; en las reuniones que llaman seminarios de reforma.

-- Ni se dirá, tampoco; por lo menos, en un futuro cercano. Supongo que sabes bien que esos seminarios de reforma son nada más que una parte de la política estudiantil... Un pretexto para promocionar a los candidatos a la dirección de los centros de estudiantes, a la dirección de la Federación de Estudiantes.

-- Así es, doctor Estarellas. Pero, ¿y los profesores?

-- ¿Y los profesores...? A la mayoría, Viñeros, sólo le preocupa trabajar lo menos posible; y cobrar puntualmente el sueldo.

-- Sí; comprendo. Pero, quiero decir, gente diferente, algo renovadora por lo menos, como el doctor Casales...

-- Casales es un ave rara, en verdad, Viñeros... Es una de esas pocas golondrinas perdidas que no hacen verano... Pero, en todo caso, sí es una golondrina especial... Y aquí, única. Y quizás necesaria, en nuestra pobreza... Y nada más... Y, aparte de eso, Casales no vislumbra la transformación departamental. Y hasta es posible que, directamente, no la quiera; porque es, en el fondo, a media altura, y en la superficie, un conservador gallegófilo pleno; y, también, por lo tanto, un bueno y vergonzante antiyanqui falangista; al mejor estilo del Generalísimo Francisco Franco Bahamonde...

-- Cierto... Velasco Ibarra, en buena medida, tiene también esa misma inclinación.

-- Claro. Velasco es muy contradictorio... Pero, en verdad, tiene una notoria vena hispanófila. Vuelvo a nuestro rector. Casales, no llegará, en su gallegofilia, al extremo de nuestros arnistas; que hacen caminatas militares campestres y cantan el himno Cara al Sol... Pero, tampoco tiene ojos para ver las cosas buenas del Tío Sam... Y, desde luego, no ve los departamentos; ni siquiera de lejos. Y, por su parte, la muy inefable Federación de Estudiantes tampoco quiere la departamentalización; por su eterna juventud, por la transitoriedad de sus dirigentes, por sus sacrosantos principios izquierdistas y por su nunca desmentida aspiración al facilismo... Ya lo ves; siempre, y en todas partes, los extremos se tocan.

-- Sí, sí... Ahora veo mejor el asunto. Y, además, las refacciones, las readecuaciones, siempre son difíciles. Más fácil, aunque más demorado, es dejar que las estructuras colapsen, por la vejez inevitable. Y, en ese momento sí, actuar... O, de otra manera, comenzar con una institución totalmente nueva...

-- Lo que tú dices: La primera posibilidad, la espera de lo inevitable: que se muera el viejo y se reparta la herencia... Y la segunda, la esperanza: que un joven emprendedor construya, sobre otros cimientos, una nueva institución; y que tenga éxito.

-- Ciertamente...

-- Además... Y, además y más, - en el caso de una verdadera reforma - los intereses creados, las cuotas de poder que se recortarán, el feudo que el superdecano Moscoso tardó en

conquistar, la calma y prudente opinión del superrector honorario, y la inercia, y la rutina, y la indiferencia...

-- Y los prejuicios antinorteamericanos. Y - ¡claro! - terminamos por no hacer nada...

-- La mayor parte de las veces, ocurre eso, Viñeros.

-- Sí, pero estamos, entonces, en la plena mediocridad, en el empantanamiento, en el quemimportismo...

-- Y sí... Pero, de vez en cuando, las tareas difíciles y precursoras sí se hacen, Viñeros... Son llevadas a cabo por un grupo particular de hombres; aquellos que actúan sólo con las consideraciones necesarias, no excesivas; y con la constancia, y con la valentía. Ese es el grupo de los verdaderos líderes, de los hombres superiores.

-- ¿Y cuándo aparecen estos hombres superiores, doctor Estarellas? ¿Cuándo se los necesita? ¿Cuándo las circunstancias les son propicias? ¿Cuándo Dios lo quiere o los envía?

-- No lo sé, Viñeros.

-- Bueno, hasta que lo sepamos, que, por lo menos, se contrate a Calancho; y a algunos más de otras especialidades. Que avancemos, aunque sea paso a paso...

-- Yo no me opongo a la contratación de Calancho, Viñeros... Eso sería algo miope y mezquino. Las universidades de los Estados Unidos contratan a cantidades de extranjeros; con la condición de que sean competentes... Sólo te advierto que - paso a paso y sin un plan definido - se van construyendo las villas miseria; los barrios de chabolas, que dicen los españoles. Y cualquier futura monstruosidad... Hay que hacer, también, buenos planes... Desde el principio.

Sonreí y dije:

-- La planificación central y supuestamente democrática de los comunistas... La omnisciencia de los tecnócratas radicales... Hay quienes creen que esas son las panaceas económicas para todas las sociedades y todos los países del ancho mundo...

-- ¡Viñeros! Tú me conoces a mí... Yo no estoy con eso... No exageres... Quiero decir planes verdaderamente democráticos... Para andar bien, - y con razonables perspectivas de éxito - hay que fijarse un destino; y hay que determinar las etapas. Digo, en definitiva, que, - por ese engañoso, prometedor y zigzagueante camino de la Pedagogía poderosa - nos acabaremos metiendo en un callejón sin salida... Lo señalé hace unos momentos... ¿No recuerdas?

-- El actual callejón sin salida de la Facultad de Filosofía de la Universidad Central...

-- Sí. Claro... Pero, ahora sí, corremos el peligro de atrasarnos... Bien, Viñeros, vete a la plaza Calderón y trae un taxi. ¡Angumba!

-- ¿Qué, doctor Paquito?

-- La cuenta.

En general, los estudiantes de nuestra Facultad de Filosofía y Letras admiraban a Estarellas; por sus amplios conocimientos, por su espontaneidad, y, sobre todo, por sus habituales ocurrencias. Unos cuantos éramos, realmente, sus amigos; y charlábamos mucho con él. Así, aprendíamos, nos divertíamos, nos sorprendíamos; y, de modo inevitable, bebíamos un poco. Muchos estudiantes se le acercaban, en ocasiones, para consultarle sobre los asuntos difíciles, debatibles o de actualidad; aunque estuvieran, a veces, fuera de las áreas de conocimiento o de las aficiones del maestro. Se decía -- usando una expresión deportiva de esas que le gustaban a él; y que se venía repitiendo ya desde años atrás -- que en tales asuntos, frente a sus colegas, Estarellas siempre ganaba con varios cuerpos. Y, en éste asunto de la Pedagogía, repitió la acostumbrada hazaña. Sospecho que -- sobre todo en las cuestiones más importantes -- se tomaba su trabajito: recordaba lo que sabía, se informaba previamente, consultaba la Enciclopedia Británica, recogía y evaluaba opiniones diversas, reflexionaba... Y, al final, llegaba a sus personales conclusiones. Por el camino, su ingenio hallaba siempre la manera adecuada, interesante y hasta pintoresca de presentar las cosas. Así, pues, era Estarellas: ágil, informado, listo, oportuno, buen razonador, controversial y humorista. En definitiva, una persona muy especial; tanto en sus virtudes como en sus defectos.

En cuanto a los defectos, había uno principal; que ya he señalado: bebía mucho. Y creo que el alcohol le hacía más daño que el usual; porque era de poco comer. De vez en cuando, pedía, en los bares, una porción de chile con carne, unos sánduches o una picadita. Pero, no pasaba de servirse unos pocos bocados. He oído decir que -- en esas condiciones -- el abuso del alcohol es más peligroso; y que, por lo tanto, hay mayores probabilidades de contraer una cirrosis hepática. Y él, en efecto, llegó a contraerla; y ésta lo llevó a la tumba. Una muerte bastante anticipada; anunciada por lustros... Recuerdo muy bien la última vez que lo ví, en el Hospital del Seguro Social; cuando yo volví de la Argentina. Estaba él sumamente delgado; y con la piel amarillenta, como un pergamino. Aún así, sus ojos azules conservaban momentáneos brillos... Y se había afeitado... Y tuvo, todavía, ánimos; para no quejarse, para sonreír, para preguntar sobre mis estudios en Mendoza, para decir que se alegraba de verme; y, claro, para hacer uno de sus característicos comentarios:

-- ¿Sabes qué, Viñeros? Me gustaría cambiarle el nombre a este hospital. Yo le llamaría La Antesala del Infierno. Uno llega aquí; se queda cierto número de días; lo analizan; lo atienden bien; y, luego, de pronto, le largan, de patitas y derecho, al enorme Horno...

-- Ah... Yo pensaba que el cambio de nombre era por otra razón. Por la ineficacia, por el descuido... Vaya, por un momento, creí que lo habían atendido mal, doctor Estarellas. Dicen que suele suceder...

-- No; por el contrario, Viñeros. Me han atendido muy bien. Algunos médicos y enfermeras, en verdad, casi que se desviven por atenderme; casi que me miman. Yo se lo agradezco. Buenas gentes... Buenas almas... Pero, tú sabes... Eso, no cambia en nada mi situación. Todo está ya dispuesto. Y creo, también, que ha llegado la hora de descansar.

Algunos descansamos más bien pronto... Sólo espero - como dicen los mejicanos - la partida de la barca de oro. Y estoy tranquilo... Hasta, - me parece - que estoy demasiado tranquilo. ¿Habré llegado a la ataraxia?

Lo dejé. Le dije: “Hasta pronto, doctor Paquito...” (Una vez que otra, lo llamaba con su usual diminutivo.) Lo abracé; y sentí, a continuación, en mi espalda, los cordiales golpecitos de las palmas de sus manos. Por lo que hace a mí, fue su despedida...Unos días después, falleció.

La muerte de Estarellas fue una gran noticia en Cuenca. Las notas necrológicas de los diarios y de las radios lo recordaban como un maestro, un políglota, un intelectual; y, hasta, como un filósofo y un sabio. Y como buen amigo de sus muchos amigos, por supuesto... Uno de estos -- miembro del Concejo Municipal, por entonces -- logró, de inmediato, que tal organismo impusiera el nombre de Estarellas a una calle de la parte nueva de la ciudad. Y, se le recuerda mucho... Aún hoy, -- tantos años después -- una buena cantidad de gente sigue repitiendo sus opiniones, sus ideas, sus ocurrencias; e inventando otras más, de su parte, y atribuyéndoselas a él... En medio de toda esta exageración póstuma, -- para mi criterio -- el homenaje más sencillo, cordial y acertado que se le tributó fue uno, casi totalmente ignorado, que lo hizo nada menos que Calancho. Les dijo, en una oportunidad, a sus alumnos de la Universidad de San Gregorio -- por entonces ya trabajaba allí -- que Estarellas había sido un auténtico y verdadero maestro; que lo había sido en el más pleno sentido de la palabra; que lo había sido, a pesar de su alcoholismo, que se podía censurar de manera obvia, fácil y hasta maligna... ; (y que, mejor y más justo, sería comprender y lamentar, sin falsas, ni farisaicas compasiones); que lo menos importante de él había sido el chiste, celebrado, con mucha frecuencia, medio bobaliconamente; y que lo más importante había sido, el lado socrático, espontáneo, deportivo y algo despreocupado de su personalidad. Había alabado, Calancho, la alta capacidad orientadora de Estarellas: el saber rodearse de los estudiantes más destacados; el saber inquietarlos, estimularlos, aportarles ideas e ideales; y, en consecuencia, influir poderosamente sobre ellos. Había dado detalles del emotivo funeral: Un pequeño coro de muchachas del Colegio Nightingale cantó, a sola voz, la canción **A Little First Step in the Paradise**. Recuerdo que todo esto me lo contó el mismo Calancho, mientras rodábamos -- en uno de los taxis que contrataba la Universidad de San Gregorio para trasladar a sus pocos primeros profesores -- hacia la Facultad de Filosofía y Letras, la primera que tuvo dicha universidad; facultad que funcionaba en un alejado, espacioso, silencioso y frío seminario en el sector de El Valle, de la parte oriental de Cuenca. Me quedé bastante sorprendido... Y no alabé, como justamente correspondía, su cabal comprensión del asunto; omisión de la cuál hoy día me arrepiento... Más bien, -- cuando Calancho concluyó sus inesperadas palabras -- me puse a imaginar (con una cierta displicencia, de la cuál también hoy me arrepiento) la especial escena de su aula: Unos estudiantes, apáticos, escuchaban al pedagogo; con aire de “por suerte, no hay que anotar esta lata” ; y mantenían inmóviles sus esferográficos; sin entender, posiblemente, el sentido trascendental, la emoción subida y la auténtica simpatía de las informales palabras de su más bien ingenuo e impredecible profesor. No sé si Calancho supo de la opinión que Estarellas se había formado sobre la Pedagogía. (Y yo, por supuesto, no me iba a referir a eso. Habría sido un desacierto y una infidencia.) Lo que sí sé, en cambio, con certeza, es que el pedagogo conocía bien que -- al contrario del rector Casales -- a Estarellas, aunque no era de ningún modo un xenófobo, le atraía poco lo español; y que solía valorar a los peninsulares, en un plan general, sólo relativa y medianamente.

Unos meses después de la llegada de Calancho, arribó su esposa. Era una mujer joven, de tamaño mediano, buenas proporciones, tez blanca, ojos color de miel y una bonita cabellera castaña clara. “La Rubia Margot”, la llamó Estarellas, aludiendo a la letra de un conocido tango; y el apodo se difundió. (Pocos debían saber su nombre verdadero; Ángeles, creo, era el de pila...) Al principio, se veía a la pareja, por las calles, con bastante frecuencia. Y, al iniciarse el año de estudios siguiente, se empezó a ver a la señora de Calancho por los pasillos de la facultad: Había decidido seguir aquí sus estudios universitarios. Pero no iba a quedarse mucho tiempo; ni en la Facultad de Filosofía, ni en la ciudad de Cuenca. Desapareció pronto. Y Calancho -- en adelante y ya casi siempre -- fue visto solo por la ciudad. Los comentarios de la separación proliferaron: La señora no se había adaptado al clima de montaña (la altura le ponía mal); ella era una madrileña que -- acostumbrada a una vida urbana activa, capitalina y bulliciosa -- se había aburrido aquí más que soberanamente; estaba encinta y había viajado para tener su niño en España; no se había puesto encinta, y Calancho estaba molesto porque -- según había confiado a alguien -- quería tener un hijo americano. (El tenía -- se añadió -- un hijo anterior, con otra mujer, en la Península.) Calancho era un exreligioso, -- de la Congregación de los Hermanos de La Salle, se precisaba -- que se había acostumbrado demasiado a la vida monástica; y que, por lo tanto, tenía muchas dificultades para adaptarse a su nueva condición independiente de hombre casado. (Había contraído nupcias por poder con su novia. -- decía algún sabelotodo social.) Calancho era un tipo raro, algo o medio misógino; y, por ello, -- al producirse las primeras desavenencias conyugales -- había dejado que su mujer se marchara; o aun se las había arreglado precisamente para eso. En fin, -- como dicen los propios españoles, en estos casos que se ponen color de hormiga -- vaya usted a saberlo... Calancho, por su parte, -- con un silencio que según muchos lucía inexplicable -- dejó amplio espacio a las conjeturas. (En el más estricto y también en el peor sentido de la palabra). Bueno, a poco de esto, -- como sucede siempre con semejantes preocupaciones sociales, superficiales y escandalosas -- todos se olvidaron de la cuestión. O así pareció... Sólo una vez, en lo posterior, oí algo relacionado con el tema: Un chileno -- conocido ocasional de Calancho -- afirmó que éste hacía envíos regulares de dinero a España para su hijo (¿cuál?); envíos, que, obviamente, afirmó, reducían aún más las escasas posibilidades económicas del pedagogo. Siguieron, recuerdo, -- fue en un cóctel en el que estaba un grupo de profesores de la Universidad de San Gregorio -- las malas bromas acerca de que Calancho vivía del aire, de las bananas, del arroz quebrado, de la caza y la pesca de los fines de semana, etc. Lo acostumbrado... En definitiva, -- para los cuencanos del entorno de Calancho -- la desafortunada, confundida, desadaptada o juiciosa, “Rubia Margot” vino, vio y... se regresó. No sé, no puedo saber, en qué medida la separación de su esposa pudo o no afectar a Calancho. Tampoco puedo, en realidad, suponerlo; porque no dispongo ni siquiera de los datos esenciales... Y, de paso, suponer tiene siempre un alto riesgo. Dicen los sicólogos que, en la mayor parte de los casos, puede tener un ochenta por ciento de posibilidades de error. Suponer sirve de poco... Pero, a veces, no queda otra... : Hay que agarrarle al pez de la colita. Mantengamos, pues, en este caso, la incógnita.

Pero si sé, en cambio, -- aunque no por conocimiento directo, sino por muchas referencias y algunas deducciones -- que otro asunto, nada romántico, ni sentimental, sino sólo crematístico -- le afectó tremendamente. Definitivamente... Fue la separación de la cátedra que desempeñaba en la Universidad Austral. Para él, fue un auténtico y verdadero desastre... Que, sin embargo, en principio, creyó reparable... Y, por esto, parece que

Calancho -- tratando de curarse del daño recibido -- hizo alguna gestión, o gestiones, para volver a tal puesto; sobre todo, cuando sus compatriotas llegaron a tener cargos directivos en la dicha institución. Pero nunca lo consiguió. Aclaración necesaria: La Universidad Austral -- en una ciudad que recién estaba llegando a un desarrollo comercial significativo; y daba apenas los primeros pasos de su demorada industrialización -- pagaba una parte muy considerable de los mejores sueldos locales. Y Calancho devengó, durante los pocos años que duró su contrato, uno de ellos. Fue entonces, por un tiempo, -- en una cierta y relativa medida -- un privilegiado... Ahora bien, -- en un sistema universitario muy imperfecto, camarillero y burocrático, como es el ecuatoriano -- un profesor que se muda, que pierde su cargo, o que renuncia, tiene escasas probabilidades de colocarse (en otro lugar de residencia, o después) en una posición de similar importancia y remuneración. Debe comenzar de nuevo; debe palanquear; debe aceptar puestos de menor rango y menor pago. Quien se fue a Quito, perdió su banquito... Así se grafica, en estos casos, la cuestión... Así, se hacen aquí las cosas. Y la preparación, competencia y capacidades del profesional tienen más bien una secundaria y muy pequeña importancia. Datos que hay que saberlos y asumirlos... De hecho, pues, aquel infausto suceso le trajo a Calancho, como peor consecuencia, la disminución, brusca y enorme, de sus ingresos. Y eso era eso. Eso... En adelante, el sufrido pedagogo sólo pudo -- según las palabras del periodista Malaval, uno de los tantos seguidores de Estarellas en los argentinismos -- "...gambetear la pobreza en el bulín, en la pieza de alquiler..."

Hay que señalar -- para describir y explicar bien tal desgracia -- que, cuando ocurrió su separación, Calancho había tenido ya algunas dificultades con los estudiantes. Ellos -- que son, por lo común, en los asuntos académicos, tan conservadores y conformistas como la mayoría de sus profesores -- siempre habían objetado la forma de trabajar del pedagogo; su "método", para decirlo con la palabra usual de la jerga estudiantil. (Usada, en este caso, de una manera muy genérica y algo negligente.) Los primeros reclamos -- los nuestros; mejor: los de mis compañeros -- se hicieron de modo directo, informal, en el ámbito de las aulas. Pero, aun así, ya trascendieron. (En los medios institucionales reducidos -- y generalmente propensos al chisme y la mala intención -- los incipientes malestares se detectan rápidamente...) Algo más: Por lo que conozco, nunca se llegó a presentar un reclamo, en forma escrita y oficial, al consejo directivo de la facultad. Tampoco se llegó al extremo de ejercer el llamado derecho estudiantil de la tacha. (La separación de un profesor, pedida por la mayoría absoluta de sus alumnos; lo cual se daba en la universidad, muy de vez en cuando, en ciertas condiciones desmesuradas y muy anormales). Pero, de una u otra forma, el descontento con Calancho se había ido haciendo crónico; y, por ello, la imagen profesoral del español se había deteriorado bastante y malamente. Sin embargo, el pedagogo había podido evitar, hasta ese momento, todas las contingencias desfavorables; amparándose detrás del muro de las viejas y toleradas flojeras y lenidades criollas. (Es decir, siendo completamente blando y casi totalmente permisivo; sobre todo, en los asuntos de los exámenes, las pruebas y los trabajos de cátedra. Los estudiantes -- siempre burlones -- lo habían apodado 31 de Diciembre; porque, como ese último día de la vuelta terrestre al Sol, Calancho hacia pasar el año a todos. (En cambio, un tiempo después, a un profesor de máximas, desmedidas e impertinentes exigencias -- el argentino Reboratti -- lo apodaron Cerotti; porque castigaba con la nota cero a la mayoría de los estudiantes; y hacia pasar el año sólo a dos o tres de los marxistas más ideologizados e incondicionales a él; estos últimos, a la vez, sus seguidores, sus protegidos y sus protectores.)

Bueno, en los exámenes de Calancho, todos copiaban, se consultaban entre sí, o escribían cualquier cosa. Nadie estudiaba, realmente, Pedagogía, Didáctica e Historia de las Doctrinas Pedagógicas. Y – lo que era tal vez peor; y, en buena medida, consecuencia de lo anterior – las clases no se atendían; se tomaba pocos apuntes o ninguno; se charlaba, se reía, se dormía... Y Calancho hacía la vista gorda... Él solía decir, por entonces, que sólo los malos alumnos llegan a ser profesores exigentes; y que, al contrario, los buenos alumnos, cuando son profesores, se exigen mucho a sí mismos y poco a sus discípulos. (Lo suyo, más o menos en sus propias palabras: Una consecuencia de eso, más amplio, que el ruso Berdiaeff recomendó a los cristianos: Exíjanse mucho a ustedes mismos y poco a sus prójimos; que, bueno, si todos comprendieran esto y procedieran así, el excelente y misericordioso mundo que podríamos tener...). Y añadía -- para reforzar su punto de vista -- que un verdadero y superior examen nunca puede copiarse; porque nadie puede copiar, en realidad, la inteligencia, la formación bien adquirida y la preparación mediata... Eso decía. Y – por su conveniencia, claro-- no exigía... ¡Ah, razones, razones...! Se las puede encontrar para todo y para todos. (La buena dialéctica – la recta razón -- puede ser despedazada malamente en razoncitas chuecas, sinrazones, pretextos, disculpas y desvaríos... Ese es el arte supremo de los sofistas, los demagogos, los abogados y los charlatanes...) Quizás las razones sean como las aguas: Con total facilidad, éstas últimas adoptan la forma del recipiente que las contiene. Completando, sólo queda agregar aquí que tales especiosos argumentos – y también esos repetidos tropiezos de la practica -- facilitaron las acciones de los competidores y malquerientes de Calancho. (Que, quién sabe cómo -- o talvez explicablemente, porque todos los vacíos tienden a llenarse -- habían ya aparecido. ¿Eran estos los sucesores de los abogaduchos y los maestrillos? ¿Eran sus vengadores? Una vez ido Casales, ¿Calancho había perdido su, quizás, único y efectivo protector?) ¿Seguimos?

Sigamos. Todo esto ocurría antes del 15 de Junio de 1970; cuando Velasco Ibarra, el presidente populista, se declaró dictador; y clausuró, acto seguido, las que, por entonces, empezaban ya a ser unas muy agitadas y muy conflictivas universidades. Tal clausura -- medida de carácter anticuado; y prácticamente sin ningún propósito de mejoramiento institucional -- duró unos buenos diez meses, por lo que yo puedo recordar. Y Calancho -- que, al momento, disponía de mucho tiempo libre; y, también, es posible, de unos regulares ahorros, reunidos durante sus primeros años de trabajo -- decidió viajar un poco. (Los profesores universitarios -- salvo algunos radicales y conocidos activistas que la administración del dictador había señalado y cancelado -- percibían, sin trabajar, en forma cumplida aunque por supuesto abusiva, la mitad de sus sueldos). Pero, a pesar de esta reducción, Calancho -- solo y austero -- no debía pasar apuros económicos. Pongámonos en sus zapatos: ¿Por qué no aceptar, entonces, la siempre grata invitación de las lejanías? El momento era propicio... Bueno, Calancho se había ausentado. Y, para su desgracia, había salido del país sólo uno o dos meses antes de la inesperada reapertura de las universidades. Cuando la Universidad Austral reinició sus labores y Calancho no se presentó a trabajar, el Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía -- a pedido de personas interesadas o por la acción directa de sus propios miembros -- pidió al rectorado la cancelación del contrato del pedagogo; aduciendo una ausencia injustificada de tres días o algo semejante... Hecho consumado. Dos maestrillos nombrados, de inmediato, para reemplazarlo. Debido a la mala y desgraciada fortuna, Calancho no tenía justificativos para reclamar por la decisión: No había nada escrito; no podía comprobar una situación de fuerza mayor, una emergencia, un problema de salud; había salido aparentemente sin permiso de nadie... ¿De quién, si no había autoridades en ejercicio? -- parece que replicó el español en sus pataleos oficinescos. El secretario general de la universidad -- un astuto abogado izquierdista -- le había contestado:

Debía presentarse, doctor, antes del viaje, en la Gobernación de la Provincia, y hacer que se sentara fe de las razones de su presentación; o, en su defecto, debió consignar ante un notario, documentadamente, la necesidad de su viaje... (Se sobreentendía: Nada de turismo; nada de andar paseando, por allá lejos, mientras los comunistas de aquí sufríamos privaciones; o, peor aún, estábamos incluso en la cárcel...) Había, el funcionario, añadido a continuación una apostilla censuradora y otra muy cínica; acompañándolas con una sonrisa, como era su estilo...) Estas últimas, helas aquí: Y debía usted cuidar su puesto, caballero... ¿No se ha dado cuenta, todavía, de que está usted viviendo en la República del Ecuador...? (¿Alusiones a la acechanza, a la sapada, a la viveza criolla?) Vaya... Calancho se había limitado – parece -- a consultar verbalmente, informalmente, sobre su ausencia, a las suspendidas autoridades anteriores. Y, éstas, ¿qué podían haberle dicho? No le dirían, por supuesto: No viaje, doctor; cuide su cargo ... ; salir, en este momento, puede ser peligroso; la universidad puede reabrirse cualquier inesperado día ... Y sí le dirían muy probablemente: Viaje nomás, doctor. La reapertura demorará. Aunque la anunciaran hoy mismo, no se podría abrir los cursos antes de unos dos o tres meses; y ya estamos a finales de Agosto. Por de pronto, el ciclo de Octubre no se abrirá... Pero ocurrió lo impensado: Quizás, la reapertura se anunciara en los mismos días en que Calancho salió; quizás, se postergara un poco el inicio de las clases... Si; por ahí, debe estar la explicación... En definitiva, resultado de la suma del error de calculo y de la bellaca suerte: Cuando Calancho volvió, – creo que de México o de América Central – se encontró con la fatal e inesperada noticia de que ya no era catedrático de la Universidad Austral... Se había ignorado, intencional y ostensiblemente, las anómalas y únicas características de la situación. (A propósito: ¿Habrán metido bajo su puerta el sobre de la cancelación? ¿Qué le habrá pasado al abrirlo? ¿Se habrá dado cuenta, el pedagogo, de que la pequeña política de la revolución universitaria había jugado ya su papel en el asunto?) Bueno... Aquí, viene bien otro comentario de Malaval: Calancho se fue a Guatemala; y se trajo, de vuelta, la sal más mala, la peor... La sal de los salados de marca mayor... (Me salió en verso. -- dijo el periodista.) Planchado, el hombre... Y, así, asado y cocinado, empezaron las prolongadas penurias del peninsular...

Hablé de pataleos. ¿Qué habrá hecho Calancho en ese punto y en esas circunstancias? Habría podido elevar un reclamo o presentar unos razonamientos explicativos al Consejo Superior de la Universidad Austral. Pero ya para entonces, en la institución, quién no podía mover los hilos políticos, no podía mover nada. No, no; esa gestión habría sido inútil... Pero, talvez sí debió hacerla; para poder – ante una eventual y ultima negativa – enjuiciar a la universidad en los tribunales de justicia. (Aunque, en aquel entonces – y no comprendo bien por qué – los abogados siempre se mostraban renuentes a entablar causas contra el estado. Decían – y tampoco entiendo por qué – que sería inútil; que no se le podía ganar... Hoy día, en cambio, le hacen juicios a dicho ente por cualquier causa; y casi siempre le ganan...). Bueno, quién sabe, quizás Calancho ni pensase siquiera en tales posibilidades. Y, quizás, se decidiera más bien sencillamente -- y dándole una excesiva importancia a la costumbre local – por una de esas gestiones privadas y amigueras que, en tantos casos similares, se realizan en el Ecuador. Otro mal cálculo...

Todos creyeron por entonces que Calancho se marcharía; como ya había ocurrido anteriormente con otros profesores españoles de la Universidad Austral. (Que se fueron a Venezuela, a Chile, a Costa Rica, a los Estados Unidos; países donde las actividades universitarias parecían más serias; o eran por lo menos mucho mejor remuneradas...) Pero -- por alguna oculta razón – el pedagogo decidió permanecer en Cuenca. Se quedó. Y consiguió, de inmediato y sin mayor dificultad, un cargo – retribuido únicamente por horas de clase dictadas al mes – en la Universidad de San Gregorio. (La que, por aquellos tiempos,

recién se iniciaba; y pagaba muy poco a sus profesores) Con tales escasos ingresos, -- y quizás también con el saldo de los ahorros de los años pasados; que, en dichas condiciones, se le agotarían más pronto que tarde -- fue viviendo. Pero, ¿por qué se quedó? ¿No fue algo raro su actitud? Bueno, como en tantos de estos asuntos, sólo puedo hacer unas conjeturas. Es posible que Calancho conociera bien -- ya lo he señalado de algún modo -- las grandes dificultades que existen para buscar una cátedra en las burocratizadas universidades de América Latina; y más, aún, en su rígida y propia España. Sus compatriotas idos, -- se sabía -- habían tenido sus contactos previos, en el exterior. ¿Los tendría él? Difícilmente; dada su personalidad, su forma de ser... Sin esos padrinos, las puertas de nuestros claustros no se abren. Los reglamentos, oposiciones, concursos de méritos y demás requisitos abundosos, constituyen, aquí, dificultades, muros, valladares...; que protegen los privilegios y los favoritismos de siempre. (Y esto explica, en la parte debida, el pobre desempeño académico de nuestras instituciones en el plano internacional.) Un profesor competente, que emigre, se puede colocar -- con mucho menores trabas y mucho mayores ventajas -- en las universidades de los Estados Unidos, Canadá o Europa. Pero, desde luego, Calancho no estaba para esos trotes; para semejantes intentos. No podía exhibir una calidad profesional superior, cierta notoriedad, publicaciones significativas... Y, por otra parte, en su propio país, ¿no habría tenido ya él antiguas experiencias docentes desafortunadas? Y, por lo tanto... ¿a qué volver? Y, por añadidura, en el gran orden de cosas, España, de manera gradual e inesperada, había ido entrando en un proceso de prosperidad y desarrollo. Y se había convertido -- como pasa siempre -- en un país de incrementada competencia; y de vida exigente, apresurada y cara. (Recuerdo, a propósito de esto, el lamento de un pequeño hotelero peninsular instalado en Cuenca; quien, explicablemente, sólo veía la prosperidad de su país: ¡Hostia, joder, y haber venido a América justo cuando España empezaba a espabilarse; cuando no se debía hacer la América, sino la España! ¡Soy un tío de muy puñetera suerte; un saludo, como aquí dicen...!). Mientras que, en el Ecuador -- con la parsimonia, la dejadez y la tranquilidad criollas; y en un medio social y académico poco exigente -- se podía vivir aún con poco dinero. Y -- a cambio de un modesto tren de vida -- se podía dormir también todas las horas que uno quisiera; hasta que se le acabara a uno el sueño... Y eso es bueno... Y es fácil... Y, aunque no lo parezca, tiene su buen valor... Y, luego, los asuntos familiares. Calancho debe, por supuesto, haber pensado en ellos; y quién puede saber cómo pintaban... Y hay también, desde otro punto de vista, una pregunta que siempre estimula el orgullo de los emigrantes: ¿Por qué me voy a volver derrotado? Y, por supuesto, la respuesta ya está incluida en la pregunta: Mi orgullo no acepta el retorno; el volver, como dicen, con el rabo entre las piernas... En consecuencia, me quedé; haré más esfuerzos, insistiré; no permitiré que me consideren un flojo... Así, se quedan los fuertes, los valientes. (No Calancho, desde luego... ¿Hace falta que lo diga?) Y, claro, la vida inevitablemente va transcurriendo... Y acabándose... Y, con el tiempo, muchas cosas de la juventud dejan de importar... Y se puede enumerar igualmente la estoica conformidad del prefiero vivir pobre lejos de la patria; y no dar problemas, ni lástima, a los familiares y a los conocidos. O la decisión final, entre valerosa y resignada: prefiero morirme aquí como un perfecto Don Nadie, entre los muchos desconocidos indiferentes; antes que como un mediocre Don Pedro, rodeado del más o menos hábil fingimiento de los pocos conocidos... Así se quedan los austeros, los flojos, los perdedores, los atribulados. (Aquí, sí, entra Calancho. Otra vez: ¿Hará falta que lo diga?) Y por último, -- pero no por ello menos importante -- aquellas semiconocidas crisis anímicas que desgastan a los cuarentones; tanto a los afortunados, como a los desafortunados. (Crisis que se manifiestan usualmente en atormentadoras vacilaciones; y -- a veces y en los casos más graves y notorios -- en vergonzosas cobardías o en locas temeridades.) ¿Qué partes precisas de estos razonamientos se le podrían aplicar a Calancho? Algunas, algunas... Y, aunque efectivamente no haya

acertado de lleno; al menos, me he orientado, me he ubicado en las circunstancias del pedagogo. Algo es algo..., dijo El Diablo – suele repetir la gente. Y Malaval – muy Sancho Panza como casi siempre es – suele redondear el dicho con un comentario gráfico pintoresco: Y se estaba llevando una monja en su hombro.

En todo caso, Calancho asumió, desde aquellos días, las condiciones de pobre, de extranjero y de solitario. No creo que las tales constituyan necesariamente unas desgracias. (Del mismo modo que ser rico, local y acompañado tampoco es necesariamente una triple condición feliz). Así es; necesariamente, no; no son, éstas, desgracias necesarias; ni solas, ni juntas. A ver, se puede ser pobre; y vivir relativamente tranquilo, sin muchas preocupaciones, ni desvelos. Y, al contrario, se puede ser rico; y vivir lleno de preocupaciones e intranquilidades. (Que, por ahí, la administración del dinero y las propiedades; que, por acá, las responsabilidades múltiples; que, por allá, la seguridad o la inseguridad; que, más allá, la familia un poco o muy descuidada...) El quid del asunto no está en ser una cosa u otra; sino, en la forma de asumirlas. Si uno acepta su condición, si la cree justificada, si la busca, hasta si en cierta medida la disfruta, todo puede estar bien... Claro... Pero me temo que, en el caso de Calancho, las tales condiciones sí fueron desgracias auténticas y verdaderas. Y afirmo esto porque, de hecho, Calancho fue ignorado, despreciado y aun ridiculizado. Y, unas cuantas veces, -- sin dar motivo siquiera; porque así suele suceder con los más débiles -- malamente humillado. Al hacer esta disquisición, -- y siguiendo el hilo de nuestra historia -- recuerdo el anecdótico y localmente difundido episodio de la i griega; el mismo que a continuación voy a relatar.

Resulta que Calancho -- para aumentar un poquito sus magros ingresos; o por esa vanidad, que es la misma inseparable sombra de los intelectuales -- escribía una columna en el matutino local. (EL HERALDO; diario independiente de la mañana; y sumamente dependiente del mediodía, de la tarde, de la noche, del Partido Conservador, de Malaval, y de la esposa del director... -- como agregaba Estarellas.) No sé cómo llegó Calancho a ese lugar de la provinciana notoriedad impresa; muy codiciado, disfrutado y aprovechado lateralmente -- pese a su escasa importancia y trascendencia -- por toda una larga lista de escribas, escribanos, escribientes y escribidores. Y negado, casi siempre, -- y más en los tiempos de la jefatura de redacción de Malaval -- a los verdaderos escritores y buenos periodistas. (Malaval creía -- como ese mencionado y orgulloso llanero venezolano -- que por encima de él sólo podía estar su sombrero. Mejor, diría, -- en su caso preciso y concreto -- el techo de la carrocería de su Volkswagen.) El diario mostraba una gran pobreza y superficialidad en su página de opinión; debidas talvez a la medianía y escasa preocupación de la mayor parte de los intelectuales lugareños y a los pocos sures que pagaba por cada artículo firmado. (Las “colaboraciones”; nombre que, en la jerga de la prensa local, se daba a tales trabajos; supuestamente, voluntarios y espontáneos; y, por lo tanto, -- según las administraciones respectivas -- no obligatoriamente remunerables.). A esos sures, se sumaba el derecho a recibir permanentemente un ejemplar del diario; y además la invitación a una cena de mantel largo, el día del aniversario de la empresa. (Datos que alguna vez -- como excusándose conmigo -- me dio el mismo Malaval. Con una añadidura de semejante índole: Viñeros, cuando se tiene fibra de ensayista, como tú, lo mejor es una revista... Me salió en verso.) Bueno, yendo adonde vamos, Calancho -- para reunir una muy modesta suma de sures; y no recibir la insignificante propina mensual -- decidió cobrar sus primeros trabajos

cuatro meses después de haber empezado a escribir. Para tal efecto, concurrió, una noche, a la oficina de contabilidad del periódico. Cuando se dirigió al pagador, -- y le indicó el motivo de su presencia -- identificándose antes, aquél fingió no conocerlo.

-- ¿Calancho...? Así debe ser... Pero... Caray... Bueno, tenga la bondad de mostrarme su documento de identidad.

Calancho no lo portaba en ese momento; y -- pensando probablemente que la exigencia se debía al hecho de cobrar por primera vez -- ofreció traerlo al día siguiente. Lo trajo. El pagador recibió el pasaporte y lo depositó sobre su escritorio; y -- farfullando alguna explicación -- salió de la oficina. Pasó el tiempo; y volvió solamente una media hora más tarde. Calancho, hasta tanto, -- sentado en un rincón -- había esperado, con paciencia o impaciencia; sin preguntar a los ayudantes sobre la demora del pagador. Al regresar, éste se acomodó, parsimoniosamente, en su sillón; e ignoró a Calancho; quién -- ya sin duda un poco molesto -- se le acercó de nuevo y le recordó el motivo de su presencia. En ese momento, el pagador hizo como que se acordaba del pasaporte; y dijo, mientras lo tomaba: "Ah, sí..." A continuación, se levantó; y se dirigió a una mesa, donde reposaban las nóminas de los pagos de sueldos. Allí, comparó el pasaporte con uno de los nombres; y, como sí quisiera comprobar algo, repitió la operación. Luego, -- sin mirar a Calancho y sin regresar al escritorio -- le dijo en voz alta:

-- ¿Usted es el escritor Francisco Marcial Calancho y Pérez?

-- Sí. -- respondió él.

-- Mire, señor, entonces este pasaporte no es el suyo. Aquí dice, simplemente, Francisco Marcial Calancho Pérez.

-- Sí... ¿Y qué objeta usted?

-- Pues... Que, en este documento, no se ve ninguna i griega...

De nada valieron las avergonzadas y vacilantes explicaciones de Calancho:

-- Aquí, y en España, muchos usan la i griega sin documentarla... Vamos, hombre... La i griega - que une los apellidos - es discrecional... Es algo que, si quiere, uno lo toma... La i griega que une dos apellidos españoles, no tiene implicaciones legales... No se hereda; como el **de** o el **del**... Usted sabe... Es, nada más, que una letra sin importancia...

-- No, señor... Todas las letras tienen su importancia... ¿Qué diría usted si la oficina de personal de la empresa me hubiera remitido su nombre, para la nómina, con el primer apellido suyo escrito con una K?

Risas de los ayudantes. Ese era el conocido estilo del pequeño malvado. Un silencio embarazoso, a continuación. Y, luego, el pagador dictaminó:

-- El momento en que usted me traiga su pasaporte, con la i griega incluida, yo, de inmediato, le pagaré sus sueldos... Y, de paso, le pido que considere que, por otra parte, usted está retrasando mis cuentas; está demorando mi trabajo... Cobre a tiempo. Y, por fin, sea cortés... No me trate, confianzudamente, de hombre...

Unos días después, Calancho llevó el asunto -- con las respectivas quejas -- al director del diario; que había sido su alumno en la Universidad de San Gregorio. (Ahora caigo en la cuenta que debe haber sido él quien le dio la ubicación periodística a Calancho; con la acostumbrada venia, por supuesto, de Malaval. Venia otorgada por la razón suya de siempre: Calancho no lo podía opacar.) Bien, Calancho -- armado con una enérgica orden escrita del director -- volvió a la oficina de contabilidad; aparentemente, desagraciado y triunfante... Pero, aún así, debió soportar dos aplazamientos sucesivos. (Primero, tráigame una fotocopia de las dos páginas iniciales de su pasaporte; y, segundo, -- un día después -- tráigame una fotocopia de la página donde está su permiso de residencia definitiva en el país.) Y, luego, también, otra arbitraria y sádica espera de casi una hora; para tener, finalmente, en su mano, los cuatro -- ¡cuatro! -- demorados “minicheques”. Unos meses más tarde, -- por producir, con el personal y los abastecedores, innecesarias complicaciones de esta laya -- la empresa canceló al molesto, puntilloso y tal vez ya muy insoportable pagador. El comentario de Calancho había sido:

-- Las ies griegas le van a traer unos cuantos y buenos meses de ayuno al contador Ronquillo... Que haga de cuentas que ha entrado ahora en las cuaresmas y las semanas santas...

Y, cuando le contaron esto, Malaval había apostillado:

-- Claro, claro... Calancho sabe de eso y tiene mucha razón. Él es un especialista en ayunos, abstinencias y otras privaciones; y hasta - creo yo - en penitencias, autodisciplinas y faquirismos...

Bueno, como me lo contaron, se lo he contado a ustedes. Malaval relató esto -- hago memoria: con muchos detalles y gestos; sobreactuando, como hacía con frecuencia -- a un grupo de amigos, en una reunión efectuada en una casa rural de El Portete; zona ganadera cercana a Cuenca. (La hacienda La Victoriosa -- donde se halla dicha casa -- está situada en el lugar en que ocurrió la célebre Batalla de Tarqui; en la cual, los grancolombianos derrotaron a los peruanos, en 1829. Pero, claro, este hecho es parte de otro cuento. Un cuento muchísimo más largo, más tristón y mucho más complicado... Por lo tanto, vamos a dejarlo.) Y -- como varios de los episodios protagonizados, o vividos de cerca, por el pintoresco periodista -- este episodio de Calancho terminó por meterse en la tradición oral del más o menos chismoso mundillo universitario e intelectual de Cuenca. Y seguía circulando, en las reuniones sociales, aún en años recientes; contado ya -- con muchas deformaciones, variantes

y añadiduras; y con mucho menos habilidad que la de Malaval – por repetitivos y, con frecuencia, chapuceros e inoportunos anecdotistas.

Y otros casos y cosas más... Por ejemplo, aquello del cuento ANÁLISIS INTEGRAL DEL LANCACHISMO; escrito, hace unos quince años, por Cristóbal Ruiz Valladares. (Alguna vez, alumno mío, en la Universidad Austral; luego, amigo y compañero de charlas; al igual que de otros varios profesores de la institución.) El relato fue publicado, por primera vez, en EL ESMERIL; un semanario humorístico local; bastante bueno, dentro de las usuales limitaciones de semejantes empresas. Trata evidentemente de Calancho; sólo altera el orden de las sílabas de sus apellidos y cambia sus nombres de pila. (Servando Julián Lancacho y Répez. Alrededor de este personaje, giran unos cuantos más, incluido Casales; varias personas conocidas, y una buena cantidad de variopintas personitas.) De pronto, con este trabajo, Ruiz se hizo conocer bastante en la ciudad. (Aunque ya antes, se había destacado en LA PALABRA SUELTA; una revista literaria juvenil, que solía estar plagada de practicantes de eso que en algún momento se llamó “el rayuelismo de Cortázar”). Malaval elogió, en EL HERALDO, los primeros cuentos de Ruiz. Pero no dijo ni una sola palabra del ANÁLISIS... (Quizás hizo bien, para no dañar a su colega, Calancho; para no difundir y hacer más grande la burla... ¡Pero, no...! Malaval no suele hacer esas consideraciones altas; no es precisamente capaz de esa clase de solidaridades generosas o caritativas. Hay, al respecto, una explicación más probable y mucho más congruente: Le molestaba el éxito de EL ANÁLISIS... Después de la muerte de Estarellas, Malaval creyó que la cumbre del humorismo cuencano le correspondía a él... Y a nadie más que a él. Ergo: Por su propio bien y su propia conveniencia, mejor callarse, en blanco y negro, esta vez... (Hagamos silencio en la noche; para que mañana, cuando salga el Sol, no se hable nada más del asunto... -- como él mismo solía decir.) Pero, impensadamente, el cuento dio para largo hablar. Y, transcurridos unos meses, Malaval – talvez a regañadientes y sincerándose entre copa y copa – les había dicho, a varios de sus amigos, que, en su género, EL ANÁLISIS... era lo mejor que se había escrito, en Cuenca, después del famoso folletito titulado DE INGAPIRCA AL VATICANO, de Eduardo Cevallos García. Bueno, volviendo al centro del camino, con aquellas divertidas veinticinco paginas, Ruiz fue – secundariamente y, quizás, sin haberlo pensado bien y en modo debido – bastante cruel con Calancho. (Todavía puedo recordar, con mucha claridad, las risotadas y los comentarios de los estudiantes; que leían el cuento, en común y en alta voz, en los patios de la Universidad de San Gregorio.) Y se notará, también, -- creo yo -- que hay algo de embarazoso e incomodo en todo esto. (Para el burlado, naturalmente; e igual, aunque menos, para el burlador despiadado; quien provoca, en los lectores sensibles, algunos sentimientos ambivalentes y confusos; y, en fin, desde luego, para varias de las personas que se mueven en la periferia de la burla; éstas gratuitamente salpicadas con el agua barrosa...). Es que, cosas como ésta, son, por una triple razón, acertadas, equivocadas y chuecas. Viéndolas con ojos benignos, talvez, la maldad y la ligereza se puedan comprender y perdonar por esos apuros de éxito y las normales irresponsabilidades de la juventud... Pero hay otros que también cometen acciones parecidas. ¿Y no son éstas verdaderamente imperdonables, cuando las llevan a cabo, de manera intencional y premeditada, escritores viejos, diestros y amargados? (Y, claro, en efecto, eso ha ocurrido, muchas veces, en la historia literaria de Cuenca; ciudad que, por alguna razón – que ya se debiera haber encontrado y manifestado – es tan proclive a las envidias intelectuales; a las polémicas agrias, y a las más duras y casi increíbles diatribas.) Y, en este punto de la narración de Calancho, ¿no estaré yo quizás exagerando lo de la crueldad?; ¿no la estaré percibiendo malamente? ¿No se ha dicho, acaso, que es preferible que hablen mal de

uno -- o que se burlen de uno -- y no que lo ignoren? ¿Y la compasión no es, la mayor parte de las veces, un puro fariseísmo? (Acordarse del mismo Calancho; en el comentario sobre Estarellas.) ¿Y, en qué medida, esta compasión, chirle y lejana, -- que ahora siento por el pedagogo -- es autentica, buena, empática? ¿Y, por otra parte, la crueldad no es parte de la vida? ¿No es algo bien conocido que los niños son crueles? Y los jóvenes también. Y los viejos, ¿no? Acabamos de mencionarlo. El hombre es cruel; y la crueldad es humana... ¡Se acabó! Bueno, a propósito de todo esto, me contó, un día, Joaquín Zamora Berrezueta -- un muy inteligente, original y estimado amigo -- que, en cierta ocasión, Ruiz le pidió perdones a Calancho. Había sido en un salón de la Casa de la Cultura; durante uno de esos cócteles que siguen a las presentaciones de libros. Y que, el español -- con digna, derecha, y muy justificada altivez -- se había limitado a decir:

-- Lo escrito, escrito está... Dejemos, señor, así, la cuestión; sin quitarle, ni agregarle nada.

Y, además, ese buen numero de exageraciones y chistes... Uno. Debido a la inflación, Calancho -- se decía -- pagaba un arriendo casi nominal por su cuarto. (Creo que era, en realidad, un departamento pequeño.) Había ganado, hace varios años, un juicio de inquilinato; y -- como cancelaba puntualmente, en el juzgado o en un banco, el canon estipulado -- no lo podían sacar. Debía soportar, en cambio, de parte de los dueños, una serie de hostigamientos: cortes inexplicables y frecuentes de la luz y del agua; prohibición de usar la terraza para secar la ropa; escaleras incompletas en el acceso a su piso; y misteriosas goteras. (Estas goteras solían aparecer, justa y precisamente, cuando él estaba de viaje; y él mismo, pobre, debía ingeniar para taparlas. Hay que saber que Calancho vivía en el penúltimo, o último, piso, de un edificio muy céntrico). Dos. La afirmación -- dicha por algunos con ingenua y verdadera seriedad; como si Calancho no pudiera prepararse un sánduche, freírse unos huevos, o hervirse una sopa -- de que el pedagogo sólo comía en los paseos campestres de los profesores y los estudiantes; y cuando le invitaban sus paisanos... (Invitaciones muy raras, -- se agregaba -- debido a la muy conocida y reconocida tacañería peninsular.) Tres. Aquello de que viajaba a Europa con un maletincito de ropa y un maletón de bananas y latas de atún; provisiones, éstas, que le permitían ir y regresar, sin pisar, para nada, los caros restaurantes del Viejo Continente. Y, en el mismo tema, el complemento de que dormía siempre en los aeropuertos y en las estaciones de buses y de trenes. (Con una cuerquita atada a las maletas y a su brazo derecho; para que no le robaran ésas, mientras él se hallaba en los brazos de Morfeo.) Cuatro. Y, en fin, la otra afirmación de que era el hombre más hábil del mundo, en el arte de obtener, gratuitamente, diarios, revistas y libros. Y el agregado de que era capaz de leérselos todos; y que -- cuando había agotado tales publicaciones -- leía, además, hojas volantes, catálogos comerciales, folletos de uso y mantenimiento de maquinaria y guías telefónicas... Con semejante voracidad papelera, -- concluyó una vez Malaval -- es sencillamente lógico que Calancho padezca un permanente e incurable empacho del mate... Y, así, se explica que hable como habla; y escriba como escribe. Al respecto, otras palabras, más o menos precisas, de José Edmundo Malaval, jefe de redacción de EL HERALDO: ¿Te acuerdas, Viñeros, de la vacua palabrería de ese periodista quiteño al que llamaban Don Galimatías Pascal? / Sí. / Bueno, eso mismo es lo que hace Calancho; pero, en el viejo, ilustre y prestigioso castellano de La Mancha. Que, de paso, no le sirve de mucho. En fin, Viñeros, Calancho hace una sopita de letras, con mucha agua y poquísima sal... / Sigo yo. ¿Hay que decir siempre todo lo que uno piensa? No, por supuesto... Me callé, entonces, lo primero que se me ocurrió. (Ahora sí lo digo: Malaval, ¿no eres tú el responsable de la calidad de la página editorial de EL HERALDO?) Y

bueno... Y, ahora, -- ya llegados a esta altura -- no hay punto cinco. Se agotaron aquí, con muy oportuna justeza, los numerosos detalles de este párrafo. Adelante.

Los artículos que Calancho escribía eran, en general, abstrusos y cultos. ¿No eran, por lo tanto, la sopita de Malaval? No, no lo eran. Eran, más bien, eso que los periodistas de aquí suelen calificar como “densos”... (Quieren decir, con tal calificativo, que son artículos teóricos, difíciles de entender, carentes de interés...) Y estaban llenos de una información, y unas consideraciones, dispersas y desordenadas; y hasta, con bastante frecuencia, impertinentes. Carecían de estructuración; eran invertebrados, para decirlo con un característico, famoso y gráfico adjetivo de Ortega y Gasset. Y, en ciertas ocasiones, resultaban vaporosos, etéreos, inasibles. Sólo de vez en cuando, se sorprendía, en ellos, algún criterio preciso, acertado, inteligente o atrevido; o alguna cita pertinente, sabia o llamativa. Pero no eran, por otra parte, escritos petulantes, ni pedantes, ni crípticos. Eran, simple y directamente, bodrios educados y sosos; fanesca sin pescado, como se dice -- en forma popular y con color local -- en el Ecuador. (La fanesca es un suculento guiso de granos tiernos, verduras y bacalao salado; que se prepara, en el país, en la Semana Santa). Además, -- muchas veces y sobre todo al principio -- Calancho escribía lo que los mismos dichos periodistas llamaban “artículos de compromiso”. (Es decir, escritos solicitados obviamente por personas de su entorno; o producidos, de manera espontánea, por la especial idiosincrasia del pedagogo: medio sencillón, inseguro, despistado, laudatorio y algo oficioso.) Eran, estos, en general, comentarios sobre obritas literarias, sobre revistas académicas, sobre conferencias, sobre reuniones y encuentros de intelectuales, sobre la acción de entidades y grupos culturales, etc. (Y constituían, junto con otros artículos, -- de Malaval, principalmente -- el flojo sucedáneo de lo que debiera haber sido, en EL HERALDO, una buena sección cultural.) Algunos de estos escritos merecieron, en verdad, una pasajera atención; naturalmente, -- creo yo -- sólo de parte de los mismos interesados y sus, de estos últimos, escasas personas relacionadas. Pero, aquel incipiente interés no duró mucho. Explicable... Pues, resulta que el público lector -- aunque a menudo no lo adviertan los directivos y los editores de los diarios -- tiene sensibilidad, inteligencia y buen criterio. En su mayoría, no es tonto... Y suele dar -- momentáneamente, hasta conocerlos -- nada más que la exacta y precisa atención que merecen los escritores que van apareciendo. (La atención del más luego, es otro cuento... Hay que ganarla con el esfuerzo constante; y con la buena suma -- si la hay -- de los resultados favorables...) Así, pues, en buena lógica, cuando los lectores percibieron la inevitable tendencia de Calancho a la alabanza grande, general, y casi gratuitamente adjudicada, dejaron de interesarse en sus escritos; y les dieron, al final, la poca importancia que tenían. Y, --¡claro! -- sí todo es tan bueno, entonces, en definitiva, nada es muy bueno, y, ni siquiera, es bueno... En consecuencia, suficiente. Calancho había sido ya evaluado por los lectores... Calificado... El que, en un lado, era calificador, en este otro, resulto calificado... Y la mayoría de los lectores -- que tienen una conducta coherente -- dejó de leerlo. O sólo le daba un vistazo al pasar... Bien, volveré sobre esto más adelante; porque hay, a propósito, algo más que decir; pero, no lo voy a decir aquí y ahora. Puede esperar...

En esos mismos años, en cambio, crecía la influencia de Malaval, en los círculos culturales de Cuenca. El periodista se convirtió, más bien pronto, en el más conocido crítico local de arte. Y, en poco tiempo, -- de modo, en general, bastante caprichoso, errático e incongruente -- hizo varias famas literarias lugareñas. Y, luego, en un par de casos al menos, hasta trató de deshacerlas... (Cuando el antiguo favorecido, adulator o incondicional, se enemistaba con él. Recuerdo el título de uno de estos escritos deshacedores: “Nos

Equivocamos con Vásquez...” Y, al día siguiente, para supuestamente rematar al ingrato, otro: “Vásquez, Alma Femenina y Engañadora...”) Por otra parte, promocionó a improvisados y fugaces grupos de teatro; deseó larga vida a varias efímeras y muy mediocres revistas culturales del país. (Era, en lo último, tan ambiguo, a veces, que uno no llegaba a saber si estaba, verdaderamente, estimulando a los entusiastas novatos; o, perversa y sádicamente, burlándose de ellos.) Además, recomendó toda clase de presentaciones de payasos, titiriteros, recitadores, cantores e ilusionistas. Y, también, alabó decenas de filmes de todo origen, calidad y tema. Bien, al escribir – al contrario de la involuntaria o descuidada tediosidad discursiva de Calancho -- Malaval logró con el tiempo un estilo ligero, ameno y bastante claro; aunque formal y conceptualmente desordenado. (Coherencia, en verdad, nunca logró. Es que no la tenía...) Al desarrollar el asunto, iba disparando, aquí y allá, chispazos de humor y fuertes sarcasmos. Estos detalles eran los más celebrados por sus lectores. Y era, Malaval, también, ocasionalmente, capaz de aparecer como muy informado, docto y penetrante. En tales oportunidades, consciente o inconscientemente, imitaba a Estarellas... En lo ideológico, -- algo siempre sensible y delicado en los mundillos de la cultura y de las clases dirigentes provincianas -- Malaval se las arreglaba, quizás astuta y cuidadosamente, para mantener tranquilos y conformes a izquierdistas y derechistas. (Exceptuando unos cuantos militares acusados de reaccionarios y otros tantos políticos rotulados como fascistas; elenco suyo, propio y disponible, del que sacaba -- según las conveniencias del momento y la situación -- sus satanes nacionales mayores o menores. En unos pocos de estos casos, su mano se le fue... Es que su genio... Y, de vuelta, también, claro, recibió lo suyo...) Al no hablar nunca mal de Fidel Castro, (tampoco bien, en realidad; pero callaba para otorgar), ni del todo mal de Lech Walesa (personaje de sorprendente conducta; sindicalista que se coloca bajo el generoso paraguas del Papa; talvez un buen hombre, aunque, ciertamente, incitador de mayúsculas confusiones...) evitaba las dificultades que trae el tomar, con valentía, una posición; o el asumir, con derecho, actitudes netas y claras. Y, también, evitaba, desde luego, la objetividad, el equilibrio honesto, los necesarios distingos, los matices y las precisiones. (Se movía, pues, Malaval, en la media luz, en la penumbra; en el área incierta de las semiverdades y los sofismas... Y -- para quienes directamente no lo querían -- en las muy feas áreas de las dudas y las conveniencias... Las cosas del periodista...) Calancho, en cambio, no quería, o no podía, ocultar sus ideas; que eran contrarias a las dictaduras y los totalitarismos. (Aunque, -- como puede suponerse -- poca trascendencia tuvieran; dado el escaso alcance y la falta de atractivo de sus escritos). Más: A toda su preparación y habilidades, Malaval agregaba -- lo que le permitía una superior eficacia y rotundidad -- el peso de su poder burocrático; el hecho, importantísimo, de componérselas para desempeñar, casi siempre, funciones culturales en una o más instituciones públicas. (Permisos docentes y comisiones de servicio de por medio.) Malaval sabía copar los espacios que apetecía... Así, llegó a constituirse -- como se afirmaba, a veces -- en un zar de la cultura cuencana. Y no es de extrañar, por ello, que los buscadores de favores culturales y publicitarios lo rodearan casi a todas horas; y, de paso -- para ganarse su voluntad -- lo adularan y lo complacieran. (Malaval gozaba notoriamente de semejante superpoder...) En tal estado de cosas, -- es decir, frente al enorme y aún creciente peso del periodista -- Calancho era apenas una hojita de otoño o un livianísimo globo de helio. Muy poco... O, mejor, casi nada, frente a casi todo.

La vida siempre tiene sus vueltas. Quiero decir que cambia, de múltiples maneras, las posiciones y las importancias de los hombres. Pensar que cuando Calancho llegó a Cuenca, -- con sus estudios y títulos, admirables para nosotros los alumnos -- Malaval recién egresaba de la Universidad Austral. (Tenía una licenciatura en Humanidades; sin ninguna

especialización, ni cursos pedagógicos. Cuando tales estudios se establecieron, el periodista no los siguió. Algunos otros egresados recientes, en cambio, añadieron voluntariamente un par de años a sus carreras.) Y Malaval empezaba a hacer sus pinitos en la docencia y la prensa. (Que le costaron bastante; por lo que se comentó de su desempeño en las aulas; y por lo que yo mismo iba leyendo en EL HERALDO.) Sus primeros artículos no eran defectuosos; eran deplorables... Y algunos que siguieron -- tiempo después -- fueron apenas aceptables. Es que Malaval no es laborioso, ni prolijo, ni ordenado, ni sistemático, ni disciplinado. Es improvisador, espasmódico, facilista, inmediateista; efectista, a veces... Y, por eso, falla en su rendimiento; a pesar de su buena inteligencia y de sus ventajosas aptitudes. (Lo de siempre: La voluntad y el trabajo son los medios que con más frecuencia llevan el éxito; y, así, escalafonan a las gentes. Y, al contrario, quienes carecen de tesón y empeño...) Pero -- superadas las primeras y muy considerables dificultades; o no superadas realmente, mas sí obviadas de algún modo -- fue progresando de manera rápida; en el periodismo sobre todo. (En la docencia, quizá algo menos. Pero, en esto, sabía simular y disimular... Presumo que enseñar -- tarea dura, si se la toma en serio -- nunca le interesó mucho; salvo por el lustre y la distinción que una cátedra universitaria puede dar...) Y Malaval supo trepar y supo acaparar... Hay que reiterarlo. Y supo arreglarse, bien o mal, con las izquierdas; que, de una u otra manera, manejaban la cultura oficial y burocrática del Ecuador... Calancho, en cambio, -- como catedrático y como escritor -- se quedó prácticamente en su punto de partida ecuatoriano. Y no se arregló con nadie; ni siquiera con una postiza y temporal familia política, la familia de una esposa o una conviviente; o con cualquier grupo de amigos... No avanzó... Y, más tarde, -- cuando debió dejar la Universidad Austral -- hasta, pareció retroceder en forma inesperada, brusca e irremediable. Y, en este punto, ya Malaval había descontado de hecho -- mediante la simple práctica -- las más bien aparentes ventajas de Calancho. (El periodista -- un aficionado solamente -- nunca hizo ampliación de sus propios estudios, ni cursos específicos de comunicación, ni posgrados; ni, al menos, unos pertinentes y básicos estudios autodidactas. Pero ya había logrado escribir mejor que el pedagogo; y ya era funcionario consolidado de dos o tres instituciones.) Parafraseando a Neruda: Calancho y Malaval -- aquellos, los de hace unos años, los de entonces, -- ya no eran los mismos... Otra vuelta de la vida se había cerrado y completado.

Y pensar, también, en lo que la misma vida niega; en lo que le negó a Calancho. Si el pedagogo hubiera tenido un poco de sentido común; y hubiese sido un escritor de mediano talento, habría hecho -- en el limitado y poco exigente medio provinciano -- una de esas carreras que llegan a ser, en definitiva, útiles, meritorias y reconocidas. (Porque no hay que regatearles -- creo yo -- de ninguna manera, ni méritos, ni reconocimientos, a esos constantes y esforzados miembros de las segundas y terceras filas intelectuales). Pero no... Por alguna razón, que tal vez la Siquiatría explicará -- ¿fragmentación de la personalidad?, ¿pérdida de contacto con la realidad?, ¿síndrome de Funes, El Memorioso?, ¿bulimia intelectual? -- Calancho solamente era capaz de recolectar materiales e ideas. Y era incapaz de articularlos, de organizarlos; de hacerlos comunicables y funcionales; de darles brillo y hacerlos atractivos. Y era, por lo tanto, incapaz también de convertir la información en conocimiento propio y adecuadamente asimilado. Y, luego, -- la operación más alta de la mente humana -- incapaz de convertir el conocimiento abundante en sabiduría. (O, lo que puede ser lo mismo, en último término, de llegar a esa cosmovisión que, -- según me dijo una vez Osvaldo Yépez Dimare, un extravagante periodista quiteño, pensador aficionado -- más bien tarde y a larga, nos pondrá, a algunos de nosotros, sólo a unos pocos, muy pocos, elegidos por los discriminadores dioses del conocimiento, en verdadero contacto, unión y

paz, con el mundo, la vida, la integralidad, la totalidad, la esencialidad y la otredad.) Bueno, bueno, no quedan dudas de que ésta, de Calancho, es una muy triste condición. Y lo es, sobre todo, para un pedagogo y para un escritor; uno y otro profesional, claro, son comunicadores... Es que, en el fondo, este defecto es una básica y desgraciada falla de la función de pensar y de razonar. Algo que frena el proceso intelectual. Es como sí, en el mismo principio, inexplicablemente, la curiosidad mental fallara. Tal vez mejor y más gráficamente: Es como sí una chispa, producida por la bujía de un automóvil, se encontrara con un agua; y no, con la gasolina que corresponde... Y, entonces, el vehículo, bien terminado y bien pintado, se quedará allí, en el garaje; y no podrá andar y desplazarse. Y ya estamos hablando, en consecuencia, de una ineficacia mayor, enorme. Pero, caramba, en fin, si de ineficaces se trata, no parece haber tanto que lamentar; o, muy al contrario, hay tanto, tanto que lamentar, que, verdaderamente, tampoco importa... Lo muy escaso y lo muy abundante... Es que la ineficacia es general y extendidísima... El mundo parece estar repleto de funcionarios que no funcionan; de profesores que no enseñan; de supuestos filósofos -- titulados en Filosofía -- que no piensan; de abogados que no saben ni pleitear, ni llegar a acuerdos; de ingenieros sin ingenio; y de médicos que ni previenen, ni curan las enfermedades, o hasta matan... Y -- como decía Estarellas -- el mundo no se ha parado por eso. Ni se va a parar. Sigue y seguirá su marcha de siempre: indiferente, rauda, constante, segura...

Y ahora me doy cuenta que he llegado -- por otro camino -- a un lugar al que el dicho Estarellas ya había llegado antes que yo: el de los profesionales prescindibles. Claro... Esto de los ineficaces, ¿no es aproximadamente lo mismo? Sí, sí; más o menos. Pero, ¿no me estoy ahora contradiciendo, confundiendo? ¿No pensé -- hace sólo un momento -- en los esforzados miembros de las segundas y terceras filas intelectuales? No; no hay contradicción, ni confusión. Los segundones y tercerones no tienen por qué ser ineficaces. Más bien, todo lo contrario: pueden ser muy eficaces. Pueden ser buenos comunicadores, buenos elaboradores de textos, buenos expositores, buenos compiladores, buenos críticos; eruditos incitadores, aunque no tengan su obra propia; buenos tutores, buenos administradores quizás... En fin... Serían prescindibles sólo por ser reemplazables; no, de ninguna manera, porque sean numerosos y sobren; o porque no hagan falta en su conjunto. En verdad, -- como tantas veces -- Estarellas exageraba; para iluminar un punto oscuro; para llamar fuertemente la atención, cuando era necesario; para hacer pensar... Y hay, incluso, -- como matizó el maestro en otra ocasión -- gentes realmente imprescindibles: los investigadores, los creadores, los inventores, los imaginativos, los organizadores, los renovadores... Es decir, los pioneros, los estrategas, los líderes... Y, claro, entre estos y el grueso de la sociedad, están las referidas segundas y terceras filas. Por supuesto..., ¡desde luego! Entre los estrategas y los combatientes, deben estar los capitanes y los sargentos. Así es la cosa... La jerarquía, el escalafón, el orden... Y, más allá de estos, -- en lo más amplio -- el diseño, la organización... Y, en los mundos y en la vida, todo está interrelacionado; todo se incluye en pequeños y grandes sistemas. (Desde los sistemas atómicos y moleculares, hasta las galaxias.) Por eso, al tratar un asunto, cualquier asunto, -- a la corta o a la larga -- todo se liga, se entrelaza, se complejiza. Todo se problematiza. Para decirlo con la metáfora de Borges, los caminos se bifurcan... Y todo tiene, y todos tenemos, un sitio, un campo de acción y movimiento, una función. ¿Cuáles serían los de Calancho? ¿Llegaré a determinarlos alguna vez? Bueno, cambiemos. A otro costado.

Aunque no sé exactamente por qué, yo leía siempre los artículos de Calancho. Quizás fuera sólo por esa vieja y casi mecánica costumbre – adquirida en algo más de un cuarto de siglo en las aulas – de esperar, casi con esperanza, algún destello de gracia, algún toquecito de interés, alguna traza de imaginación, o, al menos, algún aislado dato significativo o curioso, en tantas exposiciones largas, monótonas, sosas e ineptas. O es posible que fuera – viendo el asunto desde una perspectiva más madura – por esa especie de estoicismo laboral que adquieren los investigadores. (El cual les permite mantener sus ojos invariablemente atentos sobre metros y metros de material escrito o impreso, casi siempre intrascendente y fofo, pero potencial e inesperadamente, útil y revelador. En otras palabras, ese hábito de atención y paciencia que le convierte a uno en un pescador intelectual.) Un último intento de explicación: la valiosa regla de que un escritor debe tener siempre muy en cuenta lo que hay que evitar. Y, para ello, nada mejor que leer de vez en cuando a los colegas; en forma atenta, detenida, analítica y profesional. Es decir, notar sus descuidos, hallar sus equivocaciones, determinar sus flaquezas; y, así, evitar sus defectos, sus fallas, curarse uno mismo en salud. La mayor parte de los lectores que aquí conozco, en cambio, hacía, en esto, lo que es más usual y esperado: directamente saltaba la columna de Calancho. Yo, pues, como otras veces, caía en las excepciones... (¿Buscador obstinado?, ¿sencillón iluso?, ¿lector adicto?; ¡ qué sé yo!). Pero, ¿por qué? ¿ Por qué esta neta excepción especial y, apenas, otras dos o tres similares? ¿Y no tengo yo, también, la costumbre de saltar, sin vacilaciones, las columnas de los pelmas, de los insoportables, de los verbalistas, de los vacíos, de los oropeleros? No hallo, pues, -- para mis lecturas de Calancho -- una explicación plena y convincente. Vaya... Suficiente. Desisto. Esta averiguación no da resultados. Bueno, por ahora; porque quizá más adelante... Pero, en todo caso, algo gané: Tales áridas lecturas me permitieron comprender mejor al pedagogo; y – de rebote, de carambola, o de adehala – me permitieron también entenderme mejor a mí mismo. Conclusión personal del punto: Para los textos utilitarios, sin interés, tengo una elástica y más bien grande capacidad de aguante. Y, para el material instructivo, interesante, recreativo y de pasatiempo, soy, en general, un lector exigente y hedonista. Conócete a ti mismo... Analízate... Críticate... Algo aprende uno cada día, algo descubre...

¡Ahh...! Y esas alusiones que, de vez en cuando, Calancho deslizaba, malintencionadamente, en sus bodrios. La mayor parte de las ocasiones, tales censuras – que sugerían, nada más, al destinatario – iban dirigidas a sus paisanos residentes en Cuenca o en el Ecuador. Así, desde luego, Calancho se arriesgaba en alguna medida. (Escribir siempre tiene sus riesgos. Y el periodismo de opinión -- cuando puede perjudicar a individuos o grupos -- los tiene en mayor grado. Y el riesgo crece, en este último caso, cuando el escritor es arrogante, vengativo o temerario). Reiteremos la precisión: Sólo en alguna medida. Porque Calancho se protegía, al mismo tiempo, con un cierto disimulo y una cierta cautela; era, pues, un tanto solapado, aunque no mucho. ¿Por qué lo hacía? El procedimiento era bastante feo... No era necesario... ¿Y habrá pagado Calancho alguna vez sus más bien triviales y veniales atrevimientos? No lo sé. Pero sí resultaba, por excepción, francamente solapado cuando el destinatario de la pulla era algún mediano o grande personaje local o nacional. Sin poder, aparentemente, privarse de la crítica, Calancho tomaba en tales ocasiones unas notorias y casi excesivas precauciones. Entonces, el velado del texto – en cuanto a conceptos, palabras, insinuaciones, señales ... -- se volvía más cuidadoso, más denso o más tímido; mucho más difícil de ser atribuido en concreto. Otra vez: ¿Por qué, para qué? ¿Comportamiento irracional? Al contrario, sí ponía los nombres correspondientes, sin dudar, cuando los aludidos eran personajes famosos y remotos. (Franco, Castiella, los

hermanos Goytisolo Gay, Fraga Iribarne, Ortega y Gasset, Neruda ...) La distancia física, la muerte o el desconocimiento de los juzgados le ponían a Calancho, en semejantes casos, detrás de unas muy seguras vallas protectoras. Malaval -- digámoslo al pasar -- hacía lo mismo en esto último, pero con mayor arrogancia y ostentación.

Ortega y Gasset... Ortega y Gasset no iba a salir de la tumba, porque Calancho le recordara que -- al igual que aquel famoso Rey Carlos -- había sido primero de España y quinto de Alemania. O porque se le mencionara como Ortega y Gaceta; destacando burlonamente su habilidad periodística, para -- al mismo tiempo y en forma mezquina -- regatearle sus meritos como filósofo. O porque se dijera que el pensador madrileño no era nada más que una ortega; es decir, un ave gallinácea, que no llegaba a ser ni siquiera una buena gallina; y menos, mucho menos, un cóndor... Y pensar que el mismo Calancho nos dijo una vez, en clase, que salía temprano de la residencia de estudiantes, o algo así, para comprar el diario EL PAIS; y leerle, en seguida y en primer termino, a Ortega; y que muchos lectores hacían lo mismo... En su trabajo periodístico, pues, -- por lo dicho por el pedagogo y por otros -- Ortega era una destacada firma, una estrella... Pero,... ¡Ajá! ¿Así que Calancho también pasó, respecto a Ortega, de una gran admiración inicial a una cierta y posterior subestimación despectiva? Como tantos otros... ¿Y por qué habrá provocado Ortega estas típicas y contradictorias actitudes? ¿Por qué incitaba esa especie de brusco e intenso enamoramiento intelectual; y, a continuación y más bien bastante pronto, esa otra especie de inevitable y profundo desencanto? ¿Cansancio de la claridad, de la gracia, del chisporroteo verbal? Pero, ¿por qué, por qué? Si estas cualidades son tan buenas y tan escasas en la grey de los escritores, en las filas de los académicos... Otro aspecto, quizás: ¿El desagradable descubrimiento, o la sospecha de la existencia, de unas débiles bases iniciales? Y, por lo tanto, la revelación súbita de lo aparente, de lo pedante, de lo superficial, de lo incompleto, de lo artificioso, de lo presuntuoso? Hay que pensarlo... Analizarlo... Pero, bueno, ¡basta!; que -- por seguir el camino de Ortega -- voy a abandonar el de Calancho. Paré a tiempo. Iba ya a mencionar lo que, sobre Ortega, dijo Bergson; lo que dijo Henríquez Ureña. Y, por ahí, iba a caer en una notoria y flagrante digresión. ¿En el lancachismo de Ruiz Valladares? ¡Oh, no, por Dios! ¡Qué susto!

Y recuerdo -- a propósito de estos escritos de Calancho -- el comentado caso de Robledo. Vicente Robledo Caraballeda -- profesor de Filosofía; uno de los últimos españoles contratados por Casales -- había llegado a Cuenca casi al mismo tiempo que nuestro pedagogo. “Un afortunado profesor extranjero -- escribió Calancho en uno de sus artículos -- se graduó de doctor, en una universidad cuencana, en forma graciosa, gozosa y misteriosa...”. Aclaraba, después, que el tal docente había recibido su título sin la obligatoria exigencia de trabajar una tesis y defenderla. Y concluía conque, alguien “en ciertas instituciones” -- aunque usted no lo crea; en forma académicamente insólita, pero absolutamente legal -- puede llegar a ser doctor, sin haber sido, antes, doctorante... Se cuidó, por supuesto, de no señalar por su nombre al importante decano que tomó la decisión; y a las otras autoridades, irresponsables u obsecuentes, que habían apoyado el anómalo y muy singular procedimiento académico. (Precisémoslo: El reconocimiento de una tesina española de licenciatura; y la concesión, por sólo ella y de inmediato, de un doctorado de Filosofía de la Universidad Austral.) Aparte de la extravagancia, tal medida delataba sin duda una mentalidad provinciana, acomplejada y colonial; la que Calancho ciertamente sugería, con su usual y habitual nebulosidad. Bueno, bueno, había, en verdad, bastante tela que cortar... (Los demás profesores españoles -- que habían llegado también con sólo su licenciatura peninsular -- habían ampliado su tesina y la habían defendido aquí. Es decir, en lo formal y

algo más, -- quizás apenas un poco más; porque las tesis no se habían publicado... -- sí presentaron su trabajo de doctorado). Pero -- lamentablemente para Robledo -- en su caso, las autoridades decidieron andarse sin vueltas innecesarias; y ser más expeditivas. Y, así, le ahorraron, al potencial doctor, la candidatura pertinente; y le pusieron -- a modo de una pequeña yapa -- el título académico máximo sobre la comunicación oficinesca del reconocimiento de la tesina de marras... ¡Listo! Nunca se imaginaron que, años después, Robledo se daría cuenta de que, en realidad, le habían hecho un muy flaco favor; de que, como siempre o casi siempre, lo barato sale caro ... Y que su privilegio, igualmente, había incomodado a unos terceros y a unas cuartas personas... (Durante un tiempo, este asunto -- parcial y literalmente extraño -- de tesinas, reconocimientos de estudios en el exterior y algunas fáciles titulaciones colectivas se discutió, de modo informal, en los pasillos y las cafeterías de la Universidad Austral. Pues, había cierta notoria inconformidad en la institución. “La vuelta gratuita del carrusel” fue el nombre que le dio Estarellas al chueco, ocasional y preferencial juego de operaciones administrativas.) Bien, sigamos. De alguna manera, Casales llegó a percibir el difuso malestar. Y -- poderoso, dictatorial, vehemente y pródigo con los peninsulares, como era -- decidió ponerle un expeditivo fin a la cuestión, con una de sus usuales y jupiterianas invectivas. Trajo a cuento el asunto, en una clase del último curso de la Especialidad de Historia; y -- cuando algún estudiante respaldó tímidamente los reclamos que circulaban -- nos espetó:

--Señores alumnos, vayan sabiendo que en España se estudia... ¿Cuál de los leguleyos de aquí tiene una formación equivalente a la mitad de aquella de los profesores españoles? ¿Cuál de los leguleyos de coloreado cartón ha hecho una tesis que valga la pena? ¡Nadie! Nadie ha hecho una tesis doctoral. Todos son doctores sin tesis. ¿Entonces...? ¡Puras envidias de mediocres...! Una tesina española es diez veces mejor que una tesis de licenciatura de aquí. Y, por último y en definitiva, no van a ser ustedes -- muchachos mocosos, simples aprendices afortunados, copiadotes de unos docentes novatos y atrevidos -- quiénes les van a negar el doctorado a sus verdaderos e ilustres maestros...

La noticia de la reprimenda se divulgó; y, aparentemente, nadie -- ni siquiera Estarellas, que hizo unos cuantos chistes más al respecto -- fue capaz de encontrar argumentos para contrarrestarla. Las tesinas recuperaron su presunto valor... Casales se impuso. Y, luego, el tiempo hizo su tarea... Y -- cuando Calancho borroneaba sus artículos -- la peregrina graduación de Robledo estaba ya prácticamente olvidada.

Pero Calancho -- con mala leche, como dicen los mismos españoles; es decir, con muchas ganas de vengarse, quizás; o, al menos, con algunas de incomodar y fastidiar -- recalentó un día la cuestión; cuando ya las cosas habían cambiado mucho. (Las prácticas universitarias ecuatorianas -- en asuntos de estudios en el extranjero y reconocimiento de títulos -- se habían vuelto mucho más burocráticas y mucho menos ingenuas). Y cuando Robledo -- persona de temperamento bastante difícil -- había reunido ya su buen número de enemigos y malquerientes. Y Calancho consiguió su objetivo; ayudado ciertamente por un imponderable: Un escandaleta. (Alguien -- empeñado en difundir y magnificar la cuestión -- exhibió el recorte del artículo del pedagogo en la cartelera del Centro de Estudiantes; colocado en una pared del área de ingreso a las oficinas de la Facultad de Filosofía. Tenía, el escrito, un par de realces amarillos y varias aclaraciones añadidas...) Hubo, como consecuencia, críticas, nuevos chistes, fáciles sarcasmos... Y los recuerdos de la comunidad

universitaria emergieron desde las capas intermedias de su memoria. Robledo – que, sin duda, no esperaba semejante y tan súbita perturbación – estaba realmente molesto. Y le había gritado a un estudiante... Bueno, a esta altura, el asunto cambió de rumbo en forma inesperada: Robledo consiguió – con una increíble oportunidad – una beca para un curso de Filosofía Francesa Contemporánea. (Que, a nivel de posgrado, se iba a dictar en Porto Alegre, Brasil.) EL HERALDO sacó -- seguramente a pedido del mismo peninsular -- una nota sobre la cuestión; destacando, con cierta evidente exageración, la importancia del “evento académico” y los méritos del becario. (Seleccionado – decía el redactor de la noticia – entre cincuenta y cinco candidatos del Ecuador y de Colombia). Así, aparentemente, Robledo logró reducir mucho el daño que le había hecho Calancho. Jorge Sacristán Grandes, un profesor de Inglés, me dijo al respecto:

-- Mire, doctor Viñeros, Robledo usa el procedimiento del clan estadounidense de los Kennedy: Minimizar, si es posible, los daños que le inflige el enemigo...

-- Robledo no es políticamente tan refinado. Creo que se defiende, nada más; como puede... Y, aparte de eso, ha tenido mucha suerte. -- le dije yo.

Pero, Robledo no pudo librarse del remate de la cuestión. Cuando partió, el pedagogo le lanzó una nueva pedradita; esta vez por la espalda: (... aquel profesor que, para valorizar su gracioso título académico, se ha marchado a tierras cariocas con el fin de seguir un curso de Filosofía Tropical...) Los enemigos de Robledo rieron de buena gana; el Centro de Estudiantes colocó el nuevo artículo, con otros realces amarillos y más aclaraciones, en su cartelera; y – una vez que el malquerido y burlado profesor ya no estaba – se acabó el episodio. Y los escritos de Calancho volvieron en seguida a su casi usual anonimato e intrascendencia. ¿Habrán dejado pasar Malaval, -- como jefe de redacción de EL HERALDO – a sabiendas y adrede, tanto los ataques de Calancho como la reivindicación de Robledo? Muy probablemente. Él suele gozar con esas rencillas pueblerinas; que, además, para su ventaja, le convierten en arbitro de contendientes y manipulador de famas...

A raíz de este conflicto, surgieron las conjeturas sobre los intentos de reingreso de Calancho a la Universidad Austral. Y, como consecuencia de ello, del origen de la rivalidad de los dos peninsulares. Unos estudiantes -- actores de teatro -- hicieron reír a la facultad con la supuesta discusión del castellano y el andaluz. (Robledo es natural de Colmenar, un pueblo cercano a Málaga). Bromas y representaciones humorísticas aparte, parece probable que Robledo -- cuando era decano -- le diera largas larguísimas a una informal solicitud de Calancho. (Esperemos el momento adecuado...; que, para desesperación de este último, nunca llegaba). Quizás Robledo – con alguna razón, por cierto, y lamentablemente para el pedagogo – quisiera evitarse unas gestiones más o menos embarazosas y talvez bastante difíciles. Bueno, al cabo de tales dilatadas esperas, un día, -- se dijo – los dos académicos habían discutido agriamente; y se habían ofendido duro y mucho. Resultado: Calancho y Pérez y Robledo Caraballeda – ilustres e ilustrados representantes de la España Peregrina; como solía decir Estarellas, jugando con los dos sentidos del adjetivo aplicado al nombre del país – se habían convertido en enemigos cordiales, viscerales, generales e integrales. Y ya que cité a Estarellas – y por tener varios puntos de contacto con esta historia – voy a consignar aquí nuestro diálogo sobre el tema de la España Peregrina:

-- ¿ Te refieres, Viñeros, a la emigración que resultó de la Guerra Civil, a los exiliados?

-- Sí; a ellos; principalmente, a los intelectuales y artistas; como José Gaos, Luis Buñuel, Manuel de Falla... Esos exiliados constituyen la España Peregrina; Peregrina con mayúscula... ¿Verdad?

-- Así es. Se ha usado, en esta expresión, el sentido principal del adjetivo: la erranza. La España Peregrina sería el conjunto de gallegos, más o menos republicanos, que se ha desperdigado por tierras foráneas. Pero yo prefiero usar el otro sentido: el figurado, el más amplio, el más adecuado al sustantivo sustancial: la extravagancia. Perdóname la reiteración. Es necesaria. Bueno, ya lo ves, lo que yo quiero decir es la España estrafalaria...

-- ¿Por qué estrafalaria?

-- Porque todos los gallegos son peregrinos, Viñeros. Son estrafalarios. Lo son los que viven aquí, en América; los de la Península; y los que ya están en el alto y glorioso Reino de los Cielos... ¡ Ahh! Y, también, los del bajo y ominoso Reino de los Infiernos...

-- Entonces, ¿ todas las españas, todas, son peregrinas? Sin excepciones...

-- ¡Claro! Como diría Cortázar: Todas las españas peregrinas, la España peregrina. Aunque yo preferiría decir mejor: Todas las pequeñas galicias peregrinas, la Gran Galicia peregrina. Es lo más exacto.

-- Usted sostiene, doctor Estarellas, que lo peregrino – estrafalario -- es algo inherente a los españoles; que los españoles son peregrinos por naturaleza... Entonces, ¿decir España peregrina no sería una especie de redundancia? ¿No bastaría con decir simplemente España?

-- ¡Sí! Claro. Lo que es plena y notablemente sustancial no requiere adjetivos...

-- España peregrina... Sería, entonces, como decir mar húmedo, desierto seco ...

-- Correcto. Ya lo dijiste: redundancia. Estás en la línea precisa, Viñeros.

-- ¿ Y los vascos y los catalanes? ¿Serían también peregrinos?

-- Hilas demasiado fino, Viñeros. No voy a dilucidar ahora ese problema. Quizás, un poco más adelante... ¿Y qué me dices tú, en cambio, de aquello de las españas de América?

-- Aquello de que la América Latina comienza en los Pirineos; y España termina en la Tierra del Fuego...

-- Eso mismo. Pero, los gallegos no dicen América Latina; dicen Hispanoamérica... Bueno, ¿qué te parece?

-- Es la retórica de los “proyectos” o “concepciones” de la Hispanidad. En palabras tuyas, doctor Estarellas, podría ser algo como la Gran Galicia amplificada... Casi, -- diría yo -- directamente propaganda franquista ...

-- Quítale el casi. Es eso y eso... Deseos, sueños y palabras altisonantes de los gallegos... Y ,desde el punto de vista local, versos y música para los oídos de Casales...

Y debo anotar, en este punto, que las destemplanzas de Calancho eran, relativamente hablando, -- es decir, desde el punto de vista de las costumbres periodísticas locales -- cosas de poca monta. Ciertas publicaciones -- semanarios, bisemanarios, revistillas -- se fundaban, hasta la década de los sesenta, en parte, con el fin de mofarse de personas y grupos determinados; de escandalizar, de vociferar, de irritar; y, aun, de calumniar. (Algo dije sobre esto un poco antes). Y no faltaba, por ahí, algún amargado que se costeaba nada menos que una publicación especial -- un folleto usualmente -- para satisfacer una antipatía o tomarse una venganza. Y así, -- con un morbos y público regocijo alrededor -- se ponía en la berlina a un enemigo intelectual, a un artista de fama, a un cura extravagante o pretencioso, a un autor en carrera ascendente o a un político bien situado. Y, con frecuencia, incluso, las befas elementales y despiadadas pasaban -- ante la opinión mal formada, deformada o vulgar -- como buenos y permisibles escritos humorísticos. (Humorismo montalvino... -- solía decirse. ¿Humorismo?) Recuerdo, en cuanto a esto, una anécdota que me contó Estarellas. ¡Otra vez, Estarellas! Vuelvo con frecuencia a Estarellas... Bueno, sí, el padre de éste, -- a finales de la década de los cuarenta -- había viajado a San Juan, Puerto Rico; para asistir a un congreso de médicos. Se encontró, allí, con un destacado colega estadounidense; el doctor Ralph Postun; quien -- por ciertos estudios de enfermedades endémicas del Ecuador -- había vivido casi veinte años en la ciudad de Cuenca. Postun interrogó a Estarellas padre:

-- ¿ Cómo van las cosas, Antonio, en la querida Atenas del Ecuador?
¿Siguen los poetas insultándose por la prensa?

Y Estarellas padre había respondido:

-- No Ralph... Hemos progresado. Ahora los poetas se insultan por las estaciones de radio.

Y -- para usar un popular dicho local -- así seguía la fiesta en Los Baños del Sur... La "fiesta morlaca". Y los dos diarios cuencanos -- el matutino EL HERALDO y el vespertino LA RAZON -- cumplían, en esta dirección, el papel que les señalaba la vieja usanza. (Que se inició -- según cuentan los historiadores -- con el polifacético, apasionado y malhumorado sacerdote Vicente Solana y Lucientes; en la primera parte del siglo XIX; justamente cuando la remota Cuenca empezaba a ser conocida por sus preocupaciones intelectuales.) Y bien, Calancho, por lo tanto, en este asunto, quizá solamente se había adaptado al medio. Quien con lobos se junta,... Y, ahora, a otra cosa.

A Calancho le gustaba viajar. Una noche, -- cuando incidentalmente salíamos de un festejo; al que ya aludiré cuando esté un poco más avanzada esta narración -- él, motivado por una serenata que escuchamos al pasar, se acordó de México:

-- Mire, doctor Viñeros, -- me dijo, (siempre me usteaba y me nombraba con mi título; y yo, por supuesto, y con mayor razón por haber sido mi profesor, hacía lo mismo) hay dos países que, si no existieran, tendrían que ser inventados: México y la Argentina. Aunque los dos me atraen, y mucho, mis más grandes simpatías son para México.

Luego, me habló entusiastamente del Distrito Federal, de Guadalajara, de Puebla, de Torreón, de Guanajuato, de El Cubilete, de Oaxaca, de Mexicali... Lo dejé hablar. Los buenos tragos que -- igual que yo -- tenía entre pecho y espalda, lo habían vuelto bastante parlanchín. Y ahora recuerdo, vívidamente, un detalle de su narración. Cierta día, -- viajando por la extensa, desértica y algo despoblada meseta del norte; en las proximidades de Hidalgo del Parral; donde Pancho Villa fue asesinado, me recordó -- el tren se había detenido, por algún desperfecto, en un lugar plano, muy solitario, seco en buen grado, luminoso:

-- Había allí, doctor Viñeros, un enorme campo de amapolas silvestres. Aquellas flores -- las amapolas doradas, que menciona la canción **Las Mañanitas** -- son las que ustedes, aquí, llaman botones de oro. No son realmente doradas. Tienen, sabe usted, más bien un color amarillo muy fuerte y brillante; el amarillo de vuestra bandera. (Calancho -- influido por el hablar ecuatoriano -- alternaba ya, involuntariamente tal vez, su vosotros con el nuestro ustedes.) Bueno, caminé casi un kilómetro más allá de los rieles; y no se veían aún los confines del campo. Estas amapolas -- diría yo -- carecen prácticamente de perfume. ¿Sabe? Pero, para reemplazarlo, allí, una brisa leve traía un olorcillo muy agradable; de las colinas circundantes o, quizás, de algún valle cercano. Hay lugares del mundo donde el aire tiene, en ciertas ocasiones, un olor agradable, un suave perfume... ¿ Sabe...?

-- Efectivamente. Eso pasa también en Mendoza, Argentina. Allí, - cuando se producen las tormentas de verano - el granizo abundante golpea las grandes manchas de jarilla del desierto; y el aire, al moverse, transporta el olor de las hojas rotas y las cortezas heridas. En algún escrito, Cortázar menciona este fenómeno.

-- ¡ Mire, usté...! Bueno, el cielo estaba total y completamente azul; como suele ocurrir en Andalucía, en el norte de Africa, en el desierto de Atacama... Y, en esa despoblada soledad, podía oírse el silencio... El silencio; que es, a veces, casi una música auténtica y verdadera... ¿ Sabe?

Decidí romper un poco la formalidad de la conversación:

-- ¡ Ajá ¡ ¡ Música ambiental y perfume de lavanda! ¡ Nada menos...! Hay que crear, para la honrosa visita, el ambiente más agradable... Y, dígame, doctor Calancho, ¿ no perdió el tren? ; ¿no pisó a las serpientes de cascabel? ; ¿ no tomó demasiado sol? ; ¿ no le picaron las abejas?

--No, no; despreocúpese, hombre... No me pasó nada... Y no se imagine que voy a caer - al estilo de los bardos locales - en la ingenua pesadez de recitarle el poema que me inspiraron las circunstancias... No escribo poesía...

La voz de Calancho sonó con un ligero tono de molestia. (¿Exagerada sensibilidad de intelectual, de solitario, de persona poco integrada al medio?). El comentario -- más bien prosaico -- y las interrogaciones golpeteantes habían constituido tal vez una especie de censura; un desacierto de mi parte... No conseguí lo que me había propuesto... Intenté corregir el error:

-- Discúlpeme, doctor Calancho, si lo he molestado. No fue esa mi intención. Comprendo, comprendo: Un poquito de romanticismo bien puede equilibrar sus primeros fuertes comentarios sobre aquel galán y cantor libidinoso y rudo...

En este punto, me di cuenta, por su respuesta, que había fallado otra vez. Y pensé que era mejor no buscar la informalidad. Dejé, pues, que siguiera:

--Esté tranquilo, doctor Viñeros. No suelo irritarme por pequeñeces. ¿Sabe? Y tampoco hago equilibrios para guardar las apariencias... Pero sí le señalaré que la vida está compuesta de brutalidad y delicadeza, de majada y de poesía ... Y usted, desde luego, debe haberlo notado... Ese galán libidinoso y rudo, - los adjetivos son suyos, no míos, doctor Viñeros - por ejemplo, sabe cantar; y eso es una señal de delicadeza. Y, en los viajes, los campos de amapolas - y sus, de usted, burgueses agregados de música ambiental y olor de lavanda - se mezclan con los servicios higiénicos totalmente antihigiénicos; con los buses repletos de campesinos sucios y pobres; con los hoteles viejos, descuidados, o mal equipados; con la gente descortés; con los ladrones...

-- Sí, señor...

--Y estas mismas hermosas aguas del río Tomebamba – que ahora brillan con la luz potente de las luminarias; y, a medio día, con la luz gloriosa del sol ecuatorial de las alturas – llevan...

Calancho dejó de hablar; y se detuvo para mirar un automóvil que pasó a demasiada velocidad. Iba él – creo -- a comentar algo sobre eso. Pero, -- antes de que pronunciara una sílaba -- yo retomé el hilo de la conversación:

-- ¡ Claro, claro! La majada de la Atenas del Ecuador ...

-- Eso. Por lo visto, -- o, mejor, por lo que usted ha dicho – estamos de acuerdo.

-- Así es. Bueno, ¿y lo del campo de amapolas, se terminó?

-- ¿ Realmente, le interesa?

-- Era en verdad interesante. Yo le interrumpí a usted...

-- ¿ A qué iba yo con eso? Ahh, sí ... Mire, ahora estoy de buen talante; y no me cuesta hablar de las pequeñas buenas cosas de la vida y hasta de mis debilidades ... Sabe, el recuerdo de aquel hermoso campo de amapolas me ha ayudado bastante; y me ayuda aún, en ciertos momentos de bajones y de tristeza. Es - para mí - uno de esos artificios, pretextos, trucos, modos o maneras que ayudan a vivir. Es decir, a ir tirando. En fin, a no desesperar; a no cruzar ciertas líneas peligrosas...

-- Sí, sí... En algún lugar, he oído o leído algo semejante. Los buenos recuerdos, el jardín de la memoria, el pasado positivo, el pasado poético en el sentido mejor, la buena luz de antes que ilumina generosamente las sombras de hoy... ¿Es eso, doctor Calancho?

-- Sí, plenamente. ¿Lo comparte usted?

-- Creo que he apelado alguna vez a ese recurso; sin tener, por supuesto, las claras ideas que usted demuestra tener sobre él.

--Debo haberlo necesitado mucho más que usted... Estoy casi seguro. No soy un hombre feliz, un bienaventurado... Quiero decir que no soy naturalmente vital y optimista; como García Márquez, como nuestro poeta Jarama...

Me quedé en silencio, como meditando. Calancho siguió:

-- Y esta medalla de la pequeña felicidad recordada - como todas las medallas - tiene otra cara, doctor Viñeros.

-- ¿Sí? ¿Cuál?

-- El otro pasado. El infeliz... Hay el pasado de la pena, de la amargura, del engaño, de la nostalgia, de la falta de perspectiva... El pasado que hay que olvidar, si se puede; y, si no, evitar recordarlo... Y está igualmente el pasado de los simples, de los ensimismados, de los incurablemente subjetivos... En esto, ya Jorge Manrique, con su sencilla sabiduría, nos recomendó la cautela...

-- ¿En qué parte?

-- Cuando - antes de decir que todo tiempo pasado fue mejor - puso, entre comas, el imprescindible, **a nuestro parecer**.

-- Tiene razón, doctor Calancho. Las tres palabritas que señalan el límite con precisión; la gran diferencia entre la real imagen que nos ofrece el espejo y la falsa imagen del espejismo...

-- ¿Espejos y espejismos? ¿Una metáfora de Borges?

-- No solamente de Borges... De muchos... El doctor Estarellas me dijo una vez: "Los espejos y los espejismos no están solamente en las paredes y en las carreteras. Están en todas partes. Hay que aprender a distinguirlos. La sociedad sin clases es un espejismo; espejismo intelectual, un espejismo de los peores... Y, por el otro lado, - por el lado físico - conozco a un tipo que se golpeó la cara y se hirió las piernas al chocar, en un prostíbulo de lujo, con un grande y real espejo que no advirtió y rompió... Y tuvo que pagarlo."

-- Pagarlo... Aparte de los ineludibles siete años de mala suerte.

Respecto a las amapolas, esa noche me callé todo lo que pude decir. Y ahora, me doy cuenta de que era bastante... ¡Y se afirma que uno nunca se arrepiente de haber callado! Pero, bueno... Las conversaciones siempre discurren por senderos tortuosos; y, a cada paso que se avanza, algo va quedando atrás, algo pierde su oportunidad, algo se olvida. ¿Qué fue lo que no dije? No le dije a Calancho – por que ya habíamos cambiado de tema – que un ingeniero de minas me indicó una vez que aquellas amapolas crecen bien en los lugares donde hay yacimientos de cobre. Tampoco le dije que, también a mí, me gustan mucho esas flores; que las he sembrado en los dos jardines que tuve. Se quedó igualmente en mi cabeza, un recuerdo de mis tiempos de estudiante: Había visto, en la Argentina, -- en tierras patagónicas: Bariloche, Trelew, Esquel, Trevelyn, Caleta Olivia – esas mismas amapolas en los jardines de las casas. Y, además, tenía yo otro recuerdo pertinente: una escena melancólica, coincidental, inesperada. Una vez, en Boston, una chica me entregó al pasar, con una sonrisa, una hoja volante. Contenía un poema sin firma; que llevaba justamente un título relativo: **Californian Poppies in these Blue Days** (Amapolas de California para estos Días Tristes). Quizás, a Calancho, le habrían gustado estos detalles. Quien sabe... Quizás le habrían ayudado a fortalecer sus buenos recuerdos; que -- por lo que ahora sé -- tanto llegó a necesitar... Pero, también, en todo caso, algo de lo callado, bien callado estaba. En buena hora, no ironicé acerca de esas cosas de Dale Carnegie; de las autoayudas, etc. (Ocurrencia que llegó a estar por un momento en la punta de mi lengua). Si lo hubiera hecho, tal vez lo habría herido. Es que cuando la gente se confía en uno -- cuando le confiesa a uno sus sentimientos, cuando se sincera -- queda algo así como desarmada. Y, en esa condición, es más fácil herirla, hasta por el simple descuido. Y, por otra parte, tal comentario habría sido también un lamentable error de juicio. Con los años, he ido comprendiendo el gran valor que la autoayuda -- ésa un tanto convencional y despreciada literatura – puede tener para la gente afligida, desolada, sufriendo. A ella, a esta gente infeliz, la autoayuda le resulta, con frecuencia, de más utilidad y beneficio que la religión y la siquiatria. (Malaval suele burlarse de la autoayuda, de “tales simplones libros gringos” . Pero yo sabía más o menos bien – y, ahora, con todo lo que le ha pasado, llego casi a la seguridad en este punto -- que él mismo podría necesitarlos y muy mucho.) Bueno, ¿cuántas veces, antes de marcharse, habrá debido, Calancho, recordar esas flores; ésas, sus viejas amapolas del desierto mexicano? Y, al final, tal vez, hasta las mismas – tan virtuales y tan duraderas -- hayan terminado por marchitarse en su muy sombreado e inhóspito jardín interior. Suele suceder... Porque, cuando de verdad se cae en los pozos más negros y profundos, todos los brillantes campos de amapolas de la Tierra entera desaparecen de la vista, completamente y de improviso. Y, para volver a verlos, sólo le quedan a uno, -- en el momento de intentar salir; si se intenta – los débiles hilos que penden de la superficie; o los tortuosos túneles que hay que cavar, penosa, difícil y lentamente, en las duras rocas del subsuelo. ¡Ah, caramba...! Vaya, yo mismo me estoy poniendo triste ahora; y eso es generalmente malo. Marcha atrás. ¡A controlar el discurrir del pensamiento! ¡ Arriba el ánimo! Nada de pensamientos negativos... Bueno, bueno, hay bastante más que decir de la noche de la serenata y las amapolas; la noche de la más larga de las conversaciones que yo tuve con Calancho. Ya lo anuncié. Ya llegará el momento.

De la Argentina, no tenía realmente recuerdos especiales. Pero estaba bien informado. Apreciaba su música: la porteña, la folclórica y la culta. (Que existe también; y no sólo la que escribió Manuel de Falla – ironizó.) Apreciaba su literatura, su teatro, su cine, su deporte ... Había estado -- más bien de paso -- en Buenos Aires y Mendoza; cuando retornaba, por tierra, al Ecuador, desde Brasil. (De ida, había volado la ruta Guayaquil – Lima – Río.)

Como tantos españoles, tenía parientes rioplatenses: los hijos de uno de sus tíos Pérez Arteché; oriundos de Torralba de Calatrava. (Recuerdo bien el detalle: El tío que había emigrado a finales de la década de los veinte; antes de que la malhadada Guerra Civil partiese en dos a España – dijo.) Aquellos primos vivían en Rafaela, Provincia de Santa Fe; y eran estancieros. No se había animado a visitarlos. Y, en todo caso, el tiempo disponible para el viaje – que duró nada menos que un buen par de meses – se había ido acabando, insensiblemente, en Brasil, Uruguay y Paraguay... Comprendí: Era uno de esos viajes largos; realizados por él en los buenos tiempos. Le había llamado la atención una particularidad del habla mendocina: La de anteponer el artículo a los nombres de pila. (Igual que en la Sierra del Ecuador; en Chile, esto no sucede – añadió.) Un uso arcaico o curiosamente rural... (Erudición más o menos inevitable: ¿Sabe usted, doctor Viñeros, que los rasgos lingüísticos de esta clase quedan en las áreas marginales y más aisladas de lo que fue el Imperio Español?) Conocía, Calancho, algo de las similitudes culturales que existen entre el Noroeste y el centro de la Argentina (Salta, Tucumán, Córdoba, Mendoza) y los países andinos... En un momento de esos, me dijo:

-- Mire, doctor Viñeros, la Argentina no es tan blanca como creen los mismos argentinos; y la mayor parte de los latinoamericanos... Y como lo establece - de manera inapelable - el Almanaque Mundial...

-- ¿Observación propia o lectura de entendidos y expertos?

-- Las dos cosas. En las calles de Buenos Aires, se ve más “cabecitas negras” que lo que la étnica convencional y nacional - de allí, de la Argentina - admite. Y Henríquez Ureña dijo que la América mestiza comienza en Córdoba; o algo así...

-- Exacto... ¿Y sabe usted, doctor Calancho, cuál fue la primera persona que me habló de esto con mucha precisión y claridad?

-- No; y me es imposible adivinarlo.

-- El doctor Estarellas.

-- No me extraña ... Era muy perspicaz ... y observador... ¿Qué le dijo?

-- Que eso del noventa y cinco por ciento de la población blanca argentina era nada más que un verso; en el particular sentido rioplatense de esta palabra... Es decir, un lugar común injustificado, una mala apreciación o directamente una mentira.

Le conté a Calancho lo que Estarellas opinaba y conocía sobre el asunto. Hechos interesantes, detalles inesperados, conclusiones bien sacadas ... Razonamientos que -- con notoria habilidad -- hacían pedazos el conocido tópico, la afirmación ingenua, el pensamiento desiderativo. En definitiva, otro ejemplo de la característica argumentación y el persuasivo estilo de Estarellas. Lo hice en cuestión de minutos. Calancho sonrió, contento; mostrando esa particular expresión que también Malaval suele tener, cuando alaba “la satisfacción y el deleite que da la inteligencia”. A propósito: ¡Qué fácil, grueso y más o menos irresponsable es hablar! ¡Y qué difícil, delicado y comprometedor es -- por otra parte -- escribir! ¿Cuánto tiempo me llevaría poner en blanco y negro ese material que vibró, tan momentáneamente,

en el aire? Quizás unas cuantas horas. Y eso, sin comprobar las fuentes, sin hacer verificaciones, sin refinar las conclusiones; es decir, unas cuantas horas sólo para la mera redacción, hecha con responsabilidad y oficio... Hablar es simplemente charlar. Escribir, en cambio, es trabajar en una prueba académica; que, por necesidad y naturaleza, debe ser calificada en forma estricta. Calificada por el buen lector; quien, de hecho, es la necesaria contraparte del escritor. Pienso, por supuesto, en el buen escribir; no en el pergeñar, en el garabatear, en hacer actas, en llenar formularios... Bueno, -- por estas razones, y, sobre todo, porque no vienen directamente al caso, -- no entrarán en este libro las referidas disquisiciones de Estarellas. Y quedarán, pues, en el teclado, para otra oportunidad; si ésta llega a aparecer. Dejo, voy dejando cosas... Pero, bueno, así marchan las narraciones, los razonamientos. Y así marcha la vida, también...

A continuación, yo hablé un poco más de la Argentina. Lo que dije tampoco importa aquí realmente. Calancho me escuchó con cierto interés; haciendo, de tanto en tanto, algún comentario, alguna pregunta. Luego, él retomó decididamente la palabra; y yo escuché; sin prácticamente interrumpir. Siguió con los viajes. Grecia le gustaba mucho:

-- Pero me gusta sobre todo por su aire y su mar -- me dijo. / Sabe usted, en casi todos los sitios del país se está cerca del mar; por sus costas sumamente recortadas y sus archipiélagos. Por ello, el clima es más bien moderado; quizás como el de Chile central. No creo que se produzcan allí, en Grecia, esos achicharrantes veranos de Castilla... Usted - que es geógrafo - debe saberlo mejor que yo. Algo de lo que le estoy diciendo lo he escuchado a Manuel De Terán, en las clases de Geografía que daba él en la Universidad de Madrid.

-- En cuanto al clima, habría que ver las estadísticas correspondientes: las de Atenas, las de otras ciudades, las de las islas; y compararlas con las de Chile central y las del interior de España. Y ver que sale...¡ Ajá! Usted siguió clases de Geografía con De Terán. ¿Y por qué razón?

-- ¿ Conoce usted a De Terán?

Sonreí.

-- Usted me debe una respuesta. Yo pregunté primero. Cuando me la dé, contestaré la suya. No hagamos como los jesuitas: Devolver la pregunta cuando surgen los asuntos delicados o difíciles...

-- Contestar una pregunta con otra... No estoy haciendo eso en forma intencionada... Bueno, contesto la suya. El asunto era sencillo y casi sólo de preferencias básicas. Debía elegir una materia complementaria de mis estudios entre una pequeña lista de optativas. Me decidí por la Geografía General. Siento cierto interés por la naturaleza, por el mundo físico. Y, sabe usted, me he imaginado, a veces, que - si uno tiene buenos conocimientos de Geografía - los viajes pueden ser más interesantes; y, talvez, hasta más útiles. Como que uno podría ver mucho más; comprender mucho más... Bueno, he seguido sus reglas, en eso de responder. Ahora responde usted.

-- Antes de contestarle - y para no dejar sin comentario algo importante - le diré que es verdad lo que usted ha conjeturado. Supongo que un médico - con sólo verle a una persona - puede notar varias condiciones de su salud. De igual modo, un geógrafo - con sólo ver un paisaje - puede notar una serie de condiciones de un lugar y de sus habitantes. Yo le diría que un buen geógrafo es, muy literalmente, una persona que sabe ver el mundo. Y no voy a entrar en detalles. Sería muy largo... Y ahora sí, contesto su pregunta: No conozco personalmente a Manuel De Terán; pero estudié una buena parte de la materia Geografía de América en su manual.

-- ¿En el libro IMAGO MUNDI?

-- ¿No era AMIGO INDUM?

-- No; IMAGO MUNDI ...

-- AMIGO INDUM. Así lo llamaba Cazorla, un compañero mío de curso.

-- Si usted prefiere la dislexia de su compañero...

-- Bueno, bueno, doctor Calancho, IMAGO o AMIGO, MUNDI o INDUM... Como dicen ustedes los españoles: ¡Qué más da! ¿No oyó aquello de que el orden de los factores no altera el producto? Con un título u otro, estamos hablando del libro de De Terán... Y, a despropósito, ¿qué me contaba de Grecia?

-- Ahh... Mejor volvamos... No se imagine, doctor Viñeros, que soy uno de esos beatos culturales o uno de esos pedantotes graves; aquellos que se gastan un día de viaje muy caro para pasarse recorriendo ruinas y museos... Yo las veo, y los veo, un poco y de paso. De vez en cuando, en efecto, un museo es muy interesante. Pero, en general, la atmósfera de los museos me huele a naftalina; y me deprime un poco... A mi, me gusta el campo abierto y vivo; el ancho mundo... Los Andes nevados o las cataratas del Iguazú me fascinan más que todas las osamentas y las reliquias culturales de la humanidad pasada. Las montañas, las colinas, las llanuras, las altiplanicies, constituyen el gran teatro de nuestra existencia ... Eso es lo que hay que ver.

-- El gran teatro de nuestra existencia...

-- ¿Qué, doctor Viñeros, le parece pomposa o pretenciosa la expresión?

-- No; no pensaba en eso, precisamente... Pensaba que quizás la metáfora suena bien; pero deja mucho que desear ...

-- ¿Por qué?

-- Porque la Tierra no es solamente un teatro... Es nuestro ámbito irrenunciable; y, hasta ahora, incambiable; es el material que origina la vida que vivimos todos los seres; es nuestra base nutricia. Y es, también, la gran nave espacial, en la cual viajamos todos; y de la cual, no podemos bajarnos... Aunque así lo propusieran los rebeldes franceses de Mayo del 68.

-- Caray, doctor Viñeros, ¿estamos en pleno desencuentro! Usted se me escapó por el lado de la Ecología y la Astronomía; y yo me quedé en el pequeño jardín de la Literatura. Yo usé una metáfora reductora, claro...; una parte, por el todo: el techo, por la casa; el teatro, por el mundo íntegro. ¿Estamos?

-- Sí, estamos, doctor Calancho. Aclarado. Y estamos en Cuenca del Ecuador; caminando - medio borrachos - después de media noche. Y tenemos el juicio un poco nebuloso, por supuesto... Bueno, - completando un punto - en eso de museos, ruinas y campos abiertos, estamos completamente de acuerdo...

-- Coincidencia total... Alguna que otra vez se da este caso.

Curiosamente, de Francia -- donde había estudiado -- Calancho no me habló nunca nada. De Colombia, en cambio, me habló bastante. Tenía, de este país, ciertas impresiones precisas y profundas. Se acordaba muy bien del Valle del Cauca; de la formidable carretera de montaña que une Ibagué con Bogotá, en la cuál está el gran puente de Cajamarca; de Tunja, de Santa Marta, del Mar Caribe...

-- En Villa de Leyva, - me dijo - me llamó la atención un pequeño monumento a Simón Bolívar; que tenía cerca un mural cerámico, que representaba a indios, negros, mestizos y blancos: los latinoamericanos; todos de pie, con humilde expresión, frente al Libertador. Y, a un costado de la estatua, - en letras grandes - un poema del escritor mejicano Carlos Pellicer que comienza:

Señor, he aquí tu pueblo;
bendícelo y perdónalo...

Y, a continuación, Calancho reflexionó:

--Perdónalo, ¿ por qué? Claro... Perdónalo por no haber seguido el camino que él le mostró; por la flojera, por la incapacidad de organizarse, de trabajar inteligentemente y de unirse; por no haber fortalecido la voluntad y creado la ambición, que pudieron haberlo agigantado... Hay una frustración latinoamericana. Y, cada vez que se la recuerda, aparece más grande la figura de Bolívar. Aquello de que grande fue cuando el Sol lo alumbraba y más grande a la puesta del Sol. ¿Es lo que dijo el cura de Huamanga, no? Bolívar, en algunas naciones de Sudamérica, no es solamente un héroe; ni sólo un mito; es algo mucho mayor. Sucre es un héroe. El Che Guevara es un mito. Bolívar es una especie de semidiós... Los pueblos no andan por su propio querer y voluntad; no se ponen ellos mismos sus metas. Necesitan guías. Y tanto mejores y más distinguidos sean estos, ... Claro: He aquí tu pueblo, Señor, bendícelo y perdónalo. Dígame usted, ¿ ante cuántos hombres de la historia se pueden pronunciar tan reverentes y contritas palabras?

Quando Calancho comenzó su reflexión, yo había pensado hacerle alguna apostilla, o algún comentario humorístico, sobre su aparente o real bolivarianismo. Pero, ante el profundo sentido y sentimiento de las palabras anteriores, tal intención se me quedó

congelada. Mis pensamientos y emociones se trenzaron y estrangularon. ¡Cuánta razón tenía! El pueblo debe tener su responsabilidad. Los mandos medios deben mandar bien. Los líderes deben dirigir... La buena marcha de los pueblos es la marcha de un ejército ordenado y disciplinado... De todas las observaciones del pedagogo, ésta es la que más a menudo suelo recordar. En sus ideas, en sus apreciaciones, Calancho era muy desigual. (A esta altura de lo narrado, ustedes, los lectores, quizás, ya lo podrán suponer.) Pero, en cuanto a Bolívar, -- creo -- alcanzó una sensibilidad y una comprensión extraordinarias. No cabía duda, Calancho -- el viajero solitario -- sabía ver el mundo. Y esto no es tan fácil como podría creerse. Hay un buen número de personas que han dado la vuelta al planeta; y no han visto realmente nada. Es que, hay algo de adentro -- de la inteligencia, del espíritu, de la formación, de la sensibilidad, de la curiosidad cultivada -- que permite, en últimas cuentas, captar bien, sutil y provechosamente, lo de afuera. En este caso, lo que las tierras, las gentes y los ambientes extraños nos ofrecen. Y -- en otra faceta de lo mismo; lo interior de cada uno -- Calancho sabía de los beneficios de cambiar, de moverse, de recorrer; de mirar y admirar las cosas, con paz interior, con bastante tranquilidad y sin prisa: el buen ánimo del buen turista.

-- Cuando Cuenca comienza a parecerme una ciudad grande, -- me dijo -- yo sé que ha llegado el momento de hacer la valija. (Pensé, -- por la esperable y casi inevitable asociación -- en la maleta de las bananas.) Y no es cosa, precisamente, de tomarse una vacación playera: la que yo llamo la vacación del cocodrilo. Al respecto, nada mejor que cambiar de país; aunque sólo se alcance al sur de Colombia o al norte del Perú. Yo prefiero la primera opción; es más rica, más satisfactoria; aunque he ido, también, varias veces, al norte del Perú. Mire usted, una frontera es como una puerta abierta a la novedad: otros acentos, otros idiomas, otra moneda, otras costumbres y, hasta, otros avisos comerciales. Uno, literalmente, sale de la rutina.

Recordé, en ese momento, unas observaciones de Estarellas. Y, -- como vienen al caso -- las consigno:

-- Mira, Viñeros, los cuencanos somos muy provincianos; y, a veces, hasta francamente aldeanos. Loja -- según el inefable Benjamín Carrión -- es el último rincón del mundo. Pero mucho me temo que -- en las mismas vecindades de ésta, de Loja -- Cuenca pueda ser el penúltimo. Vivimos muy aislados, Viñeros... Óyeme...: ¿Y no es el aislamiento geográfico eso que García Márquez llama, medio caprichosamente, la soledad? El provincianismo... El hecho humano y social que se da en la hoya perdida entre las cordilleras, los nudos y las selvas; el hueco en que vivimos... Y que Dios me libre del provincianismo de los quiteños y los guayaquileños: ése es todavía peor; porque capitalinos y porteños son también tremendamente provincianos; pero, creen no serlo... Se imaginan a sí mismos sofisticados, internacionales, cosmopolitas... Pero, en realidad, todo el Ecuador es provinciano, Viñeros. Y, en conclusión, los cuencanos -- para mejorar -- debemos mirar siempre mucho más allá del Nudo del Azuay y de la Cadena del Cajas ... Quiero decir, mirar mucho más allá de Quito y Guayaquil. Quiero decir, superar las feas y tristes limitaciones de los burócratas y los mercaderes...

-- Es cierto. Entonces miremos hacia Galápagos; como el poeta Jarama y sus amigos...

-- Eso ya es algo... ¿Viste? Y hay que salir de la hacienda y del pueblo; para conocer mejor hasta nuestro propio país. ¿Qué sabe de Inglaterra quien sólo ha vivido en Inglaterra? ¿Oíste eso?

-- No. ¿Quién lo dijo?

-- Sir Anthony Eden, Elizabeth Taylor, Robinson Crusoe o Gilbert Chesterton ... Pregunta con repuestas optativas; para ti, Viñeros.

-- No sé contestarla...

-- No importa. Lo que importa, realmente, es lo que se resume en aquello de **other voices, other rooms**. Es decir, otras voces, otros ámbitos. Vaya... La posibilidad de comparar... ¿Me entiendes?

-- **Other voices, other rooms**, ¿no es un título de Truman Capote?

-- Sí, hombre... Pero tampoco importa. Lo que importa, sobre todo, es tener - como decía mi abuela - roce social. Pero ampliado, desarrollado, sofisticado... Es decir, no solamente buenos modales, cortesía, etiqueta. Sino algo más: una suerte de penetración, de empatía; una buena percepción, un cierto conocimiento de las gentes y del mundo.

-- ¿Urbanidad, sensibilidad y una cierta formación intelectual?

-- Algo como eso... En definitiva, la educación integral, completa; la superación de la rudeza y la rusticidad. A propósito, ¿te acuerdas de nuestros chacareros remontados?

-- Sí. Los agricultores que vivían perdidos en sus cerros.

-- Claro. Los que, en gran medida, habían perdido el contacto con la comunidad urbana; que - aislada y todo - era, para nuestros abuelos, la civilización. Esos infelices remontados estaban viviendo sus cuarenta, cincuenta o sesenta años de soledad personal y familiar. La soledad al cuadrado. El remonte significaba completa rusticidad, retroceso, confinamiento; casi involución. Y se manifestaba, en lo material, en las casas de los chacareros, en su vestimenta; y, en lo conductual, en sus hábitos, en sus modales; hasta, en su habla. ¿Sabes tú lo que es la vozalonería, no?

-- Sí. La habilidad verbal de la media docena de ecuatorianos que estudió en Oxford y habla inglés con acento británico.

-- ¡ Eso! Así es. Bueno, nos vamos entendiendo, Viñeros... La vida urbana - se supone - es, además de cómoda y pulida, perfectible y actualizadora. Ciudad y civilización tienen la misma raíz etimológica, ¿no? ¿Sabes tú que Casales se toma muy en serio esto de la vida urbana? Y tiene una especie de fobia a la rusticidad... Para él, la ciudad es la civilización; y el campo, al contrario, la barbarie... Pero, las dos cosas llevadas a los extremos... Así de sarmientino y así de simple. Y, por eso, - para llegar rápido al refinamiento urbano y civilizatorio - nuestro superrector se trajo la Gran Misión Española de Filosofía y Bellas Letras.

.

-- ¿Para que los “misioneros” hagan la Revolución Cultural ateniense?

-- No exageres, Viñeros... Tampoco... Sólo para recibir el inapreciable donativo de la cultura europea contemporánea... Nada de revoluciones. Sí aceleración del proceso. Basta. Suficiente. Estas son, más o menos, las palabras del mismo Casales.

-- La cultura europea con un **spanish style**... En términos directos: lo que los españoles quisieron o pudieron aprender de ella. Lo que Ortega puso - según sus mismas palabras - en el buche de España...

-- Allá voy. Y allá está el misterio que te voy a explicar ahora. Si tú me lo permites, Viñeros.

-- Vaya... Como no, doctor Estarellas. Siga, nomás.

-- Mira... España no tuvo Renacimiento. En su lugar, tuvo ese horroroso proceso que alguien llamó Contrarreforma. En definitiva, los peninsulares prolongaron el Medioevo. Y, después del escaso siglo y medio de poderío imperial, se aislaron de Europa; y se volvieron a meter en sus cuevas y madrigueras preferidas. Y allí han permanecido hasta hoy. Y actualmente - con Franco - se han ido más al fondo aún; han buscado los rincones más interiores y oscuros de sus refugios. Y allá - a esas oquedades - fue a buscarlos el rector Casales; para que nos traigan la superior cultura que tantísimo necesitamos. ¿Entendiste?

-- Sí, sí... Claro, claro... -- dije yo; considerablemente sorprendido por la apretadísima síntesis, la exageración y la inesperada conclusión.

-- Entonces, Viñeros, eleququede.

-- ¿Qué es eso, doctor Estarellas?

--Lo que decía el doctor Ortiz, - mi profesor de Geometría en el colegio - cuando terminaba de explicar los teoremas; era su especial forma de pronunciar la sigla L.Q.Q.D. (Lo que queda demostrado.) No creo que seas un analfabeto matemático, ¿verdad?

-- Recuerdo lo de sumar y multiplicar. Y me he olvidado de aquello de restar y dividir; porque estas operaciones - según Fidel Castro - son malas...

-- No siempre. Y ni siquiera para él... Un día hablaremos de eso.

Vuelvo a Calancho. El pedagogo había experimentado también los azares, sorpresas y peligros que, con frecuencia, los viajes nos deparan. (Sobre todo cuando se sale de los recorridos más usuales, de los caminos trillados.) Recuerdo, a propósito, que, en una ocasión, en clase, él nos habló de los riesgos que todos debemos aceptar. El riesgo es parte de la vida - dijo. / No hay que angustiarse por evitarlo. Ni, tampoco, empeñarse en acrecentarlo. No hay que ser, en consecuencia, ni temerosos, ni temerarios. La virtud, el justo medio, creo yo, -- dijo - reside, en este caso, en la valentía. Y hay también - y quizá nosotros, los maestros, debiéramos tenerlo muy en cuenta - una valentía de la inteligencia, del entendimiento. Eso que los franceses llaman **courage de tete**... Y después de esta interesante y valiosa reflexión, Calancho se perdió; y se extravió, otra vez, en sus habituales y frondosas digresiones.

Años más tarde, incidentalmente, recordé aquella lección. Fue cuando el novelista Eliécer Barcenás, el fotógrafo Vicente Tréllez y yo fuimos comisionados para hacer un reportaje del terremoto de Popayán. Y, de paso, de algunos otros temas sociales y turísticos del sur de Colombia. (Para la revista ADELANTE, de Cuenca.) Era el mes de Abril de 1983. Estábamos en viaje a Popayán; y hacíamos una corta escala en San Juan de Pasto. Almorzábamos – los tres y el conductor de nuestro vehículo -- en el restaurante Punto Rojo, cuando vimos entrar a Calancho. Pasó delante de nosotros, sin vernos; e hizo la cola del autoservicio. Cuando pagó su comida, y buscaba una mesa, lo llamamos a la nuestra. Se sorprendió al ser llamado por su título y su apellido. Le hablamos de nuestra tarea. Justamente, venía de Popayán; donde le había sorprendido el terremoto. Tenía mucho que contar.

-- Los riesgos de la vida, que usted señalaba en clase – le recordé. Esta vez, le tocó a usted vivir una catástrofe.

-- Así es, doctor Viñeros. Aunque no creo que yo haya estado realmente en mucho peligro. Pero, ciertamente, me he asustado; y he tenido algunos contratiempos y unos pocos y pequeños problemas. ¿ Sabe usted? La noche del terremoto, a eso de las dos de la madrugada, se oyó un ruido sordo, como el de una explosión poderosa y lejana. En principio, creí que estaba soñando. Pero, casi de inmediato, se sintieron tres sacudidas terribles. Y se rompieron los cristales de las ventanas de mi habitación. (Me había alojado en el Hotel Los Balcones.) Algo cayó de las paredes, haciendo un ruido de regular intensidad. A la mañana siguiente, me di cuenta que había sido el enlucido, que se desprendió. La energía eléctrica se había cortado de inmediato. No sé cómo alcancé a localizar mi ropa. Era una noche oscura. ¿ Sabe usted? Me vestí en forma incompleta; tomé una manta de la cama; y empecé a salir. Temí que la puerta de la habitación estuviese trabada. Pero no ocurrió así; por fortuna, se abrió sin dificultad. En ese momento, oí los gritos de la gente, que salía despavorida a las calles. Con una linterna, el guardián nocturno del hotel nos guió a los huéspedes hasta la salida. “No se preocupen por sus maletas y sus cosas -- nos dijo. Yo me quedaré aquí para cuidar el hotel. Regresen, cuando lo deseen. Vayan por la mitad de la calle; porque las tejas suelen caer en las veredas...”

-- Así que no pudo encontrar su corbata? – embromó Barcenás.

-- Ni la corbata, ni los calzoncillos, hombre – dijo Calancho. ¿Y quién necesita aquellas prendas en un lugar donde las casas se están cayendo?

-- ¿Y como pasó el resto de la noche? – averiguó Tréllez.

--Ya te lo dijo: sin calzoncillos – intervino rápidamente Barcenás. Y, luego, le recomendó a Tréllez, con voz un poco queda: “Modera tu curiosidad.”

Calancho festejó discretamente, y de buen grado, la ocurrencia. Luego, retomó la palabra.

--En una tienda de campaña de la Cruz Roja; sentado en un banco de lona y aluminio; y tomando innumerables tacitas de café. Al principio, estaba solo. Pero, a poco, vino una monja española. Ella era la que preparaba el café. Luego, los dos hemos charlado mucho. La tienda se había instalado en una plaza alargada; que está cerca de la orilla del río Guadales, y bastante próxima al Templo de El Humilladero. ¿Sabe usted?

¡Otra vez la monja española! – pensé yo. Y me acordé de la respectiva observación de Estarellas: “...una de esas monjas españolas que no faltan nunca en América Latina; en cualquier lugar donde haya un colegio femenino católico, una misa solemne, un entierro importante, un manicomio o una catástrofe...” Me distraje un poco con este recuerdo. Pero, las risas del grupo me trajeron de vuelta al diálogo.

-- ¿Durmió usted con la monjita, doctor Calancho? – se había atrevido a embromar Tréllez.

-- ¡ Eso es el colmo! – dijo Barcenás. No seas mal intencionado e irrespetuoso, Tréllez. ¿Cómo te imaginas que, en un lugar donde ha habido un terremoto, van a dejar una tienda de campaña entera sólo para el doctor Calancho y la monja. Allí deben haberse alojado otras personas también...

-- Es que se me ha ocurrido - dijo Tréllez, poniendo un aire de ingenuidad - que, a lo mejor, la monjita no alcanzara tampoco a encontrar sus calzonarios.

-- ¡ Sal de aquí! – le dijo Barcenás a Tréllez. / Lárgate a Cuenca, de vuelta, en el primer colectivo que halles. Con deslenguados e imprudentes de tu calaña, no se puede viajar. Apenas uno se descuida un poco, le causan problemas...

Las bromas picantes tenían su raíz: Unos viejos comentarios estudiantiles. Más tarde, -- cuando continuamos el viaje -- supe que, también Tréllez, oyó aquellas habladurías. Y, por eso, había insistido en sus alusiones de carácter sexual. Al punto. Después de que partiera su esposa, se empezó a decir que Calancho -- a fuerza de natación, pesas, subida de escaleras y privación sexual prolongada -- había llegado a tener un semen de consistencia similar a las pastas dentífricas. ¿Por qué la subida de escaleras? Pues, porque Calancho, en una ocasión, en Cuenca, -- por un corte de la energía eléctrica en el edificio de la Gobernación de la Provincia -- se había quedado atrapado, junto con dos policías, en el ascensor de aquel lugar. Se comentaba que Calancho tenía fobia a los lugares cerrados, a la oscuridad ... ¿Cierto o falso? No importa. En todo, caso Calancho nos aconsejó en clase -- por lo menos un par de veces -- que fuéramos más activos, más deportivos y menos comodones. Y que lo demostráramos caminando, en lugar de tomar los buses; haciendo algo de gimnasia o excursionismo; y subiendo gradas, en vez de tomar los ascensores. (Que pueden ser, y han sido, peligrosos; y, hasta, mortales. Mencionó los accidentes ocurridos en los ascensores con antiguas puertas de tijera. Y, además, el caso patético de la mucama barcelonesa, que se murió lentamente en uno de ellos; cuando se cortó la electricidad de un edificio cuyos ocupantes salían de vacaciones.) Agotados los recuerdos, mi atención volvió, de nuevo, a la mesa del restaurante. Ahora, Calancho empezaba a explicar algo:

-- Usted debe saber, distinguido fotógrafo, - decía Calancho, dirigiéndose a Tréllez - que corre, mencionada por ahí, una gran verdad: Contra lujuria, Cuenca ... Nuestra ciudad es el lugar del mundo donde menos oportunidades sexuales hay ... Ser casto, en Cuenca, no es una virtud. Es el cumplimiento de un mandato, de una imposición social, de una ley no escrita ... Ser casto en el Brasil o en las tierras calientes de Colombia, eso sí sería una verdadera virtud... El sexo, en estos lugares, es alegre, tentador y consentido... Y sepa usted, por fin, - para redondear el asunto - que aquellas dormidas totales sí me preocupan un poco, pero un poco nada más; no tanto como a usted parecen preocuparle, mi distinguido fotógrafo...

Tréllez recibió la más o menos contenida molestia de Calancho; y no insistió más. Y yo me sumé, otra vez, en los recuerdos y las reflexiones. Calancho no es ágil, precisamente. Esto de la Cuenca asexual – o antisexual, o reprimida, o prejuiciosa, o pudibunda – debe ser una respuesta, preparada con anticipación, para desarmar a los bromistas burdos e irrespetuosos. Claro, claro ... Calancho, hace mucho, que debía enfrentarse con tales impertinentes. Es que hay que ver a esos estudiantes que beben demasiado en los paseos y las fiestas... Primero, atenciones, halagos y alabanzas; luego, reclamos y censuras; y, por fin, groserías, y aun amenazas, a los profesores. Cuando va subiendo el alcohol ... Por eso, los maestros más prudentes, o más reticentes, salían temprano de aquellas reuniones. Pedro Ávila Fernández, por ejemplo, -- el catedrático de Historia Medieval – siempre tenía algo que hacer después de los bulliciosos almuerzos; y se excusaba, con su habitual y, con frecuencia, poco persuasiva diplomacia ... ¡Si se hubiera quedado...! A Calancho, solían embromarle por sus escasos atributos sociales; y, también, por las otras circunstancias, y los otros antecedentes, que ya he señalado. Es que Calancho debe haber sido, en su niñez y juventud, tímido; quizás, débil; tal vez, un poco ensimismado... Y, por ello, sus parientes y sus conocidos, lo habrán censurado, humillado, ridiculizado... Así es la vida, en esas rudas etapas: Si no te impones, -- por lo menos un poco – te aplastan y te sobajan. (¿Cómo me vino a la memoria este antiguo verbo local? Sobajar; es decir, dominarle a uno abusiva y malamente. Lo usaban los abuelos.) ¿La lucha por la supervivencia? ¿Fuertes y débiles? ¿Triunfadores y perdedores? ¿Darwinismo humano o social? Bueno... Pero, también, algunos débiles superan esas desventajosas situaciones; y, a veces, brillantemente...

Así que... Bien, ya sé que Calancho es una persona mayor. Ya debía haberse superado... ¿No tendrá componte? (Componte... Arcaico: por arreglo. También lo usaban los abuelos.) Dicen, sin embargo, que más vale tarde que nunca. Entonces, si Calancho empezara, poco a poco, gradualmente, a tener más contactos; si saliera de su cuarto o pequeño departamento; y se buscara un lugar más propicio para recibir visitas: las amistades, los conocidos, los parientes... De este modo, hasta podría mejorar su posición económica. ¡Cuántas cosas se consiguen en las cenas, en los cócteles, en las reuniones de amigos! Pero, no... Cada persona es como es; y es, también, más o menos, acabada, intransformable. Así, que Calancho es Calancho; y punto. Y, por otra parte, ¿no se suele decir que la sociabilidad es la madrina de todos los vicios? ¿Y, además, que el matrimonio es una cárcel? ¿Y por qué exagerar – desde otra perspectiva – esa tendencia mía a ser algo blando, más bien altruista y resolvidor de problemas? (Aunque sólo sea -- la mayor parte de las veces -- en los planos intelectuales e imaginativos.) Y ya se sabe que hay problemas que no tienen solución; y entuertos que no lograrán nunca derecho. Entonces, volvamos más bien a la tierra y a la concreta realidad.

Calancho estaba otra vez en lo suyo del momento:

-- Las tejas seguían cayendo de los techos aún días después. El Presidente Belisario Betancur (Colombia tiene un BB, Betancur; y Francia una BB, Brigitte Bardot - señaló) estuvo a punto de morir; por la inesperada caída de un muro; que había quedado en precario equilibrio. Lo salvó el brusco y preciso empujón de uno de sus guardaespaldas. Los alimentos escaseaban; y se había impuesto un control militar de su expendio. Igual medida, se había adoptado con los combustibles. Los pillos se aprovechaban de la situación: Grandes cargamentos de contrabando habían sido introducidos en el país, con el disfraz de la ayuda a los damnificados. Ladrones - procedentes de la vecina ciudad de Cali - saqueaban las casas; y algunos de ellos habían sido abatidos con fuego de ametralladora...

-- Feo y penoso... Pero, bueno, después de todo, Colombia es Colombia... - interrumpió Tréllez.

-- Eso es nada más que un estereotipo, hombre ... - tercié yo. ¿No te imaginarás que Colombia es una cueva de Alí Babá; o el único país del mundo en que se roba? En Colombia, hay, también, buenos escritores, excelentes empresarios, buenos deportistas y un sinnúmero de personas laboriosas y honradas. En Colombia, hay gente de toda clase; como en cualquier país.

-- Así es - dijo Barcenás. Pero recuerda, Juan, que los estereotipos sirven al menos para hacer chistes... ¿Qué sería de nuestro Mundo Hispánico sin la delicadeza de los españoles, la modestia de los argentinos, el buen gusto de los venezolanos y el pacifismo de los peruanos? Pues, que el Mundo Hispánico, simplemente, no sería... Y todos tendríamos caras largas, solemnes o aburridas. No nos reiríamos los unos de los otros; como creo que manda la buena Ley del Hombre ... No, la de Dios; porque nadie ha visto un dios que se ríe; o, por lo menos, no se ha hablado de Él... Dios es serio, ascético, severo... ¿Te imaginas, Tréllez, un dios que se siente, frente al televisor, para ver El Chavo del Ocho? En síntesis, hace falta una buena dosis de exageración, para que haya humorismo.

-- Estaba hablando el doctor Calancho...- anotó, inesperadamente, Tréllez.

--Muchas gracias, distinguido fotógrafo – dijo Calancho. / Y añadió: Delicadeza y buenos modales españoles...

Sonreímos. Calancho siguió:

--Era muy difícil conseguir un cupo para viajar en los buses y en los aviones. Llovía mucho. Y los temblores continuaban sucediéndose; y, a veces, con alarmante frecuencia e intensidad. Una tienda de campaña y, hasta, el simple alquiler de ella, costaban sumas increíbles. Los más pobres tenían que arreglárselas con maderas, plásticos y cartones. Por fortuna, mi hotel fue sólo parcialmente afectado; y pude volver a mi habitación. La Cruz Roja cubrió los gastos de estadía de los extranjeros involuntariamente retenidos. Finalmente, logré obtener un pasaje de ómnibus.

--Y aquí está usted, en San Juan de Pasto, de vuelta al Ecuador. En forma precisa, de vuelta a la sumamente sensual, muy austral y cultísima ciudad de Cuenca... -- dijo Bárcenas.

-- Vía Las Lajas; para agradecerle a la Virgen la merced de la sobrevivencia... -- dijo Tréllez.

Al terminar el almuerzo, nos despedimos de Calancho; y continuamos nuestro viaje a Popayán. Cuento que, por supuesto, no viene aquí al caso.

Y, ahora, de nuevo, a las clases de Calancho. ¡Ah, las clases de Calancho! En ese campo, -- creo yo -- el pedagogo perdió todas sus batallas; y, también, su única y desgraciada guerra. El primer día que trabajó con nosotros, se limitó, en lo principal, a darnos nada más que un discurso introductorio. Iba vestido con un traje negro, una camisa blanca almidonada e impecable y una corbata de rayas delgadas, rojas y blancas. Una combinación de prendas -- pensé yo -- que se considera, usualmente, de buen gusto; y de bueno y casi seguro efecto. (Aunque, en lo personal, me desagradan e incomodan los trajes negros enteros. Y peor aún a medio día.) Su pelo -- castaño oscuro y ondulado -- lucía sano y lustroso. Su piel blanca, apenas tostada, se fue enrojeciendo, paulatinamente; quizás por el calor del ambiente cerrado, la tensión inicial y la emoción. Los gruesos lentes ocultaban, parcialmente, unos ojillos marrones; y, en alguna medida, le quitaban expresividad. Caminaba, de un lado a otro, por la parte delantera del aula; sin mirarnos directamente a nosotros, los alumnos; actitud, la última, que producía un aparente o real efecto de incomunicación. (En lo posterior, cambió. Dio sus clases sentado; como solía hacer la mayoría de los profesores. Muy rara vez, se levantaba; para escribir, en el pizarrón, un nombre extranjero o una palabra poco conocida.) Calancho no fumaba, como otros docentes. A pesar de la atmósfera sobrecalentada, no se desabotonaba la americana; como denominaba -- al uso peninsular -- a nuestro bien o mal llamado saco. (No solían abrirse las ventanas por las molestas corrientes de aire...) Calancho era muy formal. (No puedo imaginarlo dando clases en mangas de camisa; como hacían los jóvenes profesores estadounidenses de lengua inglesa.) No llevaba maletín. No traía anotaciones, ni guías de clase, ni libros.

¿Cuál fue el contenido del discurso? Pese al tiempo transcurrido, lo recuerdo bien. Habló del honor de trabajar en una ciudad de reconocida tradición intelectual; y en una universidad que iba a cumplir, al año siguiente, su primer centenario. Mencionó al rector Casales; -- un brillante catedrático e historiador de nota -- quien, como Don Miguel de Unamuno, honraba y daba brillo a su cargo. (Años después, -- en un artículo periodístico -- acusó, en cambio, colectivamente, a una conocida y grande manga de mediocres; quienes, al contrario del ilustre vizcaíno, sólo podían honrarse con su cargo, apenas merecido; o, aún peor, directamente inmerecido.) Dijo que ser español, en América, no es, de ninguna manera, ser un extraño. Americanos y españoles somos los españoles de todas las españas -- sentenció. Y eso es lo que verdaderamente importa. Dijo que, para él, era un honor adicional ser el profesor que inauguraba la cátedra de Pedagogía en esta universidad. Y terminó la alocución con un cumplido para los distinguidos estudiantes; -- los alumnos de los últimos cursos de varias carreras y algunos egresados -- quienes iban a acompañarlo, en este año académico; y, en ésta, su primera experiencia ecuatoriana y latinoamericana...

En definitiva, aparte de aquello de “los españoles de todas las españas” -- que me dejó pensando un poco y me remitió, otra vez, a las ocurrencias de Estarellas -- nada especial.

Sólo palabras de circunstancia; eso sí, bastante compuestas y atentas; y, sobre todo, halagadoras para los dueños de casa. Es decir, lo que venía a cuento para la ocasión; e iba a la medida de ciertas antiguas pretensiones y vanidades locales. (Que, por supuesto, siempre esperan eso y justamente eso. Y, luego, se embelesan con eso; se envuelven con eso; se abrigan y se acomodan con eso; y se adormecen con eso...) Y, a continuación, no pasa nada. Y no se hace, realmente, nada; nada para mantener o mejorar las supuestas bondades intelectuales de la comarca; o cosechar nuevos, verdaderos y significativos laureles académicos. Y, pasado un tiempito, se vuelve a oír – en el mismo o cualquier otro parecido lugar – el mismo discurso, palabras más, palabras menos; pronunciado por otro visitante, más o menos agradecido o más o menos interesado. (O – lo que es peor todavía – por los mismos narcisistas o convencionales nativos.) En resumen, **the mixture as before**, como decía Estarellas. Lo mismo de siempre... Un día, le hablé de esto a Malaval. Y, he aquí, su observación:

--¿Y de qué te quejas? ¿Qué le ves de raro a esto? ¿Es la primera vez que lo notas...? Así de invariable, y no de otro modo, son las cosas, en esta ínsula perdida..., mi querido Viñeros.

Hoy, -- al recordar tales hechos – caigo en la cuenta de que el discurso de Calancho debe haber sido preparado, principalmente, para halagar los oídos de Casales. Calancho se habrá imaginado que, el día de su presentación, él mismo debería ser el orador de fondo. Claro, era lo que correspondía... No se habrá imaginado que el rector iba a quitarle el escenario; el único y muy especial escenario del primer día; del único primer día... Casales era verboso, efectista y exagerado. Gozaba al hablar en público, al escucharse a sí mismo, al sentirse admirado; al ser, en palabras de Estarellas, el torero, la cupletista, el alcalde y el obispo. Todo en uno. Y al hacer – como también señalaba el catedrático de Lengua Inglesa – sus usuales gallegadas. (Es decir, cometer una que otra notoria arbitrariedad; pronunciar siempre la última palabra y tratar de imponerla con porfía; pasarse bastante del límite de lo cortés y lo sensato; abusar del protagonismo; etc.) Aquella vez, Casales aprovechó la coyuntura de la inauguración de la cátedra de Pedagogía, para darnos una clase magistral – ni esperada, ni pedida; completamente sorpresiva – sobre la educación a lo largo de la historia. Y, a Calancho, no le quedó otro remedio que escuchar; y permanecer en el forzoso e impensado segundo plano. Y, por último, -- siendo ya más de la una y media de la tarde; y habiendo pasado unos buenos treinta y tantos minutos de la hora habitual de la salida de clase – el pedagogo sólo pudo felicitar, en cuatro palabras apuradas, la oportuna y brillante intervención del señor rector; y, hasta mañana, señores estudiantes...

Hacia el final de la primera clase verdadera, -- diría yo – los estudiantes caímos en la decepción y el desconcierto. Ningún programa del curso... Ningún mensaje inicial claro. Es decir, Calancho no puso los cimientos... (O los puso en la arena...) Sólo hizo, desde el principio, una exposición desordenada y enredada. Habló del qué y el cómo en la enseñanza. De la necesidad de comenzar con una definición de Pedagogía. (Varias referencias a los filósofos griegos; y a los términos griegos y latinos de esta ciencia.) Pero, hay que tener cuidado...; para no simplificar las cosas en forma indebida... A propósito de esto, hay que recordar la advertencia de Gregorio Marañón: Se puede engañar hasta con datos ciertos... Que Marañón era médico; pero tenía muy buen sentido de la enseñanza. (Varias referencias a otros médicos famosos.) Que la enseñanza la hacen todos; en el buen sentido y, lamentablemente, también, en los malos sentidos. Que hay una contraposición entre lo que la sociedad enseña con los principios (¿la teoría?) y lo que la misma muestra con los actos. Que

el cine también enseña; pero que no se han aprovechado aún sus grandes posibilidades. Que, por supuesto, la tecnología moderna puede ayudar a los pedagogos; pero que, lamentablemente, también se la puede utilizar mal; y, hasta, utilizarla para perder el tiempo. (Otras referencias laterales a ciertos idólatras de la imagen.) Que, en verdad, el tiempo es oro para los pedagogos; y que quizá lo sea aún en mayor medida para los comerciantes. Que la eficacia de los pedagogos depende del buen uso del tiempo; tanto como de su buen sentido, preparación y sabiduría. Que ya se dijo que los maestros de escuela prusianos ganaron una guerra para Alemania. (Referencias a la persecución de los judíos, durante la Segunda Guerra Mundial: Nos enseñaron con su enorme sufrimiento.) Que en el diario EL SOL, del día de hoy, había un artículo excelente relacionado con esto. (¿Con qué? – me preguntaba yo.) Que, a propósito, a veces aprendemos hasta involuntariamente. (¿A propósito de qué?) Que un apagón puede mostrarle a uno la formidable importancia de la tecnología. En fin, cosas de esta laya y en semejante orden o desorden...; cosas sueltas, deshilvanadas; una conferencia invertebrada, para usar un adjetivo artificioso, de aquellos que hizo famosos Don José Ortega Gasset.

Me distraje. Y empecé a pensar en el simbolismo de EL VIEJO Y EL MAR, de Hemingway. Y, a continuación, -- por la resbaladiza asociación de ideas -- en el pescado que iba a comer, más tarde, en el almuerzo. Y, posteriormente, en lo antipática que -- según varios compañeros -- era nuestra compañera María Angélica Illanes. Y en aquello del papel del proletariado interno y externo, de Toynbee, en la decadencia de las civilizaciones. Y en esa tarea de Historia del Arte que no lograba terminar. Y en esos formularios, de las prácticas pedagógicas; que había que llenar... Vaya... ¿Estoy yendo, yo mismo, por el tortuoso camino de Calancho? -- me interrogué. / No, señor. No es lo mismo... La mente siempre divaga... Si se la suelta, si no se la controla... Lo importante es saber disciplinarla y ordenarla; claro, conforme demanden las circunstancias. En este punto, las eses y las zetas del pedagogo, me devolvieron al aula de clase.

...analizar la definición que la OMS dio de la salud humana. Algo de eso (otra vez: ¿de qué?) ya había enseñado la Misión Pedagógica Alemana; que vino al Ecuador en la década de los veinte. (Una referencia lateral al día del maestro ecuatoriano.) Ayer justamente hablaba de esto (¿?) con mi bueno y reciente amigo Don Antonio Ambrossi, el director de la Biblioteca General de nuestra universidad, que tiene libros valiosos y antiguos (¿quién, Ambrossi o la Biblioteca?)... un hombre erudito y un docente conocido en el medio (¿ habrá que entender en la ciudad?) por su dedicada enseñanza y su varias veces reeditado texto de GEOGRAFIA GENERAL Y NOCIONES DE ASTRONOMÍA...

En ese momento, Pedro Cazorla -- un compañero de estudios que solía sentarse a mi lado -- acercó su cabeza a mi oído y me susurró:

--¡Ya llegamos a las estrellas...! ¿Y ahora, carajo, qué anotamos?

Miré su hoja de apuntes. Estaba perfectamente limpia; la mía tenía al menos las indicaciones usuales de materia y fecha. Yo tenía mi esferográfico destapado y listo para

escribir. El suyo, en cambio, estaba todavía tapado con su capuchoncito rojo; y reposaba, ocioso, entre las anillas de la carpeta.

--Anota que Antonio Ambrossi es amigo del doctor Calancho – le respondí. / Eso puede ser importante quizás..., para nuestro profesor.

Cazorla hizo lo inesperado. Puso, como yo, el nombre de la materia y la fecha; y anotó, debajo, con letra grande: EL BIBLIOTECARIO ANTONIO AMBROSSI ES AMIGO DEL DOCTOR CALANCHO. Y, luego, sin mirarme, fingió prestar otra vez atención al profesor. Reí quedamente. Cazorla había sido el primero en cuchichear. Otros lo siguieron. Al final de la clase, el cuchicheo se había generalizado. Tal vez, en vista de ello, Calancho dijo, en voz alta:

--Y, bueno, ahora para terminar...

Se calló intencionalmente. Cuando se produjo el esperable silencio, interrogó:

--¿Alguna pregunta, alguna duda, algún comentario?

Se produjo otro silencio. Éste más bien incómodo, embarazoso. Parecía que nadie iba a hablar. Y que saldríamos... Pero, de pronto, Elgidio Vásquez -- un estudiante sencillo y conocido por su lentitud y su cortedad -- intervino:

--Doctor Calancho, de cuando en cuando, ¿no podría usted poner unos ejemplitos?

Risas... ¡Claro! -- pensé yo. / Ya salieron esos famosos “ejemplitos”, de la escuela primaria. Vásquez venía del campo. Y, en el campo, el maestro debe ser claro, pausado, sencillo, gráfico; siempre atento con los rezagados; que pueden ser la mayoría... Nada de lucirse; nada de impresionar; nada de hablar para los del término medio o sólo para los que tengan orejas... Entonces, ¿qué práctica mejor que aquella de cada enunciado con su respectivo ejemplo? Aunque, por otra parte, a su modo, Vásquez se había acostumbrado ya, en la facultad, a las frecuentes exposiciones teóricas, largas y abstractas. Recuerdo bien sus palabras, al respecto:

--Aburridas y pesadas, son algunas materias... ¡Qué se le va a hacer! Hay que estudiar todo de memoria. Ésa es la única forma de arreglarse con ellas. Y hay que anotar todo lo que se pueda. Y no puede uno perderse ninguna de esas malditas clases... No se puede faltar a ninguna...

¡Claro! -- pensé yo. / Un caso extremo y curioso de memorismo defensivo... Ésa había sido su particular forma de adaptación a unas prácticas académicas bastante confusas y desiguales. Y, así, había logrado Vásquez alcanzar la modesta y necesaria medida de su

relativo éxito. Pero, ¡vaya!, estas clases de Calancho le resultaron algo que iba mucho más allá de sus experiencias y sus previsiones. Lo desubicaron... Y, quizá él, también, por otro lado, quería ayudar... Y, desde luego, un poco de razón no le faltaba. Lo concreto y lo preciso – sus “ejemplos” – traen la plena luz del sol al mundo naturalmente crepuscular de las ideas... Y -- por el tono humilde y llano en que fue dicha -- era evidente que la petición le había salido del alma... Y, al final, -- por ser la correspondiente añadidura -- todos advirtieron la censura implícita... ; la primera que debió absorber el pedagogo en estas altas tierras americanas.

La segunda clase fue la misma cosa, con palabras distintas. Y, la tercera, prácticamente igual. Y, la cuarta, una gota de agua más; indistinguible de las otras ... En la quinta, hubo una sola variación: Calancho escribió, al final, en el pizarrón, los datos bibliográficos del TRATADO DE PEDAGOGIA GENERAL, de René Huber; que sería el libro que, fundamentalmente, seguiríamos en el curso. Recomendó su compra:

-- Está en la librería de las religiosas dominicanas, la librería Santa Catalina. Hay, al momento, una media docena de ejemplares. Pero, si se encarga el libro, con un anticipo, se puede tener una veintena más de ejemplares, en un par de semanas. Los enviarán desde la distribuidora de Quito. Cómprenlo. Un docente debe ir haciendo su biblioteca personal...

A la semana siguiente, las indigeribles raciones pedagógicas se reiteraron. Molestia, desorientación... Como consecuencia, existía ya, en el alumnado, bastante intranquilidad. Y Cazorla se mostró más molesto que todos nosotros; incluso, irritado... Poco antes del final de una de aquellas clases, me susurró:

:

--Viñeros, salgamos juntos. Y caminemos, luego, hasta el centro de la ciudad. Vamos a conversar de algo importante.

En efecto, caminamos y conversamos. Cazorla ejercía la docencia primaria. Y, al mismo tiempo, se las arreglaba para adicionar a su sueldo unos sucos más; vendiendo cualquier cosa: loza barata, papel borrador, cocinas reparadas, ladrillos, puertas viejas. Tenía ya unos buenos cinco años de experiencia en las aulas. (Cuando yo – que sacaba unos pocos billetes, trabajando, unas horas al día, como locutor, en una radioemisora – sólo había dado una clase, sobre el mantenimiento del fusil, a un grupo de conscriptos campesinos; durante mi servicio militar, en un destacamento selvático de la frontera con el Perú. En aquella época, los universitarios hacíamos los cursos de oficiales de las reservas.) Cazorla no mostraba inclinaciones intelectuales. Pero, en compensación, tenía cierta capacidad organizativa; y algo de buen sentido práctico.(Había sido, en dos ocasiones, presidente de los estudiantes de su curso.) Y, hablando de posibles negocios, daba la impresión de ser una persona emprendedora. Si se arriesgara...-- pensaba yo. / Quizá sólo le faltase un poco de dinero; y la valiente decisión de abandonar su mediocre seguridad de empleado público. Estaba ya casado; y , por algunas alusiones suyas, sueltas, yo deduje que su matrimonio no andaba bien. Se quejaba, además, de unas tempranas úlceras... (Cazorla está un poco estresado... – pensaba yo.) Su formación de normalista, y su práctica profesional, le permitían opinar de

asuntos pedagógicos con cierta solvencia: Nos decía, implícitamente, con sus actitudes y sus palabras, que nosotros, sus compañeros inexpertos, debíamos tener en cuenta sus opiniones:

--A este tipo, -- me dijo Cazorla, entrando en el tema y refiriéndose a Calancho -- se le corta cada día el hilo de la cometa. Es más: a lo peor, no tiene cometa, ni hilo, ni nada... Tal vez sea más adecuado, y preciso, decir que lo único que hace es cazar moscas en la oscuridad. No tiene la menor idea de la secuencia, del orden, de la medida... No sabe dosificar. En nuestra profesión, Viñeros, hay que saber dosificar... Tú sí me entiendes... Si no se dosifica, uno empacha a los alumnos. Les da demasiado alimento en una sola vez; y no les permite digerir. Eso nos está pasando a nosotros. Estamos atiborrados; estamos confundidos sin remedio. Estamos andando muy mal; porque ya llevamos dos semanas de clase; y no tenemos ni una sola página de apuntes... Calancho sólo nos ha recomendado un texto; sin precisar absolutamente nada sobre su uso. ¿Ya compraste el libro? ¿Cómo podemos, Viñeros, estudiar cuatrocientas y pico de páginas -- con montones de notas al pie -- en tres meses y medio de tiempo, y en una sola materia? Y, luego, ya vendrán los exámenes parciales. Y, entonces, bastará con que nos ponga un tema rebuscado; y, así, empezará a freírnos a todos ... Y, aparte de esto, ese Griego, que no pude seguir el año pasado; y esa Filosofía de la Historia, con sus teorías interminables y una lectura tras otra ... Hay que hacer algo respecto a Calancho. Actuemos... ¿Qué piensas tú?

Vaya, vaya ... -- pensé yo. / Esos reclamos a los profesores suelen ser tan antipáticos... Y casi nunca se gana nada. Y sólo se consigue, en realidad, meter más tensiones en el aula. Y, después de todo, no es tan difícil adaptarse a los profesores; aun a los bisoños, a los irascibles, a los distantes, a los autoritarios, a los mañosos. Es decir, en nuestro caso, a la docencia criolla y española. (Esta última, no tan diferente de la primera.) Con estudiar un poco, y tener cierta habilidad para redactar y presentar las respuestas, todo está en orden. Por ese camino de los reclamos, en cambio, nos vamos a meter en líos. ¿Y para qué? En fin de cuentas, ¿no es éste nuestro último año de estudios? Bastaría preguntarle, con tino, a Calancho cómo serán sus exámenes... Pero, por otra parte, no se puede negar que Cazorla acierta... Aunque, por las obvias razones de la confrontación -- que parece venirse -- exagera y simplifica los hechos. Y -- más allá de esta pequeña y circunstancial dificultad -- ¿por qué no superamos ya, de una buena vez, nuestra general y lamentable rutina académica? ¡En qué forma tan diferente trabajan los profesores de los Estados Unidos y el Canadá! ¡Qué bueno fue ese corto curso de Geografía, dictado en Quito, por los profesores de Minnesota y de Windsor! Eso es trabajar sistemática y eficazmente: programas, cálculo de tiempo, exposiciones claras y ordenadas, mucho material de apoyo, bibliografía disponible en español (y, mucho más, en inglés), consultas y asesoramiento constante, pruebas y exámenes previstos y con modalidades variadas y precisas, trabajo final a elegir, evaluación del desempeño de los profesores... Y se trabajaba en un ambiente académico bastante democrático y algo informal, etc.¡Caray, el asunto tiene sus bemoles ...! Va a ser un poco difícil decidir la acción que corresponda.

-- ¿Me dejarías pensarlo un poco? - le dije a Cazorla. En este momento, no sé realmente lo qué habría que hacer. ¿Y tú qué propones?

--Sencillo ... - dijo. / Le podemos pedir a Calancho que nos deje expresar nuestros puntos de vista sobre la marcha de la materia. Y, luego, únicamente, hay que presionarle un poco; para lograr pronto los correctivos. Hagamos las observaciones que corresponden en una de las próximas clases. Pero, hay que moverse, ¡eh ...!

Cazorla no volvió a hablarme del asunto. Y yo – por el escaso interés que tenía – tampoco se lo recordé. Pasó una semana más de clases. Y se me ocurrió – por la ausencia de nuevas iniciativas y comentarios, al menos en mi presencia – que el malestar se estaba diluyendo. O que, tal vez, mis compañeros se estaban ya acostumbrando al parloteo cultista y deshilvanado de Calancho. O -- ¿quién sabe? -- sí, por alguna razón o sinrazón, ellos habían dejado ya de considerar al pedagogo como una amenaza... Días después, pensaría, en cambio, que era más probable, que hubieran decidido preparar la protesta, prescindiendo de mí. (Quizás me consideraran demasiado ligado a algunos profesores; y, por lo tanto, poco confiable.) En todo caso, los reclamos se dieron efectivamente; como lo voy a contar pronto. Pero, antes de hacerlo, debo referirme a un desaguisado, que ocurrió más bien en forma gratuita e inesperada. Al final de una de las clases de Calancho, Agustín Haro – un estudiante que seguía, simultáneamente, las carreras de Derecho y Filosofía – le pidió la palabra.

--Doctor Calancho, - dijo - el compañero Vásquez le propuso a usted, el otro día, que ponga unos ejemplitos... (Enfatizó, burlescamente, la última palabra.) Y yo creo que, para empezar, él está bien encaminado. Relieve la importancia del hecho... Él dijo lo esencial... Así que, yo voy solamente a perfeccionar un poco aquella propuesta. Le sugiero que trabaje, exclusivamente, a base de ejemplos. (Enfatizó la palabra exclusivamente.) De este modo, su tarea será más fácil... De cada ejemplo, usted irá sacando, en orden , (enfatizó también estas últimas dos palabras) las doctrinas, las consecuencias, las derivaciones y las implicaciones debidas. Para decirlo mejor, yo estoy pidiendo que usted haga algo como lo que se hace en la catequesis... (Risas.) O como se hace, en la Facultad de Derecho, con el estudio de casos...

Calancho enrojeció. Me parece que vaciló un instante. Luego, miró fijamente a Haro; alcanzó a decir, apenas, unas cuatro o cinco palabras ininteligibles; y, sin más, salió del aula, dando un sorpresivo portazo. Se acaba de declarar la guerrita o la guerrilla... -- pensé yo. / Y, aquí, alguien va a morir; o va a haber, por lo menos, algunos heridos. ¡Y qué forma de reclamar! ¿No están las palabras de Haro muy cerca de la injuria, de la burla cruel o de la agresión? ¡Por supuesto! Si es que no constituyen ya, justamente, todo aquello. Pero, bueno, eso le va a favorecer a Calancho. Va él a tener, cuando menos, el apoyo de los profesores, de las autoridades y, tal vez, de algunos alumnos. ¿Y Haro, qué? ¿Es un kamikaze? ¿Qué le queda después de esto? Se ha ganado – sin motivo, ni razón aparentes – una fuerte sanción disciplinaria; o, como mínimo, ha logrado, en forma inmediata y perfecta, la malquerencia de Calancho. ¡Caray! Este exabrupto resulta bastante impertinente, ilógico e inexplicable. Haro ha creado – supongo -- una situación que no es, precisamente, la que deseaba Cazorla. ¡Y esa alusión a la Facultad de Derecho! ¿No se la tiene, acaso, a ésta, como la más arcaica y la más pobre académicamente de las facultades de la Universidad Austral? ¿Y a ese profesor -- que daba, en la misma facultad, Práctica y Casos -- no le pusieron, una vez, los estudiantes, un atadito de alfalfa sobre el escritorio? Y la indignación de Calancho; apenas contenida por unos segundos. En tiempos prehistóricos, -- cuando el hombre era mucho más silvestre, espontáneo y bruto – un enrojecimiento semejante debe haber sido el anuncio de un mazazo descargado, contundentemente, sobre la cabeza del ofensor... Aquí, en cambio, -- en nuestra imperfecta civilidad -- sólo fue el anuncio de un sonoro portazo. ¡Estas reflexiones...! Los disparates, o casi disparates, a los que llego con las argumentaciones históricas...! Vaya...En estos días, quizás, estoy demasiado metido en la Historia...

En la semana siguiente, se aclararon ciertos pequeños enigmas, relacionados con lo anterior. Hablamos bastante de Haro. Y buscamos las razones de su temeridad y de su prepotencia. Hace poco, se había graduado de doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales. (En forma directa y sin elaborar una tesis. Atención: doctor en todas las Ciencias Sociales... Sin el paso -- esperablemente previo -- de ser abogado primero. Y sin, siquiera, haber cursado alguna de las ciencias referidas. ¡Así eran las “generosas” titulaciones en la antigua Facultad de Derecho!) Un año antes, se había recibido, también, de licenciado en Humanidades. (Bastaba, para ello, la aprobación de los primeros tres años de la carrera de Filosofía y Letras y un genérico examen oral.) Con los dos “cartones” bajo el brazo, se marchaba, orgullosamente, de vuelta a su tierra: San Gabriel; una pequeña ciudad de la Provincia de Carchi, fronteriza con Colombia, en el norte del país. Ya tenía derecho a ejercer, -- si él así lo deseaba -- simultáneamente, la abogacía y la docencia. Haro era sobrador y pretencioso. Se había afiliado -- y lo consideraba, de frente, una distinción -- en la ACCIÓN NACIONAL; un pequeño grupo de militantes de la derecha profascista. (Grupo que, ocasionalmente, les daba unas buenas palizas a los estudiantes socialistas y comunistas; quienes, embriagados, solían cantar, por las noches y en las calles, canciones revolucionarias.) Habían circulado rumores, -- yo no lo sabía -- de que Haro era un agente policial encubierto. Quienes lo conocían más de cerca afirmaban que disponía siempre de dinero; y que solía portar armas de fuego cortas. En una ocasión, él había logrado sacar de la universidad -- mediante el llamado derecho de tacha; es decir, la adhesión del noventa por ciento de los cursantes de las materias -- a un conocido profesor socialista. (Considerado muy cabezón y autoritario; pero, también, en buena medida y al mismo tiempo, recto y competente.) El conflicto -- que se había desarrollado durante un par de meses -- redundó, a la final, en una definitiva huelga de los estudiantes de la Facultad de Derecho. Ante ésta, el Consejo Superior de la Universidad cedió... Y, a partir de entonces, Haro, -- el exitoso dirigente de los descontentos -- había recibido el apodo de El Verdugo de los Profesores; que parecía gustarle. Bueno, antes de entrar a la clase de marras, Haro les había dicho a los estudiantes con los que conversaba:

--Compañeros, finalmente, me voy. No voy a terminar este año de estudios... Y les voy a dejar a ustedes un recuerdito. Y también un recuerdo grande a ese huevón y despistado de Calancho... Me voy a cosechar, en mis campos, los frutos que aprendí a cultivar aquí, en La Morlaquí (Cuenca; n. del a.)... Ya sabrán de mí más adelante...

Sí, sí... Había también esta clase de estudiantes en la Universidad Austral. Por entonces, las izquierdas ya dominaban la política de la institución. Pero aún eran resistidas por los conservadores y la llamada, con cierta frecuencia, derecha torcida (los profascistas). Y, en todos los grupos, -- según se afirmaba -- se infiltraban los policías, los militares y los agentes de la CIA norteamericana. Claro, claro... Era la época de la mayor influencia de la Revolución Cubana; de la aparición de las primeras guerrillas latinoamericanas; de la Contrainsurgencia... En fin, se produjo el calentamiento político continental de la Guerra Fría... (Proceso paradójico solamente por las metáforas de la temperatura.) Y ese calentamiento llegó a las universidades públicas del Ecuador; muy bien acompañado con otros varios males...

Al día siguiente, Calancho pasó lista por primera vez. Antes, no le había dado importancia a ese detalle escolar y burocrático. (Recomendado, con bastante insistencia, por Casales: “Señores profesores, deben hacerlo. Yo conozco a mi gente...” Había, Calancho, incluso, comentado, de paso, en algún momento, que tal cosa no era una buena práctica universitaria. Claro, seguramente, nadie le habló al pedagogo de la rectoral recomendación...) ¿Habría notado, luego, – pensé yo – que, mediante la asistencia, se puede mantener bajo control, al menos en forma parcial, a los faltones frecuentes como Haro? Así proceden algunos profesores; aunque, suelen decir, medio hipócritamente, que lo hacen, más que nada, para conocer a los alumnos. (En la educación, -- como en cualquier otra relación social – hay siempre cierto grado de jerarquización, que debe afirmarse; y algo de conflicto, latente o presente. ¿ Por qué nunca hablan de estos asuntos los pedagogos, los sicopedagogos?) Uno sabe, en todo caso, sin mayor dificultad, quiénes quieren realmente conocer a los alumnos; y quiénes, no... Bueno, al nombrar a Haro, Calancho debió comprobar lo que -- supongo -- ya debía haber advertido visualmente al iniciar la clase: que no estaba. Esto pareció distenderlo. Habló a continuación, durante unos quince minutos, con bastante tranquilidad y soltura; haciendo algo semejante a una motivación velada. (O, quizá, se tratara nada más que de simples y sueltos comentarios iniciales. ¿Quién podría saberlo?) Hizo, luego, un par de preguntas a los estudiantes; cosa que no acostumbraba. Y, después de aquello, volvió, sin poderlo remediar, a las características andadas suyas. Resultado: cuchicheos, conversación abierta y generalizada, desorden, clase terminada.

Pensé, en aquellos momentos, que Calancho era talvez incapaz de interesar al alumnado con sus exposiciones; lo cuál, en realidad, pocos profesores logran plenamente. (Esto es, desde luego, un logro especial; que no puede ser, por lo tanto, administrativamente exigido.) Y pensé que él, tampoco, podía mantener el orden. (Lo cuál tiene que ver con la adecuada forma de trabajo y la personalidad del profesor.) Y pensé, también, por último, que – aunque no esté reglamentado, ni recomendado – Calancho debía tener en cuenta, suficientemente, el antiquísimo hábito estudiantil de tomar apuntes ... Y, aquí, hay otro problema irresuelto. Y otra vez: ¿ por qué los pedagogos no lo estudian? ¿ Lo considerarán, acaso, una minucia sin importancia? En nuestra superficial realidad, lo políticamente correcto es condenar de palabra la práctica del apuntismo. Y listo. Todos contentos. Pero, veamos. Tomar apuntes tiene sus ventajas. Permite, por lo menos, determinar los asuntos más importantes, reforzar la atención, ejercitar la selectividad, resumir... Pero también, por supuesto, la exageración de la práctica lleva al vicio: el apuntismo esencial y casi exclusivo. (En ciertas facultades, la mayoría de los estudiantes nunca llega a los libros... ¿No es algo casi vergonzoso que las universidades latinoamericanas trabajen, en su docencia, como si la imprenta no se hubiera inventado nunca? En años posteriores a Calancho, -- recuerdo -- los estudiantes más descuidados reproducían, en las fotocopadoras, los apuntes de sus compañeros más diligentes. ¡Todo un símbolo! He ahí, armoniosamente juntadas – gracias a la cultura criolla – la Edad Media y el siglo veinte...

Bueno, volvamos a Calancho. Por una u otra razón, el pedagogo se salía de las normas. Y mis compañeros repetían -- cada vez con más frecuencia, en sus parloteos -- que algo había que hacer para que él “cambiara su método”. Cazorla, pues, sumaba apoyo... Pensé un poco más en el asunto. Y, finalmente, decidí que, en caso necesario, trataría de moderar las tensiones; y de encauzar, -- si ello fuera posible -- de manera positiva y útil, el creciente descontento.

Unos días después, el reclamo, -- inevitable ya -- se produjo vigorosamente. Valeriano Matei -- un estudiante también norteño, de Riobamba, amigo de Haro y, como él, miembro del grupo profascista ARNE (Acción Revolucionaria Nacionalista del Ecuador; abreviado: ACCIÓN NACIONAL; o REACCIÓN NACIONAL, según el uso de sus enemigos) -- le pidió a Calancho, hacia la mitad de la clase, que le permitiera hablar. El pedagogo dudó en acceder; pero, accedió.

-- Debo reconocer - dijo Matei, para comenzar - la valía de nuestro profesor de Ciencias Pedagógicas: un catedrático experimentado y con muchos merecimientos académicos. Pero, al mismo tiempo, -- y no puedo menos que decirlo con franqueza -- la marcha de esta materia, en nuestro ciclo, está dejando mucho que desear. Los compañeros aquí presentes, en su gran mayoría, están de acuerdo conmigo; y respaldan mi apreciación. Lo que el profesor está tratando, en este preciso momento, se halla -- para poner un solo ejemplo -- en la página 237 y las siguientes del libro de Huber. Y recién estamos, compañeros, en las primeras semanas de clase... Pido, al distinguido señor profesor, que le pongamos, ya, remedio a esta, anormal, situación. (Puso énfasis en las palabras **ya** y **anormal**.) Bueno, gracias, señor profesor. A continuación, otros compañeros le expresarán también sus opiniones y sugerencias.

Tres alumnos más tomaron la palabra; y trataron el asunto de una manera convencional y dura. Y, en algunos detalles, en mala forma. De pronto, Calancho se molestó; y cortó las intervenciones para responder:

--Señores, esta no es la manera de conducirse en una cátedra universitaria. La intervención de Haro, hace unos días, fue algo que sobrepasó todos los límites del respeto y el buen sentido. Ustedes - recuérdelo - son estudiantes de una institución superior; y cursan los últimos años de sus respectivas carreras. Debieran ya, por lo tanto, tener hábitos académicos perfeccionados; y debieran también tener metas de superación; que sólo se logran disciplinándose, esforzándose y exigiéndose. No debieran esperar, de ningún modo, unas clases elementales y pedestres. Así que, -- les solicito -- mantengan su compostura; y asuman, alta y responsablemente, sus quehaceres y sus obligaciones...

Parecía que Calancho iba a seguir. Pero vaciló un instante. En este punto, -- y sin pedirle siquiera permiso a él -- otro estudiante tomó la palabra:

--Como han visto, compañeros, el señor profesor se muestra autoritario; y no quiere arreglar esta desafortunada situación al nivel de las aulas. (**Al nivel de** era, por entonces, la expresión política y burocrática de moda; todo estaba, o se consideraba, al nivel de algo.) Creo, por lo tanto, que debemos actuar de manera oficial; y elevar el asunto al nivel de las instancias superiores; las instancias que correspondan...

Decidí, en ese momento, que debía intervenir. Le pedí a Calancho permiso para hablar:

-- Miren, compañeros, no compliquemos las cosas ... Hemos tenido, en definitiva, solamente unos tropiezos. O, quizá, mejor: estamos ante unas dificultades superables. Ya me referiré, más adelante, a las posibles soluciones. Antes, y en primer lugar, quiero manifestar algo: Me opongo, enérgicamente, a la actitud y las palabras del compañero Haro. Y lo digo en forma expresa; porque no es bueno que se crea, en este caso lamentable, que quien calla, otorga. Luego, quiero señalar, y recalcar, que nosotros, los alumnos, debemos ser siempre consecuentes y coherentes en nuestras críticas académicas. Hablo del apuntismo; un detalle, nada más, de las preocupaciones estudiantiles. Pero, importante por supuesto; y más, ahora, en esta materia. ¡Cuántas veces hemos condenado el apuntismo; señalándolo como una costumbre nefasta de la docencia universitaria! ¿No hablamos, acaso, de esto, en cada seminario de reformas? Y el apuntismo, compañeros, -- como ustedes bien saben -- sólo se puede superar con el uso de los textos y la bibliografía correspondientes. Utilicemos, pues, los apuntes como deben ser correctamente utilizados: Es decir, como material adicional o complementario de nuestros estudios. No los usemos como lo esencial, lo principal o lo único. Dejemos de ser “cuadernícolas”; - estudiantes que viven en el cuaderno y del cuaderno - ; como muy bien señala uno de nuestros más distinguidos profesores, el doctor Jarama. Pienso que ustedes - personas deseosas de innovaciones - estarán de acuerdo conmigo... Y, en cuanto a la marcha de esta asignatura, ¿no sería bueno solicitarle, al doctor Calancho, que, con el texto de Huber, nos dé unas asignaciones semanales de lectura; que sigan, más o menos, el avance de las explicaciones? ¿Y no sería bueno, también, pedirle, al señor profesor, que nos indique las características y el enfoque de las pruebas y los exámenes? Así, eliminaríamos las inquietudes; que, al respecto, han aparecido... Y, por último, propongo que - para evitar futuros problemas o simples malentendidos - le encarguemos al presidente del curso que se mantenga en contacto permanente con el doctor Calancho; para transmitirle nuestros pedidos o sugerencias. De esta manera, compañeros, - creo yo - superaríamos los pequeños inconvenientes que hoy nos preocupan...

-- Y que se dan en las mejores familias; y, hasta, en la misma Universidad de los Angeles... - añadió, rápida y oportunamente, Luis Florencio Calle; un amigo mío, que solía sentarse hacia el centro del aula. (Risas).

-- ¡Ese par de aduladores! - dijo alguien, desde uno de los asientos del fondo.

Un momento de desconcierto. Pero, afortunadamente, nadie apoyó al insultador. Y -- mejor todavía -- nadie impugnó mi punto de vista. Cazorla no había apoyado a Matei; y, tampoco, aprobó mi intervención. Permaneció en silencio, nada más; como contrariado... Creo que acerté. Había evitado hablar de los defectos de Calancho; había aprovechado el desatino de Haro; y había tomado, de pasada, las “irreplicables”, y más bien retóricas y consabidas, críticas de los estudiantes a los “dictadores” y al “apuntismo”. Y pienso, además, que logré darle a Calancho una opción y una salida honorables. Se vio al pedagogo, de inmediato, aliviado y menos tenso. Nos agradeció el “giro moderado y cortés”, que había tomado el reclamo... Dijo que, en principio, estaba de acuerdo; que pensaría algo más en las propuestas de todos; y que, en las clases siguientes, se referiría a los detalles de la cuestión. En este punto, el conflicto pareció encaminarse hacia una solución; o al menos, quedar algo contenido. Hoy creo, sin embargo, que, en el fondo, no pasó nada. Sólo se le dio un poco de tiempo al tiempo... Y el reclamo se evaporó, -- ¡sorpresa!-- un mes más tarde, por un hecho, en una parte normal y, en otra, imprevisible: Las muy buenas notas que todos recibimos en el primer examen parcial de la materia... Todos aprueban, nadie protesta... Y, de tal modo, en adelante, la anómala situación pedagógica se tornó crónica e inmejorable. Y fue, más o

menos, aceptada por todos los alumnos; e ignorada, o soportada, por las autoridades de la facultad... Y, aquí, recuerdo la observación de Malaval:

-- Óyeme, Viñeros, inmejorable significa óptimo. A pesar de tu mente precisa, usas algunas palabras con cierta arbitrariedad ...

-- Esta palabra tiene al menos dos sentidos, Malaval. Yo la he usado en el sentido de imposible de mejorar. Es el sentido literal. También lo regular o lo malo pueden ser inmejorables...

-- Si te refieres al funcionamiento de la cátedra de Pedagogía, te equivocas, Viñeros. De acuerdo a lo que me acabas de contar, el asunto es impeorable...

Las paredes tienen oídos. Y estos son más numerosos, atentos, curiosos y finos en los pueblos chicos; y en los ambientes semicerrados y burocráticos ... Cuando encontré a Estarellas en las calles del centro, -- caminando, como siempre, hacia la universidad -- él ya conocía, bastante bien, lo que denominó "el desarrollo de la sesión". Empezamos a comentar el asunto.

--¿Así que le defendiste al gallego...? Mira, Viñeros, creo que has hecho bien. En el fondo, me alegro. ¡Esos campesinos, esos maestrillos de escuela, esos fascistas y, hasta, esos socialistas y comunistas! Y todos, juntos y revueltos, para cocinar la olla de grillos... Y, al lado de ésta, las otras ollas, talvez peores, del dogmatismo, la mediocridad, el facilismo y la rutina. Ya sabes tú, Viñeros, que yo soy incompatible con el prejuicio, el convencionalismo, el filisteísmo y la pobreza intelectual. Es decir, en definitiva, con la fe simple, la estrechez de miras y la estupidez. Y, aparte de ti, ¿quienes más le defendieron a Calancho? ¿Los exalumnos de los jesuitas? ¿Los exseminaristas?

Los ojos azules de Estarellas brillaron maliciosamente detrás de los cristales claros de sus gafas; y debajo de su frente enrojecida. Se calló, a continuación, mirándome con fijeza; como solía hacer cuando esperaba una defensa, una aclaración o una réplica.

-- Yo soy el único exalumno de los jesuitas que hay en este curso. Y, una vez que se fue Haro, no creo que haya más seminaristas. Ahora, sin embargo, me aparece una duda: No sé si Valeriano Matei es o no es un exseminarista. En todo caso, por la facha, lo parece... Pero, él también está contra Calancho. Y no hay que suponer que los exalumnos de los jesuitas y los exseminaristas sean siempre buenos estudiantes...

-- Yo tengo mi experiencia, Viñeros. Y sé que, en la mayoría de los casos, sí lo son ...

-- Pero, lo de Calancho, doctor Estarellas, no es una cuestión de buenos estudiantes contra malos estudiantes...

-- Yo no he dicho eso, Viñeros. Tú lo has dicho. Tú puedes explicar mejor el asunto...
¿Cómo lo ves?

-- Yo diría, de manera directa y sencilla, que es un problema pedagógico; que, lamentablemente, un pedagogo profesional no puede resolver... Eso, bastante conocido, de los profesores que no enseñan...

-- Y los ingenieros sin ingenio. Claro... Y,- en cuanto a tus compañeros - ¿no crees que cocinan la olla de grillos y las otras ollas que ya te mencioné?

-- De acuerdo, doctor Estarellas. Con las excepciones...

-- ¡Hombre...! ¿No estarás hablando de ti...?

-- Las excepciones..., doctor Estarellas – dije, sonriendo.

-- Aclarado... Ya veo. Esta situación, Viñeros, no es ni mala, ni buena; es, primordialmente, chueca ...

-- Otra vez, de acuerdo.

-- Y tú no eres el gran abogado de Calancho - como ha dicho alguien de cuyo nombre no quiero acordarme... / Sino, simplemente, su espontáneo y ocasional protector.

-- Sí, señor. ¿Y quién es aquella quijotesca persona que me ha titulado en leyes informales?

-- No lo sabrás, Viñeros. No quiero acordarme...

-- Y el doctor Estarellas no es tan antiespañol; como algunos le pintan...

-- Óyeme, Viñeros... Quiero decirte, en forma expresa, que yo no soy antigallego. Y - para que no creas que me estoy contradiciendo - voy a explicarte un par de cosas. Anótalas. Una cosa es no querer a alguien; y otra, muy diferente, es odiarlo. Los antialgo son odiadores de algo. ¿Comprendes? Por eso, antisemita, antiamericano, antifascista, anticomunista, antiintelectual, etc. Muy feas posiciones ... Con los gallegos, -- hablo en general -- yo, simplemente, no me comunico bien en el diálogo ordinario y en lo intelectual. Yo trasmito, y recepto, en otra onda de radio. Eso es todo. Nada más. Tal vez, yo podría decir, de ellos, lo que dijo Rodó de los estadounidenses: Los admiro, pero no los amo ...

-- Eso me resulta un poco nuevo y sorprendente, doctor Estarellas. ¿Y por qué los admira?

-- ¡Cómo no los voy a admirar, hombre! España, un país cuyo arte nace en las cuevas de Altamira; una tierra que constituyó la principal provincia romana; que, con los árabes, llega a tener la más alta civilización de Europa; que descubre América por pura coincidencia; que la conquista con docientos campesinos, ocho bachilleres, cinco negros y cuarenta curas; que fabrica a la América Latina con los elementos más dispares, y sin siquiera proponérselo; que llega a tener límites con Rusia, pero no en Europa, sino en California; (¿Viste, Viñeros, que los extremos se tocan hasta en la geografía?); que se escapa de Europa durante varios siglos, a pesar de estar en la Europa misma o, por lo menos, pegada a ella; que pierde el imperio más grande, más homogéneo y más cohesionado del mundo en el tiempo récord de catorce años, y sólo porque llega Napoleón y les impone como rey a un borrachín. ¿Como no voy a admirar a unos gallegos que se las arreglaron para dominar a los vascos y a los catalanes? (Que siempre fueron más ricos, más inteligentes y más poderosos que ellos.) Y que, en cambio, no

podieron dominar a los portugueses... (Que siempre fueron más pobres, más tontos y más débiles que ellos.) En fin, cómo no voy a admirar un país que, en la década del treinta, se convirtió a sí mismo, y de muy buena gana, en un enorme campo de experimentación bélica. Y tuvo, al mismo tiempo, la última guerra religiosa de la historia... ¿No es acaso, Viñeros, ésta, una hoja de vida nacional espectacular y única? ¿Qué opinas tú al respecto?

-- ¡Bravo, doctor Estarellas! ¡Ha resumido en dos minutos la historia de España!

-- No es una hazaña, Viñeros... En estos días, justamente, he leído algo al respecto. ¡Oye! Ya sabes que yo siempre estoy leyendo algo... Y tú tienes que aprender un poco más de esa historia. Una curiosidad: ¿Por qué no han puesto Historia de España como una materia de ese bodrio que llaman en nuestra facultad Especialización de Historia Geografía? ¿O es que – a pesar de todo el grandísimo filogalleguismo de Casales – no se cree, allí, que la historia peninsular es uno de los grandes antecedentes de la historia de América Latina? ¿Sólo les importan, acaso, los incas, los aztecas, los mayas y los chibchas?

-- Habría que pasarle la idea al rector Casales. Creo que la aceptará de inmediato. Entusiastamente...

-- Sí, claro, Viñeros. Y la pondrá en el programa de estudios mañana a las nueve, hora del Ecuador continental (las catorce, hora mundial de Greenwich). Y, para eso, le despertará al decano de la facultad, con una llamada telefónica, antes de que canten los gallos y antes de que suene la grande y rota campana de Santo Domingo. Oye y, a propósito de estas significativas cosas de la Madre Patria, ¿me podrías explicar, Viñeros, - tú que haces conjeturas sobre tantos asuntos - ¿por qué los vascos y los catalanes se libraron de ser gallegos?

La pregunta me tomó por sorpresa. Era rebuscada... Trate de hilar, rápidamente, algo al respecto.

-- Sí, sí, doctor Estarellas... Efectivamente: el vasco Zubeldía, el catalán Cunill... Los vascos y los catalanes son - es tautológico decirlo, por supuesto - vascos y catalanes... No son gallegos... Será, quizás, porque - como lo acaba de decir usted mismo - son más listos... Y yo añadiría, por mi parte, mejor caracterizados en lo cultural que los gallegos, propia o arbitrariamente llamados por nosotros... Cataluña y el País Vasco son unas naciones; en el pleno sentido de este concepto. Pero, en eso de librarse de ser gallegos, se libraron por muy poco... Por el canto de un duro - como dicen los castellanos. Y, así y en fin de cuentas, - es decir, por esta labilidad - no pudieron evitar ser comprimidos, un poco, en la tosca y postiza adobera común; quiero decir, aquella adobera que los gallegos verdaderos hicieron para uniformar a todos los demás peninsulares...

-- Eso es... Has comprendido, Viñeros. Y, por el señalado y tan lamentable hecho, los catalanes y los vascos andan siempre quejándose y refunfuñando; y soñando en autonomías o, hasta, en independencias...

En la esquina de las calles Tarqui y La Condamine, vimos que un par de chicas se aproximaba a nosotros en el sentido contrario. Una de ellas sonreía. La reconocí de inmediato. El día anterior, en la facultad, me había hecho una encuesta para algún trabajo

escolar. Preguntaba por los estudiantes de Historia de los últimos cursos... Ella le saludó a Estarellas con naturalidad y confianza.

-- Hola, tío - le dijo. Y, luego dirigiéndose a los dos: - ¡Qué bueno que los encuentro! Justamente, iba a ir, más tarde, a buscarlos en la facultad. ¿Puedo hacerles - si no les molesta - unas dos preguntas, para completar las encuestas de ayer?

-- Creo que sí - dijo Estarellas, mirando el reloj. Tenemos unos minutos disponibles. Adelante, m'hija.

-- Tío, ¿cómo era eso de que la palabra cristiano se empleaba, antes, aquí, en el sentido de persona?

--Es un arcaísmo, Chelita... Cuando éramos chicos, la gente mayor todavía hablaba, aquí, de enfermedad de cristiano, huellas de cristiano, ruidos de cristiano, etc. Los médicos curaban solamente las enfermedades de los cristianos. Los bueyes y los gatos se curaban solos; ellos mismos... Si podían hacerlo. Pues, no había médicos veterinarios. Mira, en el diccionario, la palabra cristiano; para ver si consta esta acepción. Y mira también la palabra arcaísmo. Y anota lo que corresponda.

--Algunos chistes campesinos de Malaval se refieren a los "cristianos". - intervine yo.

-- Exactamente. Son viejos...; como tenía que ser. Pero, Malaval los ha reelaborado, en cierta medida.

-- Y a usted, señor, -- dijo la chica, dirigiéndose a mí -- ¿qué es eso de ser un ateo a tiempo completo?

--Usted no me lo preguntó ayer - dije yo. / De lo contrario, se lo habría explicado. Quiero decir que yo soy ateo todo el tiempo. Pero, en cambio, tengo un hermano que sólo es ateo durante el día. Durante la noche, -- el mismo lo dice -- cree en todo: en Dios, en las vírgenes, en los querubines, en los hombres-lobos, en los nietos de Velasco Ibarra, en los zombis... De otra forma, es sólo un ateo a tiempo parcial.

Las chicas se despidieron; y se fueron en dirección al centro. Nosotros seguimos hacia la universidad.

-- Eres un poco temerario, Viñeros - comentó Estarellas. / En este pueblo, no se puede hacer gala de ateísmo... Es peligroso... Haz como Eugenio Cueva; quién dice que es agnóstico. Y, así, se beneficia de la supuesta distinción, de la ambigüedad y de la benignidad conceptual del terminajo... Nadie te hará repreguntas... Aparte, desde luego, de mantener la corrección política... Ventaja nada desdeñable... Y, en buena hora, que, hace unos años, se te pasó, también, tu sarampión marxista. Fue corto, pero, fuerte...¿eh? Una imprudencia y una insensatez muchísimo mayores... No lo tomes como una censura, Viñeros. Me conoces... Y, por otra parte, me consta que has madurado mucho. Y rápido. Y, en lo principal, haz vuelto a tus buenos y viejos carriles...

-- Cierto, doctor Estarellas...

-- Bueno, sólo, te recomiendo que tengas un poco de cuidado... En esta Atenas de las altas montañas, Dios y las sagradas estructuras - de todas las clases - no deben irrespetarse... Y, ahora, volvamos al tema del día: Calancho. Hay algo que añadir. Por el camino que este cristiano transita, no va a llegar muy lejos...

-- Eso me parece ... El futuro se le está poniendo medio negro y medio triste...

-- Tengo la impresión, Viñeros, que este año ha librado su pellejo por tí. Pero, el asunto va a ir empeorando. Y el año que viene va a necesitar dos como tú; y, el siguiente, tres ... Y, así, en adelante. Y, como esos sujetos no se van a encontrar, - ni buscándolos con la varita de San Cipriano - Calancho va a tener que tomar un curso de reconversión pedagógica; o de adaptación al medio; o de viveza criolla...; o tendrá que casarse con la hija del gobernador ... ¡Qué sé yo!

-- Es verdad. Si la situación se deteriora mucho, ni siquiera le servirá el respaldo del rector Casales.

-- ¿Casales? El rector, por supuesto, les defiende colectivamente a los gallegos. Pero, no va a poner, por cada uno de ellos, su mano en el fuego. Él piensa: Españolitos, yo los quiero mucho; pero, desde luego, primero yo... Recuerda, Viñeros: El rector es primero casalófilo; y, luego, - bien contento y satisfecho su ego - gallegófilo.

-- Claro, doctor Estarellas. Todo tiene un límite. Y, en unos dos o tres casos, ni siquiera él mismo pudo evitar los descalabros resultantes de la impericia de algunos profesores gallegos...

-- Así es. Y, en un caso, por lo menos, él mismo - el mismísimo Casales - fue peor que los gallegos inútiles o los antigallegos... ¿Sabes tú lo que pasó con el llamado Catalán Superestrella?

-- Algo, he oído al respecto. Pero, no conozco bien el asunto. No fue profesor nuestro.

-- Yo, en cambio, lo conozco bien. Y casi presencié el último acto del drama. Estuve cerca del rectorado, cuando se produjo el escándalo. Se trataba de un profesor de Filosofía, con estudios de posgrado en Austria. Venía a sustituir a Fernández Jiménez. (Cuando, este último - como tú sabes - se fue para Chile.) Bueno, el catalán de marras fue el antecesor del actual filósofo de los dos bosques que son uno solo...

-- ¿Dos bosques..., uno solo...?

-- Me estoy refiriendo a Robledo Caraballeda, hombre... ¿No sabes tú que Robledo y Caraballeda son dos palabras que significan exactamente lo mismo? Significan campo donde crecen los robles. Es decir, Robledo Caraballeda es igual a doble robledal o rerobledo. Pero, me estoy saliendo por la tangente. Retomo el hilo.

-- ¡Sí, señor!

-- Bueno, ese catalán se llamaba Sabater, Peñalver, Envolver, Lucifer o Gulliver. Igual da ... Ya estaba trabajando aquí. Y tenía, por algo, una entrevista con Casales. Y, seguramente, en

cierto momento del diálogo, al catalán, le salió el catalán; como suele o puede ocurrir. Pienso que el supercatedrático habrá dicho algo más o menos inconveniente, o demasiado cierto, o poco diplomático... O, talvez, a lo peor, ese día Casales se había peleado con su catalana propia; con su esposa. Porque, - me parece - ella tiene, también, totalmente o a medias, ese origen. En definitiva, te diré que habían bastado un grito y dos carajos del Júpiter tonante; y el ilustre hijo de la Ciudad Condal salió disparando de las oficinas del rectorado; y se largó de vuelta a su hotel. Y no volvió a pisar jamás los adoquines de andesita de nuestra cuasi centenaria **alma mater** ...

-- ¿Qué pasaría?

- Te estoy contando lo que ví y oí... Déjame seguir.

-- ¡Perdón...!

-- A continuación, el secretario general de la universidad se fue al hotel - cumpliendo las órdenes de Casales, por supuesto - y le puso en el bolsillo, al catalán consternado, un pasaje aéreo de vuelta a la Península y la correspondiente liquidación de sus haberes. Se adjuntaba la orden rectoral de cancelación "por malcriado e irrespetuoso". Y, así, todo quedó, expeditivamente, finiquitado y bien hecho...

-- Caray... ¡Qué desaguisado!

--Y que el defenestrado catalán reclame - por el incumplimiento de su contrato, y tan arbitrario proceder - al Muy Honorable Tribunal Internacional de Justicia de La Haya... ¿Ves, Viñeros, por qué yo no puedo estar de acuerdo con ese filogalleguismo ingenuo, pueblerino y temperamental; y, en otro sentido, con las numerosas y variopintas gallegadas de Casales?

-- Claro, claro... Comprendo.

--Pero, no vayas a imaginarte, Viñeros, que yo procedo así, porque soy arrogante. Tú sabes que no lo soy... No pretendo ser mejor que Casales ... Ni me estoy erigiendo en su juez. Cada cual es como es... Tampoco, lo hago porque sea sumamente recto, íntegro o inquebrantable. Yo no trato de imitar a Jesucristo, ni a Sócrates, ni a Gandhi; ni a nadie que entre en esa excelsa categoría de hombres. Yo hago, simplemente y más o menos, lo que me viene en gana...; porque estoy más allá de las moralidades convencionales y muchísimo más allá de las moralinas. Estoy en las conductas autónomas... Y eso es todo.

-- Me parece bien, doctor Estarellas...

-- Yo soy un ser humano como cualquiera. Y tengo mis debilidades; o, hasta, mis grandes fallas... Y, en cuanto tal, - de ser necesario - podría disimular, proceder astutamente o, aun, humillarme, en ciertas circunstancias... Y si yo tuviera, por ejemplo, una mujer, ocho hijos y una sola y pequeña fuente de ingresos, - como el profesor León - ante el peligro de perder el cargo, quizás le enviaría a Casales un regalito en el día de su cumpleaños... Todos los años... Pero, por supuesto, que sólo de pensarlo, me da escalofrío...

-- ¿Lo del profesor León es cierto?

-- ¿Lo del regalo? Claro. El Ñato Roldán me contó que León le compra a él los regalitos; a plazos...

-- Eso es triste...

-- Las circunstancias, a veces, humillan a la gente pobre, Viñeros...

-- Ciertamente...

--Yo, en cambio, por suerte y por de pronto, estoy lejos de semejantes miserias. ¿Y sabes por qué, Viñeros?

-- No, doctor Estarellas...

-- Lo que pasa es que yo tengo mi ingreso; mi mujer, por su lado, tiene el suyo; y, mi madre - que vive con nosotros - tiene la casa en la que residimos y su pequeña pensión de viuda. Y, además, yo, para bien o para mal, no tengo hijos.

-- Ventajas y desventajas; como todos... Pero, en su caso, un buen saldo a favor.

-- Así parece... En otras palabras, yo tengo lo que mi amigo Joaquín Zamora llama “una infraestructura económica perfecta”. El dice que tal condición me permite - sin ser Henry Ford, ni Rockefeller, ni Galo Plaza - hacer toda clase de monerías y acrobacias en la semipueblerina superestructura local. Es como tener siempre, - añade - debajo del cuerpo, una red de circo bien templada y bien probada. Bueno, tal vez el ingenioso Joaquín exagera un poco... Pero, sin duda, bastante de eso hay.

-- Otra de las características ocurrencias de El Zamorita...

-- Cierto. En todo caso, dicha pequeña seguridad económica, me permite - entre otras caprichosas y gratas libertades - criticarle repetida e impunemente a Casales. Y él lo sabe. Porque - está probado y comprobado - que todo lo que yo opino, le llega al rector; por alguna vía mágica, directa, segura y rapidísima. Y, por eso mismo, cuando estoy de mal genio, o he bebido, paso por su lado fingiendo que ni siquiera lo veo. Y, también, puedo tomar en solfa sus pataletas, sus argumentos artificiosos y sus comunicaciones ampulosas. (En las cuales, me ordena que - por mi “alta condición de catedrático” - me desenvuelva dentro de “las austeras normas académicas”; y considere, con la debida seriedad, que existe un “indispensable orden establecido” ...)

-- Sí, claro. Lo primero que me contaron de usted fue aquello famoso de: “ Señor Rector: Este oficio no me gusta, matantiro, tirulán...”

--Esa fue mi contestación a un oficio en el que se me comunicaba una multa; en razón de haber abandonado el aula, a mitad de clase. (Alegando que hablar inglés, cuando se ha producido un arcoiris andino, trae mala suerte...)

Llegamos a la universidad. Asistí a clases. A la salida, -- sería como las ocho de la noche -- volví a encontrar a Estarellas.

-- Oye, Viñeros, - me dijo directamente - vamos al Fondo del Problema.

El local – que Estarellas había bautizado con este extraño nombre – era un pequeño departamento interior, en el sector de El Barranco; muy cerca del río Tomebamba y de la Universidad Austral. (Entrada por la calle La Condamine, parte elevada, norte; un pasillo corto, un patio pequeño y descuidado; y, finalmente, otro pasillo, largo y oscuro.) Un regular grupo de bebedores consuetudinarios – poetas, artistas, músicos, intelectuales, diletantes, desocupados con dinero, etc. – lo había alquilado. (Para – decían -- “... tener un club propio y soberano; o, si quieres, una cooperativa de consumo, que abarate los costos y evite las compras menudas. Y, también, de paso, para fomentar los progresistas espíritus de la cooperación social, la diversión en grupos homogéneos y la solidaridad humana...”) Yo había recibido, aquel día, mi sueldo en la radioemisora en que trabajaba; y compré, en unos negocios de las proximidades, una botella de ron, unas gaseosas y unos sánduches. Estarellas agregó un queso pequeño y dos paquetes de cigarrillos. Había llovido la tarde entera; excepto, por casualidad, el lapso en que habíamos caminado y charlado. Transcurría el mes de Abril; uno de los más lluviosos en la Sierra del Ecuador. Se sentía, en esos momentos, un frío húmedo, penetrante y desagradable. La ciudad – iluminada sólo a medias – estaba mojada; y daba una sensación de mucha tristeza, pobreza y abandono. Un agua terrosa se había juntado en las pequeñas concavidades de las aceras de adoquines. El río – que llevaba su caudal normal a la hora de entrada a clases – se veía, ahora, muy crecido. Aparte del ruido del agua, se oía, claramente, el ronco golpear de las abundantes piedras en el fondo del cauce. Un cargador del mercado cercano – cubierta la espalda con un saco de cabuya, y con sus grandes alpargatas de caucho enlodadas – caminaba, borracho y bamboleante, precediéndonos, a una decena de pasos. Las nuevas luces de neón – recién añadidas a la caseta que cubría la vieja Cruz del Vado – producían una iluminación casi tétrica. Un olor a frituras de choncho, calientes, salía de una de las fondas del sector. Las radios de éstas, y de las tiendas de comestibles, recibían una música melancólica y distorsionada; pasillos, yaravíes o algo semejante...

-- Este es el ambiente ideal para un cuento de César Dávila Andrade - dije yo. / Podría llamarse justamente El Fondo del Problema. Con este tiempo, y este paisaje urbano, uno se deprime...

-- Déjate de pavadas, Viñeros... - me dijo Estarellas. / Debes agradecerle a Dios, o a la Pachamama, - como prefieras - que el tiempo se haya compuesto... El frío hace que el licor resulte más agradable. Beber con calor, y de día, eso es lo realmente malo; lo peor... Cuando sales de la cantina, a la una de la tarde, con una luz deslumbradora, empiezas a ver espejismos; te encuentras con todos los tipos que detestas; y los leones de bronce, de la Plaza Calderón, se salen del monumento, se convierten en dragones y empiezan a caminar hacia la cripta de la Catedral Nueva... Es una pesadilla... Y eso, para no hablar de las bebezonas de pie, al más pleno e inclemente sol montañés; en las fiestas que ustedes - no sé por qué - llaman “paseos estudiantiles”... Lo único que nos va a faltar hoy, en El Fondo del Problema, es una buena chimenea.

-- ¿Y por qué no hacerla? - dije yo. / Y, de una vez, pintar las paredes; equipar, ordenar y decorar un poco el local. Vaya, tenerlo limpio, adecuado y agradable... Hay, entre ustedes, personas de buena voluntad y algún dinero; personas hábiles, artistas...

--Es que, Viñeros, nos estaba faltando tu consejo y tu cooperación ... - me dijo Estarellas./ Sí... Lo vamos a hacer..., el día en que tú le cobres puntualmente la cuota a Jacobo Aguilar. Y se las cobres, también, a la media docena de gorriones que tenemos; y, por lo menos, les cobres una pequeña contribución a todos los eventuales encontradizos y advenedizos... Y el día en que todos los agregados culturales lleguen, como tú, con sus aportes voluntarios... ¡ Ajá! Y te salió a flote tu espíritu constructivo y pequeño burgués...

Me reí; y no repliqué, ni argumenté. Había comprendido bien la situación... Me acordé de la observación de un personaje de Hemingway en POR QUIÉN DOBLAN LAS CAMPANAS. Algo así como: ¿Cree usted que se puede hacer un buen batallón con unos cientos de intelectuales, borrachos, desubicados y chiflados? Pienso que está usted un poco desatento, mi querido amigo... (Se hablaba de la Legión Internacional; que luchaba a favor de La República en la Guerra Civil Española.) ¡La idiosincrasia de las gentes! En el caso presente,-- del Fondo -- ni siquiera se podía establecer, en el grupo, unos breves turnos de tareas; para mantener el local en aceptable estado de funcionamiento. (O – dado el tradicional desprecio criollo por los trabajos manuales y domésticos – juntar un dinero para pagar a alguien que lo hiciera.) ¡Qué cosa! Así, -- es decir, con semejante desorganización y descuido -- nada puede durar mucho... Unos meses después de esto, todos los ocupantes del Fondo habían vuelto -- con sus buenas intenciones -- a la superficie del problema. Se habían acumulado las mensualidades impagas del alquiler. Y, un día, el dueño del local – que, también por otras y varias razones, estaba ya cansado de los bebedores – clausuró, con tablas y clavos en la puerta, el departamento. Hasta siempre, señores... Bueno, -- volviendo a nuestro asunto -- unos minutos más tarde, estábamos ya, Estarellas y yo, instalándonos en El Fondo del Problema. Abrí la botella de ron y una gaseosa; y preparé un par de tragos. Los llevé, junto con los sánduches, -- en una horrible bandeja de plástico color yema de huevo, con unos enormes tréboles verdes – hasta la mesita que me indicó el profesor. Había, sobre este mueble, un mantel, bastante sucio, a cuadritos blancos, rojos y verdes.

-- Estos manteles suelen verse en los restaurantes italianos de casi todas partes – dije yo.

--Sí, claro. - siguió Estarellas./ Estos manteles son un aporte de Pedro Ramírez a nuestra benemérita asociación. Hurtó un buen paquete de ellos en el restaurante en que lavaba platos, en Nueva York. Y se lo trajo. Allí, - en la ciudad de los rascacielos - este Ramírez aprendió a hacer lasaña y espaguetis. Lo único que sabe hacer. Algo es algo... En las escuelas de aquí, no aprendió nada...

Los demás hábitos del Fondo no llegaban todavía. Hablamos otra vez de Calancho

--Y pensar - dijo Estarellas - que ese par de fascistas, si estuvieran en la España de Franco, ni siquiera alzarían los ojos para mirarle a Calancho ...

-- ¿Haro y Mattei?

-- Vaya, claro...Allí, no hay reclamos que valgan. En la Península, el catedrático lleva su cátedra de acuerdo a su real gana. A veces, simplemente, se sienta frente a su escritorio - que

está sobre la tarima – y lee sus apuntes. ¡Sentado, Viñeros, sentado...! Tiene que estar sentado... Porque, si está de pie, caminando, un español no es un catedrático; es un peón. Supongo que sabes, Viñeros, que cátedra significa simplemente silla o asiento; y que peón es, literalmente, el pobre tipo que anda a pie. (Porque - siendo este pobre hombre más pobre que Sancho Panza - no puede subirse a un burro.) Y, además, al ilustre sedente, o gran jefe Toro Sentado, no le importa nada que sus estudiantes entiendan o no entiendan. No le importa, tampoco, un corcho, si sus alumnos estudian o no estudian. Y toma sus exámenes como a bien tiene. Y, si son arbitrarios, absurdos y tramposos, ¡qué nadie se queje! (Ya lo sabes, Viñeros: Autoridad que no abusa de su autoridad, no es autoridad. En la España gallega y en todas las españas...)

-- El buen uso se perfecciona con el abuso. Sentencia criolla...

-- Justamente... Y Don Santiago X – distinguido académico - no permite preguntas; y, peor todavía, observaciones o sugerencias. El catedrático, en España, es el superior consagrado e indiscutido. Y eso es todo. (Igual que el gordiflón obispo que inspecciona a las humildes monjas de la cocina conventual.) Tú sabes, Viñeros, que los gallegos son tremendamente jerárquicos y autoritarios. Y ahora que, en España, gobierna el fascismo, -- jerárquico y muy dictatorial por todo – hay muchas, y muy buenísimas razones, para remachar, perseverar y profundizar en ello...

-- Sí. He oído algo de eso. ¿No creería Calancho que las universidades de aquí - que son, en una buena parte, una herencia colonial - funcionan también como las peninsulares? ¿No creerá que todo es cuestión de “enchufarse” y nada más; como los mismos españoles dicen? Y, por supuesto, Calancho ha crecido en el franquismo. Y eso es eso. Y eso produce ciertos naturales y explicables resultados...

-- Es posible, hombre... Pero, más bien, no lo creo. Calancho parece muy instruído... Habrá, al menos, leído, u oído, algo acerca de la laicización de las universidades latinoamericanas; acerca de las reformas de Córdoba; acerca de los movimientos estudiantiles... Aunque uno, realmente, nunca sabe... Estos gallegos, de nuestra universidad, son, en algunas cosas, medio distraídos... (Para no usar un adjetivo criollo - más derecho, expresivo y popular - que podría traer la augusta indignación del rector Casales.)

-- Medio pendejones...

-- ¡Lo dijiste, Viñeros...! Sigues siendo un imprudente...

--Bueno, Viñeros, dejemos este punto en suspenso; hasta que tengamos más elementos de juicio. Y ahora, para cambiar de tema, hablemos, más bien, de los bailes de los samoyedos.

Me reí. Pero, la ocurrencia había cortado el diálogo; y nos quedamos un momento en silencio.

-- Habla de cualquier cosa, Viñeros. No hace falta que vayas a buscar la enciclopedia, para consultar lo de los samoyedos...

-- Me saldré un poco del tema anterior, doctor Estarellas. Dicen que los franceses no van atrás en cuanto a jerarquías y autoritarismo.

--Claro, cierto... Los catedráticos franceses son mandarines: altos burócratas. En algunos casos, son realmente muy educados; y, en la mayoría, muy empeñados en parecerlo. Y ellos, además, se creen la crema y la nata de la razón y de la intelectualidad del mundo. Los gallegos, en esto, tienen, al menos, un paradójico y ventajoso complejo de inferioridad. (Piensan, y sienten, que son inferiores a los europeos más avanzados.) Y tal cosa, por compensación, los salva de la suficiencia y de la soberbia. Los franceses, en cambio, - en todos los campos de la actividad humana - pretenden ser muy competentes, muy refinados y muy importantes. Viven dentro de una burbuja de presunción, a la que llaman “**la grandeur de la France**”; su grandeza. Ilusiones narcisistas...

-- ¿Simples ilusiones...?

-- Sí, señor... A los franceses, hay que verlos desde Inglaterra, desde Alemania o desde los Estados Unidos, para poder colocarlos en el lugar modesto y preciso que les corresponde. Si los ves desde Rusia, desde Italia, desde España o desde la América Latina, seguirán pareciendo importantes; seguirán engañándonos con sus galas y sus artificios. Francia es Francia. Es decir, es un país que tira a lo corriente, a lo mediano... Eso del supremo refinamiento, de la grandeza, o de la potencia mundial, sólo se lo creen De Gaulle, los mismos franceses y los pocos francófilos - admirativos y más bien sencillos, como mi querida esposa - que van quedando en este mundo...

-- ¿Doña Matilde es francófila?

-- Sí... Y, en estos días, precisamente, está muy contenta; porque la han designado vocal de la directiva de la Alianza Francesa.

-- Ajá... No lo sabía. ¿Y sabía usted - hablando de estas cosas de Francia y, otra vez, de nuestro mentado pedagogo - que Calancho se doctoró en La Sorbona?

--Eso no es difícil, Viñeros... Dos de cada tres ministros de los gobiernos africanos se han doctorado en La Sorbona. Hay, allí, unos cursos de posgrado al paso; como dicen los argentinos. Tomas un par de materias, haces un trabajito en un francés macarrónico; y ya está. Tienes tu cartón francés... Te llevó seis meses... Y le deberás, de por vida, el grande honor a **la France**. Es lo que hizo Cañizares, el semiólogo riobambeño...

-- ¿Y quién es ese dichoso señor?

-- No te contesto esa pregunta Viñeros; porque es otro cuento... Vuelvo a nuestro tema. Y, por otra parte, con los gallegos todo es posible ... Ya te demostré, esta tarde, que ellos han vivido siempre más allá de la razón y de la dialéctica. Y, aún, más allá de la magia, de la parasicología y de la metafísica. Tú me dijiste que Calancho ha nacido Ciudad Real. Y yo te creo. ¿Por qué no? Pero, te habría creído más fácilmente, si me hubieras dicho que nació en la tercera Troya o en una de las siete ciudades de Cíbola; o - mucho mejor todavía; y con la máxima verosimilitud y probabilidad - si me hubieras dicho que nació en algún lugar de fuera del Universo...

Llegaron los habitúes de El Fondo del Problema. Trajeron varias botellas de licor; pero casi nada de comida. Unos cuantos de ellos se incorporaron a nuestra mesa; pegando dos mesas suyas a la nuestra. Tragos que iban... (Siempre hay quien repita la vieja sentencia: Las copas vacías se deben llenar; y las llenas, vaciar...) La conversación – como podía esperarse – se fue dispersando. (Sobre todo, desde el momento en que Estarellas – quien la mantenía, la dirigía y la animaba – empezó a hablar con dificultad.) Finalmente, el profesor se puso a cabecear; se calló; colocó los brazos y la cabeza sobre la mesa; y se durmió. (Que descanse – dijo alguien. / Y añadió: Quién no respeta el sueño, no respeta a su madre...) El ron y el aguardiente abundantes – con los alimentos más bien escasos – ya me causaban, también a mí, una cierta somnolencia y un cierto malestar. Poco después, se hablaba a gritos y desordenadamente; y se contaba chistes gruesos. Un comunista comenzó a cantar – más bien a gritar – LA INTERNACIONAL... (Lo callaron; para seguir con los chistes verdes...) Estarellas se despertó; y quiso salir. Le dije que podría traer un taxi; y dejarlo, de paso, en su casa. Aceptó. Se durmió otra vez en el trayecto; y tuve que despertarlo cuando llegamos. Le ayudé a bajar; y toqué la puerta. Salió su esposa.

--Doña Matilde, - le dije - le traigo a su esposo; no muy sano, pero sí íntegro y salvo.

Me miró, le miró a Estarellas; y, apenas, pudo pronunciar un leve y difícil “ Muchas gracias”. Comprendí su incomodidad. Sé que ella quería, admiraba y cuidaba al maestro. (Al salir de su casa, él siempre lucía impecable.) Y, en reciprocidad al cariño y las atenciones, Estarellas dejaba de beber un par de noches a la semana; para llevarle a Doña Matilde, “religiosamente” al cine, a hacer alguna visita o a cenar en algún restaurante. Años después, -- en una conversación cuya oportunidad y temas no vienen al caso en este momento – Doña Matilde me confirmó sus sentimientos. Y yo pude notar – estas cosas se advierten bastante bien por la expresión corporal, por la mirada, por los matices de la voz – que había, en sus palabras y sus gestos, algo que superaba, con mucho, la básica suma de la viudez: es decir, la suma de la soledad y el recuerdo. (¿El amor; que, en vida del maestro, ella se empeñó en mantener vivo, a pesar de todo, de todo...?) Pero, quizás, por esta misma y poderosa razón sentimental, Doña Matilde vivió, -- debido al progresivo alcoholismo de Estarellas – durante un tiempo bastante largo, una situación muy especial, muy delicada y muy penosa.

Y, recuerdo ahora, que, camino a mi casa, -- adónde quería llegar lo más pronto posible, para comer algo – iba pensando en las ocurrencias y las observaciones de Estarellas. Y, en este punto, asocio aquellas observaciones sobre el autoritarismo de los catedráticos, con un incidente ocurrido en una clase de Filosofía de Antonio Fernández Jiménez. Este distinguido maestro español – para mí, ciertamente distinguido; uno de los pocos maestros excelentes que puedo contar, con menos de los diez dedos de las manos, en un largo cuarto de siglo transcurrido en los pupitres -- había fundado, años antes, con Casales, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Austral. Era Fernández un expositor notable: ordenado, claro, riguroso, preciso, ameno; tenía muy buena dicción y una voz tranquila y agradable. Estas eran sus cualidades. ¿Sus defectos? Bueno, era más bien distante y reservado; teatral, en algunas ocasiones; y, por lo que voy a contar, irascible y autosuficiente, en otras. Era madrileño. Había sido uno de los alumnos más apreciados de Ortega y Gasset. Y había participado, durante la Guerra Civil, en la defensa de su ciudad. (Cuando – según le oí una vez al mismo Calancho – Madrid era la ciudad más grande del mundo; porque el General

Mola había estado entrando en ella durante cinco meses; y, aun, en el sexto mes, no terminaba de entrar.) En concreto, el asunto es que Malaval había asistido aquel día a la clase de Fernández; porque tenía que hacer algún informe, algún trabajo especial, alguna tarea que – por cualquier razón – no había sido hecha a su debido tiempo. Y, a causa de ello, no se le había consignado, en la secretaría de la facultad, la última calificación de su carrera. Estaba Fernández explicando un tema de Filosofía de la Historia. Y, como de pasada, señaló que podría considerarse al marxismo como un determinismo económico. Malaval – que, al revés de la mayoría de los estudiantes, se hizo promarxista al egresar – levantó la mano, pidió hablar y dijo:

-- Pienso que esta última afirmación, y algunas otras tuyas sobre el marxismo, hechas en varias ocasiones, esquematizan excesivamente el asunto. El marxismo no es solamente una interpretación de la historia y una teoría económica. Es, sobre todo, una doctrina abarcativa, profunda y compleja: el materialismo dialéctico. Y, aun en la parte económica, es un conjunto de principios robustos, bien probados y en constante desarrollo; como lo reconocen hoy, incluso, muchos de los economistas occidentales más competentes. Con el debido respeto, quizás habría que explicar, con más profundidad, y más detalles, algunos de los aspectos de esta importante concepción... Así, se la entenderá mejor... ¿No le parece, doctor Fernández?

Fernández no contestó en seguida. Permaneció callado un momento; que pareció un año. Y, luego, estalló muy molesto:

-- Mire, Malaval... Yo podría exponer, durante largas horas, esos asuntos que usted acaba de mencionarme; con inesperados e injustificados semejes de conocedor y experto... Pero, yo sabré cuándo, cómo y dónde debo hacerlo... Y, además, no voy a discutir con usted. Usted no está preparado todavía para tales faenas rigurosas. Si quiere progresar, realmente, Malaval, va a tener que estudiar, con auténtica seriedad, varios, muchos años más. Estudiar, señor estudiante, estudiar... No hojear publicaciones de divulgación partidaria. Vaya... Tenga sentido del límite, señor estudiante... Usted me quiere fastidiar, Malaval. ¡Sitúese...! Mire su entorno... Con verdadera competencia, no pueden hablar conmigo, de estos asuntos, ni usted, ni nadie en la República del Ecuador...

Silencio completo en el aula. Esa sensación de malestar que le producen a uno ciertos exabruptos, ciertas descortesías, ciertas desconsideraciones. La vergüenza ajena que se sentía, en ese momento; provocada tanto por el criticón, cuanto por el respondón... Nosotros, los restantes alumnos, éramos – como expresó Ismaíl Jarama, en la conocida poesía *ALREDEDOR DE LA INDECENCIA* – “...siete bochornos puros, rotundos, pesados y desnudos...” ¿Y todo por qué? Porque, evidentemente, Fernández no estaba acostumbrado al comportamiento académico democrático. (Que bien puede incluir cierta profesional tolerancia a las ocasionales destemplanzas...) Habría podido él responder diplomáticamente, elusivamente... O podría haberse empeñado a fondo, con tranquilidad; para contrarrestar, de inmediato, la pretenciosa postura de Malaval; y, así, mostrarse fuerte y hábil frente al resto de los estudiantes... O habría podido – mejor aún -- proponer una exposición de Malaval; hacerle trabajar, para que tomara conciencia de las dificultades del tema y de su propia limitación; y lucirse, luego, él, Fernández, -- en el diálogo posterior -- criticando,

cortésmente, las fallas del alumno; y poniéndole todos los puntos que, casi seguro, les iban a faltar a sus esperables y numerosas íes... (De este modo, Fernández podría haber devuelto, en forma experta, la desmañada provocación...) Pero, no lo hizo; porque tales recursos no constaban en el usual registro de su comportamiento académico. Y, por otra parte, -- lo supe yo años más tarde -- esas observaciones ideológicas eran, exactamente, el tipo de cosas que solían sacar de sus casillas al catedrático. (Y Malaval -- descontrolado y mal intencionado como era muchas veces -- lo adivinaba o quizás lo sabía. Y, en aquella ocasión, siguió sus impulsos primarios... Para molestar a Fernández... ¡Claro! Y el profesor había captado bien el mensaje, en apariencia un tanto ambiguo.)

Fernández -- muy joven -- había sido un simpatizante del comunismo; en los tiempos de la Guerra Civil. Pero, luego, -- por distintas consideraciones y experiencias -- había llegado casi a detestar esa doctrina. Y el general dogmatismo marxista -- con todos los abusos, desaguisados y desafueros que produjo en las universidades de varios países latinoamericanos -- fue, creo yo, el agobio de su empeñosa y estimable carrera académica. Bueno, en definitiva, Fernández optó, medio instintivamente, por despreciar a Malaval. Y Malaval, a su vez, -- respondiendo, al contrario, en forma calculada y adecuada -- vengó el desaire: ignoró para siempre a Fernández. El periodista -- que promovió y alabó en la prensa a tantas decenas de mediocres y menos que eso -- nunca escribió una palabra sobre su maestro. Ni -- desde luego -- publicó sus obras; cuando fue director de publicaciones de la Universidad Austral y pudo hacerlo... (Aunque, en privado, le reconociera sus méritos; eso sí, destacando siempre, al mismo tiempo, su mal carácter y su prepotencia. / Nota curiosa: Eso de nadie en la República del Ecuador... puede seguir siendo verdad hasta hoy... Lo cual, de paso, es una buena vara para medir las notorias cortedades y las muchas limitaciones de nuestra academia...) En fin... Bueno, a otra cosa. ¿Y aquel portazo indignado de Calancho no tenía, detrás de sí, estos antecedentes culturales? Cabe suponerlo. Y el colofón del asunto: En cuanto a los proceder autoritarios, Estarellas, otra vez, tuvo razón; como solía tenerla en el tratamiento de tantos asuntos.

Una vez le conté a Estarellas que Calancho había dicho que -- desde el punto de vista del comportamiento interpersonal -- los individuos podían clasificarse, simple y muy significativamente, en dictatoriales y democráticos. Estarellas estuvo de acuerdo.

-- Claro -- me dijo. / Y basta conversar con una persona unos quince minutos para saber a qué grupo pertenece...

-- ¡Tan rápido...!

-- Sí, hombre. Es como ser alto o bajo. No puedes ocultarlo... En un matrimonio que conozco, ella es autoritaria; y él, democrático. Como ninguno de los dos se doblegó, han llegado a una disputa interminable: Eso que la gente del pueblo describe con el símil del palo contra la piedra... El es un democrático firme. Porque tú sabes, Viñeros, - y, si no lo sabes, apréndelo ya mismo - que ser democrático no significa ser flojo. Y, al contrario, ser dictatorial tampoco significa ser fuerte. Muchos se confunden en este asunto...

-- Cierto...

-- Bueno, creo que la pareja aludida terminará en los tribunales de la injusticia; y se disolverá. Y, así, supongo, las cosas quedarán en su adecuado y mejor punto. Hay divorcios que pueden ser soluciones; y, hasta, liberaciones y bendiciones... Otros, en cambio, son trágicos y lamentables... Depende del caso. Bueno, bueno, la convivencia del matrimonio es siempre un asunto complejo; y yo no voy a meterme hoy día en ese berenjenal...

-- Usted tiene su experiencia, doctor Estarellas. Y yo también un poco...

-- Así es... En mi matrimonio, y en buena hora, los dos somos democráticos. Supongo que es lo mejor... Y creo, Viñeros, al respecto, que esos cursillos matrimoniales, que hoy se estilan, debieran tocar con sensatez esta cuestión. Pero, ¿no será mucho pedir? ¿No será pedirles guindas a las pencas? Por lo que sé, allí sólo se dice convencionalismos y pavadas; tal como en los cursos propedéuticos de la universidad... En definitiva, en esto de autoritarios y democráticos, me parece que Calancho señaló, o repitió, algo importante.

-- Usted lo ha dicho...

-- No me estarás dando la razón automáticamente... ¿Verdad, Viñeros?

--¡Cómo se le ocurre, doctor Estarellas...!

-- Entonces, su opinión, caballero.

-- Bueno... Iré a algo más general. Si usted me lo permite... A riesgo de exagerar, se me ocurre que la distinción vale, igualmente, para las formas de gobierno. En último término, no parece haber más que dos: dictaduras y democracias. Aunque, - como estábamos hablando el otro día - hay, también, en una pequeña zona de transición, dictablandas y democraduras...

--¡Qué palabrejas...!

--Pero, necesarias; en nuestras condiciones ecuatorianas, al menos...

-- Sí, sí... Adelante, hombre...

-- En definitiva, doctor Estarellas, el totalitarismo no es sino una dictadura llevada al máximo de los máximos: al control de casi todo lo políticamente controlable. Nuestras dictaduras latinoamericanas multiplicadas por cinco... Y, por la otra parte, las seudodemocracias flojas e informes - hechas y desechas por los populismos de todos los colores y colorinches - son nada más que degeneraciones de la democracia. Nada más... La democracia - en rigor, y para ser verdaderamente tal - debe ser siempre plural, firme y robusta.

-- Ahora, lo has dicho tú, Viñeros... Básicamente, es así. A mí, me gusta partir de las diferencias fundamentales; o llegar a ellas... Y detesto ponerme a examinar las clasificaciones demasiado pormenorizadas; toda la gradualísima escala de los grises ... En otras palabras, nadie me va a convencer de que existen ratones de 43 colores distintos...

-- El gris poco gris, el gris medio gris y el gris más gris... Bueno, dejémonos de sutilezas innecesarias. El gris ya es gris... ¡Y listo!

--Esto de la escala de grises es cosa de franceses; quienes suelen decir que la verdad está en los matices. Y matizando, matizando, terminan por perder la aguja de la verdad en el pajar de las minucias... Y, así, el vulgar ratón de todas partes acaba convirtiéndose en un típico ratón francés. Es decir, un ratón que se ha descolorido casi del todo; y ha ido tomando, de a poco e imperceptiblemente, el color del tiempo... ¡No! Mira, Viñeros, para mí, la verdad está en lo más importante; en lo esencial; no, en la infinita variedad de los detalles...

¿Quedamos en esto?

-- Quedamos... ¿A otra cosa?

-- Sí. Bueno... Pasemos a otra cosa. A propósito de asuntos políticos, - que a tí te gustan bastante - ¿conoces THE TRUE BELIEVER, de Eric Hoffer?

-- ¿Hoffer? No... **Believer**... Ese título, ¿no se podría traducir como EL CREYENTE VERDADERO ó EL CREYENTE AUTENTICO?

-- Eso... Más o menos... Pero, la palabra creyente, del español, no corresponde, exactamente, al **believer** del inglés. A mí, me parece que **believer** es un término que está, a medio camino, entre las palabras creyente y crédulo del español. Entre creer con necesidad y creer con facilidad.

--Entonces, habría que traducir ese título de otro modo...

-- Sí. Yo preferiría en este caso algo más neutro, pero, quizás, más exacto. Algo así como LA SICOLOGÍA DE LOS RADICALES ó LA SICOLOGÍA DE LOS FANATICOS.

-- ¿De eso trata el libro?

-- Sí, fundamentalmente... Mira, Hoffer es un estadounidense medio especial. Le llaman El Filósofo de los Muelles; porque alguna vez trabajó de estibador. Bueno, esto es la anécdota... Lo importante de su tema es lo que dice respecto a la personalidad de los fanáticos. Estos tienen serias deficiencias emocionales: carecen de autoestima, no son creativos, son frustrados... Y sufren por ello... Y - al final de un proceso de autonegación e impotencia - terminan delegando sus objetivos e ideales individuales en un partido que los despersonaliza; y en un caudillo poderoso, avasallador y muchas veces irresponsable; con quien se identifican... Como un niño se identifica con el "bueno" de la película de vaqueros... Los radicales, maximalistas o fanáticos encuentran su salvación terrenal en la barra, en la fuerza de choque, en la multitud agitada o alienada; en el rebaño humano..., o, peor, en la jauría humana...

-- Interesante...

-- Lo es... Es un libro muy interesante. Te lo traigo uno de estos días. Con esta lectura, vas a entender mejor a esos tipos obcecados de la Federación de Estudiantes; y a sus enemigos íntimos, los fascistas. Ya los entiendes un poco, ¿verdad Viñeros?

-- Sí... Un poco... Para empezar, los dos grupos están constituidos por gentes elementales...

-- Pero, puede haber algo más, Viñeros... Lo acabo de decir o lo he insinuado.

-- Ya lo creo... Si uno se pone a analizar... Si uno quiere ir hasta el fondo...

--Y, esta vez, no es necesario decirte que no le recomiendes el libro a Malaval. Porque tu estimado amigo ni sabe inglés, ni quiere saberlo... Y, por lo tanto, no me lo pedirá. Y terminemos también, aquí, este asunto, Viñeros; porque voy a cambiar, volublemente, de tema. Quiero contarte algo que entra, por la minúscula tangente, al caso de hoy; y que ocurrió hace unos cuantos años.

-- Adelante, doctor Estarellas.

-- Mira, Viñeros. Casales es, en el fondo, un diletante. No le des al término su sentido peyorativo. Quiero decir, simplemente, que Casales es un aficionado, un buen aficionado; porque el rector tiene - y lo reconozco - su buena formación y su buen grado de competencia. (Lo cual, entre nosotros, no es poca cosa...) Pero, tiene, también, - para romper el precario equilibrio - sus despropósitos y sus pavadas... Por ejemplo, me ha repetido, unas cuantas veces, que dar siempre unas mismas materias termina por cansar. Y él tiene el remedio ideal para eso: cambiarse las materias...

-- ¿Cambiar las materias?

-- Sí, Viñeros, como lo oyes: Cambiar las materias. Los profesores cambiarían entre sí, periódicamente, sus materias...

-- ¡Que raro!

-- Pero dice - él mismo - que eso violaría los reglamentos. Así, que descubrió un sucedáneo adecuado para obtener tal fin: las jornadas eventuales de “expansión académica”. ¿En qué consistía esta genialidad? Bueno, resulta que las jornadas eran una especie de juego intelectual. Se las realizó nada más que una vez. Por suerte... Los catedráticos debían reunirse, durante unos días cada año, -- en la Semana del Estudiante, fue aquel evento -- y exponer, a sus colegas, un tema que, obligatoriamente, no fuera de su “especialidad”.

-- ¿Y ustedes aceptaron semejante cosa?

-- Sí... Todos... Excepto el doctor Blansitt, el gringo; el que tú conociste. Él se rió de la idea; y me dijo que pondría un pretexto; y se excusaría. Así lo hizo; y se fue a pasar unos días de playa en Salinas...

-- Le gambeteó a Casales...

-- En verdad... Y a la criolla... No a la gringa... Bueno, así las cosas, Fernández habló de Botánica; Briz Sánchez no habló de su maestro Don Miguel de Unamuno, sino del negocio de la pluma: es decir, de la instalación de planteles avícolas; López Carretero habló de turismo y hotelería; Ordóñez Espinal habló de la magia negra; y Casales - el gran promotor de las “expansiones” - habló de Pedagogía. (Y, justo, en aquella ocasión, propuso, por primera vez, que se contratara, en el extranjero, un profesor de la materia.)

-- ¿Y usted, doctor Estarellas, de qué habló?

-- ¡ Ahh... ¡ Yo dije: Señores, mi especialidad, entre comillas, es el idioma inglés; y, sólo hasta cierto punto, la Literatura Inglesa. Hay otros pocos campos que me gustan; pero, en ellos, sólo incursiono o me defiendo... Y, además, en una dimensión muy distinta, muy otra, yo soy un hombre totalmente impolítico... He ahí mis pocos antecedentes; en lo que respecta a la cuestión de hoy. Creo, por lo tanto, que - en esta situación tan especial en la que nos pone nuestro rector - no viene mal, para mí, hablar de Política. Mejor aún: esperemos que venga bien... He decidido, pues, estimados colegas, que mi exposición se llame “La Democracia Consustancial de los Americanos del Norte y del Sur”.

-- ¿Consustancial...?

-- Sí... Claro... Consustancial: que está en la esencia de algo. (Una palabra pedantona; pero, en este caso, bastante exacta. Y muy pertinente aquí, por lo casaliana... Por supuesto, Viñeros, que esto de “casaliana” no lo mencioné en el evento.) Hablé./ Bueno, los habitantes de las dos Américas somos, o parecemos, gente común; y, hasta, considerablemente elemental. Pero, en el fondo, somos, políticamente, bastante refinados: Somos democráticos casi por naturaleza. Por eso, - lo reitero - uso aquello de consustancial... Me explico. En general, los americanos no aceptamos las desmesuras nacionalistas y los proyectos utópicos y grandiosos; y no solemos engañarnos con los cuentos jerárquicos y dictatoriales; ni tomamos en serio las locuras anárquicas; y, menos aún, las antiguallas monárquicas... En todos estos casos, en cambio, los europeos comulgan con las más descomunales piedras de molino. Permítanme, ustedes, señores, en este punto, que yo analice el caso alemán... Y, bueno, así seguí...

-- ¿El caso alemán? ¿Cómo es eso, doctor Estarellas?

-- Ya va, ya va, Viñeros... Bueno, en primer lugar, los alemanes creen firmemente en la Filosofía. Y quien cree, firmemente, en la Filosofía puede creer en todo: en la música de las estrellas, en la cartografía de los mundos imaginarios; y, hasta, en la escondida y no revelada belleza de los cocodrilos... Mira, mira tú, hay que ser un mecánico de Hamburgo, un predicador de Leipzig o un cantinero de Berlín para creer en ese cuento ingenuo y mal elaborado de la raza superior. Así empiezan. Así, empiezan los germanos o tedescos... Es que ellos son, básicamente, crédulos y creyentes. Lo de antes: **believers**, pero, en este caso, en los grados iniciales; no, en los grados avanzados, enfermizos... Y, luego, - como son, además, rebañegos, jerárquicos, disciplinados, tenaces y estoicos - quieren demostrar semejante afirmación en los hechos, en la vida; hasta a campo abierto y en la más ruda intemperie... Y ese terco empeño llega a constituir un objetivo común, nacional; válido para todos y buscado por encima de todo... (Como corresponde, Viñeros, a la mayor y más imponente cabezonería colectiva del mundo...) Y si, para lograr tal fin, hay que hacer barbaridades, pues se las hace; y si hay que ir a morir malamente - luchando en las heladas llanuras de Rusia - pues se va...

-- ¿Usted no cree en la Filosofía doctor Estarellas?

-- Firmemente, no, hombre... Así no... Esa firmeza es una exageración... Sólo un poco.

-- ¿Y cree usted que los estadounidenses, en verdad, son, en esto, diferentes a los alemanes, doctor Estarellas?

-- Hombre, pues, sí. Los estadounidenses - en forma más o menos implícita, pero muy profunda y muy práctica - creen en el esfuerzo personal y en la organización colectiva. Nada más. Tienen, pues, una visión bastante prosaica, muy sencilla y muy sana de la convivencia social. Saben que su **american dream** - el sueño nacional - debe concretarse en el logro de un poco de riqueza para todos; lo que traerá, obviamente, el bienestar común... Nada de imperios milenarios, nada de sociedades sin clases, nada de fraternidades ácratas...

-- Puede ser, doctor Estarellas. Pero..., ¿y los latinoamericanos? ¿No es América Latina, por excelencia, o por deficiencia, el continente de las dictaduras? ¿Y no son las dictaduras, exactamente, lo contrario de la democracia?

-- Estás viendo sólo la superficie de las cosas, Viñeros. Aquí, hasta muchos dictadores son bastante libertarios y democráticos. Acuérdate del ejemplo tan especial, y tan grande, de Bolívar... Más bien, habría que decir que hay, en América Latina, por excepción, ciertos grupos de gentes muy tradicionalistas y aristocratizantes. Cuenca tiene uno de estos grupos... Santiago de Chile, otro; La Paz, un tercero...

-- Los nobles de Cuenca. La gente de lo ancho de la seda... La clásica y antigua nobleza riobambeña; la gente del gran cacao, de Guayaquil...

-- Eso es: las variedades ecuatorianas del fenómeno... Pero, aquí, en América, no pesan mucho, por ventaja, ni los grupos aristocráticos, ni las tradiciones jerárquicas. Lo de Iturbide, en México, es casi una anécdota. Y, por su parte, los brasileños mandaron a descansar, permanentemente, a sus simpáticos y tropicalizados reyes, en la fresca y agradable ciudad de Petrópolis. Les liberaron, así, hábil y graciosamente, de la pesada y aburrida tarea de gobernar...

-- Bien argumentado, doctor Estarellas. Pero, los incas eran muy jerárquicos. Y tuvieron emperadores de supuesto origen divino; y una nobleza altísima...Y, sin embargo, hay, por ahí, algún europeo, bonachón y deslumbrado, que los considera los primeros socialistas. Claro: socialistas muy autoritarios...

-- ¿Y qué, Viñeros? ¿Vas tú a resucitarles a los incas? Los incas están muertos; y muy bien muertos, Viñeros. Y están muertos en lo que más importa, en lo que más cuenta: en lo cultural. Y, además y por otra parte, se mezclaron con los españoles. Y los mestizos - que les reemplazaron a los dos grupos, en estos pagos quebrados y altos - son otra cosa muy distinta. Y son, en general, democráticos...

-- Pero, no entiendo bien, doctor Estarellas. Todas esas enormes diferencias sociales de América Latina... ¿Democracia en plena desigualdad?

-- Ya me estás confundiendo las cosas, Viñeros... Pon las sillas, las estanterías y los espejos en los lugares debidos. Si no los ordenas, te vas a perder. Y acuérdate bien de esto, Viñeros: La democracia es, ante todo y sobre todo, una forma de gobierno. No es, de ningún modo, la sociedad perfecta... Operativamente, es nada más, y nada menos, que la voluntad de las mayorías...

-- Con sus complementos... La participación de las minorías, la separación de los poderes republicanos, el sistema de controles mutuos...

-- Eso...

-- Comprendo... Primero, el reglamento; después, el juego...

-- Justo... La democracia empieza con la libertad, Viñeros... La libertad es el cimiento de la vida civil... O el punto de partida... ¿Te acuerdas? Todo lo demás viene después. Y, desde luego, se puede avanzar - más bien gradualmente - hasta una satisfactoria igualdad o desigualdad económica; como la de los Estados Unidos. Lo que te mencionaba hace un momento.

-- Sí, sí...

-- Pero, no hay que hacer las cosas al revés, Viñeros. Es decir, no hay que comenzar con la dictadura y la igualdad. Esa es la tentación funesta... Así, se marcha al fracaso. Ese es el gran error de los comunistas... Los países comunistas empezaron estableciendo una igualdad baja, y más o menos ficticia; dentro de unas condiciones sumamente dictatoriales, totalitarias. Y ahí están, ahora, haciendo marchitas en su propio terreno; o, peor aún, retrasándose.

-- Hay quien dice que el comunismo es incompatible con la prosperidad...

-- Para mí, eso es completamente cierto. Las sociedades comunistas son grises, mediocres y aburridas. El Segundo Mundo; directamente: un mundo de segunda... Esas sociedades son el resultado de los principios y los procedimientos equivocados... Equivocados, Viñeros, no malvados, en principio; como piensa tanta gente ingenua y prejuiciada... Y, después, la equivocación se fue convirtiendo en tragedia...

-- En síntesis, el fracaso comunista es el resultado de una mala estrategia...

-- Eso es... En cambio, con una buena estrategia social, la Alemania del Oeste camina rápido y más que bien; el Japón progresa en forma sorprendente; e Italia se recupera y crece. Mira, Viñeros, parece que sólo pueden llegar a la igualdad - igualdad relativa, nunca absoluta - los países libres y ricos. Aquellos que valoran el riesgo y el bienestar... No los países cuartereros, espartanos, doctrinarios, conventuales. No aquellos que ponen en el primer lugar a la seguridad; y, en el segundo, a las austeridades...

-- Occidente, no Oriente...

-- Claro. Menos el Japón; que, en lo cultural, también es Occidente... Recalco: En medio de la dictadura, la pobreza y el atraso, la igualdad - o la justicia social, como prefieras - es nada más que un espejismo político...

-- Creo que tiene mucha razón, doctor Estarellas. Hay que tener riqueza efectiva, para dividirla.. Primero, hacer la torta... Los que dividen la pobreza sólo están dividiendo las ilusiones y las mentiras. Pero, vuelvo a mi duda... ¿Hay algún argumento, de fondo, que demuestre que los latinoamericanos son, realmente, democráticos?

-- Varios, Viñeros. Nuestros países nacieron como republicas; el liberalismo ha calado muy hondo en nuestra política; la educación popular, en varios países, ha creado clases medias considerables... Analiza bien cada uno de estos hechos; tendrás tarea para rato ... ¡Ojo!,

Viñeros. Yo estoy hablando, estrictamente, de democracia; es decir, de puntos de partida, de marchas, de etapas; de esfuerzos... No estoy hablando de logros definitivos; y, menos aún, de un paraíso latinoamericano ... Ni, tampoco, estoy dorando las píldoras sociales...

--Ahora, lo tengo muy claro, doctor Estarellas...

-- Bueno, entonces, te darás cuenta que aquí hay, desde luego, muchísimos problemas; como en todas partes... Pero, en verdad, estos bien podrían resolverse, a la corta y a la larga, con más democracia. Lo que, en el fondo, significa, con más orden, con más organización, con más esfuerzo...

-- De acuerdo... Pero, doctor Estarellas, los marxistas están objetando, en teoría, la democracia y el liberalismo, con sofismas baratos. Y los están rechazando, en la práctica, con gritos, silbidos, quemas de neumáticos y amenazas de guerrillas... Y, además, después de Bolívar, - que fue, ciertamente, un dictador grande, ilustrado y de larguísimas miras - ha venido una caterva de dictadores pequeños, torpes e ignoros ...

-- Tu última observación es cierta, Viñeros. Pero, no afecta, en general, a lo que te he venido diciendo... Y, además, piensa que el mundo es complicado, Viñeros. Todo se mezcla: el bien con el mal; la inteligencia con la estupidez; lo hermoso con lo horrible... Y yo no lo voy a simplificar, ni a desmezclar por arte de magia ... Y tienes razón: el liberalismo es despreciado; y la democracia está siendo objetada, irrespetada y manipulada ...

--Así lo veo yo...

--Y los liberales nuestros, los de la actualidad - tontos, mediocres y confundidos - no saben cómo defender la democracia, cómo mejorarla ... Bueno, ya llegamos a la facultad, Viñeros. Termino lo de hoy. Volveremos a hablar sobre Calancho y la "expansión académica" la próxima vez que nos veámos. Chao.

Nos encontramos unos días después. Y Estarellas reinició la charla en el punto exacto en que la habíamos dejado. Y la cerró con un resumen sucinto:

-- Bueno, Viñeros, lo que conversamos el otro día fue, aproximadamente, lo que yo sostuve en aquella charla de la "expansión". Y parece que, con eso, pateé un avispero... Y hubo reacciones. Fernández dijo, en buenas palabras, que yo había tomado el rábano por las hojas... Pero que, a pesar de ello, tenía razón en el "trasfondo" del sentimiento popular americano de libertad, que sugería... Ordóñez dijo que yo había hablado con mi "habitual inteligencia"; pero que él se había quedado verdaderamente sorprendido, al ver que yo defendía unas ideas tan profundamente clásicas y burguesas... Que yo me había "presentado" como un intelectual burgués ortodoxo; en algunos puntos, casi convencional; y, en otros, aunque audaz, con un sesgo "orgánico" de la burguesía... Creo que Ordóñez había estado, por esos días, releendo a Gramsci. Es lo que suele hacer cuando debe intervenir en algún acto público que se efectúa en la margen derecha del río Tomebamba...

-- ¿Y qué lee cuando debe intervenir en algún acto de la margen izquierda?

-- ¡Ahh...! En ese caso, relee a José Peralta... ¿Me vas a dejar seguir, Viñeros?

-- ¡Sí, señor!

--Briz Sánchez dijo que estaba muy de acuerdo conmigo; porque creía que sus gallinas eran, sin lugar a dudas, consustancialmente democráticas... Lo eran sin proponerse y sin darse cuenta... Sutil, el salmantino... López Carretero dijo que, con franqueza, América Latina no le parecía un continente particularmente democrático. Y me pidió ciertas explicaciones adicionales. Y yo, -- que estaba preparado --, se las di. No lo convencí del todo. Sobrevino, entonces, una discusión medio desordenada, medio desatinada; y, a ratos, para mí, medio enojosa... Pero, bueno, yo lo tomé todo con Coca Cola... Ordóñez, en cambio, quedó muy resentido por ciertos comentarios y observaciones de los gallegos...El es muy sensible y suspicaz. Y, desde luego, la diplomacia no entrará nunca en el espíritu y en el comportamiento de los peninsulares... En la última reunión, Casales nos dio su clase magistral sobre la Pedagogía. Unos aplausos, unas preguntas corteses. Y el cansancio pudo más... El evento terminó con la lectura resumida de la relatoría; hecha por el secretario de la facultad. Y Casales hizo constar, expresamente, la necesidad de tener una cátedra de Pedagogía. Todos de acuerdo... En fin, academicismo, dictadura y democracia, filogalleguismo, comportamiento estafalario, Pedagogía... ¿Ves cómo los hilos del guión institucional se han ido trenzando, Viñeros? Y, al final del mismo, ha aparecido Calancho... Calancho salió del sombrero de Casales.

-- Y colorín, colorado...

-- No. Hubo más...¿Le conoces al Dueño del Túnel del Tiempo y a su amiga, La Bruja Hábil?

-- Sí. En esta universidad, todos los conocen. Dos personajes estudiantiles... Imprescindibles...

-- ¿Sabes que Dorita Santibáñez - así se llama realmente la BH - vino de Punta Arenas, Chile, volando en un tubo de escape?

-- Otro chiste sobre ella... Claro...

-- No, hombre; puro realismo...

-- ¿Realismo...?

-- Realismo, hombre... Realismo mágico...

-- ¿Y por qué le llaman La Bruja Hábil a esta señorita?

-- Ahh... Lo supe hoy. Es que Dorita, para volar, no precisa de la clásica escoba. Puede volar con una caña de azúcar, con un bastón, hasta con un pedazo de manguera...

-- ¿Y que tenían que ver los dos personajes con el evento de la expansión académica?

-- Pidieron intervenir en él. Participación estudiantil. No se puede excluir a los estudiantes... Casales no lo permitió; para que el evento mantuviera su seriedad... Pero, éste es un cuento bastante largo, Viñeros; y no te lo voy a contar hoy. Otro día, será.

Estarellas nunca me contó tal cuento. Me lo contó, en cambio, Malaval. Es interesante. Pero, aquí, no viene al caso. Dejémoslo, pues, también, para otro día.

Y, ahora, vuelvo, propiamente, a Calancho, el catedrático. Recién, hacia el final de su segundo semestre de trabajo, -- es decir, más o menos un mes antes de concluirlo -- el pedagogo nos pidió que hiciéramos un trabajo personal. El tema -- nos advirtió -- debía ser aprobado por él en la misma semana que corría. No precisó el carácter del trabajo. (¿Se trataría de un resumen bibliográfico, una consulta, la ampliación de un asunto o una pequeña investigación?) Iba a preguntarle. Pero, -- pensándolo mejor -- decidí que era más ventajoso, para nosotros, dejar que permaneciera la imprecisión. Que cada cuál haga lo que quiera... O lo que esté a su alcance...

-- ¿Puedo reseñar y comentar un libro de Pedagogía, doctor Calancho? -- le consulté.

-- Sí. ¿Cuál propone?

-- EL ARTE DE ENSEÑAR, de Gilbert Highet.

--Es un libro interesante; pero no es un libro técnico. -- me dijo el pedagogo. / Búsquese, más bien, un libro técnico.

Elegí el libro LA PLANIFICACION DE CURSOS EN LA ESCUELA SECUNDARIA, de Gonzalo Díaz Bustinza; y Calancho me lo aprobó. Pero, -- frente a ese libro tan ameno, interesante y, hasta sabio, como es EL ARTE DE ENSEÑAR -- LA PLANIFICACION... me resultaba mediocre, pedestre; aun convencional. Claro que sé que son cosas muy distintas. Mas, -- a efectos del interés que uno pone en su labor; la sutil y atractiva motivación -- era como cambiar una novela de Somerset Maugham por un manual de gimnasia sueca. Y, -- en vista de las varias tareas que tenía entre manos y el escaso tiempo disponible -- comencé en seguida el trabajo. (Que yo estimaba menos exigente que los otros: Lo saco pronto; y listo...) Reseñé, pues, el libro; y lo comenté, dividiéndolo en sus distintos aspectos; y haciendo, al final, una comparación con las modalidades locales de trabajo docente y otras posibles o deseables.

No sé si Calancho leyó mi trabajo. (Era un texto más bien corto: unas diez páginas, mecanografiadas a doble espacio.) Las dudas, al respecto, -- creo yo --, existen siempre en nuestros descuidados claustros. Y no extrañan a nadie. Y el desprolijo e irresponsable proceder de los profesores resulta, por desgracia, hasta justificable; por la irracionalidad de la organización y de las formas de trabajo académicas. Los docentes tienen demasiadas materias, demasiadas horas de clase, demasiados alumnos... Y, usualmente, tampoco es obligatorio devolver, a estos últimos, sus trabajos calificados... Quizá mi trabajo sólo haya merecido un vistazo; es lo que suele hacerse. ¡Y bueno...! Lo que generalmente esperan, y obtienen, los alumnos, en estos casos, es una buena nota; y acabado el asunto. Para mí, sin embargo, hubo, en esta ocasión, algo más. Una tarde, antes de entrar a clase, Calancho me llamó; y me dijo que mi trabajo, aunque corto, (han sido presentadas "memorias" o

“testamentos”, que son literalmente de gran peso – me señaló al margen) era, por las ideas, el único realmente valioso que había encontrado en el curso. Alabó, además, mi buena redacción. Y me citó, al respecto, la frase de un autor inglés, cuyo nombre no pude captar; quien había dicho algo así como “El buen escribir es la flor más hermosa del jardín del intelecto”. La última observación me satisfizo de verdad; y se la agradecí. (En los días de la juventud, uno aprecia el aliento más, mucho más, que en los días posteriores; cuando el entusiasmo ya ha decaído un poco; y uno ha logrado – por una sucesión de pequeños éxitos profesionales – un cierto grado de seguridad y autoconfianza.)

Pero, no me engañé, realmente; ni respecto a Calancho, ni respecto a mí. El ángel de la guarda de la objetividad – que suele ayudarme en forma competente, constante y oportuna -- me cuida en tales casos. Yo sabía ya, en aquel tiempo – y la experiencia me ha persuadido cada vez más – que la buena redacción (como todas las destrezas intelectuales deseadas y perfectibles) está siempre delante de uno, a cierta insalvable distancia. Es algo así como el famoso palo con la zanahoria, delante de los ojos del burro... Y sabía también que los escritores deben seguir, con constancia, hacia su meta, para conseguirla; o, más exactamente, para conseguirla a medias, para conseguirla en una medida que sea más o menos lo suficiente. (Esto muestra, -- digámoslo de paso -- desde otro ángulo, algo que también debiera ser muy bien sabido y muy aceptado: que nunca dominamos el idioma; que, al revés, el idioma siempre nos domina a nosotros...) Paradoja: los genios no precisan la buena redacción. Según Salvador de Madariaga, Don Miguel de Cervantes y Saavedra nunca la necesitó... En las obras de los genios, el enorme valor del contenido se manifiesta aun a pesar de las formas imperfectas del continente. El oro es el oro; en una fina vasija de porcelana o en una sencilla caja de cartón... Mas, nosotros – la mayoría, la generalidad; los que sólo disponemos de una cierta cantidad de cobre – debemos esmerarnos en la hechura de nuestros continentes. Sin ellos, bien logrados, nuestro barato mineral no lucirá... (Comentario de Malaval a propósito: Cervantes podía prescindir de la buena redacción. Es relativamente poco... Sócrates -- una inteligencia aun mayor -- podía darse el lujo de prescindir hasta de la escritura. Nunca escribió ni un párrafo... ¿No te das cuenta que algo de esto le ocurre a Estarellas? / De todas las observaciones de Malaval, la presente me parece la más aguda e inesperada.)

Calancho me halagó. Y yo empecé a darme cuenta de que él – entre otros pecados y pecadillos – era desmedidamente elogioso. Tiempo después, -- como ya he manifestado en algún párrafo anterior – el defecto se hizo notoriamente visible en sus escritos periodísticos. Y, como consecuencia, sus elogios se devaluaron; hasta el punto de no valer casi nada. Y, -- por otra parte y desde luego – volviendo al punto inicial de estas últimas reflexiones, debe haber pesado, en su criterio benevolente, mi reciente intervención a su favor... Bueno... Tuve un impensado y, hasta hoy, recordado elogio. Alégrate y aprecia bien el gesto de Calancho. Pero yo – cabezudo quizás -- sigo convencido de que Highet me enseñó – en cuanto al oficio docente y al trabajo intelectual – mucho más que lo podían enseñarme por entonces una docena de días o de bustinzas... Y no es que Highet sea, precisamente, una notabilidad, una celebridad... No hay una teoría de Highet, ni una doctrina de Highet. Este buen pedagogo fue, simple o complicadamente, un profesional de los mejores, en los Estados Unidos de su tiempo. (He ahí la diferencia entre los países bien educados y los países mal educados. Los primeros tienen toda una serie de buenos cuadros; en cualquier actividad. En los segundos, en cambio, un buen cuadro es la excepción de la segura regla de la carencia. Y, en el Ecuador, – conocido por ser un país de ciegos y de ciegos -- Highet habría sido un gran rey...)

Y creo, por ello, que Calancho se equivocó ¿Pensaría, realmente, él, que la Pedagogía, la Didáctica y la Sicipedagogía – con todas sus extensiones, relaciones y subdivisiones – constituyen verdaderas ciencias? ¿Y quién pretende, ahora, que la ciencia moderna sea algo preciso, duradero, fijo, seguro; un terreno totalmente firme? Nadie bien pensante, en verdad.. ¿Entonces...? Para mí, enseñar es, directa y decididamente, un arte; en todo el amplio, restringido, impreciso, intuitivo y aleatorio sentido de la palabra. Pero, no se me oculta, por lo anterior, que, detrás de todo arte, hay una artesanía; es decir, un oficio; un conjunto de reglas que hay que conocer y practicar... Highet era, a la vez, un artesano y un artista. Díaz Bustinza era, en cambio, apenas, poco más que un buen artesano. Pongo -- para lo que corresponde -- esta crucial distinción, en las propias palabras del pedagogo norteamericano: El maestro no es un caño de pasar contenidos; es la chispa que prende el fuego de las inteligencias... Claro y elocuente.

Y, -- en cuanto a las equivocaciones de Calancho -- reiteraré con esto de la ciencia... (A riesgo de ser un poco despiadado y cruel. Pero, ¿qué le hace una mancha más al tigre?) Bueno, un momento, un momento. Seré exacto. En el caso presente, Calancho no habló de ciencia; habló solamente de técnica. Y -- es sabido -- las técnicas constituyen la puesta en práctica de la ciencia; sus aplicaciones. Son algo mucho menor que ella, mucho menos importante, mucho más modesto. Y Calancho, en este punto, hasta, podría tener un cierto grado de razón. ¿No habrá pensado que nosotros, los estudiantes -- que, en la gran mayoría, sólo teníamos una formación teórica y literaria -- necesitábamos adquirir, al menos, un poco de la esencial y compensadora practicidad? Pudo ser ... Recuerdo, a propósito, que, en sus primeros tiempos, -- el pedagogo aplicó uno que otro **test**; y nos recomendó unas encuestas y unas observaciones de evidente orientación pragmática. (Supongo que Calancho tendría, -- hablo de su personalidad -- ante todo, la casi natural tendencia intuitiva y artística de los españoles; buena, en principio, para ser un educador... Pero, ¿se habría transformado él algo -- sólo algo, quizás -- en el sentido de la practicidad, por sus estudios franceses? Suele pasar...) ¿Y no sería, justamente eso, el proceder defectuoso -- debido a la escasa asimilación de las técnicas pedagógicas -- una de las principales causas de sus problemas profesionales? La falta de planes de curso, por ejemplo... He ahí, una suposición parcial; el inicio, talvez, de la explicación de su particular caso. ¡Vaya...! ¡Qué preocupaciones, las mías! ¿Acabaré entendiendo a Calancho? Bueno, no es tan importante... Avanza, hombre... Un día le hablé de estas conjeturas a Malaval. Y el periodista no me siguió en las tales. Lo vi distraerse... Y sólo estuvo atento; y fue rotundo y definitivo en cuanto a mi última pregunta: / Nunca le entenderás, Viñeros. Calancho es un personaje de Buñuel...

Unos años más tarde, -- cuando ya Calancho no estaba en la Universidad Austral y yo había empezado, hacía poco, a trabajar en ella -- ciertas formas y costumbres docentes variaron un poco. Variación es, -- creo yo -- la palabra pertinente, correcta y precisa, para ser aplicada al minúsculo proceso; porque, un cambio, cambio verdadero, no hubo. (¿Otro caso de gatopardismo? Sí, ciertamente. El gatopardismo es un recurso, o truco, muy socorrido en las sociedades e instituciones estancadas y tradicionales.) Había, por entonces, ya, una atmósfera de creciente agitación estudiantil y de mucho desorden institucional. Revolución era la palabra capital de la retórica del día; teóricamente, ésta era el supremo y más compendiador de todos los cambios académicos y sociales... Pero, en los hechos, no se revolucionaba nada. Sólo se afectaron, escasa o mínimamente, las enjutas formas de trabajo aludidas ... Una de ellas era la que había dado en llamarse “clase magistral”. (Hay que poner la denominación entre comillas; porque clases magistrales verdaderas -- salvo las

rarísimas excepciones, como una que otra de Casales o de Fernández – nunca se dieron... Y sí se daban, en cambio, siempre, las opuestas, las chambonas: las que mi amigo José Ribadeneira describía como clases inocuas, inicuas e insondables; monólogos incoherentes y galimatías pluscuamperfectos; y, en los peores casos, silvestres e inaudibles zumbidos de moscardón...) Tales fenómenos – en el sentido más feo de esta palabra – quedarían mejor denominados si se llamaran clases tradicionales, usuales, corrientes o rutinarias. En tiempos de elecciones estudiantiles, sobre todo, esas denostadas clases acumulaban todavía más adjetivos críticos y desfavorables (Anticuadas, latosas, somníferas, autoritarias, pedantes, pasivas, antifuncionales, cantinflascas; incluso – según los excedidos – diarreicas, etc.) Hasta hoy -- unas dos décadas después – siguen siéndolo. Sin que nadie pueda remediarlo... Pero, por entonces, el trabajito de maquillaje debía hacerse... Y se hizo.

Hay que detallar aquí las increíbles minucias de aquel maquillaje disimulador. En primer lugar, se empezó a usar el pizarrón. ¡Qué tal! Para la mayoría de los catedráticos, el omnipresente tablero, negro o verde, parecía no haber existido nunca. Igual cosa ocurría con los mapas y el material gráfico en general: Se daba clases de Geografía sin mapas; aunque algunos pocos de estos estuvieran arrinconados, en una cesta, en la secretaría de la facultad... (Fui colocando unos clavitos, unos alambres y unos sujetadores de ropa lavada -- en la parte superior de los marcos de los pizarrones, en las aulas en que yo trabajaba -- para poder utilizarlos.) Se extendió un poco el uso -- con el correspondiente e inevitable abuso -- de las diapositivas. (El único que las había usado antes era Casales; en sus clases de Historia del Arte.) También empezaron a incluirse las exposiciones de los alumnos; y a pedirse sus trabajos individuales de semestre. En una ocasional reunión de profesores, propuse que todos trabajáramos con un programa de cada materia; y tuviéramos reuniones regulares de coordinación. No se aceptó la idea; porque sólo unos pocos sentían, en ese momento, la necesidad de tal proceder. Pero yo -- empeñoso e imprudente; imprudente, porque no hay que lanzar piedras al pantano, si los pájaros de la orilla quieren estar tranquilos -- comencé a trabajar con planes por mi cuenta. Y la novedad se comentó de manera favorable; sobre todo, entre los alumnos. Era, el mío, como debía ser, un programa sintético; que, curiosamente, -- cuando la práctica se difundió -- empezó a llamarse “programa analítico”. (Y debo señalar aquí -- si de algo le sirve a Calancho -- que fue él, en la facultad, el primero que habló de esta última clase de programas; y los pidió, en una ocasión, a nosotros, sus estudiantes. Claro, muy a su estilo, desde luego. Es decir, sin dar ninguna de las orientaciones y explicaciones -- que la pertinencia exigía -- para su elaboración: utilidad, naturaleza, partes, complementos, detalles, anexos etc. Hagan ustedes un programa analítico para la escuela secundaria; y listo... Yo encontré, por ahí, -- en un folleto pedagógico argentino -- un programa de esta clase; y lo apliqué, modificándolo bastante, a lo pedido por el pedagogo. Y quedé muy bien, cuando les comuniqué a mis compañeros el feliz descubrimiento; agregándole, al modelo, las recomendaciones y los cambios míos... Otra vez, por suerte, todos salimos del paso...)

Para mi modo de ver, la minúscula innovación fue más bien espontánea. La iniciamos -- sin ninguna coordinación -- unos dos o tres profesores jóvenes. (Que estábamos, profesional y académicamente, motivados; y no teníamos las usuales y esterilizadoras preocupaciones ideológicas; ni, tampoco, la muy común ambición, de los dirigentes estudiantiles, de trepar rápido por la escalera del poder universitario.) Pero, no faltaron, posteriormente, los segundos, -- oportunistas, radicales -- que se apresuraron a cosechar los escasos frutos sembrados por el viento; y se atribuyeron -- exagerando las cosas de forma antojadiza -- el mérito de la siembra y hasta la propiedad del viento... ¡Así es la vida! Así se adjudican,

muchas veces, los procesos institucionales. Y, así, se hace la pequeña Historia. Algunas de las minucias aludidas, se adoptaron, luego, oficialmente; y se reglamentaron. (¡Cuándo no! La manía legalista...) Y – como parece ser inevitable, en nuestro medio académico – terminaron degenerando; y convirtiéndose en meras e insignificantes formalidades burocráticas. Además, la posterior reforma de la facultad – a la que ya me referiré – las incluyó. (Si no es que, apenas y de hecho, -- al prescindir, finalmente, de lo sustancial de las propuestas nuestras – no consistió nada más que en aquellas. Insisto: gatopardismo entero, por la cabeza y por la cola.)

Pero, de una u otra manera, la tortuga había avanzado un metro. Y eso era eso ... Y, por lo tanto, no faltó igualmente quien lo hiciera notar; calificándolo como un progreso. Y además – por ciertas implicaciones – hasta esperara que, en el futuro, el tranquilo y calmo animal terminaría adelantándose a Aquiles... “Hemos avanzado; -- dijo una vez Pedro Medina Algarve, un profesor que llegó muy pronto al decanato de la Facultad de Filosofía -- ahora se **consignan**, en la pizarra, las partes de la exposición; y se escriben las palabras difíciles y los nombres extranjeros que van apareciendo.” Y recuerdo que Medina contrapuso las clases nuevas con lo que llamó las **conferencias** de los antiguos catedráticos españoles. “En ellas,-- siguió – si se mencionaba a Schopenhauer, nosotros debíamos saber escribir ese apellido; o, de otro modo, debíamos arreglarnos, en nuestros apuntes, a la buena de Dios. Y nadie se atrevía a pedirles a los distinguidos maestros que se dignaran escribir algo en la pizarra...”

--No lo escribían, porque ellos tampoco sabían escribirlo... -- dijo, malévolamente, el doctor Marcelo Salcedo Pesántez; un sociólogo que trabajaba en la facultad. / (Obviamente, se burlaba de los españoles; y, al mismo tiempo, halagaba a Medina.)

¿A la buena de Dios? Si a los apuntes se refería Medina, ¿no sería, más bien, a la mala del Diablo? Pero, claro, los apuntes estaban en el centro mismo de la limitada concepción académica del joven y boyante decano... ¡Qué pequeñez, qué ingenuidad! -- me dije./ No las señalé, entonces, por prudencia, por cortesía; por no indisponerme; porque no hay que pelear por pequeñeces... (Ah, caray... ¿Y no habremos sido, o parecido, todos los presentes, unos tontos o unos hipócritas? A ver, a ver ... Bueno, no hay que darle a la convencional escena más importancia que la escasa que tuvo. Y – ya se sabe que -- sin un poco de hipocresía, las relaciones humanas serían imposibles... Concluyamos y a otra cosa...) Medina remató:

-- Y avanzaremos más... Hay ideas en el ambiente... Y, por fortuna, ahora, la voz cantante de la facultad la tienen algunos jóvenes profesores progresistas...

Cierto día, -- al comentar los problemas de la facultad – uno de los colegas sacó a relucir, otra vez, el tema de los cambios y las reformas. (Estábamos, por supuesto, en tiempo de elecciones estudiantiles...)

-- Es un tema muy sobado... -- dijo Carlos Mendoza. / Eliminen la clase magistral, preparen a los estudiantes para el cambio social; y, sobre todo, saquen, del programa de estudios, el latín y el griego... De ahí, no se pasa. Y, terminada la elección, adiós reforma. Hasta la próxima, compañeritos...

-- ¿Saben la última sobre eso del latín? – preguntó Santiago Carrasco.

-- No. – respondió alguien.

-- Bueno, miren, me lo contó ayer Francisca Molina. / El estudiante Guamote le había dicho, hace unos años, a Casales: Doctor, yo estudio Historia. ¿ Para qué me puede servir el latín? Y Casales le había respondido: A vos, hijito, para nada...

Después de las risas, intervino nuevamente Mendoza:

-- A pesar de lo que dije, suena, por ahí, que el licenciado Viñeros tiene algo nuevo sobre la reforma... ¿Es verdad, Juan?

-- Sí. Lo conversaba el otro día con Santiago... Le señalaba, a él, que, por la vereda de los temas y nombres “consignados”, o escritos en la pizarra, no llegaremos ni a la Plaza de la Madre...

-- No debe usted burlarse de las “apreciaciones” del señor decano, licenciado Viñeros... -- dijo, sonriendo, el profesor Sacristán.

-- No me burlo. – dije yo --. / Simplemente las evaluó...

-- Con notas muy bajas... -- replicó Sacristán.

-- Bueno, Viñeros, adelante ... -- cortó Carrasco.

-- No quiero aburrirlos... Lo resumiré en cuatro ideas. Hay que cambiar, en la universidad, el sistema de facultades, que es muy anticuado... Hay que crear unos departamentos modernos; y comunicarlos entre ellos... La clase “magistral”, el dictado y el apuntismo, se pueden superar mediante la elaboración de buenos textos universitarios... Hay que insistir, sobre todo, en el mejoramiento de los catedráticos: un buen grado de especialización, dedicación completa a sus tareas, promoción por méritos y no por antigüedad, etc. Hay que comenzar a trabajar en la investigación y en la extensión. Investigación hay, ahora, muy poca. Extensión, no existe...

-- De eso, sale un plan para los próximos veinticinco años. – dijo Sacristán.

-- Y, bueno... Podría salir...-- dije yo.

-- ¿Sería aplicable en nuestro medio? – reflexionó Mendoza. / Hay cosas que, en el extranjero, se ven bonitas. Y aquí... (Él había sacado, hace poco, un doctorado en Lingüística en Francia.)

-- La factibilidad de los planes sólo puede verse en su realización... -- sentenció Carrasco./ Dejen que Juan proceda...

-- Ya tiene usted una tarea para los próximos meses o años, licenciado Viñeros... -- dijo Cristóbal Gutiérrez; un profesor auxiliar, que se había incorporado, a la facultad, en el último

semestre. / ¿Se haría usted cargo de formular el plan correspondiente? Vaya... Quiero decir, si la facultad se lo encarga...

-- Tendría que pensarlo... Estoy terminando mi tesis doctoral. – dije yo.

--Termínela pronto... -- dijo Sacristán, con una enigmática sonrisa. / Necesitamos un líder. Y los líderes no abundan...

¿Elogio o ironía? ¿O todo lo contrario? (Lo último, era lo que solíamos decir cuando algo resultaba muy impreciso o muy indefinido.) No sabía qué responder... Opté por la escapatoria más fácil y más usual: Con una entonación también indefinida, dije:

--Gracias...

Me di cuenta, más tarde, que aquel día – cuya fecha no recuerdo, por supuesto – fue, para mí, muy importante. Determinó unas actividades y unas preocupaciones, que me comprometerían por algunos años. Ya me había documentado en el asunto de las instituciones de educación superior; y seguí estudiándolo, durante varios años más. (Hasta hoy día, ocasionalmente, el tema despierta mi interés.) Hice un fichero grande sobre la cuestión (por ahí, lo dejé; se volvió extemporáneo); pensando escribir un libro, que, por esos imponderables de la vida, nunca llegó a escribirse... Algo estaba, por entonces, muy claro para mí: Tenía sobrado entusiasmo; y, por lo tanto, muchas ganas de trabajar en este problema específico. Y el entusiasmo es contagioso; y dinamizante ..., para algunos. Pues, para otros, -- los inevitables suspicaces y los gratuitos competidores – es molesto y, hasta, odioso. Para los últimos, quizás, yo haya mostrado, simplemente, ambición, ganas de trepar, astucia... Algo debe buscar Viñeros... La gente duda, siempre, de las buenas intenciones, del desinterés, del altruismo... (El clásico y medio cínico: Piensa mal y acertarás...) ¡Qué sé yo! Nadie puede conocer exactamente cómo lo ven a uno los demás. Lo que no sospeché, en ese momento, sin embargo, es que – al hacer tales propuestas informales y oficiosas – me empezaba yo a meter en unos imprevistos, difíciles y muy enojosos problemas políticos. ¿Fue lo mío una quijotada? Pudo ser. En todo caso, se cumplió, aquí, con exactitud, aquello de que cuando uno no tiene problemas, se los busca. E, indudablemente, los encuentra... Unos meses después, -- sin darle mucha importancia a la tarea -- la facultad me encargó la dirección de un proyecto de reforma. (Labor gratuita... Nada de remuneración especial, ni reducción del horario de clases. ¡Qué trabajen los acuciosos! Les gusta... Y, además, se trata de una pavadita...)

Y, en este punto, me viene a la memoria – a propósito del último tema y de Calancho – una conversación tenida con Silverio Martínez Fontiveros. Era Martínez – junto con el rector Casales, el filósofo Fernández y el gramático Briz Sánchez – uno de los cuatro fundadores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Austral. Fui alumno de Martínez; y, pasado el tiempo, su colega y su amigo. Las lenguas y las literaturas clásicas constituían su especialidad. Aunque, su mayor afición rondaba más bien por las literaturas europeas contemporáneas; sobre todo, la francesa. Había logrado rápidamente, en Cuenca, una fama de políglota y de gran conocedor de las dichas literaturas. A ello, contribuyó Casales, con sus enormes elogios; aceptados, aparente y generalmente, sin objeciones. “ ...Martínez, un hombre que tiene un especialísimo don de lenguas, un prodigioso don de lenguas; es capaz de aprenderlas por medias docenas a la vez...” Esta afirmación fue hecha, en forma pública, por

Casales, en un discurso; dado en el aula magna de la universidad, con motivo de un aniversario de la creación de la Facultad de Filosofía. Al escuchar aquellas exageradísimas palabras, yo miré discretamente a mi alrededor; para ver las reacciones de los oyentes. Ocurrió lo más inesperado: Nadie pareció sorprenderse; nadie rió; nadie, ni siquiera, sonrió... (¿Habrán todos creído, o considerado posibles, semejantes hazañas intelectuales? ¿O todos estaban distraídos y nadie escuchaba? ¿Y, entonces, todos se limitaban a poner sólo su peso sobre la butaca...? ¿Por compromiso? ¿Por obligación? ¿Por no tener nada mejor que hacer? Misterio.) Bueno, Martínez tenía bastante interés en el asunto de la reforma universitaria; pero no tanto como para estudiar prolijamente la cuestión. Su experiencia académica y profesional, además, era valiosa: Conocía las universidades españolas, norteamericanas y ecuatorianas; y, por ello, era capaz de comparar sus condiciones; y criticar, con razones, sus cualidades y sus defectos. Y – en el caso de las nuestras – proponer, con fundamento, los cambios debidos o posibles. (Asuntos que -- de pasada y como él mismo solía decir-- no les importaban un comino a los revolucionarios más termocéfalos...) Bueno, con Martínez, -- y otros profesores, alumnos y funcionarios -- yo trabajé en el mencionado proyecto de reformas. (Finalmente, redacté un informe detallado; y lo remití al Consejo Directivo de la facultad, para su aprobación.) Y, aquí, un tema lateral: La charla, que ahora voy a recordar, tuvo lugar en el transcurso de dichas actividades.

-- ¿Sabías tú - me dijo Martínez - que Calancho tuvo alguna vez, entre sus tareas, la de estudiar una posible reforma; y colaborar en la formulación de, nada menos, que un plan general de cambios de la Universidad Austral?

-- No, doctor Martínez. Me sorprende... ¿Cómo fue eso?

-- Había, por entonces, un programa educativo de la Alianza para el Progreso: La modernización de las universidades de Quito, Guayaquil y Cuenca. La cuestión se manejaba un poco con pinzas; por el punto aquel de la autonomía universitaria; tan vidrioso, tan delicado... Los estadounidenses conocían esta dificultad. Y, por ello, - para evitar susceptibilidades - querían trabajar con un plan formulado, en cuanto se pudiera, por las mismas instituciones interesadas. Para ayudar, y asesorar en la tarea, ofrecieron sus técnicos, sus expertos y - si todo iba bien - su financiamiento...

-- ¿Y qué pensaba, al respecto, Casales?

-- Bueno, tú sabes... Casales tiene - respecto a los estadounidenses - sus vacilaciones, sus ambivalencias... Además, por otra parte, estaba presionado - en contra del proyecto - por un influyente grupo de izquierda: los socialistas; orientados, ideológicamente, por Manuel Agustín Aguirre; según se decía... Casales habrá pensado en el asunto... Me dijo, en una ocasión, que sería una gran estupidez perder esta excepcional y brillante oportunidad... Que - dada la cerrazón de los izquierdistas de Quito y Guayaquil - la Universidad Austral podría ser la más beneficiada; o la única beneficiada... Recibiría técnicos, profesores, equipamiento y fondos... Debemos reconocer - me dijo - que las universidades de los Estados Unidos son, desde hace un par de décadas, las mejores del mundo... Ganan premios nóbeles por canastas...

-- ¿Y cómo era eso de la cerrazón de los izquierdistas? Algo he oído al respecto. Pero, no lo capto ahora muy bien...

-- Mira, prácticamente, ellos torpedearon el intento desde su mismo principio. Alegaron que un programa semejante, de la Universidad de Concepción, Chile, -- preparado por chilenos y estadounidenses -- estaba fallando... Que había tropezado con muy serias resistencias académicas locales y con dificultades políticas... La retórica estereotipada y usual: Que las reformas no tenían en cuenta la idiosincrasia latinoamericana, nuestra cultura; que eran un intento del Imperialismo para controlar nuestras instituciones superiores, etc. Bueno, en fin, apenas un pequeño e ilustrado grupo de profesores apoyó el programa en Quito. Y, por desgracia, los socialistas les cayeron encima de inmediato... Les desacreditaron, a los pobres, con su propaganda y sus calumnias. Los bien intencionados académicos terminaron, luego, apabullados por toda la izquierda... Incluso algunos - acusados de espías - debieron dejar la universidad...

-- Caray, caray... Bueno, usted y yo sabemos que, dentro de nuestras universidades, esa demagogia hoy va siendo poderosa. Y, en tiempos de Casales, ya lo era, en cierta medida... ¿Creería el rector que podría controlarla?

-- Casales sabía bien que bastaba una huelga de estudiantes para descartar el programa... Y, al menos por una vez, dejó de lado su impetuosidad y su prepotencia. Se decidió por persuadir. Habló con los decanos izquierdistas y con algunos dirigentes estudiantiles. Y, al parecer, los neutralizó y ganó tiempo...

-- Por un tiempo...

-- Claro, efectivamente... A continuación, Casales habló con los estadounidenses; y les dijo que, en el plazo estipulado, podría presentarles su propio plan de desarrollo de la institución. Que contaba, para hacerlo, con un equipo idóneo... Aquí entró Calancho...

-- ¿En calidad de qué?

-- Bueno, parece que Casales – siempre más imaginativo que observador – le describió a Calancho, a los gringos, como una eminencia pedagógica; y como un técnico, precisamente, en planificación educativa... Así, nuestro pedagogo quedó encargado de los estudios previos; y, luego, en las concretaciones, Casales le dio la presidencia de la comisión de reforma. Hubo cierto número de reuniones conjuntas: la comisión local y los estadounidenses.

-- ¿Y qué hizo Calancho? – le pregunté yo.

-- Mucho y bueno... Leyó un par de folletos sobre la Reforma de Córdoba; se acordó de cómo eran las universidades españolas y las francesas de la década de los cincuenta; y habló conmigo, al respecto, en un par de ocasiones... Bueno... ¿Qué más podía hacer? Como ahora te pasa a ti: te encargan una tarea; y no te pagan nada...

-- Bueno, cargas... Lo sabido... Pero... Lo de Córdoba ya es una cosa vieja, Silverio... Algo estrechamente reivindicativo... Muy poco... Muy estudiantil...

-- Lo sé, Viñeros...

-- ¿Y, finalmente, logró orientarse, Calancho?

-- ¡Viñeros! Calancho se orientará el día del Juicio Final, por la tarde... Bueno, -- pero, paga aparte y exageraciones aparte – digamos, con exactitud, que no era el hombre para eso. No se entendía con los estadounidenses. Esto yo lo sé bien; porque me lo ratificó uno de los mismos gringos; a quién volví a encontrar, casualmente, cuando yo trabajaba en la Universidad de Nebraska. Un tal Tom Randall... Tenía sentido del humor el tío. Con una buena guasa, se rió de Casales, el “superrector”; de Calancho, el “pedagogo de las nubes”; y de los otros miembros - “los distraídos y los calientasillas” - de la comisión... Y, también, - para rematar - se rió de sus “ilusos y bonachones” compatriotas del programa de universidades latinoamericanas. Los **boy scouts**...

-- Parece que aquel gringo comprendió bien la situación... ¿Y no lo llamaron a usted para que colaborara, Silverio?

-- Sí; una sola vez... Trataban, en esos días, el asunto de la docencia. La comisión me llamó para pedirme sugerencias, opiniones...

-- ¿Y qué propuso usted?

-- No propuse nada. Opine...; como me lo pedían. Señalé lo que tantas veces hemos comentado contigo: Número excesivo de materias por profesor; número excesivo de clases por profesor; falta de ayudantes; falta de idoneidad; doble o triple empleo de los profesores; número excesivo de clases recibidas y muy pocas horas de estudio de los alumnos; etc. Eso fue todo. Y ahí terminó mi participación de opinólogo...

--¿Nada más?

-- Algo más... Incidentalmente, pues, pude ver cómo trabajaba el grupo... Cuando algún profesor local hablaba, los gringos anotaban todo lo que decía. Le pedían, además, cortésmente, datos, aclaraciones... Cuando los gringos hablaban, en cambio, uno de los profesores locales hacía dibujitos en el papel de su carpeta; otro, bostezaba repetidas veces; un tercero, leía, disimuladamente, la sección deportiva de un diario... Calancho no anotaba nada. Aquel día, ni siquiera había traído su carpeta. En vista de tales circunstancias, decidí embromarle a Calancho antes de salir. Le pasé disimuladamente una notita: (1) Hombre, anota algo; para que los gringos crean que tomas en serio tu tarea. (2) Si esto falla, Casales te puede castigar con su cinturón... (3) Diles a los gringos que, al terminar tu dirección, vas a necesitar unas buenas vacaciones en Miami...

-- Este Silverio... ¿Y, en definitiva, salió algo?

-- No salió nada. Y el asunto se terminó abruptamente, con la clausura de las universidades estatales. La dictadura de Velasco Ibarra... Los estadounidenses terminaron ayudando un poco a las universidades católicas de Quito y Guayaquil. Aunque, en éstas, tampoco cuadró - por otras razones - la reforma amplia... No mostraron interés. Son instituciones conservadoras...

-- Y, un poco antes, Casales se había marchado a Puerto Rico. Y, luego, Calancho salió, o lo sacaron, de la Universidad Austral. Hechos de ayer... La pequeña historia de nuestra academia...

-- Y, después, pareció llegar el fin del mundo... Lo que, en parte, tú me comentabas hace unos días. Se prendieron las grandes llamaradas lejanas; y soplaron, fuertes, los vientos del Este y del Oeste: Mayo Francés del 68, el Cordobazo, la masacre de Ciudad de México, el inconformismo estudiantil de los Estados Unidos, las comunas universitarias de Gran Bretaña y Alemania, la Revolución Cultural de China...

-- Una conmoción mundial...

-- Así es... Y, como cabía esperar, las repercusiones aquí: la “lucha” del libre ingreso y la avalancha estudiantil. La tendencia a la politización excluyente... Confusión mayúscula y general. Y, excepto tú, aparentemente, nadie sabe que hacer...

-- ¿Se está riendo de mí, Silverio...? – dije; como fingiendo cierta modestia.

-- No... Yo no sé... Hablo por mí... Me siento bastante incómodo, bastante confundido... En todo caso, ¿qué puede hacer uno en medio de semejante tormenta?

-- Ya vendrá la calma...

--Sí... Sí... Quizás... En todo caso, no te amilanes, Viñeros... Haz lo que puedas hacer; lo que tus fuerzas den ... Estás a tiempo; y tienes entusiasmo... Muchas cosas, en esta vida, se hacen a su debido tiempo; o no se hacen nunca...

Estas últimas palabras de Martínez me sonaron, un poco, como las bien conocidas y recordadas de Estarellas. Caí en la cuenta, en ese momento, que, en el fondo, los dos se parecían. Y bastante... Y había tardado en percatarme de esto... Se ve que hay similitudes que sólo acaban de encontrarse con el tiempo. ¡Qué coincidencia! Dos personajes medio socráticos, y muy influyentes, a su modo, en una pequeña facultad, de una mediana universidad de provincia. Un día, -- bastantes años más tarde; invitado a dar una charla en una escuela secundaria de un pueblo aislado, El Sigsig – le comenté esto a La Garzita; César García Llerena, un condiscípulo de los primeros semestres de la universidad, que trabajaba allí.

-- ¿De qué te sorprendes? -- me dijo García. / Donde hay uno, hay otro...

Tengo muchos recuerdos de Silverio Martínez. Algo más, voy a añadir aquí. Él -- un español de Burgos – está dentro de la media docena de profesores a los que yo considero mis verdaderos maestros. Escribió muy poco: unos cuantos artículos sobre Literatura y un texto de latín. Decía, directamente, que no le gustaba escribir... (La única excepción que recuerdo; en medio de la abundancia de plumas actuales o potenciales... Estarellas escribió, también, en forma escasa; pero, en cambio, nunca me manifestó un desagrado por la tarea.) Martínez no era un profesor diligente, ni exigente; por la sencilla razón de que los maestros excelentes no necesitan serlo. (Estarellas – por las causas fácilmente suposibles – llegaba hasta la misma negligencia.) Martínez enseñó más en los pasillos de la facultad, y en las cafeterías universitarias, que en el aula de clase. (Sospecho que por él, y por algunos otros, salió aquel conocido juego de palabras local de “los profesores a tinto completo” / tinto, en el Ecuador, es igual a café negro o café solo/ ; los pocos profesores a tiempo completo; quienes, supuestamente, eran profesores de cafetería o profesores vagos... ¡Qué superficialidad! / Una

vez – ya demasiado tarde – leí una inteligente y sutil defensa, o reconocimiento, de la cafetería; hecha por el físico y escritor español Jorge Wagenberg. Cuántas ideas, cuántos proyectos, cuántos libros y cuántas carreras provechosas surgieron en las cafeterías de las academias... Una cafetería es mucho más importante, académicamente, que una sala de conferencias... Pero, claro, la tontería, la incompreensión y la envidia son poderosas; y pueden, muchas veces, en los ambientes cerrados, más que el conocimiento, la inteligencia y la amplitud de miras./ Lo importante era dar clase... Es decir, hacer la “encerrona”; como llamaba Martínez, precisamente, a las clases formales, convencionales. Y ésta era, en general, en nuestras deficientes circunstancias, una denominación correcta, propia y exacta. ¿Cabe dudarlo?)

Aunque algunos alumnos, y otras personas, lo consideraban un sabio, Martínez nunca llegó a tener esa severa aura de respetabilidad que rodeaba a Fernández. Nuestro burgalés era demasiado espontáneo, demasiado accesible, demasiado escéptico y, sin parecerlo siquiera, quizás demasiado modesto para ello. Charlaba con todos. (En este aspecto, difería de Estarellas; quien era, más bien, bastante selectivo.) Pero, prefería, por supuesto, la conversación inteligente, ágil e informada. Cuando fuimos colegas, -- en centenares de diálogos – hablamos de casi todo lo imaginable, en nuestras respectivas esferas; y, por añadidura, en la vida en general. (Menos de lo individual y de lo familiar; asuntos -- difíciles, para los dos; por nuestra similar personalidad, talvez -- que evitábamos por una especie de tácito acuerdo. No éramos, o no somos, dados a las intimidades y las confidencias.) Durante unos años, nosotros pusimos mucho interés en el asunto de los cambios sociales; y, dentro de esto, de los cambios educativos. Una tarde lejana, -- como escribiría Borges, o cualquier otro adjetivador descuidado – en la cafetería del Hotel Adriático, mezclamos, en torno a este último tema, a Casales, a Calancho y a otras conocidas figuras de la actividad universitaria local. Rememorábamos los días de la reforma.(No sé si con nostalgia, con pena, con resignación, con cinismo, con un poco de amargura, con otro poco de rabia; o con todos estos ingredientes; bien revueltos y batidos por la frustración...) En cierto momento, Martínez dijo:

-- Y, después de la Alianza para el Progreso, vino tu propuesta ...; o, nuestra propuesta, para la reforma de la facultad. Y, después de eso, nada...

-- Vino la revolución..., entre comillas, Silverio. Y, ahora, parece que está llegando la involución, sin comillas...

-- Bueno, eso es justamente nada; o peor, exagerando necesariamente: menos que nada...

-- Malaval me encontró el otro día, en el centro. Charlamos de vez en cuando. ¿Sabe usted? Nunca ya con la espontaneidad y la confianza de antes... Algo se dañó entre los dos para siempre, después de la reforma... Me comentó que la especialización de Filosofía se ha quedado prácticamente sin alumnos. Robledo anda muy preocupado... Cree que puede perder su empleo. Lo único que se le ha ocurrido - para “solucionar” el problema - es crear una escuela de ciencias sociales: juntando su abandonada filosofía a la especialización de Historia y Geografía; y poniéndole, como yapa, un par de sociologías... Mire que rejunte, que engendro académico... Eso es la involución...

-- Conozco el asunto, Viñeros...

-- Mire, Silverio. Yo aproveché la coyuntura; y le dije a Malaval que eso no habría ocurrido nunca, si se hubiera reformado cabalmente la facultad; y se hubieran creado los departamentos respectivos... Y agregué, sonriendo: Si tú no te hubieras opuesto, tan inexplicable y extrañamente, a la reforma... Malaval me miró con rostro serio; y me dijo: Viñeros, no creas que no he pensado varias veces en eso...

-- ¿Y cómo interpretas tú esta frase? ¿Cómo un pedido de perdón?

-- No da para tanto, Silverio... Pero, sí, tenga usted en cuenta que Malaval está muy enfermo... Y los depresivos, como él, suelen tener complejo de culpa... No me extrañaría que Malaval - hoy día, aplastado por la vida; y no por la vida social, en la que le fue bastante bien; sino por la propia vida personal insatisfactoria y la mala salud de muchos años - esté haciendo ya sus tristes exámenes de conciencia...

-- Tú lo conoces mejor que yo...

-- Y sí...

-- Bueno... A propósito de la revolución, o de la involución, dice Carlos Revelles que la Universidad Austral ya está logrando el sueño de Marx: está eliminando las clases...

-- Dígale que no es cierto. Ni las está eliminando, ni las va a eliminar. Solamente las va a uniformar en todo; incluida la paga. ¿No conoce usted la propuesta que ha hecho el abogado Aguilera, el otro día, en la asamblea de profesores?

-- No. Sabes que no pude asistir. ¿Qué ha propuesto?

-- Aguilera atacaba – como ya parece que se ha vuelto usual – a los profesores a tiempo completo. Habló de privilegiados, de profesores de cafetería, de señorones académicos... Habló de un escalafón completamente arbitrario: profesores de primera, de segunda y de tercera clase... Dijo que deben desaparecer los discrímenes económicos; que, a trabajo igual, remuneración igual. Dijo que lo verdaderamente justo es pagar a cada profesor según el número de clases que da: quien da siete clases, gana por siete; quien da veinte clases, gana por veinte. ¡Listo! Así, -- en forma muy sencilla – los odiosos discrímenes quedan terminados... Y propuso: “ Pido y mociono, señor presidente de la asamblea, -- si es que alguno de los asambleístas me apoya – que todas las clases tengan la misma paga: 400 sucres cada una.” / Antes de que recibiera el respaldo, intervino, sin pedir permiso a la mesa, ese empleado, medio raro, al que llaman el Loco Juancho; ayudante de biblioteca en la Facultad de Medicina.

-- ¿También las clases dominantes recibirán esa paga, doctor Aguilera?

Aguilera – molesto por la interrupción y las risas – le replicó:

-- Las clases dominantes no merecen ninguna paga, compañero jocosito... Merecen la cárcel, hasta el paredón. Si usted es, verdaderamente, un hombre de izquierda, debiera tener esto bien claro... Pero, en todo caso, si quiere usted que se les pague a las clases dominantes,

tenga la bondad de ponerse de pie - como corresponde - y explíqueme sus argumentos y dele sus razones a la asamblea.

El Loco Juancho se puso de pie inmediatamente y habló:

-- Usted mismo lo ha dicho, doctor Aguilera... Todas las clases... Todas... Al estilo del poeta argentino Armando Tejada Gómez... No excluyamos a ninguna. Claro... Y yo estoy de acuerdo. Así, llegaremos a la plenitud del igualitarismo. Y, siendo ésta la finalidad, yo me permito apoyar su moción, aclarándola ligeramente: Pido que todas las clases - incluidas las clases dominantes - tengan una paga de 400 sucres cada una. Que se tome votación, señor Presidente.

-- Un episodio curioso, Viñeros ... ¿Y qué tiene que hacer un empleado administrativo en una reunión de profesores? ¿Y no son izquierdistas los dos; Aguilera y el Loco Juancho? Y, tal como están las cosas, ¿no había que esperar una casi automática unanimidad de la asamblea? ¿Y, acaso, los profesores a tiempo completo no constituíamos, y constituimos, una minoría incomprendida, desacreditada, arrinconada e indefensa?

-- Vaya... Demasiadas preguntas, Silverio. Va a ser difícil darle una respuesta completa. En todo caso, no se imagine que el asunto haya que interpretarlo con el "evangelio" según Marx o según Freud... Nuestros colegas no han llegado a tal altura dialéctica, ni a tal profundidad psicológica...

-- Bueno, pero, entonces, ¿cómo explicas esa semitontería del Loco Juancho? ¿O no la consideras tú una semitontería?

-- Sí... Claro... Bueno, para empezar, Silverio, el Loco Juancho - aparte de ser un administrativo - es profesor ocasional de Expresión Oral y Escrita en la Escuela de Sociología. Chisme en medio: hay algún pico pendiente entre éste y Aguilera; algo personal... Hubo, alguna vez, una bofetada de Aguilera a Juancho...; cuando éste repitió aquello de que los Aguilera son como Dios; que están en todas partes y que nadie les puede ver... Y el resto es pequeña política; la pequeña política universitaria... Como siempre...

-- A ver, a ver... No entiendo bien lo último... Y, en este caso, ¿como es la cosa?

-- Exacto: casos y cosas... El análisis de la situación... Bueno, Aguilera se mueve bastante cerca de los comunistas de la línea de Moscú. El Loco Juancho, en cambio, es maoísta; "chino", como dicen ahora. Es decir, -- dada la rivalidad creciente entre las facciones -- los dos pueden ser casi enemigos políticos... Y la elección del rector está cerca... Y los maoístas creen que la unificación de la paga de las clases es parte de la táctica de los "moscovitas"; para atraerse el voto de los profesores más jóvenes, que son la mayoría...

-- ¿Y cómo sabes tú todo esto?

-- Silverio, en este pueblo, hay cócteles, de vez en cuando... Y, a estos cócteles, o cocteles, asiste el profesorado universitario, la burocracia académica, la intelectualidad. Y, en dichos grupos, uno se encuentra con gente que tiene ganas de hablar; con sabedores, chismosos, dicharacheros, anecdotistas; contadores de chistes de salón, de chistes verdes o colorados... La lengua y sus especialidades... Alguien me contó, también, que el Loco Juancho se llama

Juan de Dios Placencia; que es cañarejo, soltero y vecino de piso de Calancho; y que los dos, en ocasiones, se van de excursión a la montaña. ¿Alguna pregunta más, Silverio? ¿Alguna aclaración, alguna duda, alguna sugerencia, alguna queja?

-- No, Viñeros. Basta, basta... No voy a poder asimilar tanta información... Ahora, recíbela tú. El Loco Juancho fue una vez - llevado por Calancho, justamente - a una reunión de la colonia española; a comer paella, el día de la onomástica del Rey Juan Carlos. En esa ocasión, lo traté. Antes, lo había conocido de un modo accidental y estrafalario... El Loco Juancho, sabes, me recuerda un poco a Malaval: un buen chiste, en cada diez; anécdotas lugareñas...; a veces, mete las patas ...; y resulta notoria, en sus palabras, una cierta ambivalencia respecto a los españoles. Pero, ahí quedan los parecidos; y, después, empiezan las diferencias.

--¿Cómo es eso del modo accidental y estrafalario de conocer al Loco Juancho?

-- El curioso siempre está cerca del chismoso... ¿Verdad, Viñeros? – preguntó Silverio, sonriendo.

-- No lo sé... Por de pronto, no lo sé... Pero, si lo pienso un poco, lo sabré.

-- Bueno, un día - en el Hospital Regional, donde este Juancho trabajaba por entonces - yo le pregunto a un muchacho por el departamento de radiografía. El muchacho me mira de pies a cabeza, se demora un poco y me responde: “Eso hay que preguntarle al camarada Kaganovich.” Y se va... / Era el Loco Juancho. Y esto del camarada Kaganovich es su extraño estribillo...

-- Lo sabía... Antes, en alguna ocasión, lo había oído...

-- Bueno, qué más da... Yo te estaba hablando de que Juancho se parece a Malaval...

-- Sí; ya lo veo, Silverio: un perfil malavalesco – como diría el altisonante poeta Lizárraga. / Yo no le conozco personalmente al Loco Juancho... Pero, - hablando del humor en cuestión - recuerdo que, cierta vez, Casales le reprendió a Malaval; por contar un cuento muy tosco... Unos campesinos españoles le compraban una negra a un gitano... “Malaval, - le dijo Casales - los chistes burdos denigran al pretendido chistoso... Tú ya estás terminando la universidad... Ya debes tener cierta seriedad, algún refinamiento... Ya es hora de que dejes de contarlos...”

-- No me sorprende... Eso calza bien dentro de la particular forma de relación que los dos mantenían. Casales le trataba paternalmente a Malaval. Era uno de los discípulos que preparaba para ser los futuros profesores...; los futuros profesores de la facultad de sus cariños y sus afanes... Sus hijos académicos; más que sus discípulos... Aunque, no ponía, en Malaval, tanta esperanza como en los tres jorges y los dos marianos... Los preferidos... Pero, en todo caso, lo distinguía, lo mimaba un poco, lo cultivaba, lo reprendía...

-- Así era, Casales... Ciertamente.

--Y, una vez, Casales me dijo: Malaval es muy inteligente... Pero tiene la pésima costumbre de hartarse de fútbol, con EL GRÁFICO de la Argentina...Y, peor todavía, se lee todos esos horribles suplementos policiales - los que traen los crímenes famosos de los Estados Unidos

- de EL UNIVERSO, de Guayaquil... Y, pese a mi insistencia, no consigo aún que se lea el tomo de resumen de EL ESTUDIO DE LA HISTORIA de Toynbee...

Y, así, -- conversación va, conversación viene – un día, Silverio y yo nos encontramos con el tema del ingeniero Montaña, o el doctor Montaña; porque los dos títulos son portados por la misma y distinguida persona.

-- Montaña nunca fue un “hijo” de Casales... ¿Verdad, Silverio? Dadas sus características, no creo que pudiera serlo.

-- No; el caso de Montaña es bastante especial... Para empezar, Casales menospreciaba a los ingenieros... Decía - usó más o menos sus palabras - que los nuestros eran individuos ordinarios, simplones, materialistas y materialeros, cuantificadores, capataces con diploma... Decía que es mil veces mejor ser ingenioso que ser ingeniero... Estos dichos - que eran conocidos en el medio local - le restaron votos, en las facultades técnicas, cuando se presentó de candidato a rector ... Pero, bueno, Casales - que no era un político - nunca tuvo como primera preocupación contar votos...

-- ¿Y qué actitudes tenía Montaña con Casales?

-- Era una conducta curiosa... Aun siendo su estudiante - y mediando, entre ellos, una buena diferencia de edad – Montaña le trataba a Casales como su igual... Se trataban por su nombre de pila; pero, al mismo tiempo, se daban el usted...

-- Al principio, sin embargo, - para llegar al profesorado - Montaña debió depender de Casales... No podían ser tan parejos... El poder distingue... Y, por el momento, lo tenía Casales

-- Por supuesto... Pero Montaña sí es político. Sabe ganar posiciones, manejarse en ellas y sacar sus ventajas... Montaña escaló muy rápido... Y, en determinado momento, - y más bien bastante pronto - ya estaba, políticamente, no académicamente, muy por arriba de Casales.

-- Cierto, Silverio... Montaña se graduó, primero, de doctor en Filosofía; y, luego, de ingeniero civil. Y estas dos graduaciones constituyeron su gran punto de partida. Y, desde allí, para él, todo fue mucho más fácil...

-- Claro... Conquistó su primera cima... Luego, le hicieron profesor de la facultad, decano, gobernador de la provincia, presidente de la Federación Deportiva, alcalde de Cuenca... ¿Cómo me explicas, Viñeros, semejante carrera o semejante carrerismo?

-- Estrellas aplicaba, en este caso, el principio de Peter: Montaña había llegado, en tiempo récord, a su nivel de incompetencia... Una afirmación aguda... Pero, no era tan cierta... Montaña siempre tuvo, en sus funciones, un buen nivel de competencia; aunque, en verdad, no creo que haya sido nunca un nivel muy alto. Un acierto significativo en cada función... Un acierto suyo; no el conjunto de aciertos de un equipo. Pero,- en el país de la iniciativa casi nula y la incompetencia general - Montaña es Montaña... El ejecutivo, el realizador...

-- Sí; la relativa competencia de Montañó parece estar fuera de duda... En esto, el señor ingeniero era o es muy superior a todos los “hijos” de Casales...

-- ¿Sabe una cosa, Silverio? Montañó era el “hermano menor” de Casales...

-- A ver, a ver...

-- Claro, Silverio... Mire...; Casales y Montañó vienen de la misma matriz social: clase media, católicos, conservadores... Con algunas diferencias... Casales, por ejemplo, era espontáneo, un poco iluso, fantasioso... Tenía una cierta inclinación política populista: votaba y defendía a Velasco Ibarra... Montañó, en cambio, es más bien pragmático, formal, serio; un conservador tradicional y ortodoxo. Y - cuando llegó a la facultad - Montañó estaba ya medio hecho; hecho por los jesuitas, por los conservadores, por sí mismo...

-- Pero, los dos no lucían tan fraternales, Viñeros... Se respetaban, se consideraban, evidentemente... Nada más. Y no creo que se estimaran.

-- Las relaciones fraternales son complejas, Silverio. Más complejas de lo que se cree... Usted lo sabe. En ellas, no solamente hay amor y estimación... Hay, también, competencias, recelos, envidias, reproches, cálculos... Como en toda relación humana...

-- Es cierto, Viñeros ...

-- Casales le ayudó a subir, políticamente, a Montañó. Les convenía a ambos... Y, quizás, el rector era consciente de que subir - para personas como el ingeniero - es tan natural e inevitable como que los pájaros vuelen... Y cumplió con su deber de hermano... Pero, no creo que Casales, en cambio, esperara mucho de aquél como académico... Las altas realizaciones académicas estaban reservadas para sus “hijos”...

-- Puede ser... Y Casales hasta llegó a criticar a Montañó, Viñeros... Una vez, ante varios profesores, censuró, francamente, la “omnipotencia” del ingeniero; y sus “veleidades” empresariales y deportivas... Usó el refrán esperable: Quien mucho abarca, poco aprieta... Y sentenció: La fuerza de Montañó es, al mismo tiempo, su debilidad... Se dispersará... Y terminará, lamentablemente, en una múltiple mediocridad... Su recompensa final: una media docena de accésit...

-- Palabras contundentes... Sólo faltaba el usual y enfático “He dicho.”...

-- A Casales, le gustaba ser enfático, tajante, definitivo... Y, en algunas ocasiones, mucha razón tenía... Y, en otras, en la mayoría, ... Bueno, éste es un cuento conocido, Viñeros...

-- Es verdad... Volviendo a Montañó, Silverio, las “veleidades” deportivas le traen sus satisfacciones y ventajas... Un hacendado - uno de esos hacendados muy machos que todavía se ven por aquí - me dijo una vez que el doctor Montañó, ése sí, es un hombre de verdad... Jugó muy bien al básquet, al fútbol, al vóley... Fue un gran deportista... Pienso que para él, - digo para el hacendado - la vida académica, intelectual, es cosa de maricas... La implicación del caso era fácil de sacar: el deporte le coloca, al doctor Montañó, en el lado, supremamente honroso y meritorio, de los tipos viriles, de los machos...

-- Comprensible, Viñeros... En un medio cultural machista... Aunque, por supuesto, esta interpretación es muy exagerada y antojadiza. Pero, en todo caso, el deporte tiene su importancia... Y un buen número de políticos lo aprovechan o lo utilizan para sus fines. Lo manipulan... Mas, concretamente, - hablando de Montaña, y para mérito y ventaja de él - su afición es auténtica; no postiza y demagógica, como la de otros. Con el deporte, Montaña se agranda un poco más...

-- Sí... Y convence a otro y numeroso sector de gente...

-- Montaña convence a muchos; a pesar de ser un tanto suficiente y un poquito pedante... Se impone con facilidad; y no crea demasiadas resistencias. Pero hay unos pocos a los que no pudo, o no puede, convencer. Entre ellos, uno principal: Estarellas. Por alguna razón, - que vete tú a averiguar - Estarellas no le quería a Montaña; ni lo respetaba.

-- Lo sé muy bien. No lo quería, efectivamente... Exageraba sus defectos; se burlaba de sus realizaciones, de sus objetivos, de su provincianismo... En una ocasión, en la antesala del decanato, unos estadounidenses le preguntaban al secretario de la facultad, si el decano hablaba inglés. En este idioma, Estarellas les dijo: "No. Tiene dificultades incluso con el español..." Yo me reí. Pero, los gringos permanecieron serios. No entendían el asunto... ¿Cómo? Un decano muy limitadamente monolingüe...

-- Estarellas... El terrible Estarellas...

-- ¿Se acuerda usted de Sergio David Olarte, Silverio? Aquel muchacho que escribía cuentos... Bueno, un día se quejaba a Estarellas de que no podía encontrar el tema adecuado para uno... Quería participar en un concurso. Por allá, en el exterior. Estarellas le dijo: "La vida de cualquier tipo es un cuento, hombre... Escribe algo sobre la vida de Montaña. Te doy el título adecuado y perfecto: EL SUPERHOMBRE DE HOJALATA. En inglés, sonaría muy bien: THE TIN SUPERMAN."

-- Otra del terrible colega...

-- Y hay una tercera... Cuando le dieron a Montaña la cátedra de Literatura Griega, Estarellas dijo que desempeñarla, sin saber griego, era como enseñar Literatura Inglesa sin saber inglés... Y añadió que eso era nada más que una payasada criolla. Y que no decía payasada gallega, porque en España - al menos en un caso conocido y notable - la Literatura Griega había sido enseñada por Unamuno; quien sí sabía griego...

-- Vaya...

-- Y hay una cuarta... Estarellas me dijo una vez que Montaña no necesitaba becas en el exterior; porque era un genio ateniense... Debes saber, Viñeros, - me dijo - que Platón y Aristóteles nunca estudiaron en los Estados Unidos, ni aprendieron inglés...

-- Ahora es mi turno. A propósito, ¿conoces tú lo de Echegaray, Viñeros?

-- ¿Qué Echegaray? ¿No será el premio Nobel español?

-- El mismo. Sí. José Echegaray, Premio Nobel de Literatura en 1904. A ver... ¿Qué más sabes tú de Echegaray, Viñeros?

-- Hay que poner la memoria en funcionamiento. Veamos... Que casi nadie lo toma en serio...; que fue matemático, aparte de ser dramaturgo; que nadie sabe qué obras escribió; que vivió unos años en las Islas Filipinas... Y, por último, que recibió el Premio Nobel porque Dios es chico: Dios no alcanzó a vigilar a la Academia Sueca en el momento en que se lo concedían...

-- Bueno... Tus referencias tienes, Viñeros. A lo anunciado. Lo que te voy a contar ocurrió en la fiesta de graduación de Alberto Castillo. No estaba Montaña; y sí estaba Casales. Creo que Montaña ya era, por entonces, gobernador. Pero, talvez... A lo mejor, tú conoces esto de Echegaray, Viñeros. ¿Sí? Tú eras amigo de Estarellas...

-- ¿Algo de Echegaray y relacionado con Estarellas? No... Conozco mucho de Estarellas, ciertamente. Pero, por supuesto, hay, también, un buen número de cosas que ignoro. Durante un par de años, lo vi pocas veces. Y, más tarde, yo estaba en el extranjero. Adelante, Silverio.

-- Bueno, había una rueda de invitados; y hablaba un señor de apellido Valdivieso. Y éste repitió el tópico de las formidables capacidades de Montaña. “Un momento; -- dijo Estarellas. / Están ustedes creando una celebridad de pueblo chico. Piensen bien, hombres... Por lo que yo sé, los ingenieros respetan a Montaña por ser filósofo; y los filósofos, por ser ingeniero...” / Se calló un momento y añadió: “Y los giles - que abundan - por ser deportista... ¿En qué quedamos, entonces? ¿Qué es lo realmente admirable de Montaña?” / Te puedo decir que Casales rió largo y de muy buena gana.

-- ¿Y eso que tiene que ver con Echegaray?

-- Ah... Es que alguien dijo: “Eres extraordinario, Paquito; eres genial...” / “Gracias, mi querido amigo. Pero, no tanto, no tanto...” -- señaló Estarellas. / “Este chiste no es mío, es de un autor ignoto; y se refirió, originalmente, a un tal Echegaray; un premio Nobel español de Literatura... “Lo único que yo he hecho es acomodarlo y agregarle la colita de los giles.” / Mencionó, a continuación, más o menos, los antecedentes que tú sabes. Y terminó con un dato y un detalle: “Me lo contó Federico de Onís; la noche en que lo conocí, por pura casualidad, en el metro de Nueva York. Así que, - gracias a este respetado estudioso peninsular -- yo llegué a percatarme de que Montaña es el Echegaray de Cuenca.” / ¿Qué me dices tú de esto, Viñeros?

-- Una anécdota muy buena... Pero, yendo a lo esencial, así puede percibirse los asuntos, Silverio, cuando se los ve de todos sus lados... Claro... El lado de Estarellas... Estarellas era agudo; se lucía, ridiculizaba... Y ser cabalmente justo era algo que, por supuesto, no estaba en sus miras. Y, por ello, - en una parte importante - Estarellas fue injusto con Montaña. Por alguna clase de antipatía; qué sé yo... Es que Montaña - en mi opinión - está mucho más arriba del promedio de las gentes de este pueblo. Y es una de aquellas escasas personas que - de quererlo - podría haber llegado a casi cualquier gran meta que se hubiera propuesto en la vida: en lo intelectual, en lo político, en lo económico... Tiene muy buenas dotes...

-- Sí... Pero, recuerda lo de hace un rato: Casales dijo que Montaña se dispersa... Y, sin duda, acertó... Insistiré un poco, Viñeros. Aquí, - quiero decir en el mucho abarcar - está la clave del semifracaso de Montaña; otra frustración cuencana... Otra gran promesa que no se concretó...

- Casales, por lo visto, no cree en los gigantes renacentistas... Vaya, los renacentistas locales... ¿Lo creará Montaña?
- A lo mejor, Montaña ni siquiera considere ese asunto, Viñeros.
- Bueno, entonces, ¿qué quiere demostrar Montaña? ¿Qué? ¿Por qué? ¿Para qué?
- Mi explicación, Viñeros, es que hay, en esta cuestión, un factor social. Quiero decir que, en un país que prácticamente no tiene clase media, una reducida clase dirigente tiene la responsabilidad, o la prerrogativa, de manejarlo todo...
- La superoligarquía... Necesaria...
- Tal vez... Para mí, eso es una mala cosa, Viñeros. Pero, - dado el nivel de desarrollo de aquí - parece inevitable. Es como si un ejército tuviera solamente generales y soldados. Faltan los capitanes y los tenientes; aquellos que organizan las actividades intermedias y toman las decisiones secundarias.
- ¿Entonces, necesariamente, Montaña debe asumir las funciones de dos o tres generales?
- Más o menos... Algo así... En este asunto, Montaña es un caso muy especial; extremado y ejemplar; en los sentidos buenos y malos de los dos últimos adjetivos ... Pero, de ninguna manera, es el único. Hay un buen número de casos semejantes... Incluso tú - no te enojes, Viñeros - podrías constar en la lista...
- Puede ser...
- Sí... Mira... Creo que yo - como extranjero, o medio extranjero, que soy - puedo ver el asunto mejor que tú. Poco a poco, me fui dando cuenta de ciertas condiciones individuales; individuales, de las personas destacadas de aquí; y también de ciertas situaciones públicas. Y, un día, entendí suficientemente bien el conjunto de la cosa.
- ¿Pocos jefes y muchos indios?
- Esa sería la caricatura, Viñeros...
- ¿Y qué me dice, Silverio, de aquello del espíritu renacentista, de la predisposición que los cuencanos tienen para las letras, de la comunidad que valora especialmente la actividad intelectual...?
- Medias verdades... Pensamiento desiderativo... Narcisismo lugareño... Y hay, en todo esto, algo seguro: Eso de "la ciudad cargada de alma", de Gonzalo Zaldumbide, es pura retórica. Y, peor todavía, es nada más que una lisonja de ocasión... Se la cree, porque la vanidad es vana; valga la redundancia. Pero, a propósito, no se me escapa que Casales creía en tales cosas. Y se fundamentó precisamente en ellas, para justificar sus acciones académicas.
- Es cierto. Casales era, como Benjamín Carrión, un animador cultural. Quería hacer de Cuenca una ciudad de intelectuales y de académicos. Verdaderos... Y pensaba que la Facultad de Filosofía era el gran cimiento de su obra. Inquietudes de aquellos tiempos...

-- ¿Le oíste tú a Casales hablar, con precisión, de esto, alguna vez?

-- Sí. Una vez, en clase. Lo mencionó, entre otras cosas...

-- ¿Y crees tú, Viñeros, que el suyo - de Casales - era un proyecto realizable?

-- De ninguna manera. Ni el suyo, ni el más ambicioso de Benjamín Carrión... Eran - para mi modo de ver - proyectos más bien estafalarios.

-- Bueno... Por lo tanto, no fueron los "hijos académicos" los que le fallaron a Casales...

-- No. Nadie puede hacer lo escasamente factible; lo imposible. Cada uno de esos chicos escogidos hizo lo que le resultó posible... Y el pequeño gran "hermano" - es decir, Montaña - hizo, en lo práctico, algo de considerable importancia...

-- ¿Qué?

-- El inicio de las especialidades, Silverio.

-- Cierto... El único cambio verdadero que hubo, antes de nuestra propuesta de reforma. De algún modo, Montaña avanzó por el camino de Casales... Ahora recuerdo: Tú lo señalaste en la introducción del proyecto.

-- Claro... Montaña tiene iniciativa, Silverio. Cuando fue alcalde, mejoró la infraestructura de la ciudad; como dirigente deportivo, fundó el primer club de fútbol profesional de aquí; y, cuando fue decano, lo que acabamos de señalar.

-- Terminaste defendiendo a Montaña, Viñeros... Desde luego, no es difícil. Lo difícil es defender a los mediocres.

-- A un mediocre, sólo le defienden - con poca convicción - su mujer, algunos de sus subordinados y sus amigos. Y - con mucha convicción - sólo su perro; si ha sido bien amaestrado...

-- Muy radical lo tuyo... Pero, bueno, Viñeros, un mediocre, con poder, puede ganarse las adhesiones necesarias... Un mediocre - si tiene suficiente dinero - puede contratar, también, el mejor abogado... Y, al decir abogado, estoy diciendo, también, periodista, escritor, historiador... Ahora, estamos exagerando un poco, Viñeros. Y, con frecuencia, somos unos grandes exagerados... Españoles y cuencanos... ¡Yo diría que Cuenca es la ciudad de los exagerados...!

-- Puede ser... Pero ya estamos pensando en voz alta... Debemos estar cansados... Adiós, Silverio. Lo dejo.

-- Caminemos hasta mi auto. Si no te molesta seguir pensando un poco más en voz alta, te llevo hasta el centro.

En otra ocasión, Martínez me dijo:

-- Mira, Viñeros, he estado recordando que Montaña le consultó a Calancho sobre el asunto de las especialidades de la facultad.

-- ¡ Ajá! ¿Y cómo fue eso?

-- Bueno, en aquel tiempo, se hablaba mucho de planificación educativa, de administración educativa y de asuntos conexos. Hubo, en esta universidad, una reunión nacional sobre tal temática. Y Casales ordenó que profesores y alumnos de la Facultad de Filosofía concurrieran a las exposiciones y deliberaciones del evento. Calancho tuvo, dentro de ellas, una especie de ponencia. Unas generalizaciones y digresiones mal atadas... Y, quizás por eso, lo consultó Montaña.

¿Y qué le dijo Calancho?

-- Se limitó a informarle, verbal y genéricamente, sobre las dificultades de la tarea... : Cambiar siempre es difícil... Él, Calancho, estaba solo... Se necesitaría unos buenos equipos de profesionales; que, por supuesto, no existen aquí... / Bueno, Calancho perdió otra oportunidad. No sabe aprovechar las oportunidades... Montaña - que, como dijiste tú, tiene su iniciativa y sabe administrar - se dio cuenta de que Calancho no servía como asesor pedagógico. Estaba algo decepcionado. Y me lo comentó: Calancho me trajo sus disculpas - me dijo. / Como todos los flojos... Yo no lo imaginaba así... Claro, no lo conocía bien...

-- Y usted, - dije, sonriendo - gran egoísta, gran pesimista o gran escéptico, ni siquiera le dio una mano al pobre Calancho...

-- Mira, si hubiese procedido así, habría hecho lo correcto, Viñeros. Habría mostrado sentido práctico... Porque está réqueteprobado que - como ustedes dicen - ningún comedido zafa con bendición... Un aforismo desmañado...

-- Sería mejor decir: Nadie agradece a los comedidos.

-- Justo: Esa forma sencilla sería la mejor para aquella afirmación.

-- No importa... La variante no se difundirá. La frase hecha, aunque mal hecha, está definitivamente hecha.

-- Bueno, sigo. Pero, - para mi pequeña desgracia - sí traté de enderezar el asunto. / Mira, Calancho, - le dije - vuelve a hablar con Montaña... Este asunto puede ser importante... Dile que lo has estudiado mejor... Que podrías esbozar un plan tentativo... Le sugerí que viajara a Quito; y hablara con los técnicos en planificación y administración educativa, nacionales y extranjeros, que allí trabajaban. Hombre, la universidad te puede dar viáticos; y vas a viajar gratuitamente... Me dio la impresión de que Calancho se molestaba un poco... Y - como dice el refrán en cuestión - ¡qué iba a agradecerme! Bueno, en fin, si yo le hubiese dicho: Mira, Calancho, te regalo ese metro cúbico de aire que está ahí, en la acera de enfrente, se habría interesado más... Don Buenancio Comedido Martínez, bien merecida tenía usted la displicencia...

-- Calancho podía estar, o estaba, atribulado. Solo... Quizás necesitaba la ayuda moral de sus personas más cercanas. Una insinuación amable, un estímulo... Me parece que usted hizo bien... Trató de ayudarle...

-- Eso habría que considerarlo con cierto detenimiento, Viñeros. Y ni siquiera sé si vale la pena hacerlo... En todo caso, te cuento que Pedro Armero pensaba o sentía como tú; como tú, en este momento. Armero era medio bonachón; y demasiado solidario con sus familiares y sus paisanos. Y, por eso, - a pesar de sus habilidades y su buen sentido empresarial - no hizo fortuna aquí. Se volvió a España con unos pocos fondos y nada más. ¿Conociste a Armero; el dueño del hotelito EL MOLINO DE LA MANCHA y su restaurante anexo?

-- Personalmente, no. Pero sé de quien me habla usted.

-- Bueno, Calancho era un invitado semanal de Armero. Y los mozos del restaurante le atendían esmeradamente, en el almuerzo dominical - con vino, postre y todo - aunque Armero no estuviese allí. Un día, - en una reunión de españoles, en la que no estaba Calancho - Armero insistió, un poco más de la cuenta, en que todos deberíamos preocuparnos algo más de aquél. “¿Qué opinas, Robledo?” -- interrogó. / (Armero se movía en los grupos empresariales y hoteleros de la gente local; y conocía más bien poco de nuestras vidas universitarias y de nuestras rencillas.) Robledo - que, como tú sabes, no quiere a Calancho - contestó: Vamos, vamos, macho... Yo no puedo convertirme en el siquiatra de Calancho o en la madre de Calancho...

Pensé: Eso es un buen ejemplo de lo que Estarellas llamaba la “finura gallega”. Casi se lo dije a Martínez. (Hablábamos de los estereotipos y los prejuicios, de los dos lados del océano, con la sensatez, la frialdad y el humor que tales asuntillos requieren para no ser ofensivos.) Pero, vacilé. Quizás, ya se lo había mencionado antes; quizás, no viniera al caso; quizás, nos desviaría de lo principal; quizás... Salí por otro lado.

--Para no exagerar, y poner las cosas en su justo medio, ¿no podría Robledo haberse convertido - aunque sólo fuera por unos días - en el padrino de Calancho? Habría sido mucho más fácil, menos costoso, menos permanente, menos obligatorio... Y un poquito más generoso; para no quedar mal, y no desentonar con el noble de Armero... Y - con respecto a los demás españoles - para guardar al menos, otro poquito, las apariencias...

Palabras van, palabras vienen. Algunas consideraciones interesantes de Martínez sobre la solidaridad, la filantropía, el altruismo... Retomamos el hilo de la reforma.

--Usted, Silverio, habló del ingeniero Petrinella. ¿Qué tiene que hacer Petrinella en este entrevero de las deficiencias universitarias?

-- Ahora, no tiene nada que hacer... Pero sí tuvo algo, o mucho, que hacer.

-- ¿Qué?

-- Casales estimaba a Petrinella. Era la excepción que confirmaba las reglas que el rector había inventado, o aceptado, sobre los ingenieros. Petrinella es un hombre culto: gusta de la Literatura, de la música clásica; incursiona, un tantito, en la Historia, en la Filosofía...

-- ¿Y qué tiene que ver eso con el meollo de la cosa?

-- Espérate, hombre... Te estoy contando los antecedentes. Petrinella tiene, además, en su hoja de vida, dos ítemes que le impresionan a Casales: hizo una maestría, en Matemáticas, en la University of British Columbia, de Vancouver, Canadá; y, poco después, siguió un curso de Física Nuclear, durante dos años, en San Carlos de Bariloche, Argentina.

-- Sí. Sabía este último detalle. Le conocí a Petrinella, justamente, en una reunión de ecuatorianos que habían estudiado en la Argentina.

--Bueno, tú sabes lo tuyo. Sigo. Casales declaró una vez, pomposamente, ante un grupo de profesores: Petrinella conoce mucho de las sutilezas de los números y de los profundos secretos de la materia del Universo...

-- Y también lee EL COMERCIO... -- había añadido Estarellas. / Me lo contaron.

-- Bueno, vayamos a lo que vamos...

-- ¡Sí, señor!

-- Bastante joven, Petrinella fue decano de la Facultad de Ingeniería. Y - por sus tareas administrativas - hablaba con Casales de los asuntos universitarios. El ingeniero estaba convencido de que había que cambiar el sistema de facultades por el de departamentos; de que, sólo así, se comenzaría la transformación estructural que se requiere para tener una universidad moderna. Petrinella fue el primero que habló de departamentos; en esta universidad.

-- Estarellas tenía la misma opinión, Silverio. Y - me parece - que él estudió, en Norteamérica, antes que Petrinella. ¿Quién habrá sido el primero?

-- Lo que yo sé de Petrinella, respecto a estos asuntos, me lo pasó Casales. Y, también, - creo recordar - que me lo dijo él mismo, el mismo Petrinella, en una de las dos o tres veces que hemos hablado... Claro, con Estarellas, - siendo él un colega de nuestra facultad - hablé algo más ... Bueno, algo hablaba con él... Pero nuestra relación casi siempre fue formal... Y, en verdad, no tengo idea de lo que él, Estarellas, pensaba sobre los asuntos universitarios. Tú, en cambio, - supongo - debes saberlo bien.

-- Sí. Hablamos muchas veces de eso. / Sólo hay una razón - repetía - para fundar universidades: la posibilidad de comunicar y entrelazar las diferentes especialidades... Posibilidad que, aquí, no se aprovecha; porque las facultades y las escuelas son compartimentos estancos, feudos... Tenemos una universidad medieval; o, cuando más, decimonónica... La universidad - básica, incipiente - de nuestros viejos abogados, viejos médicos y algo menos viejos ingenieros... Esta es la universidad del pasado; y no puede ser, desde luego, la universidad del futuro... Los departamentos académicos, intercomunicados, constituyen la gran innovación de las universidades norteamericanas del siglo XX. Y esa innovación no ha entrado aquí todavía. Es más: Ni siquiera, se la se entiende...

-- Bien... Estarellas tenía clara su película... Pero, en definitiva, no sacaríamos nada, estableciendo quién fue el primero, quién fue el segundo; o si los dos se percataron de esto más o menos al mismo tiempo. O, de otro modo, si conversaron, si se influyeron... Anda a saberlo... En todo caso, en tal momento, Petrinella pesaba, en los asuntos universitarios, mucho más que Estarellas...

-- Comprendo... Puede ser.

-- ¡Era! Estarellas hablaba para los suyos o predicaba para los suyos... Petrinella, en cambio, - de haberlo querido - podía haber llegado, de hecho, muy lejos en el asunto de las reformas. Pero, - para mal de nuestra institución - él centraba su vida en las Matemáticas... Y, quizás, también, creía que Casales era, o debía ser, el reformador...

-- Pero... Vaya... Casales era, en realidad, un garciano; quiero decir, con esto, que era, en lo educativo, un seguidor del Presidente García Moreno: profesores extranjeros, más algo de orden, algo de disciplina, algo de esfuerzo... Y - la yapa de su parte - una cierta cantidad de caprichos y extravagancias; para que no faltara, en el preparado, la pimienta populista de nuestra época...

-- En general, así es... Pero Casales fue cambiando... Estarellas lo caricaturizó: Casales representaba el filogalleguismo en estado puro e ingenuo... No, no... Al mediar su rectorado, Casales estaba casi persuadido de la necesidad de abandonar el sistema de facultades y escuelas. Una vez me comentó que resultaba extraño que los comunistas aceptaran casi todo lo que viene con la cultura popular de los Estados Unidos - el chicle, los pantalones vaqueros, el fin de semana, el cine, los supermercados - y no aceptaran, en cambio, su cultura más alta y valiosa. Por ejemplo, sus formidables y exitosas innovaciones educativas...

-- Sí... Le oí una vez, en clase, una alusión semejante. Pero, me pareció algo secundario; no sustantivo...

-- Y, al respecto, Casales me señaló, precisamente, la excepción de Petrinella: Es un izquierdista inteligente, amplio y sin prejuicios; un hombre que piensa con su cabeza y no con las pobres cabezas de los redactores y propagadores de la vulgata marxista...

-- Cambiando un poquito la dirección de nuestra marcha: ¿Así que Calancho llegó a Cuenca en unas circunstancias pedagógicas e institucionales muy prometedoras y favorables?

-- Viendo las cosas desde el mirador de hoy, yo creo, con bastante certeza, que sí.

-- Entonces, con un buen equipo de trabajo, se habría podido poner una pica en Flandes. O - lo que es igual o más difícil - en el Ecuador... Y - aunque ya habría sido tarde, talvez, para las universidades públicas - las privadas, que se estaban fundando, habrían podido comenzar con nuevas estructuras y modalidades de funcionamiento... Y Calancho pudo...

-- Pudo... Todo lo que pudo ser... Ya lo hemos hablado.

-- Sí... Y la especulación, quizás, se nos está volviendo reiterativa...

-- Déjala. Sigo otra vez. Un día Calancho me encuentra por los pasillos de la facultad; y me dice, más o menos, lo siguiente: Mira, Martínez, ya he hablado con el decano sobre el asunto aquel de la reforma; que, a tí, tanto te preocupa... Hemos puesto las cosas en sus puntos debidos. ¿Está bien?" / Comprendí la indirecta...

-- Yo no la comprendo... Bueno, no del todo...

-- Era bastante obvio; dado su tonillo de sorna... Quería decir algo como: Yo no me inmiscuyo en tus latines, colega. Ahora, ya sabes bien que yo trabajo y cumplo. Y, por lo tanto, en adelante, deja de joder... / Ni le respondí, ni le interrogué... Aunque, yo estaba, por supuesto, simultáneamente, por sus palabras, algo curioso y algo disgustado.

-- ¿Se fue usted, sin decir nada? ¿Ni siquiera usó su ironía?

-- No. Conté hasta diez y me acordé del Zepelín Cuesta; Francisco Cuesta, pero Zepelín le llamaban todos. Él solía decir que no hay que enojarse por pequeñeces; que hay que dejarlas pasar; y, hasta, perdonarlas en seguida... / "Higiene mental, amigo... Buen sentido..." / Añadidura personal mía: Este consejo es algo que va bien con el comportamiento suave y gentil de muchos cuencanos. / Voy a proceder - me dije - al estilo Zepelín; y - como él solía hacer - a salirme por la tangente...

-- ¿Qué le dijo?

-- Le dije, más o menos: Caramba, Calancho, estas lluvias, humedades y cielos encapotados de Mayo, me ponen mal... Ando medio molesto con este clima; el que, aquí en América, me ha tocado en suerte. ¿No añoras, hombre, a veces, el sol brillante y los cielos azules de España? / Calancho me miró medio desconcertado. Desde luego, no esperaba mi esquite... Me despedí.

-- Quien con suaves y gentiles se junta... Y Calancho podría haberle respondido a usted: "Yo también tengo un hermano que hace viajes de Quito a Riobamba..." Es lo que suele responderse aquí, en casos como éste. El diálogo lógico, perfecto... Bueno, de todas maneras, Silverio, usted evitó las rispideces... No se hizo mala sangre... Sicológicamente, acertó.

-- Si tú lo dices... Y, en verdad, es mejor evitar las discusiones.

-- Con todos... Y, mucho más, con las personas inestables, hipersensibles y acomplejadas. Nunca se sabe cómo éstas van a reaccionar...

-- Así es... Y ésta, tuya, bien podría ser otra recomendación zepeliniana... Bueno, Viñeros - ya que se te ha clavado esa idea - ¿ahora, crees tú, como yo, más o menos en serio, que Calancho perdió una importante oportunidad?

-- Claro... Ahora, sí. Las famosas oportunidades calvas, las que no se dejan agarrar por los cabellos... Dice Malaval que - aparte de esto - las oportunidades andan desnudas; y, por lo tanto, tampoco se dejan agarrar de la blusa. Y que - para peor - están permanentemente enjabonadas. Y además - para peor de lo peor - son más veloces que las liebres...

-- Muy típico de él. Exagera demasiado; y abusa, a menudo, del lenguaje gráfico...

-- Correcto, exacto; tal cual -- como dicen los argentinos...

-- Un amigo mío, Celedonio García - gallego de verdad; de Lugo, Provincia de Lugo - decía que las oportunidades son transparentes. Y que, por eso, con mucha frecuencia, ni siquiera se las ve llegar. Y, tampoco, pasar...

-- Eso es breve; y mucho mejor que lo de Malaval. Un nuevo refrán: Las oportunidades son transparentes. Obita de autor conocido: Celedonio García De Lugo.

-- No De Lugo... El apellido materno de García era Guitiriz.

-- ¿Cómo?

-- Gui - ti - riz, con zeta final.

-- Casi impronunciable...

-- Y, a todo esto, ya hiciste tu propia esquivada zepeliniana... No me respondiste lo de Calancho...

-- Cierto...

-- Bueno, entonces, yo voy a acabar el asunto. Esa silla de la reforma ya tenía tres patas. La una había sido puesta por Montaña. La otra, por Petrinella. Y, la tercera, por Casales. Faltaba, solamente, la que debía poner Calancho...

-- ¡Sí, señor! Sí, señor. Por entonces, se trabajaba, en el asunto, en Quito, en Concepción, en Medellín; y, quizás, también, en otros lugares... La oportunidad de Cuenca estaba allí, frente a Calancho...

-- Pero, otra vez: Lo que se necesitaba era un educador competente, práctico, con conocimientos de administración educativa y con una visión de futuro... Y con unos ojos de lince, para ver llegar a las oportunidades transparentes...

-- Todo lo que Calancho no era o no tenía...

-- Lamentablemente, así fue... Concluido y terminado.

-- Amén.

-- Y así sea...

-- Y, después, ya no hubo después... Mañana fue demasiado tarde. Y ahora vemos que, cuando nosotros llegamos, ya fue demasiado tarde, con dos días adicionales. Y, hoy, ni siquiera se puede esperar por mejores tiempos. Porque, tras esta silvestre revuelta, - que dura, dura, perdura y no madura - los tiempos ya no podrán, por supuesto, ser para nosotros...

Esto de ir recapitulando la vida... Desde hace unos años... Debe ser el comienzo de la vejez... Y, ahora, lo estoy haciendo alrededor de Calancho... Una ocupación medio triste, ciertamente... Y, de algún modo, impositiva, inevitable... Vamos, pues, a seguir con Rivadeneira. Sí, Rivadeneira entra bien aquí... Bueno, José Rivadeneira Núñez es mi más antiguo y más cercano amigo. ¿Desde cuándo lo conozco? Claro... Como a una media docena de mis más antiguos compañeros de estudios, desde el Asilo de Las Catalinas; que funcionaba en aquella vieja escuela de cinco patios, de las calles Sucre y Hermano Miguel. (Allí, hicimos, Pepe y yo, nuestro primero y único año del jardín de infantes.) Sí, sí, debo hacer, en este punto, unas notas sobre Rivadeneira; y su relación con el presente caso.

Hoy día, José Rivadeneira es un profesor universitario de Inglés y Literatura Inglesa; y un entusiasta de la buena Literatura. (Sobre todo del relato corto y el teatro contemporáneo.) Y – siguiendo este último camino, el teatro – llegó a aficionarse, igualmente, del cine de calidad. (Continuaba yendo al cine; cuando yo – por una temprana saturación – dejé por completo de ir. A veces, -- me lo contó – se encontraba con Calancho en los locales de la semioscuridad.) Cuando éramos jóvenes, -- y cuando a mí no me había picado todavía el mosquito literario; que trasmite una enfermedad que altera, entristece y empobrece – él solía hablarme de los cuentos sorprendentes, hermosos y terribles, que pronto iba a escribir. Los estaba preparando y madurando en su cabeza... Pero, transcurrió el tiempo y no lo hizo. Y, en el ínterin, -- cambiando, cambiando; al menos, en lo que respecta a los proyectos personales y las metas – llegó a la conclusión de que lo mejor que se puede hacer en la vida es, simplemente, ir la viviendo; sin prisa, sin apremios, con pocos afanes, con sólo alguna que otra ambición... Una vez llegados a la meseta, -- yo grafico así la idea; él habla solamente de un punto o una altura – hay que caminar por las sendas que nos tocan nada más que a paso uniforme; sin correr, ni trotar... ¡Y listo! En consecuencia, -- para remachar lo suyo – nada de esforzarse, nada de exigirse; nada de exprimirse... Eso queda para los jóvenes, que comienzan; que se están formando. Rivadeneira es – coherentemente con su visión – una persona hedonista; y le atrae, por lo tanto, la vida placentera. Unos buenos tragos cada fin de semana; con música clásica, con una conversación interesante, con el humor indispensable... Pero, -- pese a su filosofía comodona; por esas vacilaciones humanas de siempre – no termina de abandonar del todo su vieja afición, o ilusión, narrativa. Escribiría, en caso de tener más tiempo libre y un poco más de dinero...

Otra de las facetas de Rivadeneira – acabo de aludirlo de paso – es la de ser un inveterado humorista. Tiene su ingenio y su agilidad propios. Y – aparte de eso – tiene la memoria especializada que corresponde. Parece saber todos los chistes que aparecieron hasta el día de ayer. (Incluidos – él mismo lo señala – algunos que ya se contaban entre los egipcios y los etruscos. Y exagera: También me sé el primero que saldrá mañana... Sobre la marcha, ¿en cuál de las clases de exageración, localmente conocidas, cabe ésta de Rivadeneira? ¿En la clase de las efectistas utilizadas por Estarellas o en la clase de las medio mitómanas que solía emplear Casales? ¿O en la clase de las gráficas de Malaval? No importa... No hay que andarse por las ramas.) Y se los sabe por series: cuentos de pastusos, de quiteños, de gallegos, de mexicanos, de gringos, de alemanes, de turcos, de judíos; de los simplones, de los conocidos, de los amigos; los cuentos bíblicos, los cuentos pedagógicos; los especiales cuentos surrealistas... Sigo. Unos detalles más sobre Rivadeneira. Es un **Homo urbanus**.

(En sus propias palabras: Si estas lluvias torrenciales son buenas para las sementeras, que llueva en el campo; no en la ciudad... Aunque andes con un paraguas, te mojas las mangas de los pantalones y los zapatos...) Gusta de la vida de café; en cierta medida, sin llegar a ser habitué de uno. (En esto, sus calificaciones medianas no le alcanzan para integrarse en el notorio grupo de los cincuenta chismosos de la cafetería del Hotel Eldorado; a los cuales, Marcelo Antonio Zapata mandaría a fusilar; con el único y exclusivo fin de que Cuenca sea la ciudad completa y perfecta...) Cuando habla en serio, Rivadeneira siempre me sorprende con algún enfoque, o detalle, nuevo de cualquier hecho o cuestión; con algún recuerdo, que mi memoria había archivado, definitivamente, hace varios lustros; con un llamado, bueno y efectivo, a poner las cosas dentro de los carriles del sentido común; o – para variar – me dice, francamente, que le importan un pelo de choclo ciertas cosas y asuntos que yo valoro y estimo mucho. Bien, bien, un día de esos en que no había clase – porque la gloriosa Federación de Estudiantes así lo había dispuesto y considerado conveniente – fuimos a una de las cafeterías de la Universidad Austral; y hablamos, accidentalmente, de Calancho.

-- Mira, - me dijo Rivadeneira - a la final, terminamos, justamente, en aquello que Casales quería evitar: que los “maestrillos”, de la escuela primaria, se hicieran cargo de la Pedagogía universitaria. Hoy, los “maestrillos” ya han llegado; y van a quedarse. Y - para lograrlo - sólo les fue preciso hacer un rodeo corto; y tocar, luego, las puertas de las oficinas de sus conocidos marxistas. (Así de refilón nomás: yo no soy tan radical, al juzgar a estos últimos, como lo eres tú.) Bueno..., el hecho es que han llegado; y, hoy, tenemos dos “maestrillos” escolares, a cambio de un Calancho universitario.

-- Así es, Pepe... ¡Buen negocio! Estadísticamente, se ganó: nada menos que un cincuenta por ciento de adición.

-- ¿Sabes? Lo que le hicieron a Calancho fue casi una jugada mañosa. Hablando directamente, habría que quitar el casi. La universidad estaba clausurada... ¿A quién iba a pedir permiso Calancho para ausentarse? Aun así, Calancho se había acercado, prudentemente, al rector y al secretario general de entonces - suspendidos o cesantes, por supuesto - para manifestarles que iba a viajar. ¡Hasta había señalado la fecha de su vuelta; y cumplió! Pero, - tres días antes de que volviera y a toda prisa - los patrocinadores marxistas de los “maestrillos” llevaron el asunto (la ausencia “injustificada” de Calancho) al rectorado; y lograron la expeditiva cancelación de su contrato. Acto seguido, se les nombró profesores ayudantes a los dos “maestrillos”. ¿Qué te parece? Yo sé esto porque aquel secretario general - el del tiempo de la clausura, que es mi pariente - me lo contó alguna vez. Cuando Calancho reclamó, mi pariente no estaba en Cuenca. Había viajado a Quito, a participar en alguna reunión... Y el secretario general reemplazante era un marxista...

-- Había un mal trasfondo en la cuestión, Pepe: Las reiteradas quejas estudiantiles de que Calancho llevaba erráticamente su cátedra...

-- Ese fue el pretexto, Juan... Mira, tú sabes que yo no fui alumno de Calancho. Tú sí... Y supongo que tendrás una opinión fundamentada respecto a lo que dices. Y, a propósito - dada la especial situación - ¿crees tú que los dos “maestrillos” han mejorado siquiera en algo la cátedra?

-- ¿Algo? ¡Qué va! Lo contrario, más bien, podría ser lo más probable...

-- ¡Claro! Por lo menos Calancho - aun cuando, según dicen, se iba en divagaciones - hablaba un español bastante correcto y aceptable... No una monserga... Y, por otra parte, leía muchos libros, aunque no fuera capaz de asimilarlos bien... También, según se dice... ¿eh?

-- Y Calancho - ciertamente - intentó superar el apuntismo; y establecer la modalidad de textos de estudio. Casi una hazaña académica, en nuestras medievales y, a la vez, revolucionarias universidades...

-- Sí. Me lo han contado... Y - **a fortiori**, como decía Fernández - se puede deducir que ese par de docentes insolventes, indigentes e impenitentes, no saben, juntos, ni siquiera un tercio de lo sabía Calancho. Bueno, Gómez, por lo menos, ha hecho un cursito en Nuevo México. Pero ese Collares; que se oponía tenazmente a tu propuesta de reforma... ¿Te acuerdas de lo que dijo Collares en una inefable y memorable asamblea de la facultad?

-- No podría precisar, Pepe. Algo me acuerdo, pero no con la suficiente claridad.

-- No vayas a perder la claridad, Juan... Porque podrías meterte en la penumbra o, - lo que es peor aún - en las mismísimas tinieblas. Y, así, te convertirías en un tipo tenebroso; casi en un demonio... Bueno, voy, ahora, a iluminar esa semioscuridad tuya. Resulta que habló Collares; con el fin implícito de mostrar lo que realmente es. Y lo que siempre ha sido...

-- ¿Qué?

-- Adivina.

-- Bueno... Antes, el Dominguito, que jugaba fútbol, con una pelota de trapo, en la Plaza del Padre Crespi. Y, hoy, el señor licenciado Domingo Collares Salamea.

-- ¡No, hombre! Esas son las apariencias...

-- ¿Entonces?

-- Él es, realmente, Domingo Faustino Sarmiento Albarracín, el Maestro de América... Muy superior a un tal Simón Rodríguez...

-- ¡No seas malo!

-- No soy más malo de lo que tú eres, a veces... Su padre - el de Domingo, que era también maestro de escuela - le lavaba el cerebro desde pequeño: / Tienes que ser grande, como Sarmiento; tienes que ser un catedrático; tienes que llegar a la presidencia de la república.../ Todos, en la vieja escuela laica Luis Cordero, sabían eso...

-- Caray... ¡Muy bien, terminado el prólogo! ¿Podría usted entrar en materia, mi querido amigo? ¿Qué dijo Collares?

-- Óyeme, de decir, decir, no dijo casi nada. Sonaron unas palabras; que fueron uniéndose, unas a otras, y acumulándose... ; hasta producir un agregado verboso, que bien podría calificarse de pedagógico-ideológico-cantinflesco. Lo cual - traducido al español de mi uso - significaría más o menos lo siguiente. Que era un disparate establecer un departamento de

Ciencias de la Educación; porque un pedagogo no puede ser solamente profesor de Pedagogía. Tiene que serlo, al mismo tiempo, de otra cosa: de Historia, de ajedrez, de costura, de tiro al blanco, de repostería, por ejemplo... Y que, en consecuencia, bastaba y sobraba con las cuatro cátedras que ya existían. Y que, así, hasta se ahorra dinero. Y, sobre todo, no se copiaba los modelos universitarios foráneos; ajenos a la auténtica cultura del maltratado pueblo ecuatoriano... He dicho... Traducción terminada. ¿Viste?

-- Vi.

-- ¡Oh, mi Collares y Platero, - el apellido Salamea tiene una terminación fea; ¡saquémoslo! - ilustre sucesor de Calancho y Pérez! ¿No te acuerdas, acaso, de la administración educativa, de la planificación educativa, de todas las didácticas, de todas las metodologías, de la Filosofía de la Educación, de la Sociología de la Educación, de la Sicopedagogía, de la Pedagogía Universitaria, del asesoramiento de docentes y estudiantes, de las tareas de supervisión...? ¡Oh, mi Collares y Platero, meritorio y par sucesor de Calancho y Pérez! ¿Por qué olvidas y desprecias a tan dignas especialidades? ¿Por qué las abandonas? ¿Por qué? ¿Por qué?

Me ref. Rivadeneira abandonó el momentáneo tono retórico de la burla; y volvió a su tono coloquial de siempre:

-- Ahhh... Perdóname, Juan... Tú sabes que hay palabras que inspiran... Eso lo aprendí, de chico, en la revista Selecciones.

-- Y - por lo que acabas de decir - se ve que también aprendiste algo de Pedagogía en esos cursos de enseñanza de Inglés que tomaste en la Universidad de San Luis...

-- Algo... Por lo menos me quedó claro, muy claro, que un buen Departamento de Pedagogía es una parte importante de toda buena universidad.

-- Y pensar que debieron ser, precisamente, ellos, los pedagogos, quienes formularan el plan de reformas de la Facultad de Filosofía y Letras; y, más que eso, de toda la universidad... Ellos son, o debieran ser, los técnicos en planificación y administración educativas. Ya lo he dicho otras veces.

-- Sólo son maestrillos, hombre...; maestrillos sencillos; con unas pizquitas añadidas de politiquillos y vivillos. Me da la impresión, Viñeros, de que no puedes ver bien, todavía, a los burritos que pastan en la gramilla de nuestra Alma Mater. Y son muchos...

-- Sí... Plateros peludos y suaves... ¿Eso es lo que tú dijiste, no? Juan Ramón Jiménez habría estado muy contento en la Universidad Austral.

-- Y en Galápagos, también... Hay muchísimos burritos... ¿Por qué no lo invitarían a venir aquí, a nuestro país, los poetas ecuatorianos?

-- Falta de oportunidad, falta de consejo... No hablaron contigo, Pepe.

-- Vuelvo a lo anterior. Óyeme. Los pedagogos debieran... / Esos **debieran** tuyos no obligan, aquí, a nadie. Olvídate de los **debieran**... ¿No te has dado cuenta de que, muy en general, la

docencia - y no sólo la investigación, como dicen algunos optimistas - es pobrísima en esta universidad?

-- Yo he insistido, Pepe, en que la primera tarea, la básica, es mejorar la docencia... No voy a repetirme mis argumentos. Y sé, también, que - aparte de la incapacidad o junto con ella - hay, aquí, rutina, simulación, abuso de autoridad. Los viejos defectos de la enseñanza...

--Hay de todo en las viñas del Señor... Más adecuadamente: en el campito de variadas hierbas que- en tiempos mejores y ya algo lejanos - sembrara el doctor Casales. Casales, el hombre que sabía que contratar buenos profesores extranjeros es mucho más útil que contratar buenos futbolistas... Si le diéramos, a la educación, la preocupación que le damos al fútbol... -- decía Casales. / La banalidad de este país... Me estás influyendo, Juan...

-- La **banalidad** de este país... Tú me estás influyendo a mí, Pepe...

 Tuve, por supuesto, bastantes más conversaciones con Rivadeneira. Y - como no puedo seguir el orden cronológico de ellas - voy a seguir, más bien, el orden temático. Una ocasión, -- en cualquiera cafetería universitaria -- yo comencé:

-- ¿ Te acuerdas, Pepe, de aquello de la simulación, de la rutina de los profesores universitarios? Bueno, ayer, un exalumno me hablaba sobre estas cosas. Y me dio una clasificación de los profesores, que - en unas hojas mecanografiadas – circula, por estos días, entre los estudiantes. ¿Quieres que te refiera algo del asunto?

-- Adelante... Adelante, con los faroles. – como solía decir Casales.

-- Ahí va. (1) Los repetidores. – Repiten exactamente las mismas clases - incluidos chistes y juegos de palabras - año tras año...

-- Sí... Había una vez una vaca, tan flaca, tan flaca, que no daba leche, sino pena... Ese... El Inefable Suárez.

-- ¡Correcto! (2) Los ocultadores. – Nunca ponen en la bibliografía del programa de trabajo el manual del que sacan o memorizan sus clases...

-- Hasta que algún alumno listo descubre que se trataba de la LITERATURA ESPAÑOLA de Martín de Riquer y Valverde... Ese profesor... Montaña, El Renacentista.

-- ¡Preciso! (3) Los “misteriosos”. – Hablan en “difícil”; y, con frecuencia, son considerados eminencias...

-- Ya sé... Ejemplo: el argentino Reboratti; el hombre que vivía en un pozo de sabiduría tan grande, tan grande, que no lograba salir de él. Hasta que le envió un SOS al capitalino Carbo Aguerre; quién vino en su ayuda. Y, entre los dos, a dúo, pudieron explicarles, a los tres mejores alumnos, de un curso de treinta, los secretos más significativos del Materialismo Dialéctico... ¿Viste? Un logro emblemático de la educación popular...

-- Bueno, ¿qué...? Tú lo sabes todo...

-- Te he dejado hablar, Juan... Te llegaron tarde los papelitos...

-- ¿Los conocías?

-- Claro. ¿Por qué no? Pero, no te disgustes... Bien, aquello de los profesores populistas y de los profesores revolucionarios es muy bueno. Y eso otro de los profesores eliminadores o "cedazos" es lo mejor. Y hay, también, de yapa, un par de anécdotas originales y unos cuantos chistes sueltos bastante buenos.

-- Faltarían los profesores locos, los simplistas... , los inclasificables, los maestros... Hay que reírse de todos...

-- Esos grupos de profesores quedan para ti, Juan; cuando - al estilo de Montalvo - escribas EL CAPITULO QUE SE LE OLVIDO A LINARES.

-- ¿Quién es Linares?

-- ¡Acabo de decírtelo...!El autor del par de capítulos que tú vas a continuar...

-- Sé que estás bromeando... Yo podría complementar a Linares, ciertamente. Pero, no por ser montalvino, Pepe... Yo no soy un montalvino. Y, al respecto, toco madera...

-- Lo sé... Bueno, en serio, Linares es un amigo de mi hijo Roque. Estudia Español y Literatura Española. Retacón. Medio teatral. Un humorista nato: dice cosas inteligentes y sorprendentes con cara de tonto...

-- La tipología de los profesores... De Linares... Una curiosa muestra de eso que el doctor De La Vega llama - con sencillez y llaneza - la inconforme, emergente, informal y costumbrista subcultura estudiantil ecuatoriana...

-- Eso... ¡Justo! La cultura de los subcultos. La cultura de quienes sufren a los profesores...

-- Y con tales sujetos, y sujetas, - desde simples simuladores hasta unos pocos verdaderos maestros - funciona ese sálvese quién pueda que es nuestra profesión...

-- Claro... La nuestra, Viñeros, es una profesión desgraciada. Treinta, treinta y cinco, cuarenta horas semanales dentro de las aulas; para poder vivir, con bastante sencillez. Y para comprarse un auto a plazos... Un Lada ruso...

-- Sí... Y eso, los profesores universitarios...; que somos considerados los más competentes. Y que - por una ley increíble, incluida en la constitución nacional - podemos tener dos cargos públicos... ¿Qué tal? ¡La igualdad ante la ley...!

-- Y la condena de los mejores, o los menos peores, a la ineficacia...

-- Y los otros...- quiero decir los verdaderos y humildes maestrillos del cargo único - que cultiven los valores muy religiosos, y muy poco revolucionarios, de la privación y la conformidad...

-- Ponlo en nuestro castellano, hombre... Que coman harina de arvejas todos los días. Y anden en dos patitas; y con las suelas de los zapatos agujereadas... Ya está.

-- Y sí ... Ya está.

-- Pero yo voy a completar la jeremiada, Juan... Para mejor suerte nuestra, los alumnos se fijan en la corbata vieja, en la dentadura postiza y en el maletín de diez años de edad. Y las colegas inspectoras - las de la escuela secundaria - te censuran; porque estás mirando muy repetidamente el trasero de las chicas...

-- También...

-- Así es la cosa, Juan. Los profesores somos demasiado visibles, demasiado vistos, demasiado juzgados... Los abogados, los médicos y los arquitectos, en cambio, no son percibidos de ese modo por los grupos. Como que no se los ve. Sólo se los siente, de una u otra forma...

-- Cuando pierden el juicio, cuando operan sin necesidad, cuando construyen chimeneas que no funcionan; cuando te exprimen con sus altos honorarios...

-- Tienes razón. En este último caso, los sientes, dolorosamente, en el bolsillo...

-- Y, volviendo a Calancho, si el hubiera sido un médico o un abogado, no estaría trotando - con sus problemas y sus estrecheces - por estas quebradas andinas. Nadie se preocuparía mucho de su coherencia o incoherencia. Y, hasta, pasaría por un profesional estudioso, ilustrado y muy culto. Lo verían dos ojos por vez; no sesenta ojos... En pocas palabras, sus fallas serían más privadas que públicas.

-- ¿Te das cuenta, Juan? Claro... Pero, por otro lado, - si bien es verdad que somos muy visibles y muy vistos - también es verdad que la gente se acostumbra a lo que existe, a lo que ve, a lo que se le da, a lo que se le impone... Y - aun dentro de nuestra profesión - lo que uno hace, lo que uno representa, lo que uno gana, tiene su peso; cuando lo tiene... Y - por inercia - estas condiciones generan una cierta adicción, una cierta consideración, un cierto respeto colectivos...

-- Un poco abstracto... Volaste, Pepe... Hay algo, en lo último que has dicho, que no puedo captar bien.

-- Mira, voy a concretarlo... Quiero decir que, quizás, habría bastado sólo con que Calancho mantuviera un tiempo más su cátedra y su sueldo... Estaba bien ubicado; ganaba bien. Ya se iba haciendo al ambiente; ya la gente de aquí se iba acostumbrando a él... Se habría estabilizado. Talvez...

-- Es cierto.

-- Pero le llegó la mala. La mala pata... Y, ¡zas, carajo!: la cancelación... La caprichosa fortuna le dio la espalda. ¡Se jodió! / Doctor Calancho, bienvenido a la Cofradía de los Salados. Puede elegir su sitio en los asientos de atrás; los que corresponden a los más pobres...

-- Sí. Creo que eso es, en lo fundamental, su problema. La maldita pobreza... Si siguiera recibiendo el buen sueldo que recibía, no existirían esas preocupaciones por su soledad; esos desprecios; esas falsas compasiones... Ya se sabe: Tonto con plata, vivo con plata, feo con plata, cojo con plata... El dinero no es todo; pero, sí es lo que está más cerca de todo. Sabiduría popular...

-- Por supuesto, por supuesto, hombre... El problema de Calancho se inicia cuando perdió su lotería.

-- ¿Perdió su lotería? ¿La ganó alguna vez?

-- Claro, hombre... Érase una vez un pedagogo manchego, que - en una oficina de la burocracia internacional de Madrid - recibió un contrato para desempeñar una cátedra en una universidad lejana...

-- ¿Lojana?

-- ¡Sordito...! Cuencana... De Santa Ana de los Cuatro Ríos Transparentes y Cantarinos de Cuenca... Cuenca, reina hermosa de fuentes y flores... Una ciudad conocida también, nacionalmente, por el honroso alias de Atenas del Ecuador... Cuenca, de nuestro Ecuador, lo mejor... ¿Ves? La lotería americana de Calancho...

-- Ahora, veo bien la cosa... Una lotería, sin lugar a dudas... Sólo los afuereños ciegos y los malos cuencanos lo negarían... Si quieres realmente vivir, vive en Cuenca... Cuenca, la joya de la Creación.

--Bueno, comprendiste un poco más... Pero, me has desviado, Viñeros... La lotería no era precisamente la joya morlaca; era el contrato mismo. Claro... Y Cuenca, en todo caso, era nada más que la significativa yapita... Y, ahora, te diré lo que importa en verdad, lo principal: ¿Qué habría sido de Calancho en España?

-- Habría sido un maestrillo peninsular... Qué sé yo...

-- Bueno, bueno... Entonces, queda probado lo de la lotería... Y sigo con lo que te iba diciendo. Deben haber pasado, por esta misma universidad, unos cuantos calanchos más afortunados que nuestro personaje. A propósito, yo conocí a uno... ¿Te acuerdas de César Agudo y Fornero?

-- Sí. Lo ubico; y he oído hablar de él. Era catedrático de Filosofía del Derecho, o algo así, en la Facultad de Jurisprudencia.

-- Exacto. Bueno, este Agudo era un calancho auténtico...; incluida la i griega de sus apellidos; y los mismos, ininteligibles, artículos periodísticos de EL HERALDO. La misma o peor mezcla de personalidad: intelectualoide, desordenado, errático, incoherente... Me refiero a cómo llevaba su trabajo universitario y su vida intelectual. En el resto de sus actividades, y en su vida individual, quién puede saberlo y a quién le interesa.

-- Tipos humanos... Todos entramos en uno o varios grupos. ¿Crees, en verdad, que existen los calanchos?

-- Así es o así parece ser... En todo caso, no importará mucho precisarlo... Bueno, yo seguí las clases de Agudo, cuando cursaba la Facultad de Derecho; que abandoné, cuando ya no pude más con la aridez y el aburrimiento. (De paso, yo admiraba mucho, por entonces, la claridad, la elegancia y la concisión de las exposiciones de Fernández. ¡Qué diferencia...!) Y Agudo puso su parte - que no fue poca - en esa, mi acumulación, de antipatía, fastidio, agobio, molestia, rechazo... hacia la inefable Facultad de Derecho...

-- Comprendo... Parece que el mundillo legal criollo es más seco y estéril que los desiertos lunares... He oído opiniones semejantes. Jarama dice que es un poeta por vocación; un catedrático, por inclinación; y un abogado, por equivocación...

-- Está dorando un poco la píldora que él debió tragarse, Juan... Jarama no podía elegir mucho, con amplitud.. Tenía aquí las pocas opciones de casi todos. La realidad desnuda es que, en Cuenca, si no te gustaba la medicina o la ingeniería, tenías que seguir derecho. Había nada más que tres carreras en el pueblo. Y si no tenías dinero... Sólo unos pocos, afortunados, podían estudiar una carrera diferente en Quito. Y algún otro, excepcional, en Nueva York, París o Madrid... Pero no me saques otra vez del camino, Viñeros...

-- No, hombre... Sigue.

-- Mira, a diferencia del calancho verdadero, Agudo era, también, grandote, imponente, orgulloso, despótico, sobrador, aristócrata y, sobre todo, muy amargado... (Cualidad, esta última, que no disimulaba; y, al contrario, en ocasiones, hasta parecía exhibir.) Agudo - como Jarama - era, también o principalmente, un poeta; y, - para ser justo - algunas estrofas bastante bien le salieron...

-- ¡ Sí, señor! Una: / Burrito carbonero, / para ti no habrá rosas, / como para Platero./

-- Eso... Pero, por ahora, deja la poesía en paz y escúchame.

-- Soy todo orejas... -- como dijo el profesor Fradejas.

-- Y se quedó sordo, el pobre... Bien, bien... En las clases de Agudo, nadie entendía nada. Pero, no volaba ni una mosca. Y los estudiantes apuntaban y apuntaban... Apuntaban cuanto podían. Y, eso mismo, - sin orden, ni concierto; pero, sí, con la máxima cantidad de nombres y citas - ponían en sus exámenes; que, además, si eran largos, eran más apreciados... Por lo menos, eso afirmaban los estudiantes comunes o crédulos; la mayoría.

-- ¿Y los otros?

-- ¿Los otros...? Bueno, los otros - talvez más listos o más enterados - sostenían que Agudo nunca calificaba los exámenes... Los metía en una bolsa; y los arrojaba al río Tomebamba; cuando cruzaba el Puente del Vado, de vuelta al centro de la ciudad... Y añadían que, luego, ponía las notas según la cara...

-- ¿Según la cara?

-- ¡Claro...! Como con la policía, sirve, en este caso, la "portación" de cara. Los estudiantes más blancos tenían las mejores notas. Los morenos, o los aindiados, las peores... Nunca un rubicundo, o un ojiazul, tuvo malas notas con Agudo... Y había una versión adicional...

-- ¿Otra?

-- Sí, otra. La de mi pariente; el secretario general de esta universidad. Él me dijo, una vez, que lo que realmente pasaba era que Agudo copiaba las notas...

-- ¿Copiaba las notas...?

-- Sí. Copiaba las notas de un colega... ; el abogado Leandro Grande Salavera, famoso por su responsabilidad docente. Grande les corregía a sus alumnos hasta las faltas de ortografía; y las iba contabilizando en un prolijo registro de pruebas y exámenes. Quien sobrepasaba el centenar de faltas, quedaba, automáticamente, suspendido en la materia...

-- ¿Y por qué razón?

-- Decía Grande que los abogados se expresaban por escrito; y que quien no supiera hacerlo correctamente, debía irse a sembrar coles o a ensillar asnos...

-- ¿Y cómo las copiaba?

-- Bueno, Agudo iba a la secretaría de la facultad; y pedía las notas del curso x; porque tenía que copiar las notas del alumno X y mandarlas a un amigo suyo; de cuyo hijo, - estudiante aquí - él era apoderado... Siempre era apoderado de alguien... Pero, lo que hacía, en efecto, era copiar las notas de Grande. Bueno, cambiando un poquito, cambiando una que otra; para que las planas no quedaran idénticas...

-- Malaval diría, a propósito de esto, que Agudo era un ocioso y un pillín; pero, desde luego, no un gil... Nuestro periodista tiene también unos cuentos de los astutos locales.

-- Tú lo has dicho... Haciéndole duo a Malaval...

-- No precisamente. Pero bueno...

-- No importa... Dejemos esto como está. Bueno... ¡Copiar las notas! Imagínate. En fin, copiar en los exámenes, - como hacen los estudiantes - pase... Pero... Y, claro, las notas copiadas calzaban muy bien, en general; porque eran los mismos cursos... Y, en definitiva, los alumnos siempre rinden lo que rinden. Se podría haber dejado toda la evaluación de aquel curso en las manos de Grande. Y, hasta, sus resultados habrían podido ser mejores que los de todos los demás profesores juntos...

-- Retomo la comparación que hacías, Pepe. Para contrastar. Tú dijiste: En sus clases, no volaba ni una mosca. A diferencia de Calancho, se ve que Agudo sabía mantener la disciplina de los estudiantes...

-- Claro, con su versión del terror... Como Grande, con su tabla ortográfica. En algún momento, Agudo le repetía, a un estudiante mediocre, la vieja burla académica: Cabrera, tú entraste en la universidad; pero, la universidad nunca entrará en ti... Y, hacia la mitad del curso, - cuando un estudiante de notas bajas hablaba, en clase, con un compañero - Agudo le recitaba al infractor, y a un segundo cualquiera, una estrofitita perversa:

Torres y Vera,
flores de primavera;
si quieren pasar el año,
esperen que yo me muera...

Listo. Un calancho criollo. Pero, claro, un calancho con éxito...

-- Sí, señor; sí, doctor...

-- Y, en las noches frías, Agudo se echaba encima una capa española; y paseaba, solo, estrafalario y altanero, por las calles del centro... Y las anécdotas de sus desprecios a los comerciantes árabes: Agudo creía - como los antiguos nobles de Cuenca - que el comercio no era ocupación de caballeros... Y el aviso aquel, en su zaguán, de que los versos personalizados de las primeras comuniones - que algunos querían obtenerlos gratuitamente - se cobraban al equivalente de tres consultas legales... Y su testamento entre burlón, cínico y malvado... En fin...

--Pero - por lo último que has dicho - el arrogante Agudo era también muy diferente del humildón Calancho, Pepe...

-- Vaya, claro... Acuérdate de Don Clodoveo Dávila; nuestro Heráclito criollo, Viñeritos... No hay dos gotas de agua que sean iguales. Ni dos arenas... Y yo te cuento que el buen hombre, Don Cleo, pensador a su modo, decía, también, que los atenienses de Cuenca no nos bañamos nunca en el mismo río, porque tenemos cuatro ríos...

-- Y tenemos, además, las aguas termales de Los Baños del Sur... Aquí mismo, en las afueritas de la actual ciudad.

-- Y se que algunos valientes hasta se bañaron en las frías aguas de las lagunas del páramo del Cajas... Bueno, termino. Agudo se retiró de la cátedra - incoherente, sobrador, amargado, solitario y siempre irremediamente poeta - a los sesenta y ocho años; y siguió viviendo hasta los noventa. Y - para la gran sarta de convencionales y tontos graves de la aldea - era incluso una eminencia del pensamiento filosófico y jurídico... Y así, - lo digo de soslayo porque tiene que ver con el asunto - él, Agudo, pertenecía, precisamente, a la clase de abogados, literaturizados y pedantes, que Casales detestaba. A esa gente que Casales quería reemplazar con los humanistas e intelectuales, muy bien formados, de la Facultad de Filosofía y Letras... Bueno, te he contado un buen cuento. Y he dicho lo mío; bien dicho y sin contradecirme. Gracias.

En otra ocasión, - recuerdo que fue en una sala de un hotel de Quito; ciudad donde estábamos concurriendo a un congreso de facultades de Filosofía - volvimos a hablar de nuestros temas.

-- Los calanchos... Así es, efectivamente... Y, en los otros grupos de docentes, hay, también, lo suyo... Y algunos parecen todavía peores que los calanchos... ¿Oíste tú lo del doctor Cabezas?

-- No. Sigue. A ver. Infórmame, ilústrame...

-- Mira, el doctor Cabezas repitió durante treinta y cinco años - con una inalterable y perfecta voz de moscardón - los mismos apuntes de Química Orgánica y Físico-Química; que, por supuesto, se los sabía de memoria. El resto de su tiempo - quiero decir el tiempo pasado fuera del aula, fuera del dormitorio y fuera del baño - se lo pasaba jugando al billar.

-- ¿No comía? ¿No destinaba un tiempito al comedor?

-- Comía sánduches en el local de los billares...

-- ¿Le alcanzaba su sueldo? ¿Apostaba?

-- No sé si apostaba, Pepe. Bueno, ganaba bien... Era profesor a tiempo completo. Pero, no cumplía con el horario de permanencia en la facultad, no atendía las consultas de los estudiantes. Nada...

-- Del aula al billar...

-- Y del billar a la casa. Y, al día siguiente, la misma marcha... Exacto.

-- Sigue.

-- Sigo. Cabezas fue decano de su facultad; llegó al máximo del escalafón de catedráticos; y se retiró con un espléndido fondo de cesantía. Y, hoy, juega, a tiempo completo, al billar. Pero, ya no en Cuenca; sino en las orillas de la Mar de Balboa, en Salinas; el balneario más importante de la costa noroccidental de la América del Sur... En esta forma, magnífica, se llevan nuestras cátedras universitarias.

-- Debes estar exagerando, Juan. Haces, posiblemente, una caricatura de Cabezas... Sé - por otro de mis hijos; no el amigo de Linares - que Cabezas es también un conocido melómano... ¿En qué momentos escucharía su música?

-- Pues, cuando duerme, Pepe... Se lo puede hacer... Hay quienes sostienen que se puede aprender idiomas mientras permanecemos en los brazos de Morfeo...

-- No das tu brazo a torcer, Juan...

-- Hombre, sí. Estoy exagerando... Y basta y es suficiente con que lo reconozca. No hace falta que lo ponga en blanco y negro; y lo suscriba con firma y aclaración...

-- Una exageración más y te dejo solo, Viñeros. Me iré a leer el diario en mi habitación.

-- Centrémonos, Pepe. El hecho importante es que Cabezas llevaba la cátedra de una manera sumamente elemental y rutinaria. ¿No estábamos hablando de los malos catedráticos?

-- No, hombre... Hablábamos de los Malos Harris. No retienes nada... Estás perdido.

-- Bueno, voy a hallarme... Tengo un pisquito en mi habitación. Lo compré esta tarde. ¿Venderán gaseosas en este hotel?

Subí al bar del hotel, bajé a mi habitación; y volví a la sala de la planta, después de unos diez minutos; munido con el pisco, un par de gaseosas de un litro y dos vasos. Fuimos a la habitación de Rivadeneira. Había, allí, una mesa pequeña con dos sillas.

-- Hablábamos de los malos profesores, Pepe...

-- Sí, señor. De ellos, de ellos... Y de otros también. Y, aquí, en este punto, yo tengo un caso que viene muy bien al caso. Mira, Viñeros, se trata de un profesor de Geografía, de nuestra facultad, que prepara sus clases con textos extranjeros; principalmente en inglés. Y consigue, con tan expeditiva artimaña, que sus alumnos, subdesarrollados, nunca sepan de dónde saca su fresca ciencia... ¿Viste? El idioma extranjero... ¡La cobertura perfecta, el camuflaje perfecto...! He ahí el dechado de los ocultadores.

-- Ja, ja, ja... ¿Y tú qué haces?

-- ¡Qué sé! Yo pongo en la bibliografía más libros que los que uso... Y, luego, según el tema, tomo el contenido del que mejor me venga al caso... Pero, mi problema principal no es ése... Es, más bien, el aburrimiento de los diálogos elementales de los primeros cursos. Cuando llego a un cierto punto molesto, les cuento, a mis estudiantes, chistes viejos... En el idioma de Shakespeare, por supuesto; porque contarles chistes ingleses, en el idioma de Cervantes, ya sería llegar a lo sumamente forzado, a lo absurdo. Por supuesto, no entienden nada... Sobre todo, no entienden los chistes nuyorkinos; un poco, el equivalente, en inglés, de los chistes porteños de Buenos Aires.

-- ¿Tienes que explicarles los chistes? Vaya... Pienso que - por razones didácticas - quizás habría que hacerlo... Mientras van aprendiendo...

-- ¡Ni por ésas...! Chiste explicado, chiste arruinado... Entonces, no me preocupo y sigo nomás.

-- ¿Más chistes?

-- Sí... O me tomo un cuarto de hora para comentarles una película de Woody Allen... Como puedes suponer, mis pobres novatos se quedan turulatos; pero descansan, porque les evito los apuntes... Y, de paso, llegan a la conclusión de que tienen un gran profesor; y de que yo hablo inglés mejor que Walt Disney...

-- ¿Qué Walt Disney?

-- ¡Sí, claro! Porque Walt Disney podrá ser un genio del chiste gráfico; pero no hablará mejor que yo, porque no es un profesor de inglés... Y, sin embargo, y pese a todo, Disney habla inglés mejor que el Presidente Carter. Y yo...

-- Mejor que los dos...

-- No te quepa ninguna duda.

-- ¿Y en dónde aprendiste tú esa Pedagogía aplicada? ¿En los cursos de los Estados Unidos o en la universidad de la vida?

-- No me preocupa el origen de estas prácticas, Juan. Ya te lo señalé alguna vez: van saliendo, apareciendo, flotando, reflatando... Espontaneidad silvestre... Ese viejo anticonvencionalismo; que, con frecuencia, me causa disgustos... Porque - ya lo sabes - siempre aparecen, por ahí, los leales custodios del orden, de la compostura, de la conformidad y de la rutina...

-- Ajá...

--Y no te rías de la universidad de la vida, ¡eh!

-- No me río...

-- En la universidad de la vida, Viñeritos, - quiero decir, en la práctica dura y fértil - adquirimos, los profesores, un sexto sentido muy especial. Captamos algo muy importante, decisivo: las técnicas y el arte de la comunicación... De una u otra manera, toda la vida social es comunicación o incomunicación... ¿Te hablaron de eso los pedagogos?

-- ¡Olé! ¡Bravo, maestro! Usted es un émulo de McLuhan...

-- ¡No te pases! Insistiendo, quiero señalarte que en eso consiste, precisamente, la Pedagogía; la Pedagogía que Calancho nunca aprendió, ni en Madrid, ni en París... Comunicarse... Y que - por lo que se ve hasta ahora - tampoco aprenderá en la América Latina.

-- Así es, Pepe... Natura da lo suyo; y Salamanca sólo presta una parte. Y todos sumamos forzosamente algo de lo uno y algo de lo otro... Y, en lo demás, arréglate como puedas... Y, por supuesto, muchas de las cosas más importantes de la vida no se enseñan, ni se aprenden, en las universidades... Y, - para peor - estas mismas cosas, con mucha frecuencia, sólo se aprenden fragmentariamente y aun demasiado tarde...

-- Querría ayudarte, Viñeros... Siento que tengas cosas tan importantes que ya no podrás arreglar... Pero, lamentablemente, no puedo hacer nada... Hasta Dios es impotente a veces...

-- No seas tan solidario, Rivadeneira... Déjalo. ¿Quieres otro pisquito?

-- Natura da lo suyo; y Salamanca... sólo presta un poco... / Te pusiste horriblemente sentencioso, Viñeros... A propósito de frases, yo conocí una vez a un quiteño que, cuando oía una como la tuya, la apuntaba en una libretita; agregando el nombre del decidor y las circunstancias en que las palabras fueron dichas. Una más de esas extravagancias y pedanterías de los capitalinos de medio pelo - me dije para mis adentros... / Pero resulta que hoy el inventor de Morel, ¿Casares?

--Adolfo Bioy Casares.

-- Ese mismo - argentino de Buenos Aires, para más señas - descubrió que la tal técnica es también una manera de hacer libros. Él - al igual que aquel quiteño ignoto - ha coleccionado miles y miles de dichos, grafitos, ocurrencias y frases raras... Y piensa publicarlas pronto.

Ya tiene hasta el título: DE LOS JARDINES AJENOS. ¿Quieres un lugarcito en aquellos encantadores lugares?

-- ¿En el libro de Bioy?

-- Sí, hombre... En él. Gástate en unas estampillas para una carta a Buenos Aires; y envíale a Casares algunas de tus ingeniosidades... Ingeniosidades ecuatoriales. Podrían interesarle. Y hazlo pronto. Tal vez te incluya en esas páginas; y, por medio de ellas, quizás entres en la inmortalidad de los pen...santes...

-- Muy optimista, José... ¿No sabes que el hombre es un animal incorregible? Y que - por lo tanto - casi nunca sigue los buenos y desinteresados consejos. Bien, bien, Rivadeneira Muñiz, José Pepe Manuel Manuco, hemos hablado. Te dejo. Me voy a dormir.

-- Sueña con chicas bonitas y complacientes, Viñeros. Soñar no cuesta nada...

Otra lejana tarde. Terraza del Hotel Crespo, de Cuenca. Después de una conferencia de Mario Vargas Llosa, tomábamos un capuchino. Hablamos de música.

-- Sí, ya anocheció. Y creo que va siendo hora de volver a casa, tomarse un trago y oír un poco de música nueva. ¿Sabes? Me compré unos discos de Mozart; que estaban de oferta en la última feria del libro de la Casa de la Cultura. Y me han salido buenos. Oye, he notado que, en ciertas ocasiones, yo necesito la música y el calorcito del ron, con más necesidad. La última vez que lo sentí fue la noche aquella de la reciente y famosa asamblea de los profesores universitarios. Allí estabas tú también. Yo te vi. Después de oír tantos disparates, - - sueltos, dispersos, sin ninguna atadura que los reúna - sentí una sensación de vacío, de inutilidad, de despecho... Y, en momentos tales, sólo la música, y el licor bendito, me reconcilian conmigo mismo, con esta sociedad estrecha y con el mundo...

¡La música! He ahí algo que viene a cuento en este cuento. Calancho -- como Rivadeneira, como Casales, como el ingeniero Petrinella, como varios de mis conocidos, como yo mismo -- gustaba de la música culta. Calancho iba siempre a los conciertos, regulares y especiales, de la Orquesta Sinfónica de Cuenca. Se incluía en aquel medio millar de amantes de la buena música que vivían en la pequeña, aunque rápidamente ampliada, Cuenca; ese escaso y fiel público que el entusiasta director catalán del Conservatorio Paredes, José Castellví Queralt, no conseguía aumentar; pese a toda su constancia y a todas sus artificiosas añagazas... (Una añagaza: Tocar pasillos y boleros en la segunda parte de sus presentaciones. De otro modo, inducir el gusto por la música culta mediante la música popular instrumentada...) Bueno, a Calancho se lo veía -- recuerdo -- en la parte central derecha del Teatro Universitario, más bien un poco hacia delante; leyendo un diario o un libro, en los minutos anteriores a la iniciación del acto.

¿Cómo pueden volver a la mente de uno, con precisión, los aislados detalles de esta clase? Detalles que se van juntando, con generosa abundancia, a lo largo de la vida. Y, claro, este detalle aparece ahora porque -- por un capricho de los aconteceres -- me estoy preocupando de Calancho. Y pensar que si, por ejemplo, yo me iba a vivir en el extranjero, este específico

recuerdo talvez nunca habría vuelto a mi mente consciente. (Me habría olvidado o despreocupado de Calancho.) Es asombroso como millones de detalles están, permanecen, -- utópicamente seriados y almacenados -- en nuestro cerebro; esperando que el estímulo de la necesidad, la curiosidad o la nostalgia los recupere. Y, desde luego, así, también, permanecen las asociaciones del pensamiento, igualmente innumerables. Lo semiolvidado, lo medio descartado quedan, por ahí, archivados; utilizables solamente en forma potencial. Bueno, esa es la benéfica selectividad, la selectividad aliviadora del esfuerzo que El Memorioso Funes no tenía... Y Calancho, al parecer, tampoco... La carencia de selectividad que producía, finalmente, la inmensa carga de la memoria inútil... Una de las causas de sus desgracias, las desgracias de los dos, talvez...

La memoria – que también es olvido – y la inteligencia ordenan y dirigen nuestras vidas... Constituyen la sofisticada computadora que, día y noche, trabaja; para que nuestro organismo físico – el vehículo que nos lleva por el mundo – siga siempre su dirección, nos conduzca a nuestro destino... Y el trabajo de esa máquina sorprendente no es, nunca, del todo racional, ni del todo matemático, ni del todo simétrico. Sería una limitación... Y lo que ella produce – el pensamiento, la creación, la invención – es lo que auténticamente vale; cuando vale... Y tal producción se puede consignar y conservar con un simple lápiz o con una antigua máquina de escribir... ¡Caray, cómo divaga uno! Y, en este punto, la divagación me coloca frente a Estarellas. Y, por un costado, me lleva al tema de la música. Bueno, él hablaba, usualmente, de los temas de actualidad, de la política, de la Literatura, del cine, del teatro, del humorismo, de la historia... Sólo una vez -- pero ésta algo memorable y hasta enigmática – me habló de la música. Había tomado varios tragos de ron. Y puedo recordar que se expresaba con cierta lentitud y con una desusada formalidad. Sus palabras:

--El silencio, Viñeros, es la música más perfecta de la naturaleza y del Universo. Todo lo demás - desde el susurro más débil hasta los truenos más ensordecedores - es el ruido, la antimúsica; o, si quieres, la no música. El cielo de los músicos, Viñeros, es el cielo del silencio completo y absoluto. Por esta razón, y como el más justo premio, Beethoven obtuvo su cielo en esta misma Tierra: se quedó sordo. Se había salvado... Ya no necesitaba sus oídos; porque ya llevaba, en sí mismo, la música de Dios...

¡El silencio es la música de Dios! Sí, sí, eso dijo Estarellas. Y, a propósito, aquí, unas palabras similares de Calancho: "...y el silencio puede ser, a veces, una música verdadera, ¿sabe, doctor Viñeros...?" Ya está. Sí, esto me dijo Calancho cuando me hablaba de un campo de amapolas amarillas del norte de México. ¿Azarosas coincidencias solamente? ¿O parecidos de sensibilidad: parecidos oscuros, profundos, difíciles de explicar? ¡Quién puede saberlo!

Recientemente, -- después de un tiempo bastante largo sin vernos -- he vuelto a hablar con Rivadeneira. Por un problema de tráfico, debimos entrar en un cafecito, medio destartalado, del centro de la ciudad. Charlamos de todo. Y, en algún momento, también de Calancho; quien, hace unos meses, había partido, quizás para no volver.

-- Viñeros, eso de la herencia que ha ido a recibir Calancho es una conjetura que sólo puede crearla Pedrito Cuesta. ¡La herencia peninsular, que esperan los españoles que vinieron a América! Ese es un cuento muy conocido, de ellos ... Y, por otra parte, apenas más elaborado que aquel del mexicano al que le pateó la mula en una ladera. A propósito, ¿has oído tú el cuento de este mexicano?

-- No.

-- Yo tampoco.

-- ¡La pucha! Y parecía que iba a ser bueno...

--Bien, bien, te ahorré unas cuantas sonrisas o risas. Guárdalas; para que las uses - si puedes - con los cuentos de Venancio Ramírez... Es inescapable, el tipo... Y aparece, cuando uno menos lo espera, en cualquier esquina. Y te detiene para contarte -mal contado, desde luego- un cuento viejo y medio tonto... El último que me contó... Bueno, ¡para qué te lo cuento...!

(Venancio Ramírez es un conocido humorista local; que – según Rivadeneira – sólo puede ser bueno para el rudo público de sus amigos agricultores.)

-- Y aquello de la herencia de los españoles, ¿es un cuento verdadero o, también, sólo el título de un cuento inexistente?

-- Ya te lo dije: es un cuento español común y más o menos silvestre. Si quieres oírlo...

-- Sí.

-- Ahí va. Mira, en un sanatorio mental, - regentado por unas monjas españolas - aquí, digamos en el Ecuador, hay un jardinero, también español. ¿EL JARDINERO ESPAÑOL? ¿No es el título de la novela de algún inglés, de esos bien conocidos, como Chesterton o Maugham? Ah, claro, de A. J. Cronin. Bueno, el tipo, el español, vive solo en uno de los cuartitos del personal de servicio. Como se puede uno imaginar, es pobre. Como no se puede uno imaginar, es, también, cumplidor e inofensivo. Tiene sus manías e ideas fijas. Y, sobre todo, no pasa una semana sin que les repita, a las monjas, que es el único heredero de un tío, rico y viejo, que vive al otro lado del charco...

-- ¿En la China?

-- ¡En España!

-- Tú dijiste que el español del cuento vivía en el Ecuador. En consecuencia, el otro lado del charco sería la China, el Japón o las Filipinas o Australia; no, España.

-- Voy a dejar el cuento donde está... Si continuas con esas pendejadas geográficas...

-- No, hombre. Sigue...

-- Bueno. Pero nada de interrupciones, hasta que termine, ¿¡eh!?

-- Convenido.

-- Bien, el tío rico y viejo vive al otro lado del charco. Y - la ley de la vida es esa - pronto se morirá. Entonces, - el tío ya lo tiene dispuesto - un abogado le enviará una carta; en la que se le indicará que retorne para hacerse cargo de los bienes del difunto. Las monjitas - compadecidas del pobre chiflado - lo ponen, como uno más de los pacientes, al cuidado de un siquiatra del sanatorio, el doctor Nicolás Juárez Delval. Y va lo mismo: El tío, la vida es ésa, el abogado, la carta, los muchos bienes que recibirá... El doctor Juárez - que, como Freud, es un grafómano inveterado - apunta todo. Y va llevando una ficha muy detallada del caso; y va tratando al jardinero por años. Diagnóstico: Este paciente - Santiago Valdez Fuenllamas, nacido en la Puebla de Trives, Galicia, el 25 de Enero de 1918 - es un maniático múltiple, un mitómano, un esquizoide, etc. Es un caso de gravedad media, pero requiere ciertos cuidados constantes... En consecuencia, recomendaciones varias; palabras, muchas palabras... Y veamos a ver... Quizás, con el tiempo, mejore mucho; o, por lo menos, algo... Pero, el jardinero - terco, como todo buen español - sigue con sus endurecidas manías; reitera invariablemente sus dichos; y no cambia en nada su conducta. Hay que insistir... Siguen pasando los años... No hay mejoría. Caray... Bueno, en definitiva, mientras haga florecer las plantas y las monjas lo protejan... La vida continúa. Todo más o menos igual. Pero, un día de esos, el jardinero llega, jubiloso, a la consulta del doctor Juárez: “¡Aquí está la carta, doctor!” En efecto, un abogado le llamaba al jardinero; para que se hiciera cargo de los bienes de su tío, recientemente fallecido en La Coruña. Y amarillín, azulín, coloradín, este cuentito ha tenido su fin; un muy bueno, muy esperado y muy feliz fin.

-- ¿Así que lo único que había que hacer era endosarle el cuento a Calancho?

-- Por supuesto... ¿Me vas a seguir oyendo? Me falta la consideración final...

-- ¡Sí, señor!

-- Bueno, ante lo súbito, y medio misterioso, de la desaparición de Calancho, los más ingenuos - o los que menos sabían - echaron mano de la explicación más fácilmente disponible: Lo de la herencia; que, como siempre, estaba, por ahí, flotando en el aire... Ni siquiera hizo falta inventar una explicación disparatada: que el pedagogo se había sacado la lotería; que se había fugado con una monja paisana suya; que lo habían contratado, como asesor de un proyecto educativo, en el Paraguay; que había sido un agente de la CIA... La muy triste realidad, sin embargo, parece ser que Calancho se marchó, porque estaba muy enfermo; y quería morir en su tierra. Tenía, el pedagogo, una depresión crónica y profunda. Algo de eso, te dijeron a ti o tú lo sospechaste... ¿Verdad? Así que, Viñeritos, atengámonos a la simple explicación de la “depre” oceánica; “depre” de la variedad Mindanao; como dicen que dice tu amigo Malaval; quien - por propia y desgraciada experiencia - conoce bien esos achaques...

-- Malaval es amigo de los dos, Rivadeneira. Y - para mejor hacer - también enemigo de los dos... El señor periodista - como el Ser Supremo - es capaz de todo...

-- Cierto, Viñeros... Yo creía, antes, que - como dicen - uno elige a los amigos. Pero, luego, fui teniendo mis dudas, al respecto ... Y el otro día, se me aclaró bien la película; cuando leí que, realmente, uno sólo encuentra a los amigos; nada más; y los acepta y los sufre. Por lo

tanto, amigos y parientes... Por ahí, van... No hay tanta diferencia. Y, por eso, nosotros dos, a veces, hasta le buscamos a Malaval; para charlar un poco... La ambivalencia de tantas relaciones; lo equívoco de tantas relaciones...

-- Es aquello del matrimonio viejo. Está unido tanto por el amor, cuanto por el desamor...

-- Más directa y exactamente, Viñeros: Un matrimonio viejo es un poquito de amor y un cúmulo de costumbre...

--La que - con mucha frecuencia - es mala costumbre... Los viejos se acostumbran a la mala compañía. Y no pueden dejarla... Así de simple o de complicado...

-- Entonces, Viñeros, en este punto, más bien, habría que gritar: ¡Viva la buena y libre soledad! Y, por lo tanto: Señoras y señores, distinguido público cuencano, Calancho - el gran pedagogo peninsular - vuelve de Guatemala; para estar, muy acertadamente y como dice el tango, MÁS... SOLO... QUE NUNCA... Con ustedes, Calancho, El Grande... El Caballero de la Soledad... Señores, un aplauso para... ¡CALANCHO! ¡A ver esas palmas...!

-- ¡Viva Calancho! ¡Calancho, Calancho...!

-- Parecemos unos colegiales... Y, si Malaval estuviera con nosotros, - si estuviéramos tomándonos juntos unos tragos - se pondría a bailar; como esos futbolistas que festejan los goles... Suele hacerlo.

-- Bueno, bueno... Le propongo, doctor Viñeros, que volvamos a la compostura. Hablemos de cosas serias... Dicen que las depresiones prolongadas y profundas son terribles. ¿Te has deprimido alguna vez, Juan? Quiero decir una “buena” depresión; no ésa, pasadiza o pasadora, de una resaca dominical; o aquella, temporalita, de la muerte de un familiar...

-- No; de ésas, de las “buenas”, no. Te acuerdas, a propósito de ellas, de los versos de Porfirio Barba Jacob?

-- Esos versos... No, francamente. Tú y Malaval eran devotos de Barba Jacob, de Vallejo, de César Dávila... Bueno, dale.

-- Una estrofa, nada más; sobre la depresión: / Hay días en que somos tan lóbregos, tan lóbregos,/ como la entraña oscura del negro pedernal. / El alma gime entonces bajo el dolor del mundo. / Y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar. / Bueno, - agregado pertinente - dicen que una gran depresión puede preceder a la agonía; o ser la agonía misma...

-- Pásame una servilletita, Viñeros. Voy a llorar...

-- Aquí, la tienes...

-- Otra...

-- ¡Cuidado! Han dicho, en estos mismos días, en Colombia, - con respecto a los programas de El Chavo del Ocho - que no hay que reírse del amor, de la pobreza, de la tristeza...

-- Y no hay que contar cuentos en los velorios... Y hay que dar posada al desnudo... Pavaditas, convencionalismos, Viñeros... Lo más sano, en la vida, es reírse de todo.

-- ¿La risa, remedio infalible?

-- Eso, tampoco, Viñeros... El cáncer no se cura con una media docena de cuentos verdes o con un número similar de cuentos de gallegos; ni se previene con ellos...

--¡Qué exageración!

-- Bueno, pongo la cosa en su punto: La risa puede ser, solamente, un alivio emocional, una descarga de las tensiones. ¿De acuerdo, Viñeros? Bueno, bueno, termina lo tuyo. ¿Tienes algo más que decir sobre la “depre”?

-- Sí. Nadie - a no ser que lo maten de un tiro; cuando está bailando - se muere con ánimo de fiesta. Es necesario - tiene que darse - un proceso de aceptación de la muerte; que incluya, quizás, el deseo mismo de morir. Y de esta circunstancia - y, tal vez, de las propias palabras metafóricas de Calancho; aquello de los últimos aires - han sacado la versión de que él ya se ha muerto en España. Es lo más o menos lógico... Es lo que suele ocurrir: Calancho estuvo muy deprimido, primer paso; estuvo agonizante, segundo paso; se murió, tercer paso. ¡Ya está! Corto, fácil... Y, así, se acabaron todas las aburridas clases de Pedagogía; y toda la miserable rutina de contar centavos...

-- Viñeros, ¡te salió el epitafio de Calancho! Y este epitafio podría servir, igual, para todos los “maestrillos”: “Di aburridas clases de Pedagogía y conté los centavos de mi sueldo...” Y me asustas un poco, Viñeros... Has logrado ser cruel, sin parecerlo... Y lastimero... Y completamente preciso y sintético... Y, hasta, creo, vas a deprimirme; vaya, vas a deprimirme a mí también...

-- No quiero desalentarte, hombre, Pepe... Yo siempre le aliento a la gente. Y lo único que faltaría es que, involuntariamente, te desaliente a ti.

-- A veces, saltan los conejos en cualquier hierbazal... Bueno, quiero decir que uno se encuentra, de pronto, con resultados indeseados, impensados, sorprendidos...

-- Los médicos dicen que nos enfermamos cuando tenemos las defensas bajas, Pepe... Y eso, de vez en cuando, es inevitable. Tú sabes que yo no soy ni un tristón, ni un trágico. He aprendido que uno debe controlar los pensamientos tristes. Pero, - como son parte de la vida - los recibo, cuando deben llegar. Luego, los analizo; les doy la importancia que tienen; y, en una inmediata continuación, los descarto. Así, no me dominan.

-- Hay que ser positivo... Eso es muy norteamericano, Viñeros...

-- Sí. Y también hay que ser comparativo y superlativo. En la misma línea...

-- Déjate de pavadas...

-- Me dejo y sigo... ¿Y qué tiene de malo ser positivo? Vivir en el negativismo, en el pesimismo, en la depresión, ¿es vivir? ¿Tendrán los izquierdistas que ser depresivos, para ser buenos izquierdistas, para ser antiimperialistas coherentes?

-- Otra vez, con tus exageraciones, Viñeros... Y tú me censuras a mí las mías; más raras...

-- Tú me has llevado a ellas, Rivadeneira... Y, respecto al Imperialismo, me acuerdo aquí de un cuentito geográfico.

-- A ver, dale...

-- Un profesor de Geomorfología explicaba que los grandes glaciares norteamericanos se habían llevado, hacia el sur, los suelos de Canadá; y los habían depositado en los Estados Unidos... Y un alumno le observó: Doctor, entonces, los glaciares no eran agentes de erosión, sino agentes del Imperialismo...

-- Viñeros, será mejor que sigas con tu mentalidad positiva... Otro chiste de esos y te corto mi amistad por unos seis meses...

-- Bueno, a lo anterior. Controlo mis pensamientos tristes. Y, a continuación, me repito lo mío de siempre: Mientras estés en la trinchera, lucha... La lucha de la vida o por la vida... Y, luego, sigo adelante con las obligaciones inevitables, con los pretextos gratos, con uno que otro viaje que me saca del hueco provinciano, con el vino que alegra el corazón del hombre y con unas cuantas pequeñas añadiduras que no hace falta enumerar...

-- Eso... Algo así como la receta de Hemingway: Un poco de marcialidad, un poco de bohemia, un poco de erranza, un poco de estoicismo... Es, más o menos, lo que tú haces... Y yo estoy en la misma línea. Pero, menos que más... Lo sabía; y ahora me doy cuenta de ello otra vez. Era así, sobre todo, en el pasado, en la juventud. Tiempos idos... A veces, me gusta, recordarlos; y, en cierto modo, revivirlos... Ernest, el de los rifles, las gorritas y el ron... A Hemingway, lo leíamos los dos... Malaval también. Pero, con Hemingway, Malaval no tenía la afinidad necesaria... Lo entendía sólo parcialmente. ¿Te acuerdas?

Y, luego, Rivadeneira siguió recordando, pensativo:

-- La vida acaba finalmente por derrotar a todos: a los más duros, a los más diestros, a los más bravos, a los más inteligentes, a los mejores... (Hemingway, en ADIÓS A LAS ARMAS. La cita no es exacta; pero, la idea es esa.)

Se calló. Y, por primera vez en mucho tiempo, -- desde una antigua ocasión en que me dijo que su cumpleaños 40 le había aplanado un poco -- le vi, a mi amigo, bastante ensimismado; casi, diría, melancólico.

-- Repienso lo de Calancho... Esa vida solitaria, mezquina y desarraigada acabó, a la larga, con él. / Dijo Rivadeneira; como si concluyera unas silenciosas reflexiones.

-- La soledad, la pobreza y el desarraigo, juntos o separados, se pueden soportar; y, hasta bien, en ciertas condiciones... No son desventuras absolutas, Pepe...

-- Para Calancho, si lo fueron. Y ése es el problema ... ¿No? Dime una cosa, Juan: Yendo en otra dirección, ¿crees que Calancho llevaba el infierno en sí mismo? ¿Crees que hay gente que nace con su propio infierno; o que se hace su propio infierno?

-- ¡Adonde has llegado, Pepe...! No lo sé, Pepe... Francamente, no lo sé...

Nos despedimos.

-- ¡Fuerza, Pepe! Cuídate. Hasta pronto.

Últimamente, he estado viviendo en Los Baños del Sur; un pueblito que – por su cercanía a Cuenca – está en trance de convertirse en un barrio más de la ciudad. Ocupa, Los Baños, un sitio de agradables condiciones naturales y hermosa vista: unas colinas y una pequeña llanada, ubicadas al pie de la Cordillera Occidental de los Andes. Tiene abundantes aguas termales; que brotan del suelo en estado de ebullición. A éstas, debe su nombre y su atractivo turístico. Hay, aquí, un par de buenos hoteles, una docena de piscinas, baños de vapor, canchas deportivas y un considerable número de restaurantes populares. Si se toman los caminos de tierra, que se internan en el campo, el paisaje es más pintoresco y encantador todavía. Acuden, al lugar, turistas costeños y del norte de la Sierra, extranjeros, colegiales, jubilados, personas achacosas, nadadores, jugadores de volibol, excursionistas, bebedores que se han pasado en los tragos y que creen que las aguas calientes les sacarán la resaca, etc. A mediodía, -- sobre todo, en los feriados -- suelo ir a uno de los locales de baños de vapor. Allí, unas cuantas veces, me encontré con Calancho. Y, mientras estábamos en el reposadero, -- entre idas y vueltas a la cámara de los vapores y las duchas frías -- charlamos de varios temas y sucesos.

-- Doctor Viñeros, leí - en un comentario suyo de las noticias internacionales, en ADELANTE - que, en España, no se practica, realmente, la investigación científica...

-- ¿Qué piensa usted? ¿Acierto o yerro?

-- Es verdad eso... Y, también, aquello del sistema educativo anticuado que aún tenemos... Sin embargo, hoy día parece que estamos llegando al desarrollo...

-- De acuerdo. He dicho también algo al respecto... No hay contradicción... Una considerable mejora de la educación es una de las condiciones para llegar al desarrollo. Temporalmente... Ustedes la han tenido. Y, luego, - ya en él, para consolidar el proceso - se puede ir hacia el perfeccionamiento del sistema educativo; investigación incluida...

-- Debe tener usted razón... La buena investigación es una tarea superior... Y, quizás por eso, - fuera de los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, tal vez Francia y, en cierta medida, unos seis países más - se investiga poco...

-- Hay, en esos diez países, una vanguardia investigativa; unos equipos científicos y técnicos de punta, como dicen ahora... Y eso es todo. Los demás países tienen, todavía, que crear ese personal.

-- Ese precioso personal... ¿Y en América Latina?

-- Da casi vergüenza... En toda la América Latina, se investiga menos que en Israel. Y las últimas y mejores investigaciones sobre la misma América Latina, y España, están hechas por estadounidenses, ingleses, alemanes, franceses...

-- Mire usted... Claro. Por eso, los latinoamericanos y los españoles, no sabemos todavía bien quiénes somos, qué estamos haciendo, qué queremos, adónde vamos...

-- Así es, lamentablemente... Lo que usted ha dicho es verdad, en lo esencial.

-- Yo les explicaba el otro día a mis estudiantes, doctor Viñeros, - tomando justamente como motivo su artículo - que investigar es buscar, indagar, pesquisar... Que investigar no es ejercer ningún arte u oficio misterioso... Que sólo se trata de una búsqueda informada, cuidadosa, prolija, sistemática...

-- La mayoría de los estudiantes no entiende esto, doctor Calancho. Yo me encuentro, a cada rato, con algún estudiante que cree que investigar es simplemente consultar...

-- A eso iba... Y, hasta, me he encontrado con algún detalle estafalario. Un estudiante me espetó: Doctor Calancho, aquí, pesquisar significa buscar a los pillos y a los delincuentes...

-- ¿Un bromista?

-- No lo creo... Tenía una expresión muy seria.

-- Entonces, seguro, doctor Calancho, era un bromista. Aquello - para que sea una broma - hay que decirlo con seriedad... ¿Y no sabía usted que, aquí, ciertamente, a los agentes de la policía secreta - a los que visten de civil - les llaman pesquisas?

-- Sí, lo sabía. Pero, le reitero: En dicha clase, nadie se río...

-- Explicable, doctor Calancho. He oído chistes muy ingeniosos y muy finos, de los cuales nadie se ha reído...

-- Cierto. Y, al revés, tonterías y vulgaridades, que provocaron una carcajada general... La risa te ubica y te califica... ¿Te ríes de eso? Bueno, ya se quién eres.

-- ¿Pesquisas? Su estudiante tiene razón, doctor Calancho. Llamarle pesquisa a un investigador académico resulta despectivo, chistoso... Ja, ja, los pesquisas universitarios... Ya se creó la función académica. Y, ahora, sólo hay que esperar un poco para que se cree el estereotipo, la caricatura, la burla institucional... Ahora, los "pesquisas" se suman a los "profesores a tinto completo"... En palabras mal intencionadas, la universidad crea más privilegiados, más mandarines, más "pipones"... Satisfecha la galería inconsciente, politizada, burda y envidiosa... Aquella que cuenta las horas de clase y no los resultados.

-- ¡Qué desgracia...!

-- Sí... ¿Y dónde quedó la universidad excelente, la verdadera universidad, señores burócratas educativos, señores activistas?

-- Quedó esperando en cualquier antesala kafkiana... Algún día surrealista, será atendida... Pero, doctor Viñeros, los verdaderos pesquisas universitarios, ¿no serían los agentes de la CIA?

-- ¡Correcto!, doctor Calancho. Y, también, los policías-estudiantes. Y, desde luego, los agentes de los servicios secretos comunistas...

-- Y no crea usted que soy tan ingenuo, doctor Viñeros... Entiendo eso de los pesquisas de aquí... Una vez acudí, con un paisano, a la policía, a denunciar un robo. "Si no les dan ustedes plata a los pesquisas, no recuperarán nada ..." – nos dijo otro denunciante que estaba en la oficina aquella. Desde entonces, lo sé. Y sé también que, aquí, - si le roban a uno un televisor o un equipo de música - lo mejor que se puede hacer, quizás, es comprarse otro. Nada de denuncias... Lo perdido, bien perdido está. ¡Confórmese, hombre! No está escrito en ningún reglamento o instructivo; pero esta costumbre tiene más fuerza, y más aplicación, que las disposiciones salidas de la imprenta oficial...

-- Así es, doctor Calancho. Y, otra vez, también, lamentablemente...

-- Mucho que lamentar...

-- Jeremías habría sido, apenas, un ecuatoriano común y corriente... ¡Qué hacerle! En este caso, un país con leyes débiles; y con viejas y fuertes malas costumbres... Un país católico, con una moral ablandada y laxa. Y con muchos confesores, que - aunque trabajan cada vez menos - siguen perdonando todo y a todos...

-- ¡Doctor Viñeros! Toparse con La Iglesia puede ser peligroso... Ya lo advertía Don Quijote. Volvamos, mejor, a lo de la investigación.

-- De acuerdo...

-- ¿Sabe usted que, en Brasil, - a diferencia de aquí - la palabra pesquisa significa precisamente investigación académica?

-- Y me parece que investigador se dice pesquisador; no, pesquisa.

-- Así es.

-- A propósito, - cuando yo hacía un posgrado, en la Argentina - los estudiantes solíamos hacer bromas con las palabras que, en diferentes idiomas, significan investigación. Así, unos pesquisaban; otros, recherchaban; unos terceros, risirchaban; unos cuartos, richercaban; y unos quintos - los menos estresados, los menos preocupados y los más afortunados - reservaban; es decir, se colocaban en la reserva; y, de esta forma, se recreaban; es decir, se iban de recreo...

-- ¡Esa convivencia estudiantil...! A veces, tan agradable...

Un inesperado silencio. Lo cortó, Calancho:

-- ¿Cree usted, doctor Viñeros, que prosperarán esos nuevos institutos de investigación, que están creando las universidades ecuatorianas?

-- ¿Prosperar...? No; lo dudo mucho... No están dadas las condiciones. Y, por ello, - quiero decir, por hacer una investigación escasa y precaria - se corre el riesgo de desacreditar la incipiente actividad. Ya hay quien dice, por ahí, que ciertos ensayos universitarios, recién publicados, son inferiores a los buenos ejercicios de redacción de los mejores colegios; de la secundaria de los jesuitas, digamos...

-- Seré yo, ahora, quien diga, lamentablemente... Ciertos trabajitos... Sobre todo aquellos muy ideologizados...

-- Es que... Bueno, sin una adecuada formación profesional, sin unas especializaciones robustas, la investigación universitaria no podrá arrancar, doctor Calancho. Me temo, incluso, que en estos aspectos básicos, formativos, estemos retrocediendo... La famosa revuelta estudiantil... Usted lo sabe...

-- Sí, lo sé... En tal sentido, - creo yo - la acción del rector Casales fue muy adecuada en su momento. Él no pensaba en investigaciones todavía. Él pensaba, primero y sobre todo, en vigorizar la docencia, en mejorar la formación profesional.

-- Acertaba; Casales acertaba... Pero, Casales fue el último “civilizador”; en el sentido sarmentino de la palabra... Y, por desgracia, llegó bastante tarde...

-- ¿Por qué?

-- Pues, porque el Ecuador necesitaba una media docena de casales hacia 1930, doctor Calancho. Y no los tuvo...

-- ¿Seis casales? ¿1930? ¿Por qué, doctor Viñeros...?

-- Los trenes de la historia, doctor Calancho... Cuando no se los toma a tiempo, nos quedamos, muy molestos, en el andén. Frustrados... Y, con frecuencia, doctor Calancho, empezamos a recriminarnos unos a otros por el atraso...

Salimos de las “termas”-- como decía Calancho -- a eso de las dos de la tarde. Recuerdo el áspero sabor de los vasos de agua mineral con limón; que tomamos -- para rehidratarnos -- en el mostrador de la recepción. Recuerdo el olor de los vapores sulfurosos, -- mezclados con el olor que producen las hojas de eucalipto -- que se percibía, aun allí; ya considerablemente lejos de los baños turcos. Recuerdo el cielo plomizo; que anunciaba la tormenta tropical, que ya se venía. Recuerdo el viejo y tronante autobús azul y blanco; que se llevó a Calancho, de vuelta al centro de la ciudad. Recuerdo a los estudiantes; que regresaban de sus colegios...

Y, -- mientras recorría a pie el corto trayecto que faltaba para llegar a mi casa -- me acordé, a propósito de lo conversado con Calancho, de las palabras de otro conocido mío; el naturalista ambateño Miguel Acosta Solís. Ahí van:

-- Cada principio de año, doctor Viñeros, al ordenar las publicaciones de las universidades del país - que me han donado o que he comprado - llego a la misma comprobación: Ni un solo libro que valga la pena, ni una sola revista que valga la pena... Papel manchado, papel malgastado... Allí, en las universidades, no hay académicos, mi querido amigo. Sólo hay burócratas. Y usted - a no ser que sea un iluso - no puede pedirles a los burócratas ni siquiera un aceptable trabajo docente; peor, puede pedirles investigación... Si dan sus clases con una mediana competencia, considérese usted satisfecho, doctor Viñeros. Los pocos investigadores que tiene este país deben emigrar a los Estados Unidos o a Europa, si quieren hacer lo suyo. Por de pronto, no espere nada muy bueno de las universidades ecuatorianas, mi querido amigo...

-- ¿Y por qué se quedó usted en el Ecuador, doctor Acosta? Usted está entre los más notables de esos pocos...

-- Por la misma razón por la cual usted se volvió a su Cuenca; estando, como estaba, muy bien situado aquí, en Quito... Porque yo creía posible una transformación universitaria. Equivocación, de las grandes... Yo me di, de cabeza, contra una pared de concreto, doctor Viñeros... Y, en el intento transformador, se fueron diez años. Y, después, la educación de los hijos; y las tareas de las investigaciones ya emprendidas y por completar; y las nuevas... Investigaciones que iba haciendo, a pesar de todo; de todo... Con sus inevitables límites y ciertas pobrezas... Resultado parcial: a los cuarenta años, ya era un poco difícil moverse. Y, claro, empezó a aparecer el feo rostro de la frustración. Me molestó... Pero me fui acostumbrando a su presencia... Acomodándome, resignándome, maldiciendo un poco todos los días... Y aquí me tiene, doctor Viñeros, en Quito, -- La Cara de Dios o El Culo del Diablo -- a sus órdenes. Para lo que usted guste mandar.

Una semana después de esto, - el diálogo con Calancho - me enteré, por la prensa, que el doctor Acosta - ochentón, pero todavía vigoroso - había rodado una escalera y había fallecido en Quito. Se fue; con sus empeños de siempre, sus buenos entusiasmos casi de niño, su énfasis profundo y sincero y sus frustraciones inmerecidas... Yo lo conocí un poco; pero lo estimaba un mucho... Habría plantado, por él, un arbolito; como suelo hacer cuando fallece un amigo. Pero, al momento, carecía del lugar. Mi finca estaba en venta. (Y yo alquilaba una casa, como ya lo señalé.) Sólo pude decirme: ¡Qué descanse en paz! / El día de la fatal noticia -- lo recuerdo -- cayó en Los Baños del Sur una granizada impresionante. Un formidable estruendo en el techo de mi casa. A poco más de media hora, la quebrada vecina trajo una enorme cantidad de agua: la peligrosa y destructora creciente. Hasta que cerró la noche, el paisaje montañoso estuvo hermoso... El doctor Acosta solía observar cuidadosamente los fenómenos de esta clase...

En otra ocasión, con más tiempo - porque fue una larga tarde de Jueves Santo, recuerdo - hablé con Calancho, en los mismos baños de vapor, de muchas cosas más. A través de los comentarios de la política nacional del día, llegamos, nuevamente, al tema de las transformaciones universitarias.

-- En ese asunto, - comentó Calancho - usted no se quedó en la teoría... Avanzó en el sentido de las realizaciones. Leí el proyecto de la comisión que usted presidía en la Facultad de Filosofía de la Universidad Austral..

-- Usted ha leído todo, doctor Calancho...

-- Hombre, no... Ni siquiera la gran multitud mundial de los lectores podría leerlo todo. En el mundo, hay demasiadas letras... Y, con ellas, y en ellas, nos hallamos y nos perdemos... En este aspecto, doctor Viñeros, el mundo es borgiano... Es, en verdad, la biblioteca de Babel...

-- Muy bien, doctor Calancho...

Sonrió. Y, luego, preguntó:

-- ¿No quiere usted hablar de esa abortada reforma, doctor Viñeros?

-- Ciertamente, me incomoda un poco. Por lo frustrante que fue, por lo absurdo... Pero hablar, hablar solamente, hasta, quizás, me haría bien...

-- Entonces, adelante, doctor Viñeros. Oí cosas al respecto. Y - la verdad - me gustaría conocer su propia versión... Sus personales opiniones...

-- Mire, doctor Calancho... Yo estaba entonces terminando mi tesis de doctorado. Pero como a veces soy un quijote - con todo lo bueno, lo malo y lo feo que tal condición tiene - decidí postergarla, para trabajar a fondo en el asunto de la reforma. Quiero decir, trabajar en la preparación del proyecto correspondiente.

-- ¿Mucho trabajo?

-- Bastante... Unos seis meses de lecturas, consultas, entrevistas, observaciones. Debía estudiar, proponer, dirigir, coordinar... Me costó un poco conseguir que los miembros de la comisión se interesaran lo suficiente, se involucraran... Pero, - empeño y persuasión de por medio - finalmente, lo conseguí...

-- Ustedes hicieron un buen trabajo. Lo malo fue que - en su última parte - se entrase en terrenos ideológicos; y que, luego, se produjese un conflicto político con amargos finales...

-- Pero... Usted ya no estaba en la facultad... ¿Cómo lo supo?

-- Todo el mundo hablaba de eso en la Universidad de San Gregorio. La misma gente allá y más acá... Usted lo sabe. Y, un día, alguien me acercó una copia del plan de reforma... Lo leí con atención.

-- ¿Y que le pareció?

-- Mire... Y no es porque esté ahora hablando con usted... Si se lo hubiera realizado, varias cosas serían hoy muy diferentes; y, quizá, no sólo en la Universidad Austral... Cuando se mueven los grandes obstáculos... Cuando ciertas cosas difíciles se empiezan a hacer...

-- ¿Y qué le pareció, doctor Calancho, lo del Departamento de Pedagogía? Fue objetado por los llamados “maestrillos”; los pedagogos que le sustituyeron a usted... ¿Recuerda el punto?

-- Sí, muy bien. El Departamento de Pedagogía habría recibido a los alumnos de todos los demás departamentos; para capacitarlos, específicamente, en la enseñanza... Y - aparte de eso - habría podido tener sus propias carreras: expertos en varias ramas... ¡Excelente!

-- Y, por lo tanto, inconveniente y, hasta, irrealizable... Lo óptimo es enemigo de lo bueno.

-- Y lo bueno simpatiza mucho con lo mediocre... Y, así, para abajo... Siempre será mejor pensar en grande, doctor Viñeros... Ojalá pudiéramos tener, de vez en cuando, algo óptimo; o, por lo menos, algo con un buen grado de excelencia... ¡Qué lástima! Eso de las especializaciones principales y secundarias, la cantidad de combinaciones posibles, la opcionalidad de las materias, los créditos, las formas de trabajo cambiadas, la economía de personal y de recursos, la calidad... ¡Todo lo que pudo ser!

-- Y no fue... La semilla murió; porque el suelo se había vuelto estéril... Le dijimos adiós a la razón... Y muchos le dieron la bienvenida a la politiquería, a la seudorrevolución, a la ceguera de creer, a la prédica del odio, al maniqueísmo, al adoctrinamiento... Adiós, también, al pensar, a la tolerancia, a la comprensión; al trabajo y el empeño necesarios. Chao, chicos aplicados, simpáticos y queridos. Llegó el activismo y el facilismo... Y precisan el lugar que ustedes están ocupando... Nos volveremos a ver en otro sitio, en otra ocasión; y, ojalá, sea pronto... Cúdense.

-- Usted lo ha dicho, doctor Viñeros...

Silencio en la tarde. Me sentí como obligado a romperlo:

-- El proyecto fue planteado, doctor Calancho, como una reforma académica. Estaba fuera de lo político, fuera del activismo socialista radical; que iba ganando mucho terreno por entonces. Nosotros lo presentamos como lo que era: un emprendimiento del Consejo Directivo de la facultad. Y estuvimos a un paso de lograr su aprobación...

-- Lo sé... Pero, ¿cómo pudo alterarse, en tal grado, una situación perfectamente normal, correcta, pertinente?

-- Y, hasta, especial y prometedora, doctor Calancho...

-- Cierto...

-- Bueno, después del agregado que acabo de poner, le respondo: Porque, de pronto, los políticos universitarios hicieron lo único que saben hacer; politizaron la reforma, doctor Calancho. Y convirtieron el agua clara en un lodo turbio...

-- Entiendo... Echaron barro y basura en la fuente limpia. Pero, ¿cómo fue?

-- Ahh... Me parece que usted desconoce el detalle más importante: La intervención de Malaval... Dicen que hay personas que tienen un enemigo íntimo. Malaval es el mío...

-- ¿Qué? Yo sabía que Malaval era su amigo... ¿Qué fue lo que hizo Malaval?

-- Mire, primero, le explicaré un poco los antecedentes. Así, lo va a entender mejor. Los estudiantes socialistas, procubanos, objetaron el proyecto desde el principio, aunque sin mucha decisión. Y, básicamente, - creo - porque se imaginaban que era un emprendimiento camuflado de sus competidores, los maoístas. Pero no tenían pruebas. Y, para obtenerlas, sondearon a los miembros de la comisión; incluso a mí mismo. Venían, aun de las otras facultades, los interesados en el asunto, los supuestos amigos, los comedidos, los consejeros; hasta, algún pretendido técnico... Estábamos, en esos momentos, en las discusiones parciales; antes de la asamblea general de la facultad, que iba a ser la instancia definitiva...

-- Claro... Suele suceder... Empiezan a acercarse muchos oportunistas; incluidos varios que al principio no mostraban el menor interés. Lo de siempre... El éxito, o la promesa del éxito, huelen a pan caliente. Siga, - si lo desea - doctor Viñeros.

-- Bueno... Un día, aparece un “amigo” izquierdista que - oficiosamente y sin preguntarme antes - ya me había conseguido una cita con un “técnico” extranjero: Zeledonio Tarquino Moreira. / Vas a tener que ir al Instituto de Investigaciones Sociales a las dos y treinta de la tarde - me dijo. Las sugerencias y criterios de Moreira te van a resultar valiosos... / Fui a su despacho. Moreira era un chileno alto y fornido; con un cierto aspecto de árabe negro. Parecía más un militar que un académico. Se presentó a mí como un sociólogo experto en asuntos educativos. Pero, no me dio ningún detalle de sus estudios, ni de su experiencia. Tampoco justificó su intervención en el asunto... Algo resultaba raro... Inexplicablemente, me habló, desde el principio, en forma altanera y prepotente. “Usted es un geógrafo...” - me espetó; y se quedó en silencio. / “ Sí, ¿y qué? “ - le respondí. / Otro silencio, molesto. Lo rompió él; tratando, con artificiosas vueltas verbales, de rebajarme, de intimidarme, de pedirme cuentas. Quizás grababa la conversación; porque yo supe, posteriormente, que cosas de ese estilo se hacían, en ocasiones, en el recinto universitario...(Algunos docentes y empleados eran agentes de los rusos y de los cubanos; y debían, por supuesto, mantener sus ocultas posiciones y justificar sus sueldos...) / Mire, doctor Calancho, lo diré con las palabras que corresponden: En cierto momento, tuve buenas ganas de mandarle a la mierda a este Moreira; por su actitud destemplada y por su intromisión...

-- ¿Un comisario político? ¿Un pesquisa universitario? ¿Sería, en verdad, un sociólogo, un investigador? ¡Y pensar que el mundillo universitario parece más bien idealista, inofensivo y, hasta ingenuo!

-- No lo era, realmente, en aquel entonces, doctor Calancho... Acuérdesese de Los Atalás, quizás anarquistas; de los grupos de garroteros maoístas; del asesinato de Milton Reyes; de los policías y los militares infiltrados; de los agentes de la CIA...

-- Increíble...

-- Creíble, doctor Calancho... Parte de la Guerra Fría se libró en los predios universitarios de América Latina. Para mal de nuestra educación y de varios de nuestros países...

-- Bueno, doctor Viñeros, pero, ya nos salimos por la secante... ¿No estábamos con Moreira?

-- Yo estaba, aquel día, con Moreira... Sí... / Bueno, me di cuenta de la provocación... Y no conté hasta diez, sino hasta treinta. Tenía, detrás de mí, una responsabilidad institucional. Si discutíamos, y le gritaba, Moreira podría haberme armado allí un escándalo; y, quizás, me habría acusado, ante las autoridades universitarias, de algo grave... ¡Qué sé yo! Por lo tanto, se me ocurrió que lo mejor era esquivarlo, neutralizarlo...

-- ¿Cómo?

-- Hablé bastante más de lo que suelo... Insistí en el carácter primordialmente académico de la reforma. Cuando me interrumpió, le dije: “¿No me ha llamado usted para hablar de la reforma? Escúcheme, por favor; y, luego, deme sus opiniones...” En cierto momento, me dijo que no existen reformas neutras... Le respondí que la universidad se había hecho para estudiar; y los partidos políticos para hacer política. Cada órgano tiene su función. Si un estudiante tiene preocupaciones políticas, que se inscriba en un partido... Fuera de la universidad... Y decidí, en este punto, devolverle su inicial “gentileza”: “Y, si usted quiere hacer política... Pero, bueno, usted es extranjero; y no puede inscribirse en un partido político ecuatoriano...” / Noté la rabia, en el brillo de los ojos de Moreira... En ese momento, decidí cortar la entrevista: “Mire, señor, el próximo Viernes, a las 18 horas, tenemos una sesión ampliada de la comisión, en el Aula Magna de la Facultad de Química. Estudie, por favor, un poco más, el documento de la reforma. Y dele un vistazo, también, a estos dos artículos adicionales. Están, respectivamente, en inglés y portugués: Peter O’Flagerthy y Darcy Ribeiro...” / Depositó sobre el escritorio de Moreira las fotocopias correspondientes. Otra vez, la rabia en sus ojos... / “Será un gusto tenerlo con nosotros. Separaremos unos treinta minutos de tiempo para su intervención... Hasta pronto, licenciado Moreira.” / “No podré estar. – me respondió, secamente. “Tengo una agenda llena esta semana... Y el Viernes debo viajar a Quito.” / Bueno, señor, ahora, la próxima acción es suya... Por mí, no ha faltado...

-- Ya veo... Algo tramaban, contra usted, Moreira y sus compinches...

-- Casi seguro... Bien... En ese plan, suspicaz, acechante y opositor, actuaban, los socialistas. Imprimían sus hojas volantes... Pero la argumentación que producían, y hacían circular, era más bien débil: Que el “academicismo” es burgués; que el estudiante universitario ecuatoriano debía adquirir plena conciencia social; que éste mismo - las “bases”, como decían - debían haber participado más en la elaboración del proyecto de reforma, etc. Los socialistas, en realidad, no impedían nuestro avance; pero, sí, nos molestaban... Era preciso, sin embargo, tener tino y paciencia. Fui explicando la cuestión, en varios lugares y grupos de la facultad; tratando de persuadir; intentando disminuir las resistencias. Y considero que adelanté mucho por ese camino. En fin, los socialistas eran algo torpes; pero, muy, muy insistentes. La fe que me empecina; la fe que los empecinaba, como dice el tango UNO.

-- Y aquel tango tiene también algo para usted: “Uno busca lleno de esperanza...”

-- ¡Sí, señor! La engañosa esperanza; que, a veces, llamamos optimismo... ¿Sigo?

-- Siga.

-- En algún momento, - ciertos colaboradores nuestros me lo soplaron - los estudiantes y los profesores socialistas de la facultad se reunieron. Punto único de la agenda del día: Trazar una “estrategia” para detener la reforma burguesa... Un estudiante había dicho: “¿Y por qué no podemos nosotros hacer algo igual o mejor que los burgueses?” Apoyado. Manos a la obra. Pero, se necesitaba tiempo. Lo hallaron. Con el argumento de la participación democrática, lograron que el decano Jarama - miembro del minoritario grupo de los promoscovitas - alargara el calendario de la reforma; y les concediera un mes de plazo para hacer un proyecto alternativo. Por otro lado, unos meses antes, Malaval había ascendido a jefe de redacción de EL HERALDO; y se había afiliado - en secreto, para que pudiera influir más efectivamente en sus lectores; se me chismeó tiempo después - al Partido Socialista Ecuatoriano.

-- Demasiada politiquilla...

-- Fanatismo, cerrazón, política desubicada y enfermiza, doctor Calancho.

-- Bueno, ¿pero no había representación socialista en la comisión que elaboró el proyecto?

-- Había representación del alumnado; que era lo reglamentario, por supuesto. No caben - creo yo - representaciones estudiantiles por partidos o grupos... Y yo me preocupé de que los representantes estudiantiles de la comisión les informaran y consultaran regularmente a sus compañeros. Pero, - usted sabe - esos asuntos interesan a pocos. Y, sobre todo, hay que trabajar... Trabajar o pensar; por lo menos, algo. No disculparse, no poner pretextos, no quejarse simplemente... Las sugerencias se tomaron en consideración; cuando las hubo... Alguna vino, alguna vez, de algún estudiante socialista.

-- Y, entonces, ¿por qué se oponían ellos, doctor Viñeros?

-- Porque el proyecto había sido elaborado cuando los estudiantes maoístas dirigían el Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía. Y los socialistas sospechaban que había, por lo bajo, un entendimiento entre esos y la “derecha”. La derecha - le diré - no pasaba de ser una palabra, una etiqueta... No había nada, en la realidad, que pudiera responder bien a tal nombre. Pero, - en un medio extremadamente ideologizado - la derecha, como el demonio en ciertas religiones, debe existir; aunque no se la vea, ni se la sienta... En otras palabras, los socialistas calculaban que - de triunfar la reforma - ellos quedarían en desventaja, respecto a los maoístas, para las próximas elecciones...

-- No se puede pensar así, ni actuar así, doctor Viñeros. No se puede tener semejante obsesión política... Desubica todo... Es como jugar un partido de fútbol, cuando se debe celebrar una misa. Estamos medio locos...

-- Lo estamos, doctor Calancho. Si estuviéramos en nuestro sano juicio, las universidades debieran ser regidas por las autoridades académicas; hoy, las rigen los comités revolucionarios...

-- ¡Las Comunas!

-- Exactamente. O - peor aún; como dicen algunos, usando el término criollo - hoy rige el relajo...

-- En castizo, el libertinaje... Caray, doctor Viñeros... No creía que se había llegado a tanto. Y, volviendo al asunto, ¿qué hizo Malaval?

-- Vea usted, doctor Calancho. Los estudiantes socialistas acudieron a Malaval; para pedirle que les hiciera un proyecto o que les guiara en la tarea de hacerlo. Debo seguir con los antecedentes. Los “maestrillos” - en la reunión de marras - habían evadido la responsabilidad. Dijeron simplemente que no habían estudiado planificación educativa... Que esa especialidad no existía en el país...

-- ¿Y qué sabe Malaval de planificación u organización educativa?

-- Nada... Malaval es, entre otras cosas, un actor frustrado. Es un fanático de Marlon Brando, de James Dean... Y es un simulador y un copión... Le imita al doctor Estarellas... Conversa con los muchachos, con los estudiantes; a veces, bebe con ellos ... Les deslumbra con su supuesta versación. Quizás, les transmitiera - como suyo - algo de lo que yo le contaba o comentaba sobre la reforma... En todo caso, sé que alguna vez leyó o le dio un vistazo a Darcy Ribeiro. Y, por supuesto, había oído, o había leído, a su gran jefe nacional, el socialista Manuel Agustín Aguirre; quien, por entonces, era rector de la Universidad Central...

-- ¿Y eso basta?

-- Para los estudiantes socialistas, doctor Calancho, hasta podría sobrar un poco...

-- Vaya... ¿Y qué les respondió Malaval a los estudiantes?

-- Les dijo, al principio, que no era cosa de soplar y hacer botellas... Que había que iniciar todo... Y había agregado que nuestra comisión, al momento, ya contaba con resultados apreciables... Que ya corría con ventaja... Aparentemente, Malaval intentó - igual que los “maestrillos” - sacarle el bulto a una tarea difícil, delicada y comprometedora. Y queriendo, o sin querer, les desalentó a los estudiantes... Bueno, esto me lo contó él mismo, uno de aquellos días; cuando, en su interior, debía estar dudando entre su amistad conmigo y las obligaciones ocultas de su nueva militancia. Creí, en este punto, que la cuestión se acababa: Los estudiantes socialistas desistirían... Pero no...

-- ¿Qué pasó?

-- Los socialistas volvieron a la carga...

-- ¿Y cómo?

-- Presionaron a Malaval por medio del director provincial de su partido. Ante eso, él no pudo negarse... Y acudió, un par de días, a las reuniones que los estudiantes hacían para preparar el documento. Trabajaron irregularmente... A la final, sacaron - como podía presumirse - un improvisado “proyecto”, de unas pocas páginas. Era, en realidad, más que nada, una declaración de intenciones políticas y académicas; mal concebida, mal organizada, mal redactada... Leí el documento; y saqué la conclusión pertinente: Tiene escasas posibilidades de éxito... No es, realmente, una “alternativa”, como ellos decían... Nosotros, los de la comisión, tendremos que esperar un poco solamente; y, en el interín, deberemos ir

consolidando, con habilidad, lo que ya hemos logrado. Equivocación... No hay enemigo chico. Y uno nunca sabe el giro que pueden tomar, de pronto, los procesos conflictivos...

-- ¿Y cuál fue ese giro?

-- Un día, supimos que los socialistas más radicales consideraban que su proyecto era un adefesio. Y empezaron a cargarle el fracaso a Malaval. Lo acusaban de ocioso, inestable, inconstante, oportunista, hipócrita, amigo de los burgueses, etc. Y, entonces, - ¡eureka! - para detener el proyecto nuestro, se les ocurrió, más bien, cambiar completamente de táctica: politizar a fondo la cuestión...

-- A fondo... ¿Y qué hicieron?

-- No había que atacar el proyecto. Era una tarea difícil... Había que atacar a los proyectistas. ¡Vamos adelante en esa dirección...! Pintaron un nuevo cuadro de circunstancias, a su gusto y favor: Jarama, el decano, era un tonto útil de la derecha; Ibares, el presidente del Centro de Estudiantes, apuntaba a colocar, en las próximas elecciones de autoridades, un decano "chino"; Martínez, el antiguo profesor, había trabajado en una universidad de los Estados Unidos, por lo tanto...; las dos chicas, representantes de los estudiantes en la comisión, eran unas burguesitas de cabeza hueca y corazón romántico, admiradoras de Ibares y de Viñeros, el coordinador; y este coordinador bien podría ser un agente del Imperialismo... No, nada de dudas, había que ser muy afirmativos... Había que decir lo que el licenciado Viñeros es en realidad: un agente encubierto de la CIA ... Listo. Insistir, propagar... La leña está colocada y se han puesto los periódicos por debajo. Finalmente, habrá que verter un poco de gasolina en el piso. Y, para provocar el incendio, sólo habrá que lanzar un fosforito prendido... Malaval debería lanzarlo. Malaval nos está debiendo algo... Malaval lo lanzó.

-- ¿Cómo? No veo por que razón Malaval tenía que hacer algo tan gordo y tan feo...

-- Malaval estaba medio cercado, avergonzado, confundido, agujoneado... En esas condiciones, - me parece - buscó, y halló en la sugerencia de sus coidearios, la forma de reivindicarse. Y procedió de la manera más eficaz que se puede imaginar... ¿Conoce usted a Sonia Inés Barrasa?

-- No.

-- Debe conocerla, doctor Calancho. Comenzaba sus estudios, cuando usted estaba todavía trabajando en la Universidad Austral. Todos la conocían; porque cantaba en las fiestas y en los paseos campestres de los estudiantes. Tiene una voz expresiva y cálida y una figura agraciada. Era una buena estudiante. Pero algunos opinaban que le habría ido mejor en los escenarios artísticos que en el escritorio de maestra. Bueno, ese es otro cuento... En lo respecta a este asunto, ella era una representante estudiantil; una de los tres estudiantes de nuestra comisión.

-- ¡Ah, sí! Ya caigo... La Señora Tristecita; porque la samba argentina La Tristecita era uno de sus éxitos.

-- Correcto. La misma. Bueno, un día viene esta chica y me pregunta: "Licenciado Viñeros, ¿el profesor Malaval es amigo suyo?" (Malaval comenzaba a trabajar, como profesor ayudante, en la Universidad Austral; pero no en la Facultad de Filosofía, sino en la de

Jurisprudencia.) “Sí.” -- le respondo. / “ Bueno, pues, entonces, - me dice ella - no tiene usted solamente un amigo, sino, también, al mismo tiempo, un verdadero superenemigo. ¿Sabe usted lo que hizo, ayer por la noche, el profesor Malaval, en la asamblea del Centro de Estudiantes?” / Y me contó detalladamente el episodio. Malaval lucía excitadísimo, inquieto, evidentemente alterado. Pidió hablar; y la mesa directiva le concedió la palabra a título informativo. (Por no ser él miembro de la asamblea.) No informó nada, sino lanzó una enardecida arenga. Dijo que la Universidad Austral estaba en peligro. Dijo que ese proyecto de reformas, aparentemente neutro, era un caballo de Troya del Imperialismo; destinado a destruir nuestra centenaria y popular universidad. Y, luego, con el tiempo, toda la universidad nacional. Que sólo la decidida actitud del estudiantado podría acabar con la amenaza. Que la departamentalización de la universidad - inspirada en modelos norteamericanos - llevaría al aislamiento completo y a la anulación de los estudiantes; y a la total pérdida de su conciencia social. Que, con esa organización académica, las autoridades universitarias y los profesores harían prácticamente todo lo que les viniera en gana. Adiós a las conquistas estudiantiles... Que los hacedores de este proyecto respondían a los más oscuros intereses oligárquicos del país y a un verdadero complot antiprogresista, antiuniversitario y, sobre todo, antiestudiantil. Compañeros estudiantes, detengamos al enemigo a tiempo; que, si lo dejamos pasar, mañana estaremos arruinados, oprimidos, sin una verdadera universidad; y con las puertas de ésta cerradas para los sectores populares. Que la acción debe ser inmediata, porque mañana quizás todo sea demasiado tarde...

--¡Qué demagogia tan cínica y tan perversa...!

--Y sí...

-- Adelante...

--En fin, una abundancia de etcéteras de semejante laya. Y todo salpicado con mal intencionadas alusiones a los miembros de la comisión de la reforma y a las autoridades de la facultad. / Y sepan, compañeros, que - en cualquier posición en la que yo esté - seré siempre un estudiante más. Aunque sea profesor, tengo alma de estudiante... Seré un estudiante por siempre y para siempre... Muchas gracias, compañeros. / A continuación, aplausos y vivas a Malaval de parte de un grupo de estudiantes socialistas de la facultad y, también, de otras facultades. (Yo sospecho que los socialistas armaron mañosamente esta asamblea.) Desconcierto para muchos, sorpresa, murmuraciones, conjeturas a granel...

-- ¡ Terrible...! ¿Y aquello de que la universidad es la sede de la razón?

-- Aquello del doctor Malo, de la universidad Católica, de Quito... Olvídelo, doctor Calancho. En el Ecuador actual, la universidad es la sede de la sinrazón...

Calancho se quedó pensativo. Luego, con una seña, me indicó que se iba a la cámara de vapor. Volvió y me dijo:

-- Pienso que podría - no sé si debiese - hacer varias preguntas...

-- Hágalas, doctor Calancho.

-- En realidad, no sé por donde comenzar. Vaya... ¿Y si usted continuase, doctor Viñeros? Por cualquier parte...

-- Bueno, le cuento este detalle adicional. Sonia me dijo que - al salir de la asamblea - alguien le habló, en alta voz, a Malaval: "Bravo, Loco... Tu filosofía futbolera nos ha salvado. No hay mejor defensa que un buen ataque... Ahora, nosotros controlamos el partido... Y falta poco para que suene el pitazo final. / "Gracias, hermano..." -- había respondido Malaval; ya muy tranquilizado. / "Vamos a ganar por goleada ..."

-- Moraleja: Triunfó la demagogia. En esta vida, casi siempre, triunfan los peores...

-- Y el saldo... Trabajo perdido, tiempo perdido, desaliento, frustración... Y yo me había metido en un lío grande: Quedaba señalado como un conservador, y un filoamericano incondicional; y, hasta, quizás, - o sin quizás - como un agente o colaborador de cualquier organismo sospechoso de los Estados Unidos... Mala cosa, en un medio académico y político supuestamente progresista y, de hecho, esencialmente antiamericano... ¿Qué hacer? ¿Meterme en la concha de mis estudios? ¿Emigrar? ¿Alguna otra posibilidad?

-- Pero, doctor Viñeros... Por otra parte, ¿por qué había que tomar el asunto tan a la tremenda? ¿Por qué había que tomar la intervención de Malaval como una derrota definitiva? Había que haberle resistido a Malaval, doctor Viñeros...

-- ¿Cómo, doctor Calancho? ¿Organizando políticamente a los no políticos? ¿A los profesores y alumnos de mentalidad académica? ¿Organizando a estas almas cándidas e inofensivas para una lucha frontal contra los energúmenos socialistas y maoístas? ¿O haciéndome líder de los pocos conservadores e independientes de la facultad?

-- No sé...

-- ¿No habría sido eso aceptar las prácticas de los radicales? ¿Aceptar una lucha absurda y desigual? No, doctor Calancho... Los políticamente moderados no podíamos hacer eso... No correspondía...

-- Pero, entonces, doctor Viñeros, las universidades quedan en manos de los energúmenos...

-- Sí, señor... Si los débiles gobiernos nacionales lo siguen permitiendo. Y lo permitirán... Porque no entienden el problema... No se dan cuenta de que la propaganda marxista universitaria es, en realidad, una verdadera violación del laicismo. De la ley... Que el marxismo es una seudoreligión... El opio de los intelectuales, según Raymond Aron. También que se está predicando el odio. ¿O no es eso la lucha de clases? Que, con el tiempo, se puede llegar a un enfrentamiento social muy amplio... Y hay más todavía: A varios de estos gobernantes, la política universitaria les parece normal y hasta necesaria. Es que ha sido la única escuela de política práctica que ellos tuvieron y conocen... Unos cuantos de los últimos presidentes del Ecuador se han formado políticamente en la Federación de Estudiantes...

-- Algo complicado... Y, para mí, en parte, nuevo. Sin embargo, lo comprendo... ; en lo principal... Bueno, ¿pero, el comportamiento de Malaval no era arbitrario, artero, inexplicable, antirreglamentario, mal intencionado y mucho más? ¿No se lo podía sancionar; alegando - por ejemplo - irresponsabilidad académica, intromisión, calumnias o,

hasta, alteración mental...? La pelea es peleando, doctor Viñeros. Había que buscar la manera institucional de enfrentarlo...

-- ¿Quién iba a sancionar a Malaval? ¿Un Consejo Superior Universitario también mayoritariamente radicalizado? ¿Quién iba a sancionar a un profesor respaldado - al menos, en parte de sus acciones - por todos los sectores de activistas que manejan al estudiantado? ¿Qué importa, doctor Calancho, que un buen revolucionario sea irresponsable, entrometido, calumniador o hasta desquiciado?

-- Comprendo, comprendo... En este caso, cuando se entra en la lógica de la política, se ha salido ya de la lógica académica. Eso es lo principal... No se puede mezclar el agua con el aceite. Sí, sí, caray ... Otra vez: Estamos todos locos, doctor Viñeros. Es casi increíble...

Fui yo a la cámara de vapor. Pero, volví pronto. Sólo la resisto unos pocos minutos. Me acomodé en la reposera. Calancho me esperaba.

-- ¿Y cómo siguió el “drama”?

-- ¿Hay en esto algún dramaturgo, doctor Calancho? Yo no lo conozco...

-- Siga, hombre...

-- Bueno, doctor Calancho, después de oírle a Sonia, yo estaba desconcertado, al principio; y, luego, totalmente consternado. Dejemos aparte mi relación amistosa con Malaval: la lealtad, la caballerosidad o, al menos, la neutralidad, la imparcialidad; lo que uno puede esperar de los amigos, en casos semejantes. Y miremos a otro lado: Yo no creía posible - aunque conozco, por supuesto, lo alterado que puede ser Malaval, en ciertas circunstancias - que un profesor universitario pudiera actuar de esa manera.

-- La razón de partido, doctor Viñeros. La razón de partido... Es muy poderosa. Y - en cuanto a las circunstancias generales - estoy de acuerdo con usted en que la Universidad Austral ya estaba, por entonces, muy politizada. Por un momento, lo olvidé...

-- Sí, señor. Y, en realidad, esa fue la causa profunda de nuestro fracaso. En la jerga revolucionaria: Las “condiciones objetivas” nos eran adversas... Me explico. Unos meses antes, habían ocurrido las localmente famosas “Guerras Médicas”; es decir, los conflictos y los disturbios que partieron en dos a la Facultad de Medicina de la Universidad Austral. Un verdadero hito en la vida de esta institución. Usted debe acordarse.

-- Sí, me acuerdo. Y, en cuanto al asunto de las sanciones, - lo pensaba mejor hace un momento - quizás usted haya visto bien. Eran imposibles de conseguir... Una vez empujados al charco de la política, ustedes, los reformadores, ya no tenían salvación. Y la Universidad Austral, tampoco...

-- Pero, le diré, que Jaime Ibares sí pensó en las sanciones. Usted debe conocer también a Ibares.

-- Sí. El muchacho aquel de la trencita, el gimnasta...

--Exacto. Bueno, él era, entonces, presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía. Creo que se lo he dicho ya a usted. Cursaba el último semestre de su carrera. Simpatizaba con los maoístas; o, quizás mejor, colaboraba ocasionalmente con ellos. Por eso, ellos lo hicieron presidente... Usaron su atractivo... No sé... Ibares no parece tener convicciones políticas fuertes. Tiene, eso sí, en cambio, sus preocupaciones marcadas, sus aficiones... Vaya, quiero decir que no es uno de esos fanáticos catequizados, obsesivos, cerrados... A lo largo del trabajo de la comisión de reforma, fue ganando entusiasmo; y poniendo cada vez más empeño. Y, así, sobre la marcha, mejoró mucho su comprensión de los problemas universitarios. Un detalle: Ibares es fervoroso; suele hablar con énfasis, con pasión... Bueno, le estoy alargando demasiado el cuento.

-- No se preocupe. Adelante.

-- Si usted es paciente... Bien, cuando encontré a Ibares, - después de haber hablado con Sonia Barrasa - él ya conocía el episodio de Malaval. (Por mala fortuna, no había podido - como correspondía - dirigir, el día anterior, la Asamblea del Centro de Estudiantes.) Ibares estaba furioso. "Si yo me cruzo con este miserable, hijo de puta, - me dijo, refiriéndose a Malaval - le doy tres patadas en el culo; aunque, en realidad, lo que se merece es que le reviente el alma; si la tiene el muy desgraciado..."

--"Tranquilícese, Jaime." - le recomendé yo. / "Debemos mantener la calma; y analizar bien la cuestión." / Un rato después me propuso: "¿No cree, Juan, que debiéramos llevar el caso al Consejo Superior de la Universidad; y pedir sanciones para Malaval? / "Insistí en que terminara de calmarse; y añadí que era conveniente tomarnos un par de días para decidir bien nuestras acciones. Ni siquiera me preocupé - como ya se había vuelto habitual - de fijar la fecha y la hora para el siguiente encuentro o la siguiente reunión. Le dije, solamente, que lo llamaría por teléfono, en cualquier momento, si era necesario..."

-- No lo llamé. Lo puedo suponer...

-- No. En verdad, no... Es que yo sabía , en ese momento, que el asunto de la reforma estaba ya prácticamente liquidado. El proyecto era un vaso de vidrio partido en veinte fragmentos. Imposible arreglarlo...

-- Un golpe muy fuerte. No me dirá usted que pudo, realmente, mantener la calma en esos momentos...

-- No, por supuesto que no... Empecé a sentir la indignación y la ira poco después de hablar con Ibares... Me fui a mi casa; dando una larga vuelta a pie, por las orillas del río Yanuncay, para tranquilizarme. Pasé un mal día... En la mañana siguiente, volví a encontrar, por coincidencia, a Ibares, en la facultad; y charlamos un buen rato en la cafetería del edificio de la administración universitaria. Ahora sí, él estaba calmo; hasta, quizás, demasiado calmo... Sospecho - por sus palabras medidas, por sus abstenciones, por sus vacilaciones - que los maoístas le habían lavado un poco el cerebro; que, tal vez, dadas las nuevas circunstancias, ellos habrían podido hacerle "comprender sus equivocaciones". En suma, Ibares, probablemente, había cedido mucho terreno, al ser atacado por su flanco más débil: sus laxas y espontáneas simpatías ideológicas. Y eso era nada menos que el tiro de gracia al cuerpo de la reforma: Con Ibares desmotivado, y los maoístas elusivos o francamente en contra nuestra, habíamos perdido por completo el respaldo estudiantil... (Me guardé, bien

guardadas, estas conjeturas, desde luego...) Al despedirme, Ibares me dijo que, en adelante, los estudios de Arqueología iban a ser su principal preocupación. A poco de este diálogo, él ganó una beca de la Alianza Francesa; y se marchó a París; para hacer un doctorado en Arqueología en La Sorbona.

-- Otro cuento...

-- Sí...

-- Pero algo quedó... Usted habló de ciertas consecuencias.

-- Sí, las hubo. Las largas discusiones habían dejado en claro que la facultad tenía muchas fallas; y que había que preocuparse de su desarrollo, de su futuro... Y, también, que la reforma debía irse proyectando, en lo posterior, a toda la Universidad Austral. Y que, - para ser completa - a mediano plazo, debía aplicarse a todo el sistema universitario ecuatoriano. Una cierta conciencia quedó... En ese sentido, sí, se abrió una brecha; que permaneció y aún sigue estando allí.

-- Y la facultad misma cambió. Y la nueva Facultad de Filosofía de la Universidad de San Gregorio adoptó el modelo reformado de la Austral... Eso yo lo sé...

-- Sí... La facultad cambió, en alguna medida... A pedido de mi parte, se abandonó el 3-2 y se adoptó el 1-4; que se había propuesto en el proyecto de reforma. Es decir, se redujo la formación básica a un año; y se ampliaron las especialidades a cuatro años. Con una lista de materias casi fija... Con la inclusión, en ellas, de las pedagogías... Y, en las semanas posteriores, se trabajó un nuevo plan general de estudios; que tomó, en lo fundamental, - para unas cuantas especialidades - los planes de los departamentos correspondientes. Nada más...

-- ¿Y usted propuso, también, la formación del llamado centro académico?

-- Ah, eso no, eso no... Ese inefable centro académico; que debiera escribirse entre comillas... ¡Qué pegote, qué adefesio...! Mire, doctor Calancho, yo no seré un gran talento; pero, tampoco, soy tan gil como para recomendar eso... Ese "centro académico" es un invento chileno...

-- ¿Un invento chileno?

-- O, - ¡vaya! - quizás, la copia de una "ingeniosidad" universitaria de tal origen... Lo propuso un catedrático socialista, chileno, el doctor Melián. Él argumentó, en una asamblea de la facultad, que lo que había que hacer - en la situación aquella de la reforma - era "...reunir catedráticos y alumnos vivientes y no materias inertes y abstractas..." Casi textual... / Aplausos de la galería politizada... El centro académico llegaba a nuestra centenaria e ilustre universidad...

-- No entiendo bien... ¿Cuál era la finalidad de Melián?

-- Se lo digo con sus palabras, las de Melián: "...implementar una alternativa orgánica válida y superadora de los departamentos..."

-- Y él lograba ese "implemento" , usando la todopoderosa magia ideológica...

-- Sí, señor. Y nosotros le objetamos. (Nosotros... Vaya, Martínez, unos pocos más y yo.) Pedí la palabra y dije: “Doctor Melián, nosotros creemos que el departamento es una institución académica. Recalqué: institución... Y, por otra parte, el centro académico es nada más que una reunión ocasional o periódica de profesores y estudiantes. En otras y precisas palabras, es algo así como una junta, un consejo, una comisión... Siendo tal el asunto, tenga usted la bondad de explicarnos cómo una junta puede ser la alternativa “válida y superadora” de una institución; es decir, concretamente, cómo un centro académico puede reemplazar a un departamento...”

Me callé. Recordaba los dichos y los hechos de aquella vieja asamblea.

-- ¿Qué respondió Melián?

-- No respondió, realmente. Usó la táctica del galimatías. Dijo que el asunto implicaba ciertos presupuestos conceptuales... Dio varias vueltas “conceptuales”, empleando una palabrería vaga, críptica y a filosofada. Palabrería, por tales condiciones, imposible de rebatir... Cubrió, oscureció... Digamos que hizo cantinflismo sin humor; o, en el fondo, que usó una vieja argucia de los intelectuales mediocres: Acumular palabras difíciles, extravagantes o impropias para disfrazar o tergiversar una realidad simple... Lo ayudó, en la postiza tarea, un hecho imprevisto: En cierto momento, tuvo que callarse; porque entró al salón, haciendo mucho ruido, un grupo de estudiantes. Gritaban consignas, lemas, frases de aliento; cantaban fragmentos de canciones revolucionarias... Lo primero que se oyó fue una sonora especie de versito: / ¡Allende, Allende! / Compañero Salvador, tú no has muerto. / ¡Estás presente! / Melián retomó la palabra. Cuando dijo “Para terminar, ...”, un muchacho gritó: “Hasta la victoria” Y una chica añadió: “Siempre “. Lo del Che Guevara... Melián terminó, sonriente y suelto, - como si hubiera sido vigorizado por la presencia de los manifestantes - reiterando eso de juntar personas, conscientes y activas; y no contenidos obsoletos, intrascendentes y poco progresistas... Más aplausos de la galería adoctrinada. Otro fragmento de canción de las barras. “Los gusanos a Miami, los gusanos juntitos a la mierda...” Se fueron los manifestantes. / Se votó y ganó la moción del centro académico...

-- ¡Qué manera de hacer las cosas...!

-- Esa es la manera revolucionaria de hacer las cosas, doctor Calancho... ¿Sabe cuál es mi conclusión?

-- No. Dígamela...

-- Que - con colores revolucionarios – triunfó, de muy mala manera, el gatopardismo conservador. Es decir, se cambió un poquito para que todo siguiera siendo igual... Eso, en el mejor de los casos... En el peor, - que hoy me parece más verosímil - se avanzó otro trecho por el camino de la destrucción institucional. Los revolucionarios suelen ser como los Tres Chiflados: Aun con las mejores intenciones, destrozan todo lo que tocan... Y, hoy día, están destrozando también el insignificante 4-1. Por ahí vamos... Y seguiremos yendo...

-- Todas las revoluciones políticas son iguales, doctor Viñeros. Mucha retórica, algazara, fanatismo. Y las consecuencias: desorden, odio, destrucción, estancamiento... Por lo menos,

eso ocurre en el principio; hasta que, a veces, finalmente, las revoluciones decantan lo positivo... Algo de positivo.

-- Sí, señor... Las revoluciones, como los huracanes, tienen que pasar. Y, cuando pasan, viene la calma; retorna la razón... Y, entonces, recién, llega la gente pragmática: los realizadores, los constructores, los consolidadores...

-- Esperemos que sea pronto... Pronto... No se puede seguir así...

-- No; no será pronto, doctor Calancho. Al menos, para nosotros, como personas. No somos gatos de siete vidas... Usted sabe, los tiempos de la historia corren lentamente... Cincuenta años son un día de la historia... Para el mañana de la nueva construcción, nosotros ya no estaremos aquí...

Calancho se fue a los baños turcos. Volvió y se acomodó en su reposera. Retomamos el tema.

-- Pero, tal vez, sí se cambió algo, doctor Viñeros... Quizás a usted no le satisfaga suficientemente este resultado; porque usted esperaba un cambio muy significativo, casi total...

-- Bueno, para ciertas personas... Para quienes creen que hay que ir paso a paso... Y, ciertamente, algo es algo, dijo el Diablo -- afirmación de los mexicanos. Y ese Diablo estaba llevándose una monja en el hombro.

-- No había oído eso...

-- Ya lo oyó... Bueno, lo que se hizo, finalmente, en la Austral, doctor Calancho, sería adecuado, si viviéramos en una sociedad evolutiva y de progreso más o menos constante; como Suiza, como Suecia... La evolución es el cambio social gradual; y es también el más deseable y el menos doloroso.

-- Pero estamos en el Ecuador... Claro... No evolucionamos... Estamos detenidos; o hasta retrocedemos... O, cuando más, en el mejor de los casos, avanzamos espasmódicamente, irregularmente...

-- Usted me lo acaba de confirmar... Así es. Y, por lo tanto, en el caso de la Universidad Austral, se necesitaba una buena reforma. Una buena reforma... No reacomos, no parches, no refritos, no simulaciones...

-- Insisto... ¿Y el robustecimiento de las especialidades no sería, hasta cierto punto, una apreciable reforma? Algunos así lo creen...

-- Sólo hasta un punto muy inicial. Vea usted... Entraron muchos profesores improvisados; no se cambiaron las formas de trabajo. Y ni hablar de la investigación, de la difusión... Prácticamente, no existen.

-- Y las administraciones son cada vez más politizadas...

-- Y menos técnicas... Claro. La esperable yapa...

-- Tengo un cabo suelto, doctor Viñeros... ¿Y qué me dice usted del funcionamiento actual de los centros académicos? ¿Coordinan algo, por lo menos?

-- Un poco... ¿Que realidad provechosa podía salir de aquella idea tan postiza...? Nunca se los pensó bien, se los proyectó adecuadamente; ni siquiera para servir de las limitadas posibilidades de la planificación de cursos, de la supervisión, de la coordinación. Usted conoce los tales centros, doctor Calancho. Son los mismos que funcionan - o no funcionan - en la Universidad de San Gregorio. Y, hoy día, estos ya se han convertido casi en una simple formalidad... No entiendo por qué los copiaron allí; sin ningún discernimiento...

-- Iré a otra cosa. ¿Y nadie ha vuelto a hablar de los departamentos?

-- Departamento es ahora una palabra ideológica... Una mala palabra... Mejor: El nombre de un pequeño demonio universitario... El demonio que pretendieron traer los imperialistas.

-- Pero, entonces, la universidad no tiene horizontes. Nadie ve las soluciones...

-- Nadie ve realmente los problema universitarios, doctor Calancho. Los activistas están ocupados "preparando la revolución" o haciéndola ya... Y lo más importante, en semejantes condiciones, es tener conciencia social... Esto lo vengo repitiendo hace años...

-- ¿Y el saber?

-- Aquí, el que sabe mucho, muere; como en las películas de pandilleros, doctor Calancho. Hay que saber poco... En la Universidad Austral de hoy, usted estaría en peligro...

-- Pero, ¡qué revolución...! ¡Ni qué pitos, ni qué flautas! Uno no entiende realmente lo que pasa... Más que revolución, parece haber confusión... Hacen cualquier cosa... En estos mismos días, se contratan costosos planes de "desarrollo universitario", doctor Viñeros. Lo ponían recientemente los diarios. ¿Qué le parece? Los técnicos que los hacen, ¿revisarán, por lo menos, el documento que ustedes elaboraron? ¿Y cómo poner un poco de orden en este voluminoso enredo?

-- No lo sé... Sí lo supiera, podría ganar un premio internacional en Sociología. Sí... Es cierto. Al momento, hay, en preparación, un "plan de desarrollo", en la Universidad Austral... Lo están haciendo los "técnicos comprometidos de su propio seno"...

-- Eso... Usted sabe, el otro día Mariano Carrillo hablaba del tal plan... Y no hablaba bien... Carrillo es - según se dice en la San Gregorio - el hombre de las envidias altas... Y yo pensé mal. Me dije: Si lo hubiesen incluido a él, entre los consultores que lo están haciendo, bien calladito estaría...

-- Carrillo ve el asunto así... Personalmente... Siente que lo han omitido... Y toma, por supuesto, el rábano por las hojas. Allá él... Lo importante - desde el punto de vista institucional - es si ese plan servirá.

-- ¿Usted que opina?

-- No voy a decirle, por de pronto, lo que opino yo. Voy a contarle lo que leí, el otro día, en el periódico HOY, de Quito, sobre la consultoría ecuatoriana. Simón Espíndola dice que, en este ámbito, las largas sumas dan siempre menos. Es decir, galimatías, más cuadros estadísticos, más gráficos, más encuestas y más muchos apéndices dan, inevitablemente, menos que cero. Es que no hay conocimiento, no hay estudio verdadero, no hay penetración, no hay creatividad, no hay capacidad de síntesis... ¿Sabe usted que los economistas de la izquierda son los que dirigen esa planificación de la Universidad Austral? Esos son los “técnicos del propio seno”...

-- Sí. Lo dijo Carrillo. Enfatizó que, en ese grupo, no había verdaderos educadores... ¿Y cree usted que ellos, los economistas, conocen suficientemente el tema?

-- Vaya... Pretenden conocerlo. Creen que la educación es parte de la “superestructura social” ; la que, a su vez, está erigida sobre las “estructuras económicas” básicas. Estructuras económicas, fundamentales y determinantes, que, supuestamente, ellos, sí, conocen muy bien y a fondo... Y, bueno, quien conoce lo principal, conoce, o deduce, lo secundario; es decir, puede manejar, con facilidad, los diversos detalles... En fin, ¿cómo no van a conocer, los revolucionarios iluminados, los socialistas científicos o científicos socialistas, esas cosas tan fáciles, esas pequeñeces, esas derivaciones, esas pavaditas?

-- Claro, claro... Según ellos, esa gran estructura social, básica y formativa, es lo único que realmente importa. Lo demás, son ladrillos, baldosas y acabados...

-- ¡Sí, señor! Trabajitos que puede hacer cualquier artesano o cualquier aficionado.

-- Y, así, el simplismo va en su marcha triunfal; he aquí un resultado de la cosmovisión economicista que todo lo envuelve...

-- Algo por el estilo... Y los revolucionarios están cerca del reino de la religión, doctor Calancho. Me parece que fue Bertrand Rusell el primer autor que dijo que el comunismo es una especie de religión... Ya hemos tocado, me parece, en algún momento, este punto.

Seguimos un rato por este camino teórico... Y, luego, volvimos al tema de la reforma, pero por otro costado. Calancho preguntó:

-- ¿Y cómo trabajó Silverio Martínez en el asunto? El era el segundo de a bordo, ¿no? Silverio tiene sus cosas, sus formas, sus conductas... Es una persona, digamos, un tanto especial...

Comprendí, de inmediato, la intención y la curiosidad de Calancho: su relación algo tensa con Martínez...

-- No había un segundo, propiamente, doctor Calancho. Pero, bueno, si por haber sido yo el presidente de la comisión, usted lo considera así... Silverio es Silverio... Lo sé. Pero, en todo caso, yo estimo en mucho sus conocimientos, su experiencia y su buen criterio. Y trabajó

bien, eficazmente, en la reforma. Aunque, es cierto, dentro de su particular forma de trabajar...

-- ¿Particular forma? ¿Entonces, confirma usted mi apreciación de..., bueno, de la personalidad de Martínez?

-- Sí. Usted sabe... No le pida a Martínez que le haga una propuesta concreta de trabajo, que le arme un plan de estudios, que le elabore un instructivo... No le pida formalidades estrictas... Pero él reconoce, rápidamente, lo esencial de una cuestión, hace sugerencias importantes, señala detalles, comenta todo con buen juicio, con buena voluntad... Y, hasta, - con bastante sentido del humor - apunta las cosas impertinentes, imprecisas o inconvenientes.

-- Sí, sí... Usted hizo de la comisión un buen equipo... A pesar de las limitaciones; a pesar de todo... Ya lo veo... Y Silverio, a su manera, se integró bien en él... Esto - saber integrar - suele ser lo principal de una buena dirección. Se lo consigue con paciencia, con tacto, con el ejemplo... Y es difícil, sobre todo cuando tratamos con individualidades muy marcadas, diferentes, especiales...

-- Pero también disentíamos, doctor Calancho. Y, a veces, en asuntos importantes.

-- ¿En cuál, por ejemplo?

-- Vaya... Martínez, por ejemplo, creía que la departamentalización debía hacerse para toda la Universidad Austral, desde el comienzo. Yo creía, en cambio, que se podía avanzar por etapas. Se sabe que - en la mayoría de las universidades - las facultades de ciencias sociales son las primeras que se preocupan de las reformas. Se podía comenzar, pues, y ventajosamente, con la Facultad de Filosofía; que tenía ya, hace tiempo, la motivación y tenía también muchas carreras y especialidades fáciles de conectar.

-- ¡Ajá! Trotszkismo o estalinismo: La revolución permanente o el socialismo bien establecido en un primer país... Una cuestión de estrategia. - bromeó Calancho.

-- Sólo pega, en este caso, la idea del muy lejano paralelismo ... -- dije yo, sonriendo. / Hay una distancia sideral entre la "estrategia" de la reforma y la estrategia de las revoluciones socialistas...

-- Como usted quiera... Pero estamos hablando de cosas importantes, doctor Viñeros... Y, ahora, concretamente, del papel de Martínez...

Calancho usó esa clara y afirmativa segunda frase; que, sin embargo, - dicha con un ambiguo tono de voz - resultaba considerablemente imprecisa. ¿Qué significaba realmente? ¿Un halago indirecto? No lo sé... Por la especial incidencia, se produjo un silencio interruptor; como suele ocurrir cuando los diálogos se estancan. Lo rompí yo.

--No me voy a escapar por las ramas, doctor Calancho. Puedo seguir con Martínez... Él tomó más bien filosóficamente la derrota del proyecto. "Trabajaste bien, Viñeros. - me dijo. / Nos dirigiste adecuadamente; y lograste casi lo mejor de todos nosotros. Nos derrotaron, en

realidad, las impredecibles circunstancias... Tú, de algún modo, ya lo has comprendido... Y hay, en estos días, una transición difícil y conflictiva. Espero que sea sólo eso; y no un período muy largo, duradero. Lo reiteraré: Ni siquiera Casales - con sus actitudes olímpicas y definitorias - se habría impuesto en estas situaciones tan nuevas y tan revoltosas. Y añado algo más: Por otra parte, tú debías ser - de no romperse en forma brusca el proceso ya previamente iniciado - el natural continuador de Casales y de Montaña. Pero, por desgracia, llegó la revolución..."

-- Y, a otra cosa, Viñeros...

-- Sí, señor. Y el mismo Martínez me lo señaló. Me dijo: "Yo tengo unos buenos años más que tú; y una nueva decepción no aumentará mucho mi carga de pesares. Y lo de Malaval - que, con razón, te indigna a ti - merece, quizás, un poco de comprensión... Y también algo de compasión... Malaval fue o es tu amigo... Pero, en todo caso, - para cuidarte - no olvides que las gentes como él son peligrosas... Para sí mismas y para los demás... En definitiva, vas a tener que hacer un alto; y reevaluar tus capacidades y tus objetivos. Por de pronto, talvez te convenga replegarte y esperar. Termina tu tesis doctoral. Ese trabajo será bueno para tu evolución y tus logros personales; y te sacará, temporalmente, de las hostilidades políticas. Recuerda que esta politización que vivimos tiene ya sus orígenes lejanos. Hoy lo vemos bien. Y parece haberse arraigado; y se está agudizando..."

Se acabó, por agotamiento, lo de Martínez. No íbamos, por supuesto, a seguir con las infidencias... No creo que Calancho pidiera semejante cosa...

Otro día, -- recuerdo -- hablamos, con Calancho, del Deportivo Cuenca, del clima de Guayaquil, de los artículos periodísticos de García Márquez, de Alberto Fujimori... Y -- como siempre -- volvimos a caer en los temas universitarios. Le conté al pedagogo las opiniones del doctor Acosta Solís sobre la politización de las universidades públicas. Ahí va -- palabra más, palabra menos -- lo suyo; lo suyo de Acosta, que le interesó a Calancho.

-- ¡Ese triste y muy lamentable asunto de la política en la universidad! Mejor dicho, la politiquería. ¡Una maldición! La universidad termina siendo manejada por los estudiantes menos aplicados y más inescrupulosos. O -- quizás, con más precisión -- por los profesores demagogos que manipulan a los tales dirigentes estudiantiles. ¿Quién -- en su sano juicio -- puede creer en esa contradictoria consigna de "Luchar y estudiar" ? Luchar: esa marcialidad de pacotilla; que, en el fondo, sólo significa cabildear, buscar colocaciones personales, hacer reuniones con cualquier motivo, organizar marchas estudiantiles, tirar piedras a las ventanas de los edificios públicos y de los bancos, quemar llantas en las calles, complicar el tráfico... Quien quiera estudiar, - si tiene la capacidad - que atienda bien las clases en las aulas y se queme las pestañas en su casa. La universidad verdadera, doctor Viñeros, es la institución del trabajo académico y nada más. Y nada más. Que la política se haga en los partidos. Y que los partidos sean también serios. Que preparen bien a sus miembros para sus tareas específicas. Porque, por supuesto, la sociedad necesita políticos. Y mucho mejor, si estos son dedicados, competentes y hábiles. Pero, que no se mezclen las dos actividades, por favor. Por favor... Que los partidos no invadan la universidad; porque eso es una desmesura, un abuso, una sinrazón; un despojo a la juventud, un daño irrogado a todos los habitantes de este pobre país. ¡Ya basta de insensateces! La única política universitaria adecuada es la

meritocracia académica. Es decir, que los académicos gobiernen sus academias; y vayan dando acceso, paso a paso, a los más competentes; y promoviéndolos. Eso – usted lo sabe, doctor Viñeros – es lo que hacen las buenas y las mejores universidades de los Estados Unidos. Y, por eso mismo, ganan tantos premios Nobel. Una universidad, de hecho, vale lo que suman sus académicos. Y sus estudiantes. Y conste que yo no creo que se deba negar a nadie, a ningún joven – por sus ideas o creencias – el ingreso a la universidad. Y quede bien claro, también, que yo creo que se debe apoyar económicamente a los estudiantes capaces y de bajos recursos. Sólo me estoy oponiendo, y muy frontalmente, a las distorsiones, a los disparates y a los engaños.

-- El doctor Acosta coincidía en varios asuntos con usted...

-- O yo con él, doctor Calancho...

El mismo Acosta Solís en otra ocasión:

-- Estoy de acuerdo con usted, doctor Viñeros, en aquello de la Guerra Fría en las universidades latinoamericanas... Lo he pensado después de nuestra última charla... Y no es que esté cayendo en la zoncera de creer que somos víctimas de las circunstancias internacionales, de la geopolítica o de las fatalidades históricas. No somos víctimas de nada, ni de nadie. Sí somos víctimas, en cambio, de nuestras propias malas cualidades; de nuestros propios defectos personales, sociales e históricos... Nosotros mismos hemos permitido la politización viciosa y tendenciosa de nuestras universidades. Nosotros mismos; es decir, nuestro estado flojo, nuestros gobiernos chambones y nuestra general inconsciencia... ¿Y sabe por qué? Pues, porque aquí analizamos mal y superficialmente las cosas; porque nos falta inteligencia y voluntad colectivas; porque no queremos, o no podemos, trabajar por nuestros propios intereses... En definitiva, porque somos - como dicen los gringos - unas repúblicas bananeras; o, si quiere usted, - más derecha y criollamente - unas repúblicas de pendejos... Y yo no soy, doctor Viñeros, un masoquista social... Me molesta, también, esa tendencia nacional a la autodenigración. Si yo señalo los defectos nuestros, es para superarlos.

-- Son opiniones claras y vigorosas... -- dijo Calancho./ Yo he pensado también algo de eso... Pero, por supuesto, no estoy trabajando profesionalmente en ese análisis... Quizás, en el país, se empiezan a ver las cosas mejor... Ojalá...

-- ¿Ojalá llegue la gran bandada de golondrinas; y se haga, de pronto, el verano?

-- Eso es lo que quería decir... Quién sabe... ¿Y usted, doctor Viñeros, está hoy preparado para ese verano? Antes, cedió... Es que... Bueno, había gente que esperaba más de usted. Hay quien observa que usted no insistió, que no persistió...

-- Bueno, en primer término, debía concluir mi tesis doctoral. Primero lo primero.

-- Sí. Lo sé. ¿Y luego?

-- Claro... En ese punto, se precisaba una nueva decisión... Me lo dijo Rivadeneira: Mira, Viñeros, si te importa verdaderamente tanto, eso de la reforma, ¿por qué no la propones en la

Universidad de San Gregorio? Está comenzando... Tiene toda clase de limitaciones... Casi con seguridad te necesitan...

-- Entonces, falta de consejo oportuno, no hubo...

-- No... Pero las dudas pesaron mucho. La gente que dirigía la Universidad de San Gregorio era muy conservadora; casi clerical... De hecho, para comenzar, se pusieron bajo el ala de la Iglesia Católica... Merece, desde luego, esa gente, un reconocimiento por su actitud emprendedora. Pero no crea usted que ellos deseaban transformaciones universitarias. Querían solamente su universidad. Su universidad... Dentro de lo establecido. Y, de yapa, está aquello de que los comedidos nunca cosechan un agradecimiento...

--Usted no iba a ser un comedido, doctor Viñeros. Ofrecía sus servicios... Pedía una regular remuneración. Aquello podía ser, para usted, una cuestión de trabajo...

-- Sí, doctor Calancho. Quizás me estoy empecinando... Y eso es malo... Discúlpeme. Hay, por ejemplo, por ahí, profesores que hacen algún trabajo especial, a cambio del equivalente retributivo de unas horas de clase.

-- Eso...

-- Bueno, en fin, vacilé... Lo reconozco. Y - como dicen los quiteños, con su mentalidad burocrática - no hay peor gestión que la que no se hace. Y - agregado de mi parte - no hay peor decisión que la indecisión ... Y, en el fondo, - se lo voy a decir - y esta es la razón esencial: No insistí porque había decidido centrarme en mi carrera profesional.

-- Claro... Ahí esta el quid de la cuestión... ¿Y cree usted que hizo bien, que acertó?

-- Mire, en este momento, ya no lo sé... Ya han aparecido mis arrepentimientos...

-- ¿Y por qué no lo sabe?

-- Por dos razones. Una: Mi carrera profesional tuvo también sus tropiezos institucionales...Aquí, no se aprecia la dedicación, ni la especialización, ni la investigación... Debí dar un sinnúmero de clases elementales; que bien podían haber sido dadas - bajo mi guía - por un profesor ayudante. Debí tomar funciones administrativas menores: dirección del centro académico, supervisión de la biblioteca... (Esos privilegiados del tiempo completo tienen tiempo...) Hasta me quisieron dar -- a cuenta del tiempo completo -- el rectorado del colegio secundario Solano... (Este es un pequeño cuento aparte.) Dos: Seguí interesándome, académicamente, lateralmente, por los cambios educativos; y en general sociales... Y, para ello, cambié la acción por la observación... La pala por el espejo...

-- ¡Ajá! Claro... Lo último se nota muy bien en sus escritos. Tienen penetración... Vaya, tienen una visión social amplia...

-- Gracias... Lo que quiero decirle - con esto último - es que hoy día aprecio mejor mi decisión personal; la pongo en las circunstancias sociales del país, dentro de lo que podía haber sido mi responsabilidad. Pero, por supuesto, ya está terminando mi cuarto de hora vital... Ya no puedo prácticamente volver a la acción.

Fui otra vez a los baños turcos. Volví -- no sé exactamente por qué -- de mejor ánimo que antes. Le hablé a Calancho:

-- ¿Usted conoce algo de la Universidad Católica de Cuenca?

-- Algo, sí... He dado ahí unas clases.

-- Bueno, entonces sabrá que es una institución confesional; pero medio suelta, medio anómala... Y - para peor - muy mala... Y que está dirigida por un autócrata muy absoluto, caprichoso y cerrado...

-- Esa es la fama esencial que corre... Para no agregar lo que ustedes denominan las yapas...

-- Dejemos las yapas aparte... Bien... Vino a verme, una vez, un compañero mío de colegio, que trabajaba allí; un ingeniero de buena alma, interesado en mejorar ese bodrio... Había oído hablar de mis estudios en el exterior y de mi trabajo en la reforma de la Universidad Austral. Conversamos al respecto. Las posibilidades que entrevió le entusiasmaron. Me propuso hacer un proyecto que - incluyendo la estructura departamental - reformara la Católica. Me dijo que tenía una relación bastante buena con su rector y que iba a consultar el asunto con él; y que después volvería. Nunca volvió; vaya, no volvió por aquello... Volvió, varios meses después; para invitarme a tomarnos unos tragos, mientras organizábamos una reunión de los discípulos del Colegio Borja... Ni siquiera le pregunté sobre el resultado de la gestión. Sospeché que podría avergonzarlo...

-- ¿Por qué...? ¿Habrá hablado con su rector?

-- Creo que sí... Casi seguro. El ingeniero Delgado es un hombre cumplidor y formal...

-- ¿Y?

-- ¡Y...! Lo de las cajas destempladas... ¿Quiere que le diga, en el lenguaje de ustedes, los españoles, cuál puede haber sido la respuesta de su rector?

-- Dígamela...

-- ¡Vete a hacer puñetas a Toledo...!

-- Claro... Otro comedimiento... Esta vez, pagado con un muy inmerecido desaire...

-- Suele ocurrir, cuando ocurre... Y cuando se trata del famoso y sempiterno rector de la Católica... ¡Tantas cosas que se cuentan de él!

Cambio de tema. Un cierto giro en la conversación.

-- Vuelvo un poco al centro del asunto. ¿Usted se considera un reformista cabal, total, doctor Viñeros?

-- No sé adónde va usted, doctor Calancho... -- dije sonriendo./ Pero le contesto. En realidad, depende de las circunstancias... Me explico. Y, por fuerza, voy a ser algo reiterativo. Hay que proceder siempre según las situaciones; de acuerdo a lo que éstas demandan. Por ejemplo, si trabajara en una buena universidad, hasta, podría ser un conservador: Mantengamos lo que aquí está funcionando bien; y limitémonos a irlo mejorando poco a poco... / Pero, aquí, y en este país, desde luego, necesitamos ya unas reformas muy amplias y muy enérgicas; tanto en la educación como en la sociedad. Hemos perdido demasiado tiempo...

-- Bien... Ahora, llego al punto preciso... Y si la sociedad demandara, en verdad, mucho más que una reforma; demandara una revolución, como dicen tantos, ¿podría usted ser un revolucionario, doctor Viñeros?

-- Caray... Una pregunta difícil, doctor Calancho... En primer lugar, porque hemos llegado ya a hablar de suposiciones muy avanzadas... Y, segundo, sobre todo, porque debería contestarle con muchos, quizá demasiados detalles. Pero, bueno, iré a lo esencial: Mi flexibilidad no da para tanto... Y, luego, en tercer lugar, porque las revoluciones no son ni tan frecuentes, ni tan necesarias, ni tan fáciles de hacer, como algunos piensan. Es lo que yo creo... Y estoy hablando de las revoluciones políticas. No de las otras...

-- Las otras? ¿Cuáles?

-- Las verdaderas, verdaderas: La Revolución Religiosa, la Revolución Agrícola, la Revolución Urbana, la Revolución Alfabética, la Revolución Numérica, la Revolución Filosófica, La Revolución de los Descubrimientos Geográficos, la Revolución Copernicana, la Revolución Industrial...

-- Le entiendo... El automóvil y el teléfono hacen cambiar a la sociedad muchísimo más que la agitación y la asonada. ¿Es eso, no?

-- Sí, señor... Y, antes, en los viejos tiempos, una buena idea, una idea culturalmente fértil. La búsqueda de la sabiduría - y no de la verdad- es la Revolución Filosófica. Vaya, quiero decir que esto es la superación de la creencia, la superación de lo religioso...

Hablamos durante un buen rato de tales asuntos. Divagamos... De pronto, Calancho volvió – sin mediación alguna – a los temas universitarios.

-- Usted mencionó, en cierto punto, la posibilidad de un emprendimiento propio. ¿Cómo era eso?

-- Un proyecto educativo propio. Y de cierta gradual amplitud... Empezar con una pequeña universidad laica y privada; que tuviera un cuerpo muy seleccionado de profesores. Quizás - de empeñarme - habría encontrado la forma de financiarla... Pero, a una empresa de esta clase, hay que dedicarle la vida.

-- Comprendo. Hay que ser un Giner de los Ríos, un Sarmiento...

-- O tener el poder y la visión de un García Moreno; quien se dio cuenta de la declinación, o del estancamiento, de la universidad tradicional; y decidió fundar la Politécnica. Este Don Gabriel - el conservador ecuatoriano por antonomasia - ha sido el mayor reformador de nuestra educación. Y los liberales flojos no supieron continuarlo... Lo continuaron en lo del ferrocarril. No, en lo de las universidades... ¿Qué tal?

-- Un poco paradójico, un poco sorprendente... Pero, ¿y su emprendimiento?

-- ¡ Ah! Ya nos íbamos otra vez a las divagaciones.../ Mi proyecto... Lo descarté, doctor Calancho... Porque - para mi bien o para mi mal - casi que detesto las tareas políticas y administrativas. Habría trabajado, en el asunto, sólo con la mitad del corazón y de la voluntad. Y yo sé que eso no se debe hacer; porque, trabajando así, - sin entusiasmo - se va a la mediocridad y hasta al fracaso.

--Más de medio mundo, doctor Viñeros, trabaja con menos de la mitad del corazón y con menos de la mitad de la voluntad...El trabajo es una dura y, a veces, desagradable obligación... No es precisamente un derecho para disfrutar... No nos hace libres... Es, en lo esencial, el triste sudor de la frente...

-- ¿Y eso le parece a usted bien? Digo, lo de las mitades...

--Bien, no... Pero el pobre hombre común no tiene más opciones. Si las tiene, en cambio, el afortunado, o desafortunado, hombre principal. Quiero decir que los muy bien dotados, los dirigentes o los líderes tienen sus varias opciones... Y, desde luego, estos grandes tienen también que sacrificarse un poco; tienen que aceptar las cargas de sus vidas... No sólo recibir sus ventajas. Nobleza obliga... Las grandes tareas las hacen los grandes hombres. Tienen que hacerlas... Es lo suyo.

-- ¡Caray! ¿Qué me habrá querido usted decir?

-- Lo que ya le he dicho antes. Y, ahora, lo reitero: Había gente que esperaba bastante más de usted...

-- ¿Una censura?

-- Usted lo sabrá, doctor Viñeros... Yo me he limitado a manifestarle una opinión que ha corrido. Y que, por casualidad, la he llegado a conocer...

-- ¡Vaya, vaya...! Cosas de mucho bulto... Y esto no es solamente el error nuestro de cada día... Que puede enmendarse... Y esto bien puede ser el gran error de una vida... O uno de los grandes errores de una vida. Hay cosas que, por ahí, salen de pronto; y son para pensarlas... Y repensarlas...

-- Sí, doctor Viñeros... Pero conste que no he querido ni preocuparlo, ni molestarlo. Tiene usted mi comprensión... Sépalo.

-- Gracias...

Más vueltas y recorridas intelectuales; y comentarios de asuntos contemporáneos. Más idas a la cámara de vapor. Más regresos a la reposera. Otra vez, a los temas universitarios. Después de todo, en la universidad, transcurre buena parte de nuestras vidas...

-- La radicalización política de la Facultad de Filosofía, de la Universidad Austral, vino después del intento de reforma, doctor Viñeros. Oí que - en la campaña decanal de Carrillo - los maoístas llegaron a acusar de proderechista al entonces decano Jarama; quien, indudablemente, es un hombre de izquierda... ¿Era verdadero este detalle?

-- Cierto. Jarama es, en efecto, un hombre de izquierda. Pero es, al mismo tiempo, un buen poeta y un buen intelectual. Y no cree en la universidad revolucionaria. Me lo ha dicho. Por esto, los izquierdistas lo trataron mal... Jarama fue, en realidad, el último decano académico de la Facultad de Filosofía de la Universidad Austral.

-- ¿Y, luego, qué?

-- Y, luego,... Pues, vinieron los decanos colaboradores; colaboradores de la revolución estudiantil, doctor Calancho. Los simples títeres de la Federación de Estudiantes... Fueron clasificados en EL ESMERIL... ¿Lo supo? Una infeliz clase, con varias subclases...

-- ¿Cuales?

-- A ver si lo recuerdo... Ahí van: Los condescendientes, los obsecuentes, las pequeñas estaturas, los "hombres de avanzada", los oportunistas y los pendejos. Estos últimos son los que, la jerga revolucionaria en uso, denomina "tontos útiles".

-- ¿Y Carrillo qué era?

-- Responda usted mismo, doctor Calancho... Tiene una pregunta con seis opciones de respuesta.. Elija, pues, la que corresponde.

-- **Multiple choice**; o, en este caso, una margarita de seis pétalos... Descarto, elijo... A ver lo que resulta: Pequeña estatura, no; ni literal, ni figuradamente. Condescendiente, tampoco; porque su cierta personalidad tiene. Obsecuente, decididamente, no; porque no suele hacer lo que les conviene a sus superiores colectivos, sino lo que le conviene a él. Oportunista, muy bien podría serlo... "Tonto útil", quizá; pero, sólo temporalmente. ¡Ah, ya lo tengo!: "hombre de avanzada".

-- Muy bien... Correcto, doctor Calancho.

-- Pero me surgen las dudas; como siempre... Hombre de avanzada... ¿De avanzada, no es aquel que tiene amplias miras? Quiero decir, aquel que sabe del pasado, aquel que comprende bien el presente, aquel que es capaz de avizorar el futuro?

-- Sí, un **lungomirante**, como dicen los italianos.

-- ¿Es eso Carrillo?

-- Ahora, para saberlo, usted tendrá que elegir solamente entre dos opciones: la apariencia y la realidad de Carrillo. Su parecer y su ser. Elija.

-- Ah, sí... Elijo la apariencia. Carrillo es un hombre de avanzada; avanzada sólo entre comillas... Claro...

-- Muy claro...

-- Pero, en la política, doctor Viñeros, muchas veces, basta con parecer... Y él parece...

-- En la política grande, hay que ser; ser necesariamente, doctor Calancho...

-- Sí, doctor Viñeros. Pero, ésta es la política chica... La política grande es tan rara como la belleza grande, como la sabiduría grande... Sigue valiendo, en general, en esta pequeñez, aquello de las meras apariencias.

-- ¿Me quiere usted convencer de que la política común es el mundo de las imágenes puras? ¿Qué es sólo el mundo de los espejismos? ¿Qué en la política común rige algo así como el realismo mágico?

-- Tanto, no... Vaya... Hay que matizar el asunto, doctor Viñeros.

-- ¿Y cómo lo vamos a matizar? La magia no puede mezclarse con la realidad... Quiero decir que eso del realismo mágico es un contrasentido... El agua seca... Una etiqueta desafortunada. ¿Y, en lo pleno y bien real de esta cuestión, se acuerda usted de aquello del arte de lo posible?

-- Sí, desde luego... Pero, no hay contradicción... Estas dos visiones de la política- la grande y la pequeña - se confunden en su totalidad.. A ver, un caso, unos casos... Eso del Líder Máximo, eso de El Caudillo son imágenes muy grandes, enormes; imágenes de pantalla gigante; no son la realidad... Igual, el bienestar que ofrecen los populistas a los pobres es, apenas, el charco del espejismo en el desierto; una imagen casi pura, total... absoluta. Y, por otro lado, también la democracia, aun la mejor, es, casi siempre, un camino, una meta. No un lugar de llegada... Y, siendo así, es más una imagen positiva y halagüeña que una realidad sensible... Y, en cambio, en notabilísimo cambio, el arte - o las malas artes - de los pocos hábiles para conducir a los muchos torpes, eso sí es una notoria, evidente y gran realidad... El común denominador de toda la política. La suprema realidad de ella: la conducción interesada o la franca manipulación, que casi siempre efectúan los gobernantes.

-- Casi que me pierdo... Lo concretaré... Lo concretaré, para poder verlo mejor... Carrillo - en eso que llaman el imaginario colectivo- es una apariencia. Algo casi evanescente... Pero - en la realidad pura y dura - sabe manejar o manipular a sus dirigidos... Es decir, tiene la apariencia ideológica y la habilidad gubernativa. ¿Bien concretado, doctor Calancho?

--Sí.

-- ¿Y usted cree en eso; o, mejor, en esa dicotomía genérica...? Es decir, ¿lo cree en verdad y completamente, doctor Calancho?

-- No milimétricamente, doctor Viñeros, no... Más o menos... Hay también muchos otros aspectos para observar. Y habría, desde luego, que matizar mucho más...

-- Nos perderemos en los matices...

-- Puede ser, señor... Podría ser... A veces, ocurre tal cosa...

-- Caray... Bueno, voy a ir otra vez a algo bastante concreto: El comportamiento político de la gente, ¿sería, para usted, solamente un asunto de pastores y borregos? Usted parece insinuarlo...

-- Yo no usaría esas palabras... Pero, en el fondo, fondo..., - o, como dice Malaval, en la cancha y en el juego - eso es.

-- Una relación humana necesaria, simple, fea y, hasta, medio perversa... ¿Verdad, doctor Calancho?

-- Creo que sí... Vaya, si usted lo pone en esos términos...

-- Claro... Claro... ¡Claro...!

-- Parece que me entiende... Y yo, en cambio, comprendo ahora por que Carrillo se elevó; y por que usted se fue quedando en el llano... Usted tiene una visión bastante refinada de la política; pero, sobre todo, una visión de crítico, de espectador, de intelectual... Y, en cuanto a valorarla, la valora más bien negativamente... Carrillo, en cambio, - aunque no es ni muy destacado intelectualmente, ni muy refinado - es un político casi nato; un verdadero animal político; animal, en el buen sentido del nombre... Ve la política con el instinto, con un cierto deseo carnal, con buenos ojos. O, talvez, más simplemente, - como tantos otros - ama el poder; le gusta mandar, le gusta ser o parecer importante, le gusta la figuración fácil...

-- ¿Terminó, doctor Calancho? – le pregunté, sonriendo.

-- Sí. – me contestó, sonriendo también.

-- Entonces, sólo le faltó el enfático “He dicho”.

-- Yo no soy ni retórico, ni solemne, doctor Viñeros... Sólo digo, a veces, mis cosas... Pero, usted no ha comentado mi comentario... ¿Llevo algo de razón?

-- Bastante razón tiene usted, doctor Calancho... Mejor: Usted acierta mucho en este caso...

-- Y, claro, así - con el empujón del maoísmo - empezó a triunfar la retranca de Carrillo...

-- ¿La qué, doctor Calancho?

-- La retranca. ¿No ha oído usted esta palabra? La retranca gallega...; gallega, no en el sentido argentino, sino español. Es decir, una cualidad política que, en La Península, se le atribuye a la gente de Galicia.

-- ¿Y qué cualidad de la gente de Galicia puede tener Carrillo? Él es un criollo... Y no creo que, precisamente, sea descendiente de gallegos.

-- Pues, sí señor, Carrillo tiene la retranca. Es lo más característico suyo; aparte de su aspecto físico de Don Quijote. La retranca gallega consiste en no confiar en nadie; en ser impenetrable y bastante imperturbable; en tomar partido en el último momento o sólo en los casos inevitables... En fin, la retranca es una mezcla de ambición, desconfianza, distanciamiento, astucia y cálculo. ¿Vio? Es la condición que tenía, en un grado superior, el General Francisco Franco.

-- Una buena y curiosa descripción...

-- Y, ahora, dígame usted... Usted mismo: ¿Qué hizo Carrillo en los días de la reforma? ¿Lo recuerda o no?

-- ¡Cómo no! Pues, eso que usted ha dicho... Esperó; no se identificó con nadie; miró, calculó; y se fue colocando, paso a paso, en el lugar más conveniente. Y - cuando el asunto estuvo decidido - se movió hábilmente, rápidamente; y se sentó en el sillón de Casales...

-- Pues, confirmado, señor... La retranca... Paralelismo muy lejano, desigual, distante, ultramarino: el general más joven de Europa, el decano más joven de la Universidad Austral...

Calancho sonrió y agregó:

-- Parece que usted, doctor Viñeros, no conoce bien a sus colegas, a sus rivales, a sus competidores...

-- Yo no le considero a Carrillo un rival, ni un competidor, doctor Calancho. Yo, en realidad, no soy un político. Por lo tanto...

-- ¿Me quiere decir que usted está fuera del juego de Carrillo...?

-- Sí, señor. Pero, no se imagine, por ello, que soy un distraído... Que no observo a mis colegas...

-- No pongo en duda sus dotes de observación... Bueno. ¿Y qué ha observado en Carrillo?

-- Bastantes cosas...

-- A ver..., dígame las buenas.

-- Caray, usted me sorprende, doctor Calancho... No le conocía esas notables habilidades mayéuticas...

-- ¿Avanzamos?

-- Avancemos. Bueno, Carrillo es formal y cortés; viste, en general, correctamente; es un buen profesor de Historia, en los regulares niveles de aquí; quizá sea un buen administrador, también en los niveles de aquí; y - a pesar de su colaboración oportunista y eventual con los maoístas - es políticamente moderado. Y no me pida que le precise bien las extensiones y los límites de estas cualidades, doctor Calancho; porque, en ese caso, ya estaríamos examinando las malas cosas de nuestro retratado...

-- Pues, no lo voy a hacer.

-- ¿Y qué va usted a hacer?

-- Nada... Siga usted con lo que desee... O terminemos el asunto... Para mí, será igual.

-- ¿Y, si terminamos el asunto, de qué hablaremos a continuación, doctor Calancho? ¿Ya lo ha pensado?

-- Ya saldrá algo...

--Sí...

-- Bueno, pues, si debo continuar yo, le voy a contar un cuento. En una ocasión, - un tiempo después de que Carrillo terminara su decanato - yo llegué, en horas de la noche de un Viernes, a la redacción de EL HERALDO. Y encontré que Malaval estaba bebiendo allí con unos muchachos. En el lugar de trabajo y en horas de trabajo... Como solía hacer, a veces: tecleaba, charlaba e iba tomando, poco a poco, su aguardiente con gaseosa... Esas cosas curiosas, que ocurren aquí; y que son casi impensables en España... A Malaval, usted sabe, le gustaba - no sé si le gusta aún - rodearse de muchachos; al estilo, o a imitación del doctor Estarellas...

-- Yo le he dicho a usted lo de la imitación de Estarellas... Sí. Malaval suele hacer efectivamente esas cosas.

-- Bueno, sigo. Me invitaron un trago. Estaban conversando de Carrillo. Algunos de los muchachos eran maoístas. Ellos decían que, por aquellos días, le habían propuesto a Carrillo la candidatura para la alcaldía de Cuenca. Y estaban bastante molestos porque él no había aceptado. Señalaban que ellos lo habían hecho decano... Por lo tanto, les debía algo... Y que Carrillo - ahora ya crecido - les había dado la espalda; que se negaba a representarlos en las elecciones municipales...

-- Mire, usted...

-- Bien, bien... Malaval - ya en el calorcillo del aguardiente - les dijo: Miren, muchachos, no deben sorprenderse de eso... Yo ya tengo mis años; y conozco bastante bien a mi gente. Carrillo tiene el cuerpo de Don Quijote y el alma de Sancho Panza. Y, con esa muy especial dupla de condiciones, se puede engañar al mismísimo Diablo... Y, desde luego, le puede engañar muy fácilmente al director provincial del partido de ustedes; que es rechicato, y, a cierta distancia, no distingue entre una vaca y un caballo...

-- Risotadas, claro... Los muchachos le festejan a Malaval cualquier cosa.

-- Así parece ser... / Continuó Malaval: ¿Qué esperaban ustedes? ¿Que Carrillo se despoje de su chalequito a cuadros escoceses; que agarre una pancarta con la hoz y el martillo; y que salga a las calles del centro a llenar sus pulmones con gases lacrimógenos? ¿Qué acepte - para ayudar al avance del partido de ustedes - una candidatura sin ninguna ventaja para él? Tal vez, aun, desastrosa para él... Observen bien a Carrillo... Y, otra vez, miren cuidadosamente a quién elevan, muchachos. O, mejor y mejor, eleven a sus propios coidearios; a quienes, verdaderamente, profesan su causa, luchan, y son dignos de su entera confianza...

-- ¡Ese Malaval!

-- Me falta la conclusión, doctor Viñeros... Conclusión mía... Pero, - en esta forma y sin proponérselo - los maoístas le descolocaron políticamente a Carrillo. A Carrillo, el maestro de la colocación y el posicionamiento... En adelante, ya no le apoyaron más... Y el rectorado de la Universidad Austral - el siguiente paso previsible de su carrera - quedó, de pronto y de golpe, fuera de su alcance. Obligado cambio de planes de vida, pues; para él... No le quedó más remedio que esperar un largo rato para subir; y, en el interín, ir haciendo méritos en la universidad de los conservadores, en la San Gregorio. Y - dentro de esta nueva situación - debió redibujar su imagen ideológica "progresista"; y debió maquillar y retocar su pasado de colaborador de los maoístas...

-- Muy cierto... Mire, doctor Calancho, yo no había reparado en los detalles de eso... Usted lo hizo... Y, claro, Carrillo se arregló bien en lo que usted llama el redibujo...

-- Sí... Sabe alterar el pasado y dorar toda clase de píldoras... Sostuvo, públicamente, que había hecho reformas en la Universidad Austral. Se apropió, por supuesto, de las reformas de ustedes... Sostuvo también que se había esforzado en mantener los esenciales criterios académicos; aun dentro de los manifiestos excesos revolucionarios de aquella institución... Se olvidó del adoctrinamiento marxista; que él permitió, en forma por demás amplia, patente y hasta extravagante...

-- Sí, señor... Cierto... Y lo último, me consta.

-- Y permitió que ciertos estudiantes fanáticos le hostilizaran a usted...; que los revolucionarios le sacaran de la facultad al doctor Montañó, por razones que nada tenían que ver con la universidad...; que los mismos echaran del Instituto de Educación Física a ese excelente preparador deportivo que es el norteamericano Marzotto...

-- También. Es verdad... Cosas feas... Antiguos desaguisados...

-- ¿Escuchó usted el discurso que dio Carrillo el otro día? Con motivo de un aniversario más de la Universidad de San Gregorio. Pues, volvió a repetir todo aquello: Yo hice esto en la Universidad Austral... Yo hice lo otro... Yo tuve que trabajar, allí, en tiempos difíciles y muy conflictivos... Así, - torciendo y retorciendo los hechos y recolocándose -- no le fue difícil reiniciar la escalada...

-- Sí.

--Y, aparte de sus habilidades y sus tretas, tiene también sus parientes...

-- Así es... Pero, ¿no estaremos siendo demasiado críticos con Carrillo?

-- No, doctor Viñeros... Quien elige ser político sabe, o debe saber, que será criticado. El buscó lo que tiene... La crítica es, naturalmente, el derecho cívico y democrático de los rivales, de los opositores; hasta, de los simples observadores... Es, para el caso, lo más pertinente y lo más justificado...

-- Sí... Pero, eso está bien en la sociedad... En cambio, toda esta política, en una universidad, en una academia, está fuera de enfoque, fuera de sentido... Es un completo despropósito... ¡Otra vez hay que reiterarlo!

-- Bueno, eso es lo que hay aquí y lo que importa aquí, doctor Viñeros... La deforme realidad... Y usted no contribuyó a deformarla. Pero la tiene que aceptar...

-- Ciertamente...

--Y voy a cerrar esto, doctor Viñeros, - muy en acuerdo con mi reciente teoría de las imágenes políticas -afirmando que Carrillo es, efectivamente, un Don Quijote. Un Don Quijote de la cultura, a su manera mimética... Quien parece Don Quijote es Don Quijote... El mundo es sólo un gran escenario. Las apariencias son lo único que ve, realmente, la mayoría de las personas... O lo único que ven los giles...; como dicen aquí.

-- Usted lo ha dicho, doctor Calancho.

-- Y, quizás, usted también lo diga; en algún caso, al menos, doctor Viñeros...

-- Talvez... Bueno, ahora, doctor Calancho - para seguir nuestra conversación y complementar lo suyo - le voy a contar, a propósito de carreristas y escaladores, un comentario de Estarellas.

-- A verlo; o, mejor, a oírlo...

-- Ahí va. Estarellas era un crítico duro de los políticos en general; y, sobre todo, de los políticos universitarios. Y, también, de aquellos individuos que usaban las posiciones académicas para proyectarse a la política más amplia de afuera. Se burlaba de los decanos de veinticinco años; a quiénes describía como los “niños-prodigio de nuestra alma mater criolla”.

-- Niños-prodigio, en una función que debieran desempeñar los mayores respetables...

-- Exacto y muy claro... Hay que ser un lelo - remachaba - para no darse cuenta de que eso es completamente ridículo; de que ser muy joven y ser decano son condiciones que se contraponen; que decano, etimológicamente, significa el más viejo; y, en la buena y auténtica realidad, designa a quien tiene una considerable experiencia académica y una destacada visión educativa. Y concluía que los dichos “decanos”, funcionalmente, no eran, ni podían ser, una cosa tal... Y que - en consecuencia - no eran sino los lamentables actores de nuestra pobre comedia académica; con unos cuantos payasos y varias colombinas rondando en sus proximidades...

-- ¿Vio usted? La crítica correcta y correspondiente...

-- Eso es... Y algo más: Estarellas se reía de los abogados que - hechos rectores y, por lo tanto, aquí, improvisados administradores - contaban las minucias materiales que había que reponer: cajas de tiza, escobas viejas, ceniceros rotos...

-- He oído los chistes que circulaban al respecto...

-- Bueno, en lo serio, Estarellas disponía - al igual que en tantos otros asuntos - de alguna explicación más o menos sociológica o cultural del fenómeno; la que, ahora, no viene al caso...

-- También he oído algo de eso...

-- Bueno, en fin, en una ocasión, me dijo: Mira, Viñeros, el único de los trepadores universitarios que merece ciertos respetos es Casales; porque él es un académico pleno; y no ama, ni busca, realmente, el poder. El quiere el rectorado de la Universidad Austral no para contar palos de escoba; ni para salir, con fotografía incluida, en una noticia local de EL HERALDO; sino, para convertirle a nuestra institución en una especie de Salamanca...

-- Hay quienes afirman que Estarellas dijo una Salamanca de utilería...

-- No. Eso no es cierto. Lo de la Salamanca de utilería es un chiste de Joaquín Zamora. Estarellas sólo dijo Salamanca. / Y concluyó: Por esta buena intención, y buen cometido, hasta, se le puede perdonar a Casales una que otra gallegada... Todas, no, por supuesto... Sería demasiado perdonar...

-- Y, en esa línea de política torcida, doctor Viñeros, vea usted lo de Robledo... Se nacionalizó ecuatoriano sólo para llegar a ser decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Y, con ese fin, - a semejanza de Carrillo - Robledo empezó a colaborar con los maoístas; a pesar de que, cuando llegó aquí, él era un fascista convencido y desafiador. Bueno, pero, por lo menos, en aquel entonces, - como buen campesino español - era tosco, rudo y francote... Era bastante bruto, pero auténtico...

-- Sí. Me acuerdo de este último detalle...

-- Pues, señor, Robledo, hoy día, se ha vuelto hasta hipócrita... No se admire si, en una de éstas, le empieza a tratar a usted con su nombre de pila en diminutivo; como manda, para ciertas relaciones cordiales, la amable cortesía de aquí...

A continuación, Calancho habló bastante, y muy mal, de Robledo. Directamente, no lo quería; mejor dicho, lo detestaba. Y, al hacerlo, se sacó, por lo visto, algunas de sus viejas espinas. Nos despedimos.

Unos días después, el azar añadió ciertos detalles más a la relación entre Calancho y Robledo. Este último - en la presentación de un folleto que había escrito - habló de uno de esos filósofos franceses de la Nueva Izquierda, de la Nueva Reflexión Integradora, o de cualquiera de aquellas "nuevas" a las que los galos son tan afectos. (No recuerdo, con exactitud, el detalle.) Bueno, el hecho es que Robledo citó al autor en cuestión, en un punto

en que le pedía a Dios, a la naturaleza o a la vida (tampoco puedo precisarlo; porque – como se puede suponer – el detalle no me interesaba en dicho momento) que no le concediera una final y sumada abundancia de conocimientos; sino, solamente, la pequeña y constante curiosidad intelectual de cada día... De este cuasi lugar común argumentativo, se agarró Calancho, para burlarse de Robledo, en su columna de EL HERALDO. Escribió allí algo como esto: ... ese profesor de Filosofía que – a imitación de un autor francés de tercer orden – le pide a Dios la curiosidad intelectual de cada jornada... Claro, resulta que esa curiosidad sólo se produce en él muy de vez en cuando... Por casualidad o coincidencia... Y -- corriendo el tiempo y la vida inevitables – quizá, en algún momento, ya no se le produzca nunca más... / Obviamente, Calancho necesitaba ventilar otro poco de su grande y notoria animadversión contra Robledo...

Y, aquí, viene la carambola del asunto.. Bastante osado y sobrado, -- como es, a veces – Malaval se burló de los dos resentidos peninsulares. Me encontró una tarde – en una conferencia habida en la Casa de la Cultura – y me dijo: ¿Todavía lees EL HERALDO, Viñeros? ¿Viste el comentario de Calancho sobre Robledo? Bueno, lo que Calancho dice es verdad... A Robledo, – más que leer y pensar – le gusta jugar al fútbol, a la baraja, hacer paella y criar vacas... Él mismo, Calancho, en cambio, lee, lee y lee; sólo lee; lee hasta en la taza del baño. Lee, allí, EL HERALDO, antes de utilizarlo a la manera soviética... Ja, ja... / Malaval estaba de buen humor... Siguió:

--¡Carajo, esas rencillas de excusas! Me acuerdo - a propósito de estas pavadas pugnaces y personalistas - de nuestro querido doctor Estarellas. Sus palabras, al respecto: Campesino, cura y español; la peor mezcla humana del mundo... Un verdadero engendro... Sólo el Demonio es capaz de empeorar a un tipo de esta clase; volviéndolo, a la larga, viejo y mañoso...

¿Pequeñas perversidades de Malaval? Ciertamente... Pero, aun así, me reí con ganas. Se puso muy satisfecho... Me palmoteó la espalda y se despidió...

Todo lo cual no obstaba – siguiendo un poco más con Malaval – para que éste les diera un empujoncito a las candidaturas decanales de Robledo; mediante unas adecuadas y elogiosas publicaciones de prensa. Lo hacía, en verdad y en primer lugar, por su propia conveniencia. Desempeñaba, Malaval, una cátedra en la Facultad de Filosofía; obtenida sin concurso previo; y, nada más, que con un **ad hoc** pase administrativo de la Facultad de Derecho, periódicamente renovable. En otras palabras: Para mantenerse en esa cátedra, Malaval dependía de Robledo... ¿Tráfico de favores? Si, claro, desde luego... ¿Y qué? Mientras todo aquello favoreciera a la revolución o se hiciera entre revolucionarios...

Pero, no siempre, las cosas eran así: tan regulares y tan explicables... Malaval usaba, con frecuencia, temperamental y caprichosamente, su poder en la comunicación cuencana. Y, respecto al punto presente, a veces, ignoraba a Robledo... (No publicaba nada acerca de ciertos actos organizados por la facultad; ni se refería a los eventos nacionales e internacionales en los que participaba el decano, etc. Solía jactarse, a veces, de tirar al tacho de la basura un buen número de los abundosos partes de prensa institucionales que recibía: Esas gacetillas insignificantes...) Y una que otra sorpresa podía darse, también,

inesperadamente, por ahí... Muestra: Una vez, Malaval publicó un muy flojo artículo de Robledo – sobre problemas educativos – en la página de los anuncios del cine; justo debajo de aquellos de las películas pornográficas. Sí, - como suena - en la página de los anuncios del cine, no en la página de la opinión... ¿Qué pretendía Malaval con este pequeño e insólito desaire? ¿Castigar alguna actitud desatenta o desconsiderada del decano? ¿Vengar alguna sanción? (Malaval no suele cumplir bien sus obligaciones docentes...) No lo sé... Pero sí sé, en cambio, que, de Malaval, se podía esperar ocasionalmente tales y semejantes extravagancias y arbitrariedades.

Cierto lluvioso día de Abril, yo caminaba hacia uno de los balnearios de Los Baños del Sur. Un bus, que venía de Cuenca, se detuvo en la parada más próxima. Vi. que Calancho descendía de él. Lo llamé. Me esperó. Iba también, como otras veces, a los baños turcos. Caminamos; más bien rápidamente, porque comenzó, una vez más, a llover. Al llegar, nos acomodamos en las reposerías; e iniciamos otra de nuestras ocasionales charlas. Me acordé, en ese punto, de lo conversado antes sobre Carrillo; me acordé de Robledo; y decidí, para variar, pincharle a Calancho, un poquito, en su propio estilo.

-- Doctor Calancho, ¿Y qué méritos le encuentra usted a Robledo?

-- ¿Méritos? Hombre, ninguno...

-- Caray, doctor Calancho... ¿Así que Robledo es un malo absoluto, total, integral? No me diga usted que nadie debería apreciarlo o que nadie podría quererlo...

-- ¿Lo suyo, no? Su jueguito... Usted habló, hace unas semanas, de los méritos de Carrillo; y, poniéndose del lado positivo, casi solamente de ellos. Vaya que... ¡Qué cambio...! Y yo, supuestamente, debería hacer lo mismo con los méritos de Robledo... ¿He comprendido?

-- Pienso que sí...

-- Pero, doctor Viñeros, da la casualidad de que hay unos pocos individuos, en este mundo, a los que es muy difícil hallarles méritos... Y quizá sea porque realmente carecen de los tales... Carecen de buenas condiciones ... Y yo no estoy hablando de absolutos, doctor Viñeros. Lo que yo afirmo vale, sólo, solamente, desde mi muy relativo punto de vista... Y - ya que estamos en pequeños desafíos - desde el suyo, desde su punto de vista, doctor Viñeros, ¿qué méritos tiene Robledo? Si se puede saber...

Calancho sonrió... Y yo había caído en mi propia trampa. Pensé en una evasiva. Pero, no la encontré pronto; y, entonces, me vi. obligado a responder concretamente:

-- Bueno, los maoístas deben apreciar - al menos, circunstancialmente - sus servicios. Lo han elegido decano dos veces ... Y, aparte de eso, Robledo se empeñó en la construcción del nuevo edificio de la Facultad de Filosofía y Letras. Y, quizás, haya que agregar, también, que algo sabe de Filosofía...

--Mire, doctor Viñeros, en cuanto a los maoístas, allá ellos con él... En cuanto a la Filosofía que sabe, quizás la sepa... Pero, - y esto es lo importante - Robledo no tiene vocación de pensador. No es un filósofo; porque no tiene filo, en ninguno de los dos sentidos que yo, a mi mal modo, le doy a esta palabra. Ni el filo necesario para penetrar, cortar y desmenuzar el resistente tejido de las ideas; ni el otro filo - la afición, el aprecio, la destreza - para, después, pulirlas, armarlas, organizarlas, embellecerlas... Así que... Méritos... ¿Méritos...? Y dígame, doctor Viñeros, -- dígame, haciendo honor a la honradez y a la objetividad, -- ¿cree usted que un nuevo edificio era, precisamente, lo que más necesitaba la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Austral?

-- Francamente, no... Un edificio, un caserón nuevo y gris... Con Robledo, la Facultad de Filosofía siguió siendo lo mismo que ha sido en todos estos años: Una institución creciente en los números y los espacios; pero, en el fondo - quiero decir en el funcionamiento académico, que es lo principal y lo esencial - desorganizada y en decadencia... Crecer, edificar, en este caso, no ha sido precisamente mejorar... Quizás muy al contrario... ¿Qué se gana con hacer crecer las facultades mediocres o malas?

-- Bueno... Usted lo sabe mejor que yo... ¿Y vio que mis razones tengo?

-- Sí. Las tiene...

-- Bueno...

-- ¿Pero, aparte de lo bueno, su actitud será también lo sano?

-- Me juega usted con las palabras...

-- Sí. Hay que jugar un poco. Pero, a propósito, usted tiene aún la pelotita a su lado. No la ha devuelto...

-- Entiendo... Mis razones, en este caso, son buenas, sanas y robustas. ¿No lo ha reconocido usted?

--¿Razones? Vaya... Siempre las tenemos...; cuando malqueremos... Firmado: Malaval; en uno de sus últimos artículos de EL HERALDO: **Las Raíces de la Malquerencia**. ¿Qué opina usted de esto? Digo de esta frase, que parece incidir en lo nuestro del momento...

--Leí el artículo. La tomadura del rábano... Por las verdes hojas... Bueno, la crítica completa de aquella pieza sería otro cuento. Pero, - yendo a lo nuestro preciso, - no tenía que ver con Robledo; ni con nadie como él... ¡Doctor Viñeros...! No soy el único que no quiere a Robledo... Pregúnteles a sus alumnos... De quererlo, ni pensarlo. Es más: Ni siquiera lo aprecian. Apenas, lo soportan. Fernández, en cambio, aunque no era muy querido, era muy valorado, muy apreciado... Cada cual con su suerte a cuestas...

Me callé. Obviamente, Calancho estaba siendo bastante malvado con Robledo... Pero, ¿tenía toda la razón que reclamaba? Quizás, sí; quizás no... ¿O tenía sólo, apenas, la sesgada razón del artículo de Malaval? No sé... / Sonreí. Y, luego, insistí; para ver si Calancho cedía algo, si flexibilizaba, por lo menos en parte, sus opiniones...

-- Pero, bueno, doctor Calancho, la madre de Robledo lo querrá; la familia de Robledo lo querrá...

-- Mire, doctor Viñeros, de esos asuntos personales sabe Dios y saben sus allegados; y yo no sé nada... Pero sí le puedo decir, en general, que hay hijos a los que no les quieren ni sus propias madres; que hay personas a las que su propia familia solamente soporta o, hasta, en ciertos casos extremos, detesta ... ¿Por qué creer que todos tenemos alguien que nos quiera?

--No lo he pensado... Y me deja usted un poco en el aire... ¿Sigue, doctor Calancho?

-- Sí. Si usted no opina, tendré que seguir.../ El amor está muy desparejamente repartido en el mundo y en la vida. ¿Sabe? Sólo unos pocos seres humanos son, realmente, queridos o queribles. Y los demás - con escaso cariño, sin cariño o detestados - que se las arreglen como puedan...

-- Dura condición, la de estos pobres y numerosos segundos...

-- O segundones... ¡Claro...! Y la gente, doctor Viñeros, no da amor a quien lo necesita; sino a quien lo merece, o lo atrae, o lo busca con empeño e inteligencia. Hay, respecto a esto último, también, una inteligencia sentimental...

-- Con dinero, doctor Calancho, se puede obtener unas muy buenas simulaciones de la comprensión, de la amistad, del amor...

-- Eso, seguramente, no lo ha pensado usted, doctor Viñeros... A usted, no le viene bien el cinismo... Yo lo sé.

-- Caray... ¿Qué me habrá querido usted decir?

-- Tendrá unos días para adivinarlo... Y, mientras tanto, yo seguiré perorando... / Y hasta los queridos o queribles, doctor Viñeros, dejan de serlo con el tiempo. ¿Quién quiere realmente a los viejos? Y, menos todavía, si son inútiles y molestos. ¿Y quién quiere a los lisiados, a los muy pobres, a los inmigrantes, a los feos, a los quejumbrosos, a los viciosos, a los amargados?

-- Bueno, bueno...

-- En general, ¡ eh!, doctor Viñeros. No vaya a tomar usted, la afirmación, en forma literal y completa. En estos últimos y tristes casos, el amor debe ser predicado por los religiosos, por los poetas, por los fraternalistas. Predicado, para que, alguna vez, ciertos hombres piadosos, y de buena voluntad, lo practiquen virtuosamente... ¿Se acuerda usted, a propósito, de una estrofa alta y muy pertinente de César Dávila Andrade?

-- No...

-- Bien, a mi manera poco esmerada, se la voy a decir:

Amad a quienes sufren un dolor metafísico;

y a los que hoy soportan los olvidos divinos;
 y a aquellos que llegaron, en las noches de heladas,
 con sus ponchos raídos y sus viejos recuerdos;
 y con sólo un fragmento de canción, en los labios...

Así era Calancho: alguna vez, elocuente, sorprendente... Impresionaba. ¿Se acuerdan lo de Bolívar? Pero, en general, hablar con él requería cierto grado de benevolencia y bastante y sostenida atención. Es que daba muchas vueltas, se enredaba con frecuencia, no concluía algunas ideas importantes, se olvidaba de consignar ciertos datos necesarios, esquematizaba demasiado, insinuaba al paso, saltaba bruscamente de uno a otro tema, hacía aclaraciones e inserciones demasiado largas... En fin... Bueno, como en sus clases, como en sus escritos... He vuelto a lo mismo... Inevitable, en su caso... Pero, -- agregándole un poco de paciencia a la benevolencia y a la atención -- el diálogo era posible. Sin embargo, yo no podría -- lo digo directamente -- hilvanar estos recuerdos; si no fuera por un más o menos prolijo esfuerzo de ordenamiento, de llenado de vacíos; hasta, de suposición de faltantes y arreglo aproximativo de las incongruencias. En otras palabras, -- y, como dicen los periodistas en su jerga profesional, -- si no realizara algo parecido a la edición de la entrevista. Hecho esto, -- y recibiendo ya una cierta compensación por el esfuerzo -- no dejo de sorprenderme con los resultados: Quedan algunas cosas que me gustan, surgen unas pocas que me divierten; recuerdo ciertos hechos casi olvidados; aparecen nuevas ideas, nuevas relaciones... Y, además, la imagen de Calancho parece animarse, vivir, volver... ¿Y no es esto, precisamente, lo que un narrador más desea?

Y, ahora, -- pasando a otra cosa o girando en lo esencial sobre lo mismo -- recuerdo que Calancho me habló alguna vez del doctor Antonio Huerta Delvás. (Ecuatoriano; profesor de Filosofía en la Universidad Austral; tenía un posgrado hecho en Berlín; era autor de un sustancioso estudio titulado EL DIOS DE ESPINOZA; escribía también en EL HERALDO; era miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua Española; admiraba a von Karajan, a von Clausewitz, a Rommel, a Adenauer, al padre Menten y a Marlene Dietrich, en ese orden. / Nota necesaria del autor del presente escrito: Los datos anteriores son de Calancho.) Bueno, el pedagogo y Huerta solían encontrarse en las oficinas de EL HERALDO y en el local de la academia mencionada. Calancho era algo así como el secretario perpetuo de esta institución local.

Y vamos a lo que vamos. Se trataba de la tesis doctoral de Fernando Nevárez; un expresidente maoísta del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía de la Universidad Austral. (Me acordé del asunto, ocurrido hace unos años. Pero, más bien por cortesía, le deje hablar a Calancho. E, inesperadamente, su versión tuvo un renovado interés...) La tesis se titulaba MAO TSE TUNG: LA FILOSOFIA Y LA PRAXIS POLITICA. Y le había dicho Huerta, a Calancho, que el texto final del trabajo -- dirigido por Narciso Robledo -- era de una pobreza tal que no alcanzaba ni siquiera el nivel de los buenos informes semestrales de ciertas materias... Hay que aclarar, en este punto, que Huerta era uno de los tantos enemigos que Robledo había ido sumando a lo largo de sus años de "docente rudo y político inescrupuloso"; para usar las palabras del mismo Calancho. La dicha tesis seguía, sin embargo, su trámite -- según la opinión de Huerta -- porque Robledo estaba pagando las ayudas políticas de los maoístas... (Había que promover a Nevárez en la forma, ahora

normal y usual, del ascenso universitario: estudiante politizado, dirigente estudiantil, profesor, decano...) Continuemos. Antes de ser defendida, la tesis debía ser calificada por el profesor dirigente y otros dos profesores de la materia. (Los tres serían, luego, -- con la dirección del decano -- también miembros del tribunal de graduación.) Los dos profesores designados para calificarla eran el mismo Antonio Huerta y Pedro Melo. Este último, un profesor bastante destacado y un político conservador que ya había llegado alto. (Fue Ministro de Educación en el gabinete del Presidente Hurtado; y pertenecía a la plana mayor de una entidad internacional especializada de la Organización de los Estados Americanos.) Robledo -- a pesar de ser un notorio docente de "bajas notas" -- había calificado la tesis de Nevárez con un sorprendente 9 sobre 10. Huerta, en cambio, -- conocido por ser equitativo en las calificaciones, aun en los, para él, "antipáticos casos políticos" -- había calificado la tesis con apenas un 3 sobre 10. (Razonando, en forma adicional y por escrito, su calificación; dada la "especial" importancia del asunto...) En vista de la gran diferencia de notas, y de los antecedentes del candidato a doctor, la gente de la especialidad de Filosofía esperaba, con cierta expectativa, la calificación de Melo. (Habría bastado un 8 sobre 10 de éste, para que Nevárez reprobara su tesis; y debiera repetirla después de dos años. Lo último porque, con 20 puntos, divididos para 3, el exdirigente estudiantil no habría alcanzado el exigido promedio de 7.) Y, claro, esto, en general, se consideraba lo más probable. (Un 8 confirmaría "diplomáticamente" la reprobación de Huerta: y, al mismo tiempo, guardaría las apariencias de Nevárez y de Melo. Algo casi salomónico...) Pero, los especuladores académicos no contaban con la sagacidad y la astucia de Melo. Éste no es hombre que reúne enemigos, como Robledo; y, peor todavía, enemigos que pueden ser, luego, poderosos e influyentes en un lugar donde percibe uno de sus jugosos sueldos... (Las últimas eran las palabras aproximadas de Huerta, según Calancho.)

En fin, el hecho es que Melo demoró la nota hasta el día de la remisión del informe correspondiente. Cuando los tres profesores se reunieron para hacerlo, Melo se había expresado con, más o menos, las siguientes palabras: Ustedes, colegas, talvez recuerden que yo comencé mi carrera de profesor universitario enseñando Filosofía. Pero, luego, por diversas razones, fui derivando hacia el campo de la Antropología. Y, por lo tanto, actualmente, no me considero en capacidad de calificar en forma correcta, adecuada y justa, la tesis del licenciado Nevárez; que, ustedes saben, versa sobre un tema muy especializado de la Filosofía. Política y de su correspondiente praxis... Y, en este punto, debo manifestarles, directamente, que no he leído la tesis en cuestión... Pero, en cambio, sí he pensado mucho en la forma de resolver este específico y especial problema administrativo. De otra manera, he pensado en cómo cumplir mi presente y atípica obligación académica...; debida a la falta de un colega más especializado que yo en Filosofía. Y, de acuerdo con las dichas reflexiones, voy a proceder. Por fortuna, conozco, desde hace muchos años, al doctor Vicente Narciso Robledo, director del trabajo. Sé de su capacidad; sé que él ha cumplido muy bien su tarea de dirección; y sé, además, que él ha estado, en lo académico, muy cerca del aspirante al doctorado; y que ha llegado a entender muy bien sus intereses filosóficos y sus temas de estudio e investigación... Es necesario, reitero, en consecuencia de lo dicho, que yo haga -- para proceder correctamente -- un muy justo acto de fe en el director; y que, hecho el mismo, califique la tesis del licenciado Nevárez con la misma nota que él, el doctor Robledo, le ha discernido. Creo que, así, quedarán las cosas en su sitio debido. Les agradezco mucho a ustedes su comprensión y su atención.

Huerta -- bastante molesto por la maniobra -- había comentado: Caray, doctor Melo, usted tiene un salomónico sentido del humor... / Pero, la importante y peculiar situación no daba para chistes. Y estos chistes, desde luego, no podían ya cambiar, ni remediar, el curioso

desaguisado. Robledo – con notorio azoramiento – se había quedado mudo. Y Melo – rápido y en forma cortante – había manifestado, a continuación, que no estaba haciendo chistes...; que hablaba en serio; y que se procediera, de inmediato, a lo que correspondía: a elaborar el acta de la calificación conjunta...

Así, pues, Nevárez aprobó, de manera previa, su tesis. Y, luego, -- durante la sustentación de ésta-- Robledo se limitó a dejar hablar libremente al candidato al doctorado; y a hacerle, después, ciertas inocuas preguntas sobre la metodología empleada. Melo, en cambio, sólo hizo un par de preguntas formales sobre la bibliografía; y se declaró satisfecho. Y Huerta – ya muy mal situado, y enredado, en el caso – debió demostrar y justificar su calificación anterior; haciendo, para ello, el “trabajo sucio” de un examinador prolijo y estricto... Nevárez había palidecido, transpirado, tartamudeado, pataleado... (Palabras de Calancho.) Finalmente, sucedió lo esperable: las notas se repitieron; y Nevárez se doctoró. Y – en lo práctico, y aquí está lo verdaderamente significativo – Robledo se ganó un buen aliado; Melo se lavó y se perfumó las manos; y Huerta – sin más, ni más – se hizo de un feo y poderoso enemigo. Y el mundo yira, yira ... -- como decía a veces el doctor Estarellas, empleando una de sus tantas expresiones rioplatenses.

Recuerdo bien los comentarios de Calancho sobre el asunto:

-- Doctor Viñeros, ¿vio usted lo que sucede en el dialéctico reino de la política académica y la sabiduría comprometida? ¿Se da usted cuenta de que la alta moralidad socrática no es factible en ninguna universidad ecuatoriana y quizás en ninguna parte? Ergo: Las conveniencias y los intereses ante todo y sobre todo...

-- En general, no lo sé... Pero, en este caso concreto, lo que usted dice es verdad...

--Y, para algunos, - los más desvergonzados, ambiciosos y cínicos - sólo rige la ley fundamental del egoísmo: primero, yo; segundo, yo; y tercero, yo. Y, si sobra algo, para mí... Y la colectividad que se vaya al diablo... ¿No le parece, doctor Viñeros, que este caso es un excelente símbolo de nuestra actual crisis universitaria?

-- Bastante bien lo veo... Pero, quizás, usted lo vea mejor... Explíquemelo, pues, si cabe hacerlo y si lo quiere...

-- Mire usted... Los activistas audaces avanzan sin que nadie realmente los resista. Los conservadores - prudentes como siempre - le sacan el cuerpo al peligro; y se limitan a preocuparse de sus ventajas. Los oportunistas, los mediocres y los ambiciosos comunes se colocan como pueden y donde pueden. Y la educación y la sociedad son las grandes perdedoras... Y el gran espejo de la distorsión actual transfigura a los académicos responsables en individuos irrealistas, ilusos, absurdos; y, hasta, en malvados... ¿No hemos estado hablando de esto hace un buen rato; y, también, en otras ocasiones?

-- Sí, doctor Calancho...

Su representatividad tenía ciertamente el hecho. Y un casual episodio posterior lo confirmó. En otra de esas tardes perdidas para la ciencia, la cultura y

el conocimiento – como solíamos describir a las frecuentes vacaciones, ideológicas y soberanas, de la Federación de Estudiantes, dadas con el pretexto de una asamblea o una marcha – conversábamos, sobre los pocillos de café, Silverio Martínez, José Rivadeneira y yo. En cierto momento, -- como hacía a veces – Tiberio Calles se integró al trío. (Por entonces, Calles, educador y economista, ya era tesorero de la Universidad Austral.) Después del correspondiente saludo, Rivadeneira, siguiendo la conversación, contó el asunto del acto de fe; que él había llegado a saber hace unas horas, antes que nosotros. Calles – que es generalmente apasionado, espontáneo y directo – no pudo menos que estallar:

-- ¡Hijo de puta! – dijo (refiriéndose a Melo). ¡Qué manera tan cómoda, hipócrita y jesuítica de evadir sus responsabilidades! La universidad no le paga a este conservador de sacristía para que haga actos de fe; sino para que asuma y cumpla sus obligaciones académicas... ; y, también, éticas... De ética profesional... ¡Carajo! ¡Este conservador de la burocracia dorada hace actos de fe católicos; y, con ellos, les favorece a los maoístas...! ¡Qué sinvergüencería...!

-- Más los ha favorecido Robledo... – (Dije yo). Y recuerda que otro conservador, Huerta, es el único profesor que se atreve, realmente, a calificar con justicia a Nevárez; un popular y poderoso dirigente estudiantil... Y no creo, Tiberio, que éste sea un caso de excepción. En varios otros, ya usuales, faltan nada más que los pintorescos y raros actos de fe; y, por eso, no se convierten en comidilla. Pero ahí están; y así son... Con los demás dirigentes estudiantiles, - los socialistas y los prosoviéticos - ocurre más o menos lo mismo... ; sólo que a media luz y a media voz. Y las autoridades también colaboran... Una vez, el decano Carranza intervino ante mí, personalmente, a favor de una activista que casi no concurría a clases; y no estudiaba...

-- Desde que dejaste la Juventud Comunista, - (dijo Calles, dirigiéndose a mí) - tú andas defendiendo a los conservadores y a los liberales; y escribiendo artículos sobre los defectos y la decadencia de las universidades públicas...

-- Mira, Calles, - (dije yo) - si no te conociera desde hace muchos años, hasta me enojaría un poco contigo... Pero te conozco bien... Somos amigos... Y, por eso, mejor paso la alusión. Y te aclaro: Yo entré en la Juventud Comunista por idealismo; y, desde luego, por inmadurez; y me retiré de ella, muy pronto, al darme cuenta de que había equivocado malamente el camino... Rectifiqué. Y no me avergüenzo ni de la entrada, ni de la salida. Fueron, quizás, experiencias necesarias... Etapas de la vida ... “Quien a los veinte años no ha sido comunista, no tiene corazón; y quien a los cuarenta sigue siendo comunista, no tiene cerebro.” (George Bernad Shaw).

Silencio en la mesa. Continué:

--Y, por otro lado, Calles, yo no tengo ahora ninguna razón - ni de relación de trabajo, ni de amistad - para defender a Melo. Más todavía: Critiqué - con mesura, análisis y suficiente fuerza - la política educativa de la administración de Hurtado. Y, desde luego, el desempeño

ministerial de Melo. Ahí está, para probarlo, el correspondiente artículo en la revista ADELANTE...

Otro silencio. Debía terminar:

--Y, en tercer lugar, lo de la decadencia de las universidades públicas es un hecho, Calles. Yo simplemente lo he analizado; desde mi punto de vista, por supuesto. Pero si tú crees que tales universidades están prosperando, tranquilízate un poco; y expón tus argumentos. Te oiremos.

-- No exageres, Viñeros.-- (dijo Rivadeneira). Además, estamos mezclando varias cosas distintas; y saliéndonos por las tangentes. Y, en cuanto a la crisis universitaria, tú mismo, Calles, has sido muy duro en tus apreciaciones. ¿Te acuerdas de la conversación del otro día, cuando hablábamos de la crónica pérdida de horas de clase? ¿Te acuerdas que me dijiste que, en esta forma, nos estamos yendo a la mierda? Y yo me quedé pensando en el asunto; y he sacado una conclusión: No nos estamos yendo a la mierda, Calles; ya hemos llegado a ella. Entonces, el problema es: ¿Y, ahora, qué hacemos en este perfumado lugar? ¿ Sabes tú qué se hace, cuando se llega a semejante destino?

Calles – todavía molesto -- no respondió. Intervine yo:

-- No creo que estemos exagerando, ni polemizando... (Y añadí). / Estamos conversando como se debe hacer en estos casos: en forma directa, con franqueza. Y, en este modo de conversar, Tiberio es mejor que nosotros tres... (Terminé estas frases, sonriendo.)

-- Claro... Calles, el hombre de la lengua rasurada... -- dijo Silverio Martínez.

--Bueno, - (seguí yo) - acuérdate, Calles, que, después de los disturbios de la Facultad de Medicina - Las Guerras Médicas – y de los conflictos de la Facultad de Filosofía, comenzó el proceso de deterioro que tú has graficado en forma tan popular y efectiva...

-- La línea que separó un antes y un después en este proceso. -- dijo Rivadeneira.

-- Efectivamente... (Seguí yo.) Y, mira bien, Calles, en esos mismos momentos, Melo - con muy escasos recursos y una media docena de profesores voluntarios que lo secundaban - fundó la que es hoy la Universidad de San Gregorio; que - al contrario de la nuestra - sí está hoy día subiendo... Subiendo, mientras nosotros bajamos... Todo esto, ¿no te dice algo? ¿Y no nos ilustra, bastante, sobre lo que está sucediendo en la educación superior del país?

-- Los conservadores saben acomodarse; como siempre, Viñeros...

-- Lo sé... Pero, Melo tiene sus méritos, Calles... Claro que puede haber sido un mediocre ministro de educación o puede ser ahora un burócrata dorado; como has dicho tú antes. Pero, si somos justos, no le podemos negar el mérito de la fundación de la Universidad de San Gregorio. El comprendió, a tiempo, que la crisis de las universidades públicas iba para largo. Y avizoró las nuevas posibilidades; las oportunidades que toda crisis ofrece... Esa

universidad va a ser, casi seguramente, la obra de la vida de Melo. ¿Ves? Una obra de iniciativa individual, de iniciativa conservadora; pero, indudablemente, beneficiosa para la colectividad. ¿Y qué pasa aquí? Aquí, en cambio, se está realizando una destrucción anónima, multitudinaria, demagógica; dentro de un proceso supuestamente revolucionario... Y esa destrucción es, sin duda, muy perjudicial para el país... ¿Notas la diferencia?

Silencio, una vez más. Había puesto a reflexionar a mis amigos. Después de un momento, intervino Silverio Martínez:

-- Y el tatarabuelo de Melo fundó la Universidad Austral... Una familia de pioneros académicos...

-- ¡Qué sé yo! Pero, creo que le estás dando demasiada importancia a la Universidad de San Gregorio, Viñeros. – terció Calles, ya más tranquilo.

-- Tiene la suya, -- (Dije yo). Ya se ha consolidado; y ha ganado su prestigio... ¿Te parece poco en las actuales circunstancias?

Calles no respondió... Pidió otro café.

-- ¿ Y qué opinas, Viñeros, de la tercera en discordia? ¿ De aquella “famosa” Universidad Católica de Cuenca? – interrogó Rivadeneira, dándole un cierto giro a la conversación.

-- Es pequeña en varios sentidos... Tal como está ahora, no podrá prosperar. Fue creada, caprichosamente, por el autócrata que la dirige... Bueno, en todo caso, da “cartones” ... Y - para ciertos desaprensivos, sinvergüenzas y mediocres - eso es lo único que realmente importa... El cartonismo como meta... Es decir, el diploma, con la medallita dorada, en la antesala del despacho; despacho que, si es lujoso, es mejor... Apariencias... Títulos sin doctor...

-- Y nosotros también, en la Austral, ¿no estamos yendo hacia el simple cartonismo? – me preguntó Martínez.

-- Claro. De seguir por este camino... Si los pocos y “razonables” prosoviéticos - no te enojas, Calles, tus coidearios - prestan su cabeza y su firma para que los socialistas radicales y los maoístas destruyan a la Austral por dentro...

-- Yo comparto, en general, las opiniones de ustedes. Pero me pregunto si no estarán cayendo en cierto alarmismo. ¿El diagnóstico de la Universidad Austral, el tuyo, Juan, no será exagerado? No creo que estemos tan mal como las universidades públicas de Quito y Guayaquil... Hay, en esto, algo discutible... -- dijo Rivadeneira.

-- Todo es discutible, Rivadeneira. – (Dije yo). Se puede negar la gravedad del proceso; se lo puede subestimar; se lo puede minimizar; se puede usar – justificativa o pretextosamente – los sobados argumentos de la izquierda radical. En cuestión de puras apreciaciones, cabe todo: hasta lo manipulado, lo distorsionado y lo iluso. Pero, los resultados concretos ya van

estando a la vista... La realidad se impone... ¿Qué me dices tú del creciente desprestigio de la Universidad Austral? Y, respecto a la San Gregorio, en cambio, bastará que te recuerde lo que tú mismo me señalabas hace un tiempo: muchos hijos de los profesores de la Universidad Austral estudian en la San Gregorio. Nuestra revolución, aquí; la educación de nuestros hijos, allá... Y esto no es una opinión; es un hecho... Y los hechos echan... ¿Y cuál es la implicación del hecho ?

-- Lo que ocurre es que hay unos cuantos conservadores azules, y otros tipos, diversamente coloreados, que ganan un buen sueldo aquí, en la Universidad Austral; y trabajan, realmente, allá, en la San Gregorio... -- dijo Calles.

-- Bueno, por lo menos, allá, ponen sus afanes y sus empeños ... Trabajan, por lo menos, en alguna parte... Porque, para otros, ¡ viva La Pepa, viva el relajo! – señaló Martínez.

Sonrisas. Un corto silencio. Siguió Martínez:

-- Así que este asunto del acto de fe era más complejo y significativo de lo que parecía al principio... Y díganme, ¿ por qué tenía Melo que hacerse mala sangre? ¿No es mejor dejar que los dañinos - que están rodando la cuesta - sigan rodando? Y, por otro lado, ¿no es bueno cuidar que los virtuosos - que la están subiendo dificultosamente - no tengan contratiempos? Rivadeneira, avizoremos, también nosotros, el futuro prometedor: hagámonos melistas... Y tú, Calles, retráctate, ya, de lo dicho sobre el fundador de la San Gregorio. No vayan a llegar esas malas palabras tuyas a los oídos del ilustre patricio... Señores, doctores, colegas, por hoy, hemos concluido.

Sonrisas, risas moderadas... Nos despedimos. Creo que le referí a Calancho algo de esta conversación.

Vuelvo al pedagogo. Esta vez, habíamos conversado largo. A nuestro lado, en los demás reposaderos, otros bañistas charlaban también o simplemente descansaban. Un buen número de ellos llegaron y se fueron. Uno que otro, conocido, nos saludaba e intercambiaba con nosotros unas palabras. En la cámara de vapor, yo conversaba de cualquier cosa con los ocasionales acompañantes. Salimos de “las termas” a eso de las siete de la tarde, según Calancho. (Realmente, las siete de la noche en el Ecuador; porque, en este país -- como se sabe -- anochece siempre a eso de las seis y treinta.) Pero, los bañistas seguían llegando. (El establecimiento trabajaba en los días festivos hasta pasadas las diez de la noche.) Le invité a Calancho a comer algo; y a tomar una cerveza en uno de los restaurantes de las cercanías. Pedimos lo usual allí: un poco de carne de cerdo asada, unas empanadas de queso y la bebida. Y seguimos charlando un poco más. Después de haber tomado un vaso de cerveza, Calancho me dijo:

-- Doctor Viñeros, aquello, suyo, del individuo que no encuentra su camino me impresionó...

Yo no recordaba cuando se lo había dicho. Debo haberlo dicho... O, más bien, -- porque yo tengo buena memoria -- ¿Calancho se habrá confundido...? No importaba, en todo caso, aclarar el punto. Me callé... Él, también.

--Bueno, adelante, doctor Calancho.

--Sabe usted, yo era un niño en los años de la Guerra Civil. Mi padre desempeñaba un puesto administrativo en la RENFE, la empresa de los ferrocarriles de España. Ésta había sido militarizada; y mi padre, con mucha frecuencia, formaba parte de una patrulla civil, obligatoria, que recorría y vigilaba los rieles; para evitar atentados: colocación de explosivos, aflojamiento de las piezas, retiro de ellas y más... Eso significaba que él pasase varios días, a veces muchos, fuera de casa. Y, por otro lado, los sueldos de los empleados públicos demoraban en pagarse. Y había racionamientos. La guerra es un asunto muy duro; fregado, como dicen ustedes... En ocasiones, nos faltaba la comida; claro... Por ello, mi madre - como otras personas que podían hacerlo - decidió ir al campo; a una pequeña finca, prestada por unos parientes lejanos. Allí, criábamos unas gallinas, unos conejos; y sembrábamos patatas, hortalizas... Mi hermana mayor y yo - somos dos hermanos nada más - ayudábamos a mi madre. El lugar era muy apartado; uno de esos sitios por los que - como dice la canción de Serrat - "...por no pasar, ni pasó la guerra..." Los Oteros de Belmonte... se llamaba. Yo había aprendido ya a leer; y mi padre -cuando venía a vernos - me traía unos libros usados, unos diarios, unas revistas... Yo leía mucho. La única persona que nos visitaba - la única amiga de mi madre - era una viuda, más bien vieja, que vivía a unos quinientos metros de nuestra casa. Era habladora, chismosa, bastante ordinaria. Un día, escuché que le decía a mi madre lo siguiente:

-- Sabe, señora, a mí, no me gusta que los chicos se dediquen demasiado a la lectura. Se vuelven ensimismados; se meten en su concha... No corretean, como los demás muchachos; no juegan... Se alejan de los otros; se vuelven insociables... Se vuelven raros, extravagantes. Cuando crecen, se dan al vicio solitario. Se ponen flacos, nerviosos; pierden la vista... Y, cuando grandes, estudian, en verdad...; pero se hacen maniáticos; y se quedan solterones. O se van al convento y se hacen curas; lo cual, también, es una desgracia, señora; porque los padres queremos que nuestros hijos nos den nietos, que la familia se multiplique... Vea, señora, esos chicos no hallarán su camino; y, si lo hallan, terminarán saliendo de él; se extraviarán... / Cuando la vecina se marchó, yo fui donde mi madre y le pregunté:

-- Mamá, ¿qué es el vicio solitario?

-- ¡Aja! (-- dijo mi madre; poniendo, en su mirada, una mezcla de simpatía y reprensión). ¡Estabas escuchando nuestra charla! Si tú estás presente, bueno... Pero a hurtadillas, no. ¡No lo hagas! Y, respecto al vicio solitario, es un asunto de las personas grandes. No te lo voy a explicar ahora; porque no lo entenderías. Después de unos años, ya lo entenderás tú mismo; o te lo explicará tu padre. Y no hagas caso de lo que dice esa señora... Tú puedes leer; y debes seguir haciéndolo. Ya te diré yo cuando dejar de hacerlo; para hacer otra cosa o para ayudarme. Y estoy segura, Francisco, - muy segura - que tú sí hallaras tu camino...

Nunca más volví a ver a Calancho en "las termas". Y, ahora sí, voy a contar lo de "... aquel largo y recordado diálogo de la noche de la elección del director del Partido Social Demócrata del Azuay..." (Al que se había referido el pedagogo; y al que yo -- en

páginas anteriores – había postergado.) Bueno, después de aquella desafortunada experiencia de la reforma, yo tomé la decisión de no participar más en las actividades políticas universitarias. Y centré mis esfuerzos en la vida académica: estudio, investigación, idiomas... Y – en los feriados y en las vacaciones – me dediqué a la jardinería y a ciertos quehaceres agrícolas. (Me gusta mucho la forestación: Hice un bosquecito de unas dos hectáreas, de eucaliptos y pinos, en la pendiente de la finca en que vivía) Y también pensé que era bueno, sobre la marcha, ir viviendo un poco la vida: Viajar; visitar y recibir, de tanto en tanto, a los amigos y a los familiares; simplemente descansar... Y mantuve largamente mi decisión: No me interesé en las posiciones directivas de la facultad. (Aunque, en uno u otro momento, no faltaron insinuaciones o consejos sobre un posible o debido cambio de actitud. Hasta, apareció cierta vez una postiza candidatura, como noticia local de EL HERALDO... ¿Maniobra de Malaval?) Cuando pienso en estas cosas, -- después del tiempo transcurrido -- caigo inevitablemente en las dudas sobre mi proceder. Ya he mencionado -- y lo sigo creyendo -- que las condiciones de la universidad politizada no eran adecuadas para una intervención mía. Pero ahora sé, también, que mi abstención permitió que ciertas situaciones empeoraran. Y esto, a la postre, llegó a perjudicarme a mí mismo. (¿Fue Stalin quien dijo que si uno no hace política, los demás la hacen... en contra de uno?) De quererlo, pude haber escalado posiciones; haber llegado a tener influencia; y, quizás, haber canalizado ciertos procesos que, lentamente, se fueron saliendo de madre. Pero, en este punto, aparecen un par de rechazos que nunca he podido vencer. En primer lugar, me chocaba tener que pactar con los estudiantes radicales de izquierda; y tener que arreglarme con ellos o soportarlos a ellos. (Que era lo que -- más o menos evidente, oculta, o tácitamente -- hacían todos los candidatos a las posiciones directivas.) Eso significaba, nada menos, que renunciar a las verdaderas finalidades académicas; y atarse, de hecho, a las conveniencias bastante mezquinas de unas pequeñas parcialidades políticas. En segundo lugar, me disgustan mucho las actividades administrativas comunes y corrientes. Cuando me hallo detrás de un escritorio, -- a no ser que estudie, lea, escriba, o proyecte -- siento, irremediamente, que estoy fuera de lugar y perdiendo el tiempo... (Y, luego, todas esas sesiones y reuniones...; y todos esos actos formales e inocuos... Y todas esas oposiciones, obstáculos, rencillas, chismes, maniobras. Y, además, las bajas actitudes y las torcidas acciones...) La politiquilla... Así es la politiquilla... Que se sienten, pues, detrás del escritorio, -- condicionado o anodino -- los que quieran sentarse; que, por supuesto, nunca faltarán ... Para mí, no valía la pena empeñarme, molestarme; sacrificarme, en un sentido bastante literal. Sólo una vez, -- en medio de una situación profesional y personal enrevesada y difícil; y más o menos obligado por la afiliación política socialdemócrata, que había mantenido a pesar de todo -- acepté la responsabilidad de un puesto público de segundo orden. Y espero -- aunque sé muy bien que nunca hay que decir nunca -- no repetir la ingrata experiencia.

Pero, en cambio, sí, me gusta mucho proyectar, iniciar obras significativas, probar nuevas ideas, innovar, cambiar las rutinas; arriesgarme, en fin, en esa forma que suele calificarse como deportiva, en el sentido ortegiano del término. (O como ingenua, o quijotesca, si se ven las cosas desde un ángulo practicante u ordinario.) Y, por esta inclinación, -- como por tantas otras cosas de la vida -- hay que pagar un precio; a veces, muy alto. Bien, tal tendencia de mi personalidad me llevó un día al Partido Socialdemócrata del Ecuador. Cuando tomé la decisión de ingresar en él, la política ecuatoriana estaba terriblemente estancada: Militares que habían terminado, desprestigiados, sus ineficaces dictaduras (o, más bien, dictablandas); viejos partidos tradicionales, que se estaban extinguiendo en medio de la indiferencia de los ciudadanos; populismos rastreros, ruidosos e incompetentes, que llenaban muy mal el vacío político dejado por los grupos anteriores; pequeños movimientos revolucionarios socialistas, -- fanáticos, verbalistas, anticuados e

incompetentes -- que no iban realmente a ninguna parte... / Sólo algunas personas, muy pocas personas perspicaces, comprendían en verdad esta situación. Y yo, por mi parte, había estado, durante varios años, analizando tan preocupadora problemática; en los artículos publicados en la revista cuencana ADELANTE.

Creo que lo tiene que pasar, y debe pasar, pasa. Un día, conversaba con unos coidearios; y les sugería ciertas acciones que se podían tomar para el mejoramiento del nuevo partido. (Esto ocurría en 1984.) Uno de ellos me dijo: Tú eres entusiasta y renovador; puedes ser quién nos organice. ¿Qué tal si te damos poder y tú mismo realizas lo que nos estás proponiendo? Daniel Esquines Centeno – así se llamaba el coideario y amigo – había tocado mi más sensible fibra emprendedora. Me negué al principio; mostrando, seguramente, en las palabras y el tono de voz, una cierta indecisión... (Porque – se sabe – es difícil cambiar, en forma brusca y significativa, la dirección de la vida.) Pero, luego, pensé el asunto; lo pensé mal, muy mal; y terminé aceptando. ¡Qué cambio, qué trastorno...! De un momento a otro, era uno de los candidatos a director provincial del partido. Ninguna remuneración, por supuesto; ni en la campaña, ni en la función. Como se suele decir, acepté una carga; no, un cargo. Beneficio: Sólo la emoción de lo inicial, lo nuevo, lo perfectible, lo socialmente útil, lo más o menos arriesgado. Manos a la obra: grupo de trabajo, programa de trabajo, formas de trabajo, objetivos, medios, etc. Ocho días después, estaba envuelto en una actividad política medio febril; y me costaba mucho desempeñar bien, al mismo tiempo, mis tareas universitarias. Tres meses duró la campaña. Y no voy a señalar aquí – porque no viene al caso – sus circunstancias y sus detalles.

Al cabo, se realizó la votación. (La primera vez, en Cuenca, que se realizaba una votación pública de esta clase; una interna partidaria.) Y al local del partido, -- acompañando a unos amigos comunes – llegó impensadamente Calancho. Era, recuerdo, la tarde de un brumoso día Sábado. Para soportar la espera larga, se había contratado un servicio de bar en una cantina de las proximidades. (Las costumbres criollas: Sin trago, no hay fiesta; ni política...) Al terminar la elección, -- en la que perdí, por razones que más o menos se traslucirán en el diálogo siguiente – hubo una celebración grande en el patio de una sala de eventos. Allá fui con Calancho y los otros amigos; pero no los volví a ver a ellos durante toda la reunión. Mi esposa – cansada por el ajetreo de varios días y apenada por el resultado – se volvió a casa. Yo me quedé; porque, según mis partidarios, era uno de los importantes de la celebración; y, además, no era conveniente mostrar la amargura de la derrota... Conversación genérica, comentarios superficiales sobre la elección finalizada, bromas, disimulo... Pasaron las horas. A medianoche, la gente empezó a marcharse. Hacia las dos de la mañana, ya sólo quedaban en el local unos cuantos y embriagados grupos de “finalistas”. Era la hora de salir. Salí, sin despedirme de nadie. (Si lo hacía, no me habrían dejado ir...) Al llegar a la calle, noté que Calancho caminaba, como yo, unos veinte pasos más adelante. (Nunca he andado en coche; el que yo tenía, lo usaba mi esposa.) Me apresuré, para alcanzarle al pedagogo; y le toqué el hombro.

-- Así que trasnochando, doctor Calancho...

-- Ya lo ve usted... Sí... Terminando de trasnochar... De pronto y sin haberme propuesto... Bueno, usted sabe: los amigos, unas muchachas conocidas, la música, los tragos sabrosos...

-- Se ha divertido, por lo visto...

-- En verdad, sí. Hay ocasiones... El doctor Calero y el licenciado Guzmán se han quedado todavía en uno de los reservados del fondo. Estaban cantando. Y tienen la intención de farrear hasta que amanezca... Pero yo - a pesar de todo lo agradable de la noche - ya me he cansado un poco. Me iba. Vaya, me voy...

-- Yo también me he cansado. Hablar con tanta gente, disponer y hacer muchas cosas. Y los tragos abundantes:.. De hecho, estamos tomando, poco a poco, desde la tarde... Caminemos hasta el centro, doctor Calancho. Creo que debemos compartir un trecho considerable. Pero, no hay problema... Usted es un buen caminante.

Bueno, ahora, a completar lo prometido. Hacia la mitad de la caminata, encontramos a unos serenateros. El cantor - talvez un galán; sólo estaban tres guitarristas y él - tocaba y entonaba LAS MAÑANITAS, con una voz bastante bien timbrada. Su aspecto general - a pesar de este detalle de cultivo - era notoriamente rústico. Calancho observó, al pasar, la escena; y, luego, me comentó como reflexionando:

-- Mire usted, doctor Viñeros, todo lo que oculta la forma humana de cortejar... Lo que quiere ese gañán, en definitiva, es subirse sobre su querida; y tener unos cuantos orgasmos, más o menos gozosos o más o menos gloriosos. Y, después, ya vendrán los disgustos y las querellas; y, hasta, la oportunidad, frecuente, de sacudirla y golpearla un poco...

Yo estaba, en ese momento, distraído con la música y el canto:

Amapolita dorada de los campos de Tepil,
si no estás enamorada, enamorate de mí.

Pero, la pieza terminó en breve; y capté, con un poquito de atraso, la sorpresiva y radical observación.

-- ¡Caramba, doctor Calancho...! Dígame una cosa, perdonándome a la vez la franqueza: ¿No hay que ser español para ver así - reducida y simplificada al máximo - esa especial y misteriosa emoción humana a la que llaman amor?

-- Yo soy español, claro... Pero, para pensar de este modo, no creo que sea estrictamente necesario serlo. Eso que llaman amor... Eso de encontrarse con las mujeres; y convivir con ellas... Y entenderlas... Y eso puede ser muy serio, muy molesto; y, hasta, en ciertos casos, peligroso... ¿Qué opina usted al respecto, doctor Viñeros?

-- No creo que haya pensado lo suficiente en el asunto, doctor Calancho... Pero, leí, en alguna ocasión, a H.L. Mencken. Y, al recordar esos textos, comprendo su punto de vista...

-- ¿Mencken? No lo conozco...

--No importa. Siga, doctor Calancho.

-- Claro... Durante la luna de miel, nadie piensa en las peleas, en la suegra, en el departamento que se pagará a treinta años de plazo, en la escarlatina de los niños...

-- Y en la escarsajona de los adolescentes...

-- ¡Doctor Viñeros...! Bueno, no se piensa en los cuadernos escolares, en los hijos crecidos, en la mujer que ya no se querrá...

-- No hay que adelantarse tanto, doctor Calancho... Hay que pasar el puente en el momento de llegar a él...

-- ¿Habrá que dejar, entonces, que el futuro nos arrollé, doctor Viñeros...?

--Vaya... Vaya... No es así... Pero mejor, siga, doctor Calancho...

--Y en la vejez... En la vejez, todos los varones están solos. La vejez resulta ser una irremediable soledad. Por acompañados que ellos puedan estar, en lo físico, de esa señora, que - según García Márquez - se va volviendo, poco a poco, transparente... Lo cual - creo yo - es nada más que una manera metafórica, y disimulada, de decir que se ha vuelto archiconocida, aburrida e insignificante... Como uno mismo... Como cualquier otro... O, peor todavía: Así, de manera simbólica, se está diciendo, y deseando, que la señora desaparezca; que deje de ocupar su lugar en el reducido espacio que ocupamos juntos...

-- “Me gustas cuando callas, porque estás como ausente...” (Neruda). ¿No le habrá traicionado, en este verso, el subconsciente realista al famoso poeta austral? La implicación que corresponde, ¡qué delicada es!

-- Es muy posible... Ajá...: Me gustas cuando estás ausente... Es decir, en buenas palabras, no me gustas...Neruda y sus “confesiones”... Bueno, allá él... / Y, a pesar de lo que he comentado, doctor Viñeros, con las mujeres, uno nunca sabe qué hacer. Vaya, aparte de lo obvio...

-- Ah, ya lo veo... Dudas, doctor Calancho. Las pugnaces y paralizantes dudas... Eso suele ocurrir cuando, por ahí, surgen unas miradas insinuantes, unas palabras cálidas, un perfume agradable; esas señales sutiles; que prometen, o amenazan, con cambiar la existencia de uno...

-- De dos... O de más... Algo de eso, doctor Viñeros... Espejismos y engaños, en el fondo... Quizá, puras ilusiones de una noche de verano... Bueno, voy a coger otro hilo, si usted me lo permite...

-- Cójalo.

-- Mire, doctor Viñeros, respecto de aquello de la rudeza de los españoles: Nosotros somos más rudos en las palabras, que en los hechos. Muchos americanos, en cambio, son suaves en las palabras y bastante rudos en los hechos...

-- ¡No, doctor Calancho! Usted se equivoca. Y yo estoy completamente seguro: Los auténticos españoles son rudos en las palabras y rudos en los hechos. Son ciento por ciento

rudos. Español que no es rudo, no es español; es ecuatoriano. Debe haber oído usted, a propósito, la historia de los dos primos de La Mancha.

-- No, que recuerde.

-- Mire, en un lugar de La Mancha, de cuyo nombre sí quiero acordarme... ¿Cuál era? Ahh..., ¡Valdepeñas de la Reina! Bueno, allí vivían dos primos que se llevaban mucho. El uno era de apellido Perales; y el otro, Oliveros. Los dos se casaron el mismo día; y tuvieron, pues, simultáneas lunas de miel. Perales era bien educado; hasta, había pasado unos añitos en Madrid. Y, entre otras varias cosas, había aprendido - de sus tías solteronas - aquello de que a una dama no se le debe tocar ni con el pétalo de una rosa. En su luna de miel, Perales le compuso una canción a su novia; le compró muchos vestidos; y - teniendo buen dinero - no le negó ningún antojo, ningún capricho. La trató como una princesa... Resultado: La novia entendió que lo merecía todo; y, muy pronto, empezó a exigirlo; incluso, de malas maneras... Se volvió mandona. En tales condiciones, Perales debió trabajar como un buey, para mantener el dispendioso tren de vida que su esposa había impuesto. Con el tiempo, - era casi inevitable - el varón domado empezó a odiar a la ociosa mujer; y a desear su muerte... Pero, ya se sabe: A muerte deseada, vida comprada. La caprichosa Parca se había olvidado de la mujer de Perales; y, más bien, un día, se acordó, de pronto, precisamente, de él mismo. El pobre, Perales, se murió de un ataque al corazón a los 45 años; y, así, tuvo su temprano R. I. P. en el cementerio del pueblo. Volvió a la mente de Dios... Bueno, primera conclusión: Este Perales era un español degenerado. En definitiva, no era un español...

-- ¿Y Oliveros?

-- Un momentito, doctor Calancho. Ya llego... Oliveros, en cambio, - hijo de campesinos también ricos; pero bien campesinos y bien tradicionales - era rudo y ordinario. Como es lo correcto; como debe ser, en España... El día de la boda, por la mañana, Oliveros padre le dio a su hijo las debidas instrucciones: las mismas que le habían sido dadas a él, en la equivalente o similar ocasión. Y Oliveros hijo - como buen hijo de su padre - las siguió fielmente. Cuando entró con su novia en la cámara nupcial, - en una casa de campo - lo primero que hizo fue darle a ella una gran patada en el trasero. Ella trastabilló y cayó al piso. Cuando se levantó, Oliveros la alzó al aire y la arrojó con fuerza a la cama. En este punto, - desconcertada - la novia lloró, gritó; e intentó clavarle las uñas y golpearle. Pero, Oliveros le dio a ella dos buenas cachetadas, para que se le pasara la histeria; mientras le decía: ¿Entendiste? Aquí, mando yo...; y se hace lo que yo disponga. Si Dios hubiese querido que manden las mujeres, les habría dado menos nalgas y más músculos. / Y - usted ve, doctor Calancho - este Oliveros sí que era un español legítimo. Y la historia dice que la luna de miel fue formidable; y que, después, los dos trabajaron siempre y se ayudaron siempre; y que vivieron felices; y comieron perdices, codornices y cóndores...

--¿Y cóndores?

-- Sí, claro, doctor Calancho: ¡cóndores! Sabe usted, nadie - ni siquiera el más afortunado - está libre de una desgracia. Estalló, un día, la Guerra Civil; y Oliveros, su fiel esposa, y sus dos hijos, pudieron - lo que era una suerte entonces - emigrar al Perú. Se establecieron, primero, en las cercanías de El Cusco. Y, allí, por un tiempo, pasaron privaciones. Tanto que, en un par de oportunidades, debieron comer la carne de los cóndores, que unos indios habían cazado; y que, solidariamente, les convidaron. Este particular episodio bien merece contarse en detalle; pero yo no lo voy a hacer ahora, o lo haré otro día. ¿Sigo?

-- Siga.

-- Pero, luego, la suerte cambió. Oliveros se dio cuenta de que, en la Sierra, no tendría futuro. Había mucha pobreza... Se mudó a la Costa. Y, allí, - exactamente en Tacna - puso el almacén Don Manolo; el mismo nombre del conocido almacén de la historieta de Mafalda, del argentino Joaquín Lavado, Quino. Le fue muy bien. Prosperó y llegó a ser mucho más rico que antes. Y, por supuesto, los Oliveros ya no comieron cóndores; sino, más bien, ricos seviches de camarones y langostinos, acompañados con una muy buena champaña chilena. Y, también, los deliciosos cuyes. Porque - le debo contar, doctor Calancho - los Oliveros se refinaron; y aprendieron a gustar de esta exquisitez de los emperadores incas... (Cuyo imperio - cuando llegaron los españoles - era el más grande del mundo. Sólo superado, entonces, inevitablemente, por el lunar y eterno Imperio Chino.) Y no le sigo contando lo demás; porque, de hacerlo, tendría que contarle, por lo menos, la mitad de la vida secreta de Fidel Castro...

-- ¿De Fidel Castro?

-- Y claro... Porque - debo decirle, también, doctor Calancho - este tal Oliveros resultó ser, para su suerte, pariente cercano del famoso líder caribeño. Pero, ya me cansé... Mejor, un día de estos, le presto el libro.

-- ¿Qué libro? No debe haber, seguramente, un libro sobre esto... Ya me doy cuenta: usted me está refiriendo algún culebrón humorístico.

-- ¿Y qué tiene usted contra los culebrones?

-- Realmente, nada...

-- Bueno, entonces, - para seguir charlando - le diré que todos los culebrones empezaron siendo unos pequeños culebrines. Y, a éste, nuestro, usted le hizo crecer... Yo le cuento el culebrín; y usted pregunta: ¿Cóndores? Y yo, luego, - para satisfacer su curiosidad - debo agregarle un anillo al culebrín inicial. Y éste, así, pronto, se va desarrollando. Y, después, usted pregunta: ¿Fidel Castro? Y yo debería, en este punto, agregarle otro anillo al culebrín. Y, si yo lo permito, el culebrín - ya bastante añadido; anillado, alargado y engordado - llegará a ser un grande, imponente y temible culebrón. De tal modo, señor, se hacen los culebrones. Paremos, pues, aquí nomás, doctor Calancho. No voy a dejar que su curiosidad desmedida genere verdaderas monstruosidades literarias...

-- ¡Caray...! / Doctor Viñeros, ¿usted está de acuerdo con la metáfora de Oliveros...?

-- No lo sé, doctor Calancho. Tendría que pensarlo...

-- Se va a inclinar un poco para ese lado, doctor Viñeros... Una presunción mía...

Con estos cuentos, y otras habladurías, habíamos llegado ya al Puente del Centenario. La caminata me había despertado el apetito; y le propuse a Calancho que siguiéramos hasta la plaza Diez de Agosto, - donde se puede encontrar unos restaurantes que trasnochán - para servirnos un churrasco y tomarnos unas cervezas. Así lo hicimos. Después de los más o

menos agotadores esfuerzos de los actos políticos, y del festejo, yo me empezaba a sentir ya un tanto afectado por la derrota. Pero, al mismo tiempo, la liberación de las responsabilidades y de las tensiones de la campaña me daba un cierto alivio y una cierta alegría... ¡Una verdadera confusión de sentimientos! Y, bueno, en estas condiciones, trasnochar y tomar unas copas demás... Total: era Domingo. Se podía dormir y descansar el resto del día; y, al siguiente, el Lunes, la vida volvería a sus cauces normales. Nunca hubo mal que por bien no viniera... En la charla, retomamos el hilo de la política; y caímos, como era previsible, en los hechos de la tarde anterior.

--Mire - me dijo Calancho - los resultados oficiales de la elección daban unos 2.500 votos, para el grupo de ellos; y unos 2.000, para usted. Pero, me parece que los votantes no pasaron, en total, de unos cuantos centenares...

-- Usted observó bien... Se convino en multiplicar los resultados por cuatro, para la información de la prensa. Así se debía proceder... Según ellos... Publicidad... Le explico: Es la primera vez que se hace, en Cuenca, una elección interna partidaria. El número de votantes no podía ser grande. Ha sido, en todo caso, un avance democrático... Vaya, vaya, en la política local.

-- ¿Seguro, doctor Viñeros?

-- Sí... En este punto específico, sí...

-- ¿Y en lo demás?

-- Pues, doctor Calancho, hay mucho que desear...

-- ¿Había padrones, doctor Viñeros?

-- No...

-- ¿Y por qué no?

-- Porque nuestros competidores se negaron a hacerlos, doctor Calancho.

-- ¡Se negaron! Otra vez: ¿por qué?

-- Porque alegaron que la interna debía ser abierta, democrática... Que había que permitir la participación de nuestros simpatizantes, de nuestros votantes...

-- Una interna es una interna, doctor Viñeros... Lo que ellos proponían sería una externa...; o una semiinterna...

-- Claro... Visto así, el proceso fue un adefesio, doctor Calancho, en verdad... Y, a la vez, una mañosería...

-- Entiendo, doctor Viñeros... Con los padrones, triunfaban ustedes. Entiendo... Ustedes hicieron una labor de organización... Ellos, no... Me lo contó René López. Ante esta

desventaja, de ellos, entra en acción la usual viveza criolla; la sapada, como también dicen ustedes, aquí...

-- Exactamente...

-- Lo vi... Toda esa gente que venía en los cajones de las camionetas de ellos... Era obvio que se trataba de gente miserable: vagabundos, alcohólicos, muchachos pobres que quizá no tenían 18 años... Se lo digo, con franqueza: En cierto momento, el proceso me pareció una comedia trágica...

-- Ciertamente...Lo fue. Si la prensa publica esta cuestión, esta versión, no sé lo que nosotros vamos a decir...

-- Alguien señaló, además, que ustedes afiliaron a unas setecientas personas. Todas con sus respectivas fichas... Y que ellos listaron, apenas listaron, unas doscientas...

-- Cierto...

-- Buen trabajo, el de ustedes... Y ustedes comenzaron de la nada...

-- Sí. Ellos estaban sorprendidos...

-- Entonces, ¿por qué se han dejado arrebatar el triunfo?

-- Nosotros logramos la ventaja numérica. Pero, ellos tenían la dirección local del partido, la rosca bien armada, los contactos en Quito... Y parece que, con esos contactos, obtuvieron el dinero...

-- ¿Qué dinero?

-- El que necesitaban para pagar cincuenta sucres por cada voto; y para comprar el aguardiente y los sánduches...

-- Una real vergüenza...

-- Sí, señor.

Calancho se quedó en silencio. Continué yo:

-- Y así proceden quienes dicen que van a llevar al país a una democracia social; los que dicen que le van a sacar al país de una democracia simplemente formal...

-- Pero, bueno, doctor Viñeros, el asunto, para mí, sigue estando un poco oscuro... ¿Por qué ocurre semejante cosa?

-- Mire usted, doctor Calancho. Ellos - la Línea B o Línea de la Transformación Partidaria - proceden del viejo liberalismo decadente. Y, por eso, han heredado las malas costumbres electorales del país. Sus antecesores políticos hacían votar a los muertos; hacían votar a cada

elector el número de veces que fuera necesario; telegrafiaban, desde Quito, al funcionario parroquial; “En Ricaurte, han concurrido 3.792 votantes. Los 3.081 son nuestros. El resto, de los contrarios. Cuéntelos y regístrelos bien y envíe resultados y actas debidamente legalizados. Plazo diez días hábiles, etc.” / Después de su más o menos heroica revolución, de fines del siglo pasado, los liberales se dieron cuenta de que “...no podían perder con papelitos lo que habían ganado con balas...” Y, de este modo y en este momento, la sempiterna viveza criolla reclamó su sitio. Y, a su lado, la trampa, también el suyo... Bueno, ellos siempre han hecho las cosas así. Y, por eso, se negaron obstinadamente a reconocer los padrones de afiliados locales, que nosotros habíamos elaborado; y que ellos no poseen... Y se negaron, igualmente, en consecuencia, a cerrarlos unos cuantos días antes de la interna.

-- Casi increíble... ¿Y eso de la intervención de Quito no será mucha “imaginación”?

-- ¿“Imaginación” es, en este caso, algo así como paranoia, doctor Calancho?

-- Bueno, bueno... Quedémonos con la “imaginación”... Si usted quiere, sin las comillas.

-- Hagámoslo como usted quiere. No hizo falta “imaginación”, doctor Calancho. Tuvimos unas informaciones oportunas, comedidas y oficiosas... Gente nuestra, de confianza, allá en la capital... Queda, por ellas, las informaciones, poco espacio para la duda. ¿Qué pasó? Pues que, ante las novedades, un poco “raras”, - que ellos, los de la B, reportaron a la dirección del partido - su gente de Quito, los asesoró y los ayudó.

--¿Lo necesitaban?

-- Ya le conté lo del dinero... Pero, además, algún vivillo les sugirió que alegaran que nuestros padrones no estaban reconocidos por la dirección nacional del partido... Que nuestros afiliados no habían asistido a ningún curso de formación política... Que: ¡Hombre, hay que hacer las cosas bien y correctamente...! / ¿Correctamente...? Mire usted bien: ¡En el feudo de ellos y en el Ecuador de ellos...!

-- ¡Qué barbaridad! Cómo se pueden tergiversar y enredar las cosas...

-- En la política, doctor Calancho, ¿no seremos, los dos, un par de ingenuos? ¿Se acuerda usted de aquello de que en la política, en la guerra y en el amor, todo vale? La política no es una bella arte, doctor Calancho. Es una de las feas y malas artes humanas... Y puede ser también malvada... No es precisamente una cosa de las monjitas de La Caridad... Y es, por otra parte, necesaria, imprescindible.

Calancho lucía medio confundido. Quizás no esperaba, de mi parte, un comentario así de tajante. Y, - en vista de las circunstancias - talvez, decidió continuar el diálogo de algún modo, de cualquier modo...

-- ¿Y de dónde procede, o sale, su Línea A, la Línea de la Organización Partidaria, doctor Viñeros?

-- Somos los nuevos. Es decir, los que llegamos después de que ya se hubiera afirmado la camarilla liberal de aquí; la que inició el nuevo partido. Hay, entre nosotros, algunos

intelectuales de tradición liberal e ideario liberal remozado; algunos socialistas, que dejaron los dogmas marxistas; unos cuantos jóvenes comunistas, que no pudieron aceptar el totalitarismo o tardíamente repararon en él... En general, pues, gentes moderadas; que se sienten, esencialmente, laicas y no confesionales. Son los que dicen “Ni Roma, ni Moscú”; ni seguidores de los curas, ni marxistas semirreligiosos... Este grupo parece ser numéricamente importante en el Ecuador actual; sobre todo, en la nueva y emergente clase media. En definitiva, la mayoría de los nuestros se ubica en una franja ideológica liberal abierta y laica...

--¿Se olvidó de la justicia social, doctor Viñeros?

-- Vaya... No, por supuesto. ¿Usted conoce nuestro lema? “Libertad con justicia social”. Queremos decir, primero, que la libertad es el cimiento de la vida civil. Y que, sobre ese cimiento, hay que levantar una robusta columna de justicia social.

-- ¿Ante todo, liberales?

-- No, precisamente. Ante todo, libertarios...

-- ¡Muy bien, doctor Viñeros!

-- Gracias.

-- ¿Y hay, en el partido, quienes son, ante todo, igualitarios?

-- Sí, los hay. Y, en cierto modo, es una desgracia...

-- ¿Una desgracia? ¿Por qué?

-- Porque esos “igualitarios” permiten que los comunistas - los duros y tercos comunistas - nos infiltren... Parece que ya está ocurriendo. El largo brazo de La Habana... Tal vez sean ellos los que dan el dinero. En esto, sí: ¡quién sabe! La “imaginación” viene al caso... Hay que imaginar... Pero, si nos infiltran, doctor Calancho, el partido terminará desnaturalizándose.

-- ¿Y no habrá, también, una yapa, como dicen ustedes; una yapa de miembros postizos o supuestos miembros?

-- ¿Los “agregados culturales”, “los paracaidistas”, doctor Calancho?

-- No... Los ingenuos de siempre, los oportunistas de siempre, los parientes y amigos ídem; y unos cuantos policías y espías ...

-- Sí, señor. Los hay...

-- Policías y espías. Usted mismo lo anotaba, en alguna oportunidad... Y ahora yo sé que no hay que olvidarse de ellos. Están, igualmente, en las universidades.

-- En la San Gregorio, yo creo que hay sólo unos pocos. Pero tengo la impresión de que, en la Austral, abundan. Y, hasta, creo que, en varias ocasiones, son los que promueven y

“organizan” el desorden. Así justifican sus sueldos; y, de paso, sacan más fácilmente sus títulos. Buenos beneficios, para ellos... ¿Sabe usted que hay gentes variopintas que medran en la decadencia de las universidades públicas?. Como siempre, en casos semejantes...

-- Y - sabiendo todo aquello sobre la política - ¿usted quería organizar un partido nuevo y decente, doctor Viñeros...?

-- En gran parte, por eso mismo, doctor Calancho...

Silencio. El silencio también es parte del diálogo... Calancho asimilaba mi respuesta. Luego, volvió a un detalle de lo inmediato anterior.

-- ¡Qué cosa eso de los policías...!

-- Sí... Hacen muchos trabajos sucios... Y abusan... Pero, son necesarios, doctor Calancho. Como los soldados, como los curas...

-- Estamos cambiando de tema... Y ya llegaron de nuevo los curas... Bueno... Hablemos mejor de los soldados. Vaya, siguiendo por la tangente, se me ocurre lo de Costa Rica. Algunos intelectuales, aquí, en el Ecuador, ensalzan el civilismo de aquellos centroamericanos, de los ticos. Ellos, los ticos, - en buena hora, se dice - se desprendieron de sus soldados...

-- ¿Vamos a otra cosa...?

-- Bueno, ¡qué hacer! ¿No quiere usted hablar de Costa Rica?

-- Yo hablo de cualquier cosa, doctor Calancho... Bueno... Pero, le diré que no he conseguido, hasta ahora, aclarar bien este asunto. Me resulta incongruente o bastante impreciso. Quizá los costarricenses tengan una policía fuerte; una policía militarizada, que reemplaza, por lo menos parcialmente, al ejército... ¿Tienen una fuerza paramilitar, que no es realmente ni ejército, ni policía; ni chicha, ni limonada? ¿Hay un autoengaño pacifista, de ellos, de los ticos? ¿Hay una media verdad “positiva” para consumo externo...? ¿Y qué necesidad había de ella, de esta última? Vaya... ¡Quién sabe!

-- Los costarricenses también tienen que defenderse; como todas las naciones, doctor Viñeros... Usted conoce algo de este asunto...

-- ¿Le conté algo sobre mi servicio militar?

-- Sí... A eso he aludido, precisamente. Lo tocamos cierta vez, de pasada. ¿Cree usted que los ticos llegarán algún día a la insensatez de pagarles a los Estados Unidos para que los defiendan? Sería feo y torcido... Deben defenderse ellos mismos... Debe haber también gente sensata en Costa Rica. Por supuesto...

-- A propósito, ¿oyó usted lo de Trotsky, doctor Calancho?

--¿Qué?

-- Si tú no te preparas para la guerra, la guerra se preparará contra ti... / La guerra es una posibilidad de siempre; como lo son aquí los terremotos. Quien no tiene en cuenta a la guerra, - al menos como una posibilidad reducida, doctor Calancho - no sabe nada de la política; no sabe nada de la naturaleza humana...

-- Sí... Y es que vivimos, todos, en un mundo bélico... Y muy imperfecto y muy duro y muy inclemente... Y hay que saber vivir en él... Así es el asunto.

-- Cierto... Muy cierto... Yo sé también que el mundo es duro para todos. Lo acepto; junto con otras varias condiciones... Pero, le soy sincero: Lo que más me cuesta aceptar es que nuestro mundo sea tan difícilmente perfectible...

-- ¿Nosotros? ¿Todos?

-- Sí...

-- Bueno... La perfectibilidad, la perfección... Debe tratarse de la "arcilla indócil", del escritor Montesinos, doctor Viñeros...

Fui yo, entonces, quien tuvo que asimilar la última respuesta: su significado profundo, sus implicaciones...

-- LA ARCILLA INDÓCIL. obra de Arturo Montesinos Malo, escritor cuencano... ¿Qué quiso decir realmente este autor con su título?

-- Una metáfora un tanto artificiosa... Debe referirse, doctor Viñeros, literalmente, a una arcilla de baja calidad; a la arcilla difícil de transformar en ladrillos y, más difícil aún, de transformar en cerámica... ¿Y sabe por qué, doctor Viñeros, esta metáfora resulta artificiosa?

-- No...

--Porque los hombres somos realmente agua... Y el agua - que en gran parte nos constituye, lo reitero - toma, muy fácilmente, la forma del recipiente que la contiene. El agua es dócil, muy dócil...

-- Hay aguas bravas, doctor Calancho...

-- No voy por allí... Y sigo con mi implicación: El hombre es agua; agua que busca o espera una forma...

-- En este punto, ya estamos casi en la poesía, doctor Calancho...

-- No tanto...

-- En Cuenca del Ecuador, no sería tanto... Sería casi lo usual.

-- ¡Doctor Viñeros! ¿Vamos a seguir?

-- Bueno... Sigamos. ¿Entonces, ¿ por qué hablamos de la arcilla? ¿Por qué los evangelios hablan del polvo que nos constituye? Y no somos solamente agua... ¿Y qué somos, en realidad? ¿Agua, polvo, ceniza, fuego, vapor...? ¿O todo eso? Y las palabras nos confunden; o nosotros nos confundimos con las palabras...

-- Para acertar con las metáforas, se necesita discernimiento y sentido artístico. Y no se debe abusar de ellas, doctor Viñeros...

-- Claro... Sí, señor.

Silencio. Otro silencio. Silencio en la madrugada... Bebíamos la cerveza en silencio... ¿Cómo reiniciar el diálogo?

-- Y - variando un poco el tema - ¿ cómo llegó usted hoy, digo ayer, a las elecciones del PSD, doctor Calancho?

-- No será usted malpensado conmigo... No soy un policía, por supuesto.

-- Tendrá que demostrarlo...

-- No sería, en ese caso, tan desvergonzado; ni tan tonto...

-- Demostrado. Estoy conforme.

-- Claro... Me doy cuenta: A usted, debió parecerle bastante extraña mi presencia allí. ¿Qué estará haciendo este tipo? -- como dicen ustedes. Pero, no tomará este simple y coincidental hecho como la caída de un aerolito, ¿ verdad?

-- Con los españoles, pueden pasar cosas muy raras...

-- ¿Y con los ecuatorianos?

-- También...

-- Empatados.

-- Sí, señor.

-- Bueno, tengo la explicación. Me encontré con el doctor Calero y el licenciado Guzmán en la plaza de Santo Domingo. Ellos son simpatizantes del PSD. Usted los conoce... Ellos me invitaron a ir.

-- Los vi. Pero, ¿sabe? no me di cuenta, de inmediato, que usted venía con ellos.

-- Pues, sí. Y fue, en cierto modo, una coincidencia conveniente; casi, diría, en principio, agradable... Yo también me he interesado, desde hace unos años, en la Socialdemocracia... He leído, por ahí, cosas sobre el asunto. Felipe González... Y, le puedo decir, que vienen

bien conmigo. Lástima, estas decepciones ingratas...; como la maniobra que yo he presenciado en la tarde. Y, por ella, usted ha debido pagar un precio injusto y ha sufrido... Pero, bueno, quizás los socialdemócratas de aquí avancen y mejoren...

-- Lo afilio de inmediato, doctor Calancho. Será, para nosotros, un honor...

-- Espere un poquito... Si me nacionalizo ecuatoriano, quizás me acerque a sus tiendas. Como uno más. Sin pretensiones de escalar...

-- De usted, depende, doctor Calancho... Si se anima a escalar, tendría usted todo el derecho del mundo.

-- Antes de eso, hay algo importante: ¿qué hará usted ahora?

-- Y... Tendré que pensarlo; quizás consultar con la almohada unas cuantas noches...

-- Y con la esposa...

-- No. En asuntos de esta clase, ella no suele ponerme objeciones. Yo decido. Las consultas - que yo le hago; como todos o algo más que todos - se refieren a otros asuntos. Cuentos diferentes...

-- Usted tiene el timón de la nave... Pero, consultar es bueno. Los comentarios, los consejos y las opiniones hacen pensar...

-- Sí. Cuando son pertinentes; o cuando se hacen con buena voluntad...

Un vaso más de cerveza. Otro momento de silencio... Reflexión... Espera... ¿Qué diré ahora? No tuve que decir nada. Habló Calancho.

-- Perdóneme el atrevimiento y cierta reiteración, doctor Viñeros: ¿Usted se considera un político?

-- Vaya, vaya... ¿Y por qué me lo pregunta?

-- Elemental, señor Watson... Si usted fuese realmente un político, no tendría casi nada que pensar... Simplemente seguiría adelante.

-- ¿Aunque le lancen a uno mierda en la cara, como decía Sartre?

-- Claro... Sí, señor. No importa... Un poco más adelante, ya podría usted lavarse bien la cara y perfumarse... Y también cobrar la afrenta; o vengarse...

-- ¿Sabe una cosa, doctor Calancho...?

-- No. Y no la voy a saber, tampoco, si usted no continúa...

-- Mis dificultades con la política, doctor Calancho, arrancan de que yo trabajo en ella con poca fe; o con sólo la mitad del corazón, como dicen los ingleses. Cuando yo busco algo con el corazón entero, normalmente, lo obtengo. Cuando vacilo, - aunque sea un poco nada más - surgen las dificultades insuperables...

-- Lo veo con claridad. Es un asunto de motivación...El grado de motivación. Entendible.

-- ¿Y sabe usted por qué me falta motivación política?

-- Bueno, suele sucederles a los intelectuales... Pero, usted podría estar entre las excepciones. Que las hay...

-- No lo estoy, doctor Calancho... No codicio el poder... Y, en el fondo, tengo una visión negativa y pesimista de la política. La veo mas bien como un mal necesario... Y, como no soy un anarquista, no puedo oponerme a todo poder, al poder en general... El hombre - para su gran desgracia - es un animal político; es decir, es un animal que necesita la sociedad, la organización... El gato no lo es; y, por eso, no necesita partidos, ni planes quinquenales, ni pactos de La Moncloa... Sólo necesita un dueño... Y, bienaventurado, al gato tampoco lo reclutan para ir a la guerra...

-- Malaval me dijo, sobre usted, algo de esto último, en cierta oportunidad...

-- Sí, él lo sabe... Hemos hablado de éstas y semejantes cosas... Y, respecto a mí, una vez, él me sentenció, con esa ocasional suficiencia suya: Yo te conozco, Viñeros... Tú eres un observador. Nunca serás un buen político actuante. Y yo sé que a ti, te gusta la política. Pero, te limitas a ver a los gladiadores, a los domadores y a los payasos; los ves, desde el borde de la arena o de la pista del circo. Y no creo que hagas mal... Haces lo que debes hacer. Tú comprendes la política; y sabes explicarla muy bien a los demás. Pero, no eres un político, Viñeros... Así de simple o de complicado...

El tema de las elecciones del PSD se agotó. Y, luego, casi sin darnos cuenta, la conversación giró, otra vez, hacia los sempiternos temas universitarios. Calancho interrogaba. Así era él, en ocasiones. Parecía un entrevistador de radio o de televisión. Yo le seguía el juego.

-- ¿Espera usted, doctor Viñeros, que vengan mejores tiempos para la universidad? Vaya, precisaré: ¿para las universidades ecuatorianas?

-- Todavía no se ve la luz al final del túnel, doctor Calancho. Y perdóneme esta contestación estereotipada. Es la contestación necesaria... Y el túnel ya va siendo demasiado largo... Demasiado... Si usted habla de cambios inmediatos o cercanos, por de pronto, nada...

-- ¿Ni siquiera en la San Gregorio?

-- La San Gregorio ha obtenido ya un éxito relativo, doctor Calancho: Tiene una buena imagen pública... ¿Merecida? Quien sabe... Más que a sus propios méritos y esfuerzos, la buena imagen de la San Gregorio se debe al progresivo deterioro de la Universidad Austral... Así, el contraste le favorece a la San Gregorio...

-- Y le favorece, también, a la San Gregorio, la mala calidad de un trío de instituciones incipientes...

-- Afirmativo, como dicen los policías. Y un poco lamentable: La buena imagen de la San Gregorio es, apenas, la buena imagen de la mediocridad...

-- ¿Eso es lo mejor que podemos tener, al momento? ¿Es lo único factible?

-- Así parece... Y no hagamos ruido, doctor Calancho; para que los afortunados y los satisfechos puedan tener su buena digestión y dormir su siesta...

-- ¡Caray, caray...!

-- No sufras, Garay... Nada, en este mundo de estricto paso, es importante...

Calancho sonrió. Con cierta amargura... Y, luego, giró el diálogo hacia otra arbitraria dirección.

-- Y dígame, doctor Viñeros - hablando otra vez de la Austral - ¿es verdad que le trajeron de la Argentina, a Reboratti, para que hiciera la reforma "revolucionaria"? Me curo en salud: Uso, ahora, esta absurda expresión; porque, parece, que ese sinsentido era lo que querían ciertos influyentes, ciertos poderosos de la izquierda universitaria... Querían una gran revolución política interna; con los empaques de unas reformas académicas...

-- Mire, nadie habló de eso en forma directa. Y, quizá, los más interesados se callaban por táctica... Pero, actuaban... Y, seguramente, algunos hilos ocultos eran movidos por gentes adiestradas y astutas... Ellos debieron ser los que le trajeron a Reboratti. Reboratti cayó, aquí, de pronto, como del cielo... Era, el asunto, un poco raro, sorprendente... Y, hoy día, para mí, - por el poder que él ganó, de inmediato; y por su forma agrandada de conducirse - quedan pocas dudas del poderoso respaldo que tenía...

-- ¿Confirmado, entonces...?

-- Digamos que sí...

Sin darnos cuenta, habíamos dejado el juego de la entrevista; y, ahora, hablábamos más cómoda e informalmente... Siguió Calancho.

--Sí, ya recuerdo... Fueron, efectivamente, los socialistas los que le trajeron a Reboratti. Lo supe por mis paisanos. Me dijeron que Robledo estaba furioso con ese nuevo y joven profesor de Filosofía; que llegaba a la Austral como un profeta, como un salvador... Como un Che Guevara universitario. El hombre de la sofisticada Filosofía revolucionaria... Con Reboratti, los socialistas lograron opacarle totalmente a Robledo. Al derechista Robledo. Y éste no sabía, por entonces, que hacer...

-- Así fue...

--Pero, Robledo no tardó mucho en comprender la nueva situación; y en decidir lo que le convenía: En ese momento, empezó a colaborar con los maoístas... Y, finalmente, ganó...

-- Claro... Robledo pensó y calculó; y espero su oportunidad. Y se nacionalizó... Y, mientras tanto, Reboratti fallaba y fallaba. Escribía artículos abstractos y flojos en EL HERALDO. Malaval le daba una mano. Entendible, desde luego... Malaval - según se dice - es un afiliado socialista...

-- ¿Y por qué falló Reboratti?

-- ¿Sabe?, para mi modo de ver - y para decirlo derechamente y con propiedad - Reboratti estaba un poco más que medio loco... Estaba - ustedes lo dicen, popularmente - como una cabra... Pero, como su clase de locura era filosófica y académica, no se notaba como tal.

--Pero, intelectualmente hablando, ¿Reboratti no tenía bastante o mucho valor?

-- No, doctor Calancho... ¡Qué va! ¡Qué va...!

-- ¿No era competente? Algunos de sus admiradores radicales lo consideraban casi un genio...

-- Así lo consideraban, efectivamente... Pero, bueno, bueno... Eso hay que analizarlo. Hagámoslo... Intelectualmente, Reboratti estaba en la línea del populismo académico argentino. Esa gente que cree que existieron filosofías indígenas americanas; que América Latina ya ha creado filosofías “alternativas”, que reemplazan muy bien a las filosofías clásicas y eurocéntricas; que hay pensadores latinoamericanos casi geniales, cuyas doctrinas - para convertirse en filosofía sistemática - sólo necesitan, como la tinta invisible, ser reveladas; y, luego, bien pasadas a limpio, bien explicitadas y bien comentadas; bien comentadas por ellos..., claro... / Este es , en lo esencial, el cuento de Reboratti y de los individuos de semejante laya.

-- Curioso... Muy curioso... ¿Y podría usted mencionar, a guisa de ejemplo, el nombre de alguno de esos grandes pensadores latinoamericanos?

-- Hay uno muy cercano a nosotros; señalado por el mismo Reboratti...

-- ¿Cuál?

-- Pacífico Melo Valdizán.

-- ¿Pacífico Melo? ¿Escribió, Pacífico Melo, algo más que unos pocos discursos de orden?

-- No mucho más que eso, ciertamente... No mucho más... Pero, ¡qué potencial dialéctico! ¡Qué verdadero yacimiento conceptual! Reboratti lo descubrió... Y - empezando a trabajar en ello - escribió un artículo titulado “La utopía y la promesa de nuestra América en el pensamiento de Pacífico Melo Valdizán”.

-- Y los parientes felices...

-- Desde luego... Los parientes conservadores y los parientes progresistas... ¡Habían tenido un genio en su clan...! La ingenuidad provinciana...

-- O, simplemente, esa suspensión temporal del buen juicio, que produce el adulto... O también, quien sabe, ciertas conveniencias medio escondidas...

-- También... De acuerdo.

-- Oiga, doctor Viñeros, ¿el tal Reboratti no sería nada más que un vivo?

-- Nada más, no. En una parte, sí...

-- ¿Y en las otras partes?

-- Tenía varias facetas... Por una de ellas, era comerciante. Se asoció con uno de sus alumnos; y puso una pequeña librería: Comala Books, en la esquina de las calles Borrero y Jaramillo. / El ancestro judío... -- afirmaba Malaval. ¿Sabe usted? El apellido materno de Reboratti era Silberstein.

-- Es. ¿No ha muerto, no? Bueno, entonces se llama, de apellido segundo, piedra de plata o piedra plateada. Bueno... Usted como que describió diestramente la supuesta filosofía latinoamericana de los populistas académicos... ¿Y qué opina usted de tal cosa?

-- Para responderle, voy a parafrasear a Borges: El psicoanálisis, la teología y la filosofía latinoamericana de los populistas académicos son nada más que partes de la literatura fantástica...

-- Comprendo... Excentricidades, mitomanía, demagogia intelectual... Y, para decirlo mal y pronto, desde un punto de vista algo diferente, los tornillos que les faltan a Reboratti y los suyos... Usted ya lo dijo.

-- Y le voy a contar unas cosas. A ver qué le parecen... Reboratti daba clases "a dúo" con un profesor quiteño de Sociología; otro militante socialista, también medio loco... En realidad, - según me dijeron algunos alumnos - hablaban, los dos, a filosofadamente, de cualquier cosa... Y trataban de hacer, en el fondo, una especie de proselitismo intelectual; mientras los pobres discípulos se quedaban en Babia.

-- ¿Un sociólogo quiteño? ¿No sería aquel que - según dicen - quemó, un día, en el patio de un edificio de apartamentos de aquí, sus títulos universitarios, junto con los libros de Gramsci y muchas revistas de la Pontificia de Quito?

-- El mismo. Carbo Aguerre... Episodio conocido... De paso, este señor - en una entrevista de prensa, en EL HERALDO - afirmó, muy seriamente, que era el hombre más inteligente del Ecuador...

-- Al decir el hombre, ¿incluiría también a las mujeres? Hoy día, hay que preocuparse mucho del género...

-- No precisó... Aunque debía haberlo hecho. Para no dejar lugar a las feas dudas... Y para que todos supiéramos que él, Carbo Aguerre, era el campeón nacional absoluto del cociente de inteligencia.

-- Angel mío de la guarda / ángel mío / ¿me cuidarás también de la locura? / Martín Calderón Guardiola, dominicano.

-- ¡Un buen verso...! No lo conocía. Pero, no seamos tan solemnes, ni tan trágicos, doctor Calancho. Y, más bien, - al estilo de Malaval - gritemos alborozados: ¡Viva Don Quijote! ¡Viva Velasco Ibarra! ¡Viva el poeta Larriva! ¡Vivan los Tres Chiflados! ¡Viva el populismo! ¡Viva el relajo!

-- En síntesis, nuestro muy español: ¡Viva la Pepa!

-- Sí, señor. Algo así... Sigo. Reboratti creaba materias- creaba materias a gusto y medida de él, doctor Calancho - con nombres e intenciones extravagantes. Pensamiento Nahuatl, por ejemplo... O una totalmente efable: "Fundamentación y propuesta para una dinamización del pensamiento transformador y progresista de América Latina, en función de las necesidades reales de las clases emergentes y revolucionarias del continente." Así, casi literalmente... ¡Una maravilla! Si hubiera usted visto los problemas que tenía el secretario de la facultad - un conservador razonable, pero formalista - para certificar la aprobación de esta materia. Una materia, ¡ eh!; de cursado obligatorio, para quienes seguían la especialidad de Filosofía... No un seminario, no un aislado ciclo de conferencias...

-- ¿Esa denominación era el título de algún artículo de revista académica?

-- Debió serlo. Es probable... Bueno, el secretario terminó poniendo simplemente "Fundamentación...", en los certificados; y exigiendo a los alumnos un papel sellado universitario adicional; para consignar, por separado, el nombre completo de la materia reboratesca...

-- Para Ripley...

-- No, señor... Para los atenienses, de Cuenca del Ecuador, con el respeto y el afecto de un gaucho andante y revolucionario, El Che Reboratti ... Quítele lo de El Che. En términos semejantes, dedicaba Reboratti sus trabajos... A sus admirantes admiradores.

-- Pero, por otra parte, Reboratti calificaba con notas muy bajas a la mayoría de sus estudiantes... ¿Cómo se compatibiliza semejante forma de actuar con su esencial populismo?

-- No se compatibiliza... Al contrario. Había demasiada paradoja, demasiada incoherencia. Yo, francamente, no entendía el asunto. Salvada, desde luego, cierta pertinente, o probable, explicación esquizofrénica... Como dicen los argentinos, - con una expresión italiana - **Chi lo sa...**

-- Usted sí lo sabe...

-- Bueno, realmente, sí... En todo caso, - para mi modo de ver - las notas bajas fueron la causa principal de su desgracia. En cierto momento, Reboratti ya no podía seguir en la

facultad... Los muchos estudiantes reprobados, o suspendidos, lo iban a sacar... Era una cuestión de poco tiempo... Pero, antes de eso, él prefirió irse, por su propia voluntad...

-- Entonces, los dos o tres marxistas bien calificados eran nada más que un parto de los montes... / -- Dijo Calancho, con una entonación marcadamente reflexiva.

-- ¿Afirmación o pregunta?

-- Digamos que pregunta...

-- Algo así... Los demás estudiantes les llamaban a estos marxistas “ los edecanes de El Che” ; porque lo acompañaban a todas partes.

-- ¿Y en qué quedó la revolución universitaria que le había encomendado el socialismo nacional o La Habana?

-- En nada concreto... Quizás, Reboratti estaba formando la élite que la iba a dirigir... Y, de paso, también, por lo bajo, parece que trataba de desprestigiar a los profesores que consideraba enemigos ideológicos o políticos peligrosos. O, hasta, trataba de echarlos de la institución...

-- ¿ Parece...? ¡Era así! He oído algo de eso... Y, en el caso de Montañó, el alcalde de Cuenca, lo logró... Menudo logro...

-- Sí. Yo sospeché la intentona revolucionaria; y, más o menos, la confirmé... Yo mantenía con Reboratti una relación esporádica y más bien formal... Lo había calibrado... Era mejor no tenerlo de franco enemigo. Y, además, por una razón personal, yo debía ser cuidadoso: Yo presidía, por entonces, la Asociación Ecuatoriana - Argentina de Cuenca... Y Reboratti no se metía directamente ni conmigo, ni con nadie... Sus “edecanes” y otros enlaces hacían el trabajo sucio...Ellos, sí, actuaron directamente contra mí... Trataron de echarme de la Austral. Pero, bueno, ese es otro cuento...

-- Y las autoridades de la facultad, ¿qué hacían ante todo aquello?

-- Bueno... Allí estaban, presentes y actuantes. Presentes y actuantes, para respaldar a Reboratti... Y algunos directivos lo consideraban mucho más que un hombre talentoso. Lo consideraban - como los alumnos politizados - un genio o un verdadero profeta... Casi que lo idolatraban...

-- ¿Tanto...? ¡Tanto...!

-- Sí... Una gran admiración elevada al cuadrado. Las medidas humanas normales no alcanzaban para Reboratti...

-- Increíble...

-- Una prueba al canto. Vea usted... Cuando Reboratti, finalmente, decidió marcharse a México, yo le encontré al decano Carranza, en la Plaza de San Francisco. Estaba apenadísimo, casi al borde del llanto... Sin saludarme, me dijo: “ ¡Se ha ido Reboratti...! ¡Una tragedia para nosotros...! Un complot de ciertos reaccionarios... La salud de su

mujer... Pero, volverá; me lo dijo, me lo ha prometido, casi que me lo juró...” / Yo le pregunté: ¿Qué, te ha dicho **I shall come back** -- como MacArthur? / Carranza pareció no entender mi sorna... Me miró con la máxima incredulidad... Como diciéndome: Hombre, hombre, Viñeros, ¿qué cosa extraña te pasa? ¿No comprendes lo grave y dramático de la situación? / Y, en esto, no le exagero nada, doctor Calancho.

-- Vaya, vaya...

-- Hasta donde vaya, Reboratti...

-- Y que no vuelva...

-- No. Que se quede allá, en los méxicos, por mucho tiempo... Y que le vaya bonito, como dicen los pobladores de aquellos lugares.

Pedí otra cerveza. Seguimos un poco más con Reboratti.

-- Se dice que también le regalaron un doctorado; como a Robledo... La historia se repite.

-- Sí. Pero, al repetirse, lo que fue tragedia se torna farsa... Marx lo dijo.

-- El doctorado de Robledo, ¿fue una tragedia?

-- No, no... Fue una comedia... Con esta cita de Marx, me refiero a la verdadera historia... Me he salido por la tangente. Disculpe mi falta de lógica, doctor Calancho.

-- No importa...

-- Sí importa... No debe uno pensar en voz alta... Bueno, vuelvo a lo que corresponde. No, no... El doctorado de Robledo fue sólo una tragicomedia conservadora... El de Reboratti, en cambio, fue un acto de fraternidad revolucionaria, de solidaridad revolucionaria, de merecido reconocimiento revolucionario... Casos diferentes...

-- Historias, - lo decía yo - en el sentido restringido de narraciones.

-- Ni eso... Mejor, no hablemos de historia, doctor Calancho. Hablemos, más bien, de cuentos costumbristas, de anécdotas diversas...

-- Pero, Reboratti, al menos, hizo algo así como una tesis...

-- Algo así... Cierto. Unos dos meses antes de marcharse, ató, con una piola, los artículos sueltos que había escrito...

-- ¿Nombre de la piola? ¿Lo recuerda?

-- Sí. Aproximadamente... : Meditaciones en Torno a la Teoría y la Práctica de la Inconformidad, la Rebeldía y la Promesa de los Latinoamericanos...

-- ¡ Aprobada!

--Sí. Diez sobre diez. Doce sobre diez, si esto hubiera sido posible... Publicación preferencial de la tesis, recomendada por unanimidad del tribunal... Previamente, se obvió, **honoris causa**, la legalización de sus estudios en el exterior... Y - a pedido de un representante estudiantil - Robledo había sido, anticipadamente, recusado como posible miembro del tribunal examinador. Razón: No debía integrar dicho cuerpo, por animadversión notoria respecto al graduando... Empacado el regalo. Señor secretario de la facultad, póngale una tarjetita de filo dorado y un moñito, por favor...

¿Era Reboratti, en verdad, tan influyente?

-- Más de lo que yo había imaginado... Ya le he dicho algo de esto. Pero, lo preciso. Cuando trabajaba en la Austral, Reboratti tenía bajo su mando un buen grupo de activistas: estudiantes, funcionarios, unos cuantos profesores. Cierta día, me sopló algo del asunto un conocido mío, un simpatizante de los maoístas... Pero, yo no le creí. Pensé que se trataba de su paranoia ideológica. Casualmente, sin embargo, lo pude comprobar yo mismo más tarde; cuando, hace un par de años, fui a la Argentina por una semanas. Unos conocidos míos, de allá, me dieron, al respecto, nombres y señales... Tres activistas de la facultad - tres señoras que aún hoy trabajan de empleadas administrativas - habían estado recibiendo entrenamiento político en Mendoza. (Como fachada, seguían unos cursos sueltos, “de especialización”, en la Universidad Nacional de Cuyo.) Un día, la Policía Argentina las había sacado del país, por Chile; desde donde habían ingresado. En realidad, debieron salvar su pellejo; no sé cómo... Ya había empezado la dictadura militar argentina. Y no sé, tampoco, cómo pudieron regresar al Ecuador; desde el Chile de Pinochet... Bueno, ellas trabajaban aquí con Reboratti. Y este mismo - que es mendocino - había sido, unos años antes, dirigente estudiantil en la dicha UNC; igual que su esposa...

-- Usted ha señalado que nunca se habló del objetivo concreto que perseguía aquí Reboratti. ¿Era la revolución universitaria? Y si lo era ¿cómo se puede hacer una revolución en silencio?

-- Reboratti tenía que actuar con cierto secretismo... Es más o menos obvio...

-- Secreto de más de dos...

-- De acuerdo... En verdad, se veía ciertas cosas... Se sospechaba otras... Pero, - le reitero - no oí a nadie hablar de un objetivo concreto. Salvo aquella conjetura de la nebulosa “revolución universitaria”. Hay - en este punto - que suponer, deducir; nada más... Quizás los socialistas, locales o ecuatorianos, no tenían, propiamente, una estrategia y unas tácticas para conseguir esto. Reboratti - digamos - las trajo...

-- Entonces, hay que pensar en la estrategia y las tácticas de los revolucionarios argentinos...

-- Claro... Eso ayuda a entender el asunto. En la Argentina, se conjeturaba que el probable objetivo de los sesentochistas, o setentistas, a mediano plazo, podría haber sido, en verdad, el establecimiento de una “auténtica” universidad revolucionaria latinoamericana... Algo de eso, habían intentado, inicialmente, allí, durante el segundo peronismo. Pero, el experimento se acabó con el golpe militar.

-- ¿Y de qué manera iban a conseguir su objetivo los revolucionarios de allá?

-- Mire... Los ideólogos de aquella transformación eran intelectuales influidos por ciertos pensadores marxistas europeos de la corriente de Gramsci. Ellos creían que los estudiantes - especialmente los latinoamericanos - podrían ser mejores y más eficaces revolucionarios que los obreros y los campesinos... Acuérdense que el famoso Mayo del 68 y el Cordobazo estaban frescos...

-- El Mayo francés del 68; todo un hito en la teoría y la práctica revolucionarias del siglo XX...

-- Sí... Bueno, esa gente, los setentistas argentinos – como el mismo Reboratti – tenía en la cabeza, además del gramscismo, una mezcla de trotszkismo, anarquismo, populismo y nacionalismo latinoamericano. Aparte de la yapa de folclorismos y formalismos. Es decir, otras varias y coloridas mariposas y unos cuantos pájaros preñados...

-- Pájaros preñados...

-- ¿No se oye esta expresión en España? Aquí, se la aplica a quienes confunden las cosas, están muy distraídos o desvarían: ¿En qué andas pensando? ¿En pájaros preñados?

-- En España, no lo recuerdo... Es una expresión pintoresca. Bueno, hablábamos de Reboratti...

-- Sí... Pero, estamos cerca ya de agotar el tema. Resumiendo, en cuanto al proyecto de la “revolución universitaria”, no creo que Reboratti haya logrado nada efectivo; o hecho algo nuevo... Y los sueños, sueños son ... A la final, creo que El Che universitario se cansó de construir castillos en el aire morlaco; no se adaptó; se decepcionó o quién sabe qué... Y, al parecer, su esposa tampoco estaba bien... O estaba peor que él... Se fueron.

Terminamos el asunto de Reboratti. Y, luego, pasamos a la Literatura. Que el “compromiso” político de los escritores; que si la Literatura ayuda a vivir; que si es un escapismo; que si es simplemente una diversión; que si es una terapia; en fin... Sólo añadiré, en este punto, un pequeño asunto de poesía. Pocos años antes de que llegara Calancho, trabajó aquí – en la Universidad Austral, como profesor de Historia – un escritor español llamado José López Redera. Calancho se acordó de él.

-- Yo no lo conocí – me dijo. / Pero, se lo mencionaba... Y Beatriz Arenas me obsequió un ejemplar de una novela - ALDEA DE BARRELICES, 1937 - y un número de la revista cultural LA GUACAMAYA. Esta última, contiene una parte del poemario titulado EL CEMENTERIO ANDINO, de López. Eran unas publicaciones que él no podía llevarse a Venezuela; y las había dejado a Beatriz, con el encargo de dárselas a quienes ella considerase conveniente. La acción de ALDEA... ocurre durante la Guerra Civil. Y es - diría yo - solamente una buena obra inicial...; la primera producción de un narrador, cuya infancia está aún cercana. Es eso - la infancia de López durante la contienda - lo que se cuenta allí; con una cierta ingenuidad, con un cierto buenismo, en el mejor sentido de estas palabras. Y el trágico conflicto bélico no se ve; pero, sí, se siente... Yo tuve una experiencia similar...

- Sí, leí la novela de López – dije yo. / Y conservo un ejemplar de ella, con una dedicatoria suya, afectuosa. No se hasta que punto pueda llegar en el camino del relato. Si él ha persistido...
- La difícil persistencia...
- La capital persistencia...
- Sí, señor...
- Vargas Llosa, también, comenzó así; con LA CIUDAD Y LOS PERROS. Y, cada vez, escribe mejor... Unas buenas miles de horas de trabajo; y, en puntillas, cierto día, la maestría llega... Casi seguro...
- Sí, doctor... Y de López Redera, el novelista, no hemos vuelto a saber nada...
- Seguía impartiendo sus clases de Historia Antigua, en Cumaná, Venezuela. Lo encontré allí una vez. López fue mi profesor. Era claro e interesante. Recuerdo muy bien algunas de sus clases sobre los griegos... Y - tiene razón, doctor Calancho - sobre su narrativa, no me dijo nada, aquella vez.
- ¿Hablaron bastante?
- No. Un saludo y unas preguntas mutuas, en una galería de la Universidad de Oriente. Así, poco podíamos decirnos...
- Bueno... López era, sobre todo, un poeta. Por su sensibilidad... Y - por otro lado, por su claridad mental - debe haber sido un buen maestro. ¿Para qué más? Muy pocas personas poseen amplios talentos renacentistas, como el doctor Montaña...
- Quizás, López llegó a su punto óptimo; y permaneció allí. En buena hora... El principio de Peter no se le aplicó. Si lo hacen decano, en alguna facultad, lo anulan; al menos, lo anulan por un tiempo.
- Bueno... Recordémoslo, pues, como un poeta. Como el autor de EL CEMENTERIO ANDINO. Poesía andina: triste, particularmente expresiva... El influjo, talvez, de los dos césares: Vallejo y Dávila. El doctor Calero - que es un poeta muy diestro y cultivado - admira esa obra de López. Y se sabe, de memoria, unos cuantos fragmentos. Los recita en sus ratos de emoción. De oírlos, en varias ocasiones, se me han quedado, también a mí, unas líneas...
- ¿Las recuerda ahora?
- ¿Quiere escucharlas? A veces, uno cae mal con la poesía...
- Depende del auditorio. Yo sí quiero escucharlas ahora. A ver o mejor a oír.
- Está bien... Le diré un fragmento.

Viejos soles, enfriados por la altura;
 truenos de Octubre, que poderosos estallaron, sobre los carrizos y la paja del techado;
 atardeceres dorados, que alumbraron las figuras infantiles, que, con un palito, dibujabas en
 el polvo, bajo el humilde alero;

goteras aviesas, que mojaron, en la noche, el poncho de lana que cubría
 tu lecho elemental;
 vientos, hambres, sueños, deseos, arados, sudores y cosechas;
 todo lo tuyo, junto y mezclado, enterrado ha sido hoy, aquí, para el olvido temprano
 y duradero, en el estrecho reducto de esta fosa.

Que en paz, descanses; libre ya de las cargas excesivas, y aliviado para siempre de tus
 penas, Manuel Espiritu Guamán.

Calancho recitó la estrofa con su fuerte y áspero acento castellano. Me conmoví un poco. Y pensé, en seguida, que los versos de López debían sonar aún mejor con la entonación y la cadencia de la andina y -- cuando se emociona -- muy expresiva voz de Calero. Un vaso más de cerveza. Llegaron unos borrachos bulliciosos... El dueño ya no los quiso atender. Iba a cerrar... Las horas habían pasado muy rápido... / Y me estoy acordando, ahora, del restaurante popular desigualmente iluminado; del olor de alcohol viejo, impregnado en el ambiente; del aserrín de eucalipto, amontonado por ahí, para secar el piso de tablas... Un lugar especial para ejecutivos -- como diría Malaval. / Salimos. Ya sonaban, en ese momento, una campanas distantes... Amanecía.

Unos días después de esto, me encontré, precisamente, con el recién mencionado, con Malaval.

-- Te sumaron, en la interna del PSD, todo el lumpen- proletariado de los mercados de Cuenca... Y, así, te ganaron... -- me dijo él, sin saludarme; y con esa maldad sonriente, con la cuál suele festejar algunos descalabros de los demás...

-- Ahhh ..., ya lo supiste -- dije yo.

-- Todo se sabe... -- me dijo Malaval. / . Y es un buen temita... Mañana, precisamente, voy a hacer una nota sobre eso.

Se quedó mirándome maliciosamente unos segundos. Malaval es impredecible; y -- ya lo mencioné -- es capaz de cualquier cosa... Me limité a sonreír; como si nada pasara. Pero, en verdad, yo estaba avergonzado, confundido, un poco alarmado... Y él debió advertirlo.

-- No te preocupes, Viñeritos... -- me dijo, como satisfecho por el efecto que había producido su anuncio. / No habrá tal nota... No tenemos ningún interés en hacer enemigos... El PSD va creciendo en el país. Ya tenemos socialdemócratas hasta en nuestro mismo EL HERALDO.

Y, además, recuerda, la prensa siempre tiene sus conveniencias... Hay que mirar eso primero...

Me quedé en silencio. ¿Qué habría podido yo decir?

-- Sigán ustedes adelante... Suerte y éxitos... Un lapso del futuro bien puede pertenecerles.

Tampoco dije nada. Malaval me palmeó en un brazo. Y se despidió al estilo argentino:

-- Adiós, Viñeros...

Unos meses más tarde, Calancho publicó – en el mismo EL HERALDO – un artículo titulado “Las Contingencias de la Acción Pública”. Otro de los suyos... Lo leí, como siempre; buscando la frase salvadora, la ocurrencia excepcional, la idea valiosa. Y la encontré: “... la política sin ética es simplemente barbarie.” ¡Ah, caray! Vaya, eso parece fuerte y honrado. ¿De dónde lo habrá sacado Calancho? ¿O será una idea suya propia? (Calancho es el hombre de los hallazgos casuales; y, a veces, sorprendentes.) ¿El pedagogo habrá estado pensando – al escribir su artículo – en los desaguizados del día de la interna del PSD? Talvez... Pero, -- veamos -- ¿qué significa, en realidad, la rotunda frase? Empecemos: ¿Qué es la política? Dejando de lado la etimología de la palabra, es el conjunto de acciones mediante las cuales una comunidad distribuye el poder y las responsabilidades. Es decir, la manera cómo una comunidad se gobierna. Bueno, este concepto parece relativamente fácil de establecer y suficientemente claro. Pero, ¿hay que preocuparse, también, de la ética? Y-- ya lo sabemos -- este asunto es siempre enredado; un verdadero lío... Bueno, dejémonos de generalidades; y vamos a lo concreto del punto. ¿Cuál ética? ¿La de los curas medievales que conocí cuando era niño o la de los curas tercermundistas de hoy? ¿La vieja ética católica, que predicaba la conformidad con la pobreza; o la ética protestante, que – según algunos sociólogos – conduce a la prosperidad material y al desarrollo de las naciones? ¿La ética popular abiertamente individualista de los españoles o la bastante colectivista de los ingleses y los japoneses? ¿La ética de los **hippies**, la de los Cabezas Rapadas o la de la Mafia? ¿La ética de Hemingway, la de Camus o la de Unamuno? ¿La ética particular y sofisticada de los filósofos distinguidos o la más o menos rebañega y tosca de las diversas religiones? ¿La ética más o menos individual de los ateos o la moralina adocenada de Pedrín Abacero o Juanita Esquinera? (Pedrín y Juanita, quizá, tengan solamente una preética o una paraética.) Ya estamos... Ya nos complicamos... Aquí sí que la cosa se puso color de hormiga... ¡No más aproximaciones! ¡No más vueltas! Si hay tantas éticas, no hay, realmente, ninguna. La ética genérica no existe; y punto. Y, por eso, todo acto humano es más o menos bueno y más o menos justificable; y, al mismo tiempo, más o menos malo y más o menos injustificable. Y el mundo de la ética no es el mundo del blanco y negro; es el mundo de los grises. Es el mundo de la imprecisión... Y, en consecuencia, por eso mismo, este mundo nuestro es el mundo de los abogados. Cualquier cosa puede ser buena – o, al menos, justificable o perdonable – si se tiene un buen defensor y un fiscal sensato. Y, si quiere usted saber qué es lo adecuado o correcto en cada caso, -- por decreto, porque no cabe aquí ningún otro criterio – búsquese un árbitro de fútbol, un juez honrado o venal, un dictador cualquiera o un papa... Ellos se lo van a indicar. Y, luego, quédese muy tranquilo.

Y, si no quiere aceptar esos criterios últimos y decisivos, sea valiente. Queremos decir que debe usted aceptar la incertidumbre de la moralidad; y que debe fijarse, de algún modo, sus propios principios o mandamientos... Y en este punto del viaje ético, el automóvil de Calancho – digamos un Ford del pasado o del futuro, que él nunca tuvo, ni tendrá-- metió sus cuatro neumáticos en sendos baches profundos y barrocos; y ya no rodará más. Aquí terminó el viaje dialéctico, muchachos... ¡Pura palabrería! Para qué preguntarse ya qué es la barbarie. (Lo que -- de ser necesario -- habría sido el paso siguiente en nuestra disquisición.) Ni siquiera hicieron falta las prolongadas y múltiples marchas del alacrán – antecedentes, cuestiones previas, consideraciones iniciales, definiciones, recuentos – que Ortega y Gasset usaba, antes de ir al grano, en temas parecidos a éste. Así que dejemos el asunto de la barbarie para el día próximo; -- como solía decir el mismo Calancho, al terminar algunas de sus clases. / Conclusión.- En la política, debemos acordarnos siempre de Maquiavelo: El realismo y el pragmatismo ante todo y sobre todo... La moral, a un costadito. / Bueno, hemos terminado esta disertación paracalanchesca. Que venga otro punto.

Unos años después de esto, -- es decir, hace no mucho – me encontré otra vez con Malaval, en uno de los jardines de la Universidad Austral. Ya, claramente, el periodista no era el hombre de antes. Reiteraba muchas cosas; tenía recuerdos inexectos... Se comentaba que él había adquirido la manía de importunar a los directivos superiores de la universidad y de la ciudad... (Aparecía en una oficina y pedía hablar con el jefe. Tenía que informarle de algo muy urgente e importante... En principio, lo recibían, por ser él quien era. Hasta que la especie se difundió...) Las enfermedades somáticas lo habían golpeado; y duro... Y las depresiones... Y el trabajo abundante, asistemático; en buena parte, insatisfactorio... Y el desgraciado accidente de tránsito, que él había provocado por conducir ebrio... Ahora, Malaval ya no bebía. Ni siquiera tomaba café. Tomaba solamente infusiones alternadas: de menta, de toronjil, de cedrón...

-- Ja, ja, Viñeros – me dijo. / Esa facultad de Odontología; allí... En una universidad verdadera y bien estructurada, sería nada más que una especialidad del Departamento de Medicina Humana... La universidad profesionalizante y subdesarrollada que tenemos: una profesión, una facultad... Especialización que crece, se hace escuela... Escuela que crece, se hace facultad... Arcaísmo académico... ¿Sabes una cosa? En varias ocasiones, he pensado en lo que sería esta universidad, si ese viejo proyecto tuyo de la reforma se hubiera ejecutado...

Enfatizó: “ese viejo proyecto tuyo”. Y, -- después de terminar la frase – se calló. Yo no dije nada. Y me preparé para lo que podía venir: un tardío **mea culpa...** (Me acordé de Silverio Martínez y de nuestras conversaciones... Quizás Malaval pasaba por una de esas depresiones, de las cuales sus parientes políticos me habían hablado. Porque yo nunca conversé de eso con él mismo.) Pero, me equivoqué. Malaval siguió:

-- No hiciste las cosas en forma debida, Viñeros... Mira si, por ejemplo, hubieras tenido la buena ocurrencia de trabajar con los socialistas... Y no con los maoístas...

-- ¿Hablas en serio, Malaval? Me temo que - por el tiempo transcurrido - hayas perdido un poco la perspectiva del asunto... Yo no trabajé realmente con los maoístas... ¡Y no se podía,

tampoco, trabajar con los socialistas! Por varias razones... Y, en todo caso, yo no habría podido hacerlo. Tú sabes... Demasiadas diferencias; y diferencias insalvables. Además, - para hacer eso - se necesitaba ser astuto; y yo no lo soy...

-- Y pagas las consecuencias de no serlo... En la política, siempre hay que tapar algo o mucho, Viñeros... Mostrarse íntegramente es una boludez.

-- Sí... Sí... O talvez sí... Pero, en este caso, no estás planteando bien las cosas, Malaval... Habría que reconstruir bien el asunto.

-- Tú te quiebras, pero no te doblas, Viñeros. Nunca comprenderás que hay que ser como los juncos; y, simplemente, doblarse; doblarse hasta que pase la tempestad...

-- ¿Haces tú eso, Malaval? Perdóname. Francamente, no sé qué pensar...

Malaval me miró fijamente durante un segundo; y respondió:

-- Ya no importa lo que pienses, Viñeros... Hay cosas que se hacen a su debido tiempo o no se hacen nunca. Cualesquiera que sean tus pensamientos de hoy, ya no tendrán consecuencias prácticas. Ningunas... No tienes una segunda oportunidad. Ya la has perdido. Como la primera... Mejor, olvídale...

Malaval no me entendió. Yo dije: No sé que pensar de tu actitud. (La suya). El entendió, o quiso entender, que yo no sabía que pensar de mis actitudes, de mis actuaciones... O, talvez, entendió bien la censura implícita; y se hizo el tonto; y contraatacó. (A veces, usaba estas artimañas.) No sentí ninguna gana de aclarar la cuestión. ¡Ya qué importaba, ciertamente...! Malaval llevaba unos cuantos libros sueltos en su brazo derecho; creo que más de los que se puede llevar con comodidad. Me dijo a continuación: “ Chao, Viñeros”; y, como solía hacer, siguió el terroso camino del jardín; moviendo algo exageradamente su brazo izquierdo; y silbando en la forma defectuosa que le era característica. No me fue difícil, sin embargo, reconocer la música que silbaba; y acordarme de la letra correspondiente: el tango VOLVER.

Pensar que es un soplo la vida,
que veinte años no es nada,
que febril la mirada,
errando en las sombras....

Yo me quedé mirándolo, con algo de desconcierto. Unos diez o quince pasos más adelante, se dio vuelta de pronto y casi me gritó:

-- Ahh... ¿Sabes qué? Anoche estaba hablando de ti con Calancho...

Y valga la oportunidad para continuar con Calancho. Mejor, con Huerta y Calancho; por intermedio de Silverio Martínez. Bueno, el caso es que Huerta – quien presidía la Sección de Cuenca de la Academia Ecuatoriana de la Lengua Española; institución en la que Calancho, gratuitamente, se desempeñaba como secretario – había pasado, una noche, a buscar al pedagogo para la sesión de la fecha. Tocó la puerta del departamento; y nadie salió. Huerta no había visto a Calancho en varias semanas. Temiendo algún hecho desgraciado, Huerta movió la manija de la puerta; y, ventajosamente, ésta se abrió. (La gente – cuando piensa en una persona más o menos solitaria – siempre imagina ataques cerebrales o del corazón, resbalones en la tina del baño, cortocircuitos, llaves del gas sin cerrar, etc. ; como si los infelices aislados fueran más propensos a tales eventualidades que los felices acompañados.) Y, ¡ pobre Calancho!, allí estaba él, sentado y dormido; frente a la pantalla de un pequeño y viejo televisor en blanco y negro. Penumbra, los fogonazos de las imágenes, una habitación casi atiborrada de cosas y muy desordenada... Huerta había despertado al pedagogo -- con las excusas correspondientes -- y se lo había llevado. No le había hablado, por supuesto, de su triste impresión. Pero, la escena se le había grabado; y había perdurado en su mente... Claro, otra vez: ¡ Pobre Calancho!

-- ¿ Qué te conmovió más? – le había preguntado Martínez. / ¿El pequeñín televisor en blanco y negro? ¿Te resistes a creer que Calancho es un pobrete? Lo es, hombre... No tiene un televisor a colores, de pantalla grande, como el tuyo...

-- No, vaya... Me conmovió la escena misma... -- había vacilado Huerta.

-- ¿Qué? ¿Qué cosas de la escena misma? ¿Calancho roncaba?

-- No hay que reírse de las desdichas y de la pobreza, Martínez...

-- Tú tienes el remedio: eres un hombre rico, un heredero... Cómprale a Calancho un televisor como el tuyo. Ya se lo ha ganado, con su trabajo como secretario de la academia... Vas a sentir la satisfacción de hacer el bien... Dar de ti, sin pensar en retribuciones... Y, además, podrás ver con él las películas del Chapulín Colorado; u otras, mucho más interesantes y estimulantes todavía...

Y, a partir de esto, derivamos – Martínez y yo – hacia el tema de las relaciones entre las gentes. ¿Filosofía barata...? ¡Qué importa! Hace falta, a veces, precisar y aclarar ciertos puntos...

-- Toda relación entre personas es un poco difícil – dije yo. / Y para todos, Silverio. No solamente para los tímidos e introvertidos. Necesitamos a nuestros prójimos; pero, también, debemos soportarlos... Lo primero, junta; lo segundo, separa...

-- La gente común cree en la compañía, Viñeros. Simplemente en la compañía; no en la socialidad, no en la sociabilidad... Y, por otro lado, se atemoriza y se asusta con la soledad. Los solitarios son mal vistos, despreciados, falsamente compadecidos... Así de sencillo.

-- ¡Huerta, amigo nuestro, perteneces al común de las gentes...! A esas feas masas de Ortega y Gasset...

-- Dejémosle ya tranquilo a Huerta; en sus vegas y sus vergeles y sus cármenes...

-- De acuerdo. Y, a continuación, pongamos su neologismo - el suyo, Silverio - en el diccionario. Socialidad. Cualidad asociativa o grupal genérica. Ej. de uso : La socialidad es una condición natural del hombre.

-- Y, ahora, define la sociabilidad.

-- Sociabilidad. Cualidad de quien es sociable. Disposición de ciertas personas a relacionarse, a comunicarse, a entenderse. Ej. de uso: La sociabilidad es la madrina de todos los vicios.

-- ¿Podrías encontrar, Viñeros, algún ejemplo menos destemplado y más pertinente?

-- Sí. La sociabilidad es la prima hermana de la hipocresía.

-- ¡Otra vez...!

-- Avilés... / Bueno, ahora sí un ejemplo en serio: La sociabilidad es un eufemismo que sirve para denominar al instinto gregario de los seres humanos.

-- Cada vez peor, Viñeros...

-- Último intento: Cultiva la sociabilidad; porque los tontos - que son la gran mayoría de los hombres - la aprecian...

-- Viñeros, ¿no tendrás una cierta vena antisocial o, por lo menos, asocial?

-- No, Silverio. Yo soy, más o menos, como todos... Pero, para este caso, tenía a mano mis pertrechos cínicos. Finalicemos el punto. Ahí va otra definición: Sociabilidad. Disposición de ciertas personas para las relaciones voluntarias e informales. (Y, en el ejemplo de uso, la yapa positiva que usted quiere: La sociabilidad debe cultivarse; porque produce buena voluntad común.) Ya está.

-- Bueno, hiciste la cara y la ceca.

-- Mitad y mitad... Así es la vida ...

-- Conclusión: Somos, simultáneamente, sociales y solitarios... Esa es la verdad del asunto. Otra vez, el justo medio es lo bueno: ni mucha sociedad, ni mucha soledad. Convivencia y privacidad... Quizá por eso digan que quien no sabe estar solo, no sabe, tampoco, estar acompañado...

-- Lo mismo, en forma variante: Una persona sensata debe saber estar presente; y debe, también, saber estar ausente... Manuel Capriles Chilquer. Periodista uruguayo.

-- Hay quienes sólo saben estar ausentes. Velasco Ibarra: El Gran Ausente y el Insoportable Presente.

En este punto, Rivadeneira llegó a la cafetería. Tomó una silla de otra mesa; se sentó con nosotros; y pidió un café grande con crema. Le informé de los temas de la conversación: Calancho, la sociabilidad, la soledad, el matrimonio... Intervino:

-- ¿ Saben qué? – dijo. / Cuando no estaba, Velasco faltaba; y cuando estaba, sobraba, molestaba, jodía... Como las mujeres...

-- Eso acababa de decir Viñeros, con otras palabras. -- dijo Martínez.

-- ¿A ti también te hacía falta Velasco? – le pregunté yo a Rivadeneira.

-- No, hombre... ¡Qué pregunta! A mí, sólo me molestaba. Pero a toda la manada de sus partidarios y de los giles, sí. Y, desde luego, le hacía mucha falta a tu inefable amiguito Malaval.

-- Ciertamente.

Cambió un poco el sentido de la conversación. Derivamos al tema del matrimonio.

-- Tienes razón, Viñeros – dijo Rivadeneira. / Esas gentes que no saben estar solas; esas gentes que insisten en imponer su compañía... Esas gentes tienen miedo a la oscuridad. Y, hasta, es posible que se asusten de sí mismas...

-- Yo mismo me tengo miedo... -- decía mi primo Marcelo, cuando aceleraba su auto. / Pero, ese miedo no le impedía seguir acelerando. -- anoté yo.

-- ¿ Marcelo, El Trompeta?

-- Sí. El mismo. Pero, este señor llegó aquí sin que le corresponda. Sigue Rivadeneira.

-- Bueno, Viñeros, en una viñeta, - cacofonía indeseada - el cura le dice a la pareja que está casando: “Os condeno a que os acompañéis y soportéis hasta cuando, buena o malamente, podáis... No más... No quiero condenaros al Infierno en la Tierra.”

-- Con un poco de imaginación, las cosas podrían hacerse mejor... -- terció Martínez. / Hay casados que duermen en camas separadas, en cuartos diferentes; hasta, que viven temporalmente en casas distintas, sin divorciarse; que viajan separados; en fin... Cierta grado de libertad, y de autonomía, favorece a la convivencia. En un mundo que maneja más riqueza, y procede con más amplitud mental, las cosas, sin duda, pueden hacerse mejor.

-- También el matrimonio es perfectible, Viñeros. Todo es perfectible... Ándalo sabiendo. -- me advirtió Rivadeneira con una fingida sorna.

-- Sí, en la teoría. -- le respondí. / En cambio, en la realidad... Ya a principios de siglo, Bertrand Rusell, en MATRIMONIO Y MORAL, preconizaba un matrimonio más libre, más imaginativo, más satisfactorio. Y, en general, ¿qué se ha hecho? Casi nada... En las

encuestas anónimas, un buen número de casados confiesa que desea quedarse viudo; y hasta que sueña con ello...

-- He leído algo de eso... -- dijo Rivadeneira. / Y no quieren librarse de su pareja, precisamente, para casarse otra vez de inmediato. Muchos casados escarmentaron; o, hasta, se traumatizaron. ¿Oyó usted, Silverio, aquello de que divorciado que se vuelve a casar no merecía el divorcio?

-- Es una exageración... Tiene, desde luego, que pasar el duelo de la ruptura. Y, a continuación, también la novelería de la libertad recuperada. Y, después, todos, o casi todos, volvemos a las mismas...

-- Sí, a ellas mismas – dije yo. / Segunda vuelta, usando aquí el lenguaje del fútbol. Y, con ellas, otra vez, bastante pronto, al aburrimiento, al cansancio, a las rencillas...

-- En un cementerio de España, leí una vez un epitafio que viene al caso. – dijo Silverio. / El marido, sobreviviente, le escribió así a su difunta:

Aquí yaces; y haces bien.
Tu descansas; yo, también.

-- ¿Ves Viñeros? – dijo Rivadeneira. / La sabiduría popular... Con pocas palabras, se resume todo el sermón tuyo sobre el matrimonio convencional.

-- Hablaba de Rusell... Léelo Rivadeneira. Entenderás unas cuantas cosas.

-- No lo voy a hacer. – dijo Rivadeneira. / Me basta y me sobra con lo de Silverio y lo de Audrey Hepburn.

-- ¿Audrey Hepburn? – interrogué yo.

-- Sí. ¡Un momento, Viñeros! Espera un poquito... Esta bonita actriz dijo - con la formalidad que evidentemente le faltaba a aquel viudo español - que el mundo estaría mejor si los hombres y las mujeres vivieran separados; y sólo se visitaran de vez en cuando...

-- Para pensarlo... -- dije yo. / ¡Suprimamos el matrimonio!

-- O, por lo menos, hagámoslo temporal, y renovable de mutuo acuerdo... -- dijo Martínez. / Aunque, con esto, entraremos al berenjenal de la legalidad...

-- Otra vez estamos arreglando el mundo... -- dije yo.

-- O complicándolo... -- dijo Rivadeneira. / ¡Déjenlo como está! Y escuchen...

-- ¿Escuchen qué? – dije yo.

-- Lo que voy a añadir, hombre...

-- Sigue. – dije yo. / Bueno, si el doctor Silverio Martínez está de acuerdo en que sigas...

-- ¿Has descubierto alguna gran novedad, Rivadeneira? – preguntó Martínez.

-- No... Simplemente voy a descubrir algo que tenía encubierto... Miren, los italianos dicen que en la vida de todo hombre verdaderamente feliz, hay dos días extraordinarios: el día en que se casa y el día en que se le muere la mujer.

-- Es una afirmación reversible. – dijo Martínez. / Vale para hombres y mujeres. Lo mismo que aquello de los cabellos largos y las ideas cortas, de Schopenhauer...

-- No he terminado aún... -- dijo Rivadeneira.

-- ¿Qué? – preguntó Martínez. / ¿Vas a contarnos lo que dicen los mongoles sobre el matrimonio?

-- No, señor... -- replicó Rivadeneira. / Lo que dicen los españoles... Vaya, algunos españoles: los campesinos.

-- Bueno, ya dale, hombre – dijo Martínez.

-- Ahí va. Estos superrefinados, y supremamente delicados individuos, dicen que la perrísima suerte hace que al rico se le muera la mujer; y al pobre, la mula...

-- ¡Estamos listos! – dije yo. / La guinda del postre...

-- ¡Viñeros! Ten paciencia... Deja que cierre la cuestión.

-- Ciérrala.

-- Y esto ha sido todo, por hoy, en el tema central, señores. Y, en cuanto a Calancho, la yapa: Que Dios bendiga su soledad y su independencia. Y le dé, de tanto en tanto, un poco de sexo agradable y sin compromiso; que es, en realidad, todo lo que necesita un hombre libre. Y los esclavos - que los hay en un número grandísimo - que sigan con sus matrimonios convencionales. Y, ahora sí, a otra cosa.

A continuación, Rivadeneira nos contó unos tres chistes de su cosecha más reciente: los que había escuchado a un grupo de portorriqueños de visita en Cuenca. Nos despedimos. Mientras yo caminaba, solo, -- por la vereda adyacente al río Tomebamba, recuerdo -- iba pensando en Calancho. En otra ocasión, más o menos reciente, -- que ya he consignado -- Rivadeneira casi lo había compadecido... Las dos opiniones suyas sobre el pedagogo se contradicen, pues, un poco o bastante ... Bueno, ¡que importa! No se puede ser coherente en todo. Algo se zafa, se desajusta, de vez en cuando... Pero, yo creo que a Calancho, realmente, siempre le sobró la soledad; y siempre, también, le faltó la compañía. No era él un valiente lobo solitario; y, menos aún, podía ser un **bon vivant**... Era sólo él; muy él; con su triste, desintegrada y más o menos incomprensible vida a cuestas. Huerta, entonces, a la final, tenía, en cuanto al pedagogo, su buena parte de razón... Mas, en aquella ocasión del televisor, Martínez -- con su actitud algo arrogante, cínica e injusta -- se la había negado. Pequeñas ligerezas e incomprensiones de Silverio... Y, bueno, ¿quién puede evitarlas?

Voy, ahora, a hacer un rodeo. Ya he mencionado a Ismaíl Jarama; el conocido poeta, exdecano y otro de mis colegas de la facultad. Bueno, un día, él me contó una anécdota y alguna cosa más de Calancho, que aquí voy a referir. En una de sus ocasionales andanzas, el pedagogo había estado mirando una procesión en San Antonio de Pichincha. (El pueblo de la línea ecuatorial y del monumento a la Misión Geodésica Francesa.) En dicho lugar, se venera la curiosa imagen de una virgen acostada; la misma que, en ese momento, era paseada por las calles. Uno de esos alemanes que todo lo preguntan le había interrogado a Calancho: “Dígame usted, ¿por qué esta virgen va acostada? Normalmente, las vírgenes están de pie...” Y Calancho le había respondido: “Porque quiere dejar de serlo. ¿No sabía usted que todas las vírgenes quieren dejar de serlo?” Bueno, así, irreverente y un poco jocosa, es la religiosidad española. Y, en este caso, la actitud de Calancho cupo dentro de la regla general de su país. Y aquí va la adición prometida: Jarama me contó que estaba preparando un poemario que se llamaría VEINTE POEMAS EROTICOS...

-- Y UNA CANCION DESESPERADA – le interrumpí yo, con la fácil y casi obvia pulla, referida al famoso título de Neruda.

-- No, hombre... -- me dijo Jarama. / Por ahora, sólo escribiré los VEINTE POEMAS EROTICOS. LA CANCION DESESPERADA bien puede esperar unos tres años más. Entonces, la tomaré. Y, en otro año de labor, la despacho.

-- ¡Tanto! Para nada más que una triste y afligida canción...

-- Tú no tienes alma poética... -- me reprochó Jarama, con una sonrisa.

-- ¿Qué? – dije yo, con otra sonrisa. / ¿La canción, acaso, va a tener una estatura y un alcance manriqueños?

-- A estas alturas de mi vida, de mi experiencia, y en estas latitudes atenienses, uno no puede conformarse con menos... -- chanceó Jarama.

-- Parece que ya estás tú, ahora, condenado al éxito..., como dice Celso Furtado. – añadí yo.

-- Casi, casi... Y - para asegurarlo en todo lo posible - el libro va a ser ilustrado por Rudolf Scheller; un gran dibujante suizo, amigo mío...

-- ¡Bravo, Ismaíl! – dije yo./ Hay que pensar en grande...

Y, luego, pasó a contarme los preparativos de su escritura.

-- Hay que alimentar el subconsciente; y dejarle que haga la parte del trabajo que le corresponde -- me dijo. / Y, para eso, he reunido yo una buena cantidad de materia prima; producto de mis observaciones, mis recuerdos, mis conversaciones...

A continuación, extrajo de su maletín una carpeta; de esas que tienen aros y hojas sueltas. Vi unas anotaciones cuidadosamente hechas.

--¡Qué ficheros, ni que panes calientes; de esos que recomiendan los investigadores! – me dijo. / Mira, Viñeros, yo, con unas hojas de carpeta, me basto y me sobro. Lo que he anotado aquí son experiencias sexuales mías o de gente que yo he conocido. Esta es mi cantera...

-- ¡Claro! – dije yo. / Cantera. Máquina de hacer cantos o poemas. Diseñada y fabricada en serie por Adolfo Bioy Casares; con el asesoramiento de Jorge Luis Borges. / Según el DICCIONARIO DE RAREZAS, EXCENRICIDADES Y SURREALISMOS...

-- Mejor continuó... -- dijo Jarama, después de sonreír. / Voy a seleccionar unos bloques de estos materiales bastos; y, con mucha paciencia, voy a ir tallándolos y puliéndolos; hasta que resulten las estatuillas que yo, realmente, quiero producir. Es una metáfora, desde luego... ¿Lo entenderás ahora? Esta narración, por ejemplo, es la experiencia de una amiga mía muy querida... Te cuento el milagro; pero, no te digo quién es la santa.

Me leyó la anotación. No era una santa, por supuesto. En un lenguaje común y fluido -- como el de un espontáneo relato verbal -- la hija de un pudiente hacendado contaba sus primeras experiencias sexuales, habidas en un cañaveral de Paute. Protagonistas: ella y un mulatito del servicio doméstico. La chica -- por lo visto o, mejor, por lo oído o leído -- era totalmente desaprensiva, completamente irresponsable e increíblemente suertuda. Gracias a las dichas cualidades de su personalidad, -- y a otras condiciones favorables -- ella había gozado, mucho y largo, de sus relaciones iniciales. Y -- para colmo del buen suceder -- no se había quedado encinta...

-- ¿Qué te parece? – me preguntó Jarama al concluir.

-- Excepcional, efectivamente excepcional... -- dije yo.

-- ¿Viste? – me comentó Jarama. / Sexo a lo pagano; sexo libre y saludable, en los mejores de estos sentidos y en un auténtico paraíso...; sexo sin trascendencia, sin complicaciones; sexo puro y auténtico; sexo íntegro, sexo vital... Nada de esas tonterías iniciales de las muchachas burguesas. Nada de no pude gozarlo, porque me faltó ternura; porque estuve muy impulsivo; porque no tuviste paciencia para excitarme lo suficiente; porque ya sé que es lindo, pero aún no consigo quitarme del todo el miedo... En fin, nada de quejas, nada de simulaciones, nada de pendejadas... De esto, creo yo - con toda seguridad - va a salir un hermoso poema.

Asentí medianamente, con un movimiento de cabeza y en silencio. Jarama -- que empezaba entusiasmarse -- continuó:

-- Y, esta otra, me la contó, una amante ocasional; una señora que conocí, en Galápagos; cuando yo era juez de lo civil en la isla de San Cristóbal.

Era una historieta – sería inadecuado llamarla de otro modo – de esas que se pueden contar en la cama; cuando ya todo, en la pareja, es tratable, tolerable y permisible. Era, también, bastante curiosa; y tenía un humor absolutamente torcido. Y – para mi criterio – era, al mismo tiempo, lamentable en el aspecto estético...

-- Sin comentarios. – me dijo Jarama. / ¿Sabes que me sirvió, en parte, para la elaboración del poema “La Cacería de la Pulga”? Bueno, este poema, lo leí - con escándalo incluido - en el Salón de la Ciudad; en un recital conjunto del último mes de Noviembre. Un poetastro carcamal empezó a zapatear, en la segunda fila de los asistentes; y una media docena de vejetas conservadoras lo secundaron, y se pusieron histéricas... “La Cacería...” será parte de los VEINTE POEMAS; a pesar de que fue escrito unos años antes de que se me ocurriera este proyecto.

A estas alturas de su exposición, yo ya no comentaba nada; porque debía retirarme de la cafetería. Tenía clase... Pero -- dada la gran concentración y la elevada emoción de Jarama – cualquier despedida habría parecido un exabrupto. Además, ya sabía yo – al iniciar el juego – cómo era Jarama: Una de esas personas que precisan un dólar para hacerlas cantar; y cinco, para, luego, hacerlas callar... (Asume tu culpa, Viñeros. No has pagado todavía los seis dólares que debes... Además, la curiosidad malsana...) Me resigné a tener una falta. Ya casi absorto, Jarama seguía hojeando la carpeta. Avanzó cinco, seis, siete páginas ...

-- Te dispense éstas... -- dijo y siguió. / Hay también experiencias y apreciaciones de intelectuales y profesores universitarios. Aquí está, a propósito, algo que vio Calancho cuando era niño; durante la Guerra Civil Española. Me lo contó cuando estaba recién llegado; una noche que lo había invitado a mi casa. Tú sabes... Una de esas noches de tragos; en que las catarsis son del todo permisibles...

Lo resumo en pocas palabras. Una pareja de campesinos de La Mancha, gordos y viejos, copulan en un corral de cabras. Ella se inclina sobre unos fardos de heno; y él, hace lo que corresponde. Calancho – de unos diez años, oculto por ahí cerca – mira la escena... Se le había quedado grabada para siempre – parece – ; con una impresión muy negativa respecto al “...componente físico y animal de la sexualidad humana...” Recuerdo bien estas palabras; consignadas por Jarama; posiblemente, con el mismo cuidado y fidelidad de las demás versiones.

-- El poema basado en esto, ya tiene título: “Más allá de la Estética”. – dijo Jarama. / Tratará de lo animal del deseo, del sexo; pero, dándole una vuelta de ciento ochenta grados a lo narrado aquí por Calancho. Es decir, la vigorosa fuerza de lo animal... El sexo visto desde su ángulo más orgánico y sano; que es el mejor, en este caso...

Había, luego, -- como corolario de esto – una conversación extraordinariamente franca (sólo explicable porque con el vino viene la verdad) sobre las prácticas solitarias. Varios de los asistentes – varones todos; Calancho entre ellos – concluyen en que “ ...una buena paja es preferible a una mala bicha...” (Supongo que hablarían de una mujer fea o sin gracia. No pienso que la última palabra corresponda a la voz inglesa **bitch**.)

-- El erotismo solitario es también poéticamente aprovechable. – sentenció Jarama. / Tiene un muy buen componente de fantasía... Un amigo mío me dijo una vez - y lo tengo anotado por ahí - : “¿Te acuerdas de esas ricas pajas que nos hacíamos en la orilla del río?” No voy a usar esas palabras, por supuesto, en el poema; a no ser que un contexto especial las imponga. Pero, en esta frase, quedan muy claras las ideas: juventud, ingenuidad, nostalgia, naturaleza... Y, desde luego, el erotismo formándose, evolucionando, potenciándose; que de eso se trata, cuando así se habla... Saldrá también, -- lo espero – un buen poema. / ¿Otro café, Viñeros?

-- Y bueno... Ya que estamos tan enfrascados en el asunto...

Decidí intervenir un poco; para no limitarme solamente a escuchar...

-- Mira Ismaíl, ¿conoces tú el libro titulado LA LUNA DE MIEL DE LA POTRANCA?

-- No. -- dijo Jarama; mostrando como una cierta sorpresa por la interrupción...

-- Escúchame... Voy a hacer nada más que un corto paréntesis. Luego, sigues tú. ¿De acuerdo?

-- De acuerdo.

-- Un día, en Lima, un vendedor callejero de libros voceaba: La LUNA DE MIEL a diez soles, la LUNA DE MIEL a diez soles... Un grupito miraba y compraba. Unos se iban y otros llegaban... ¡Qué raro! -- me dije. / Un vendedor de libros con mucho éxito... Me acerqué. Era LA LUNA DE MIEL DE LA POTRANCA; un libro de cuentos eróticos, escrito por un tal Felipe Alegría De La Querencia; casi seguramente, un seudónimo. Un muchacho universitario me comentó: Cómprelo, señor. Se va divertir. No es pornografía subliteraria...Es, más bien, una especie de Decamerón peruano. Hasta tiene citas en inglés y en latín... / Lo compré. (Años después, supe que Calancho lo había comprado también, en Tumbes.) La Potranca no es una yegua... Es una superdotada joven arequipeña, medio criolla y medio alemana. Tiene veinte y seis vigorosos años; y es la viuda reciente de un aviador sudafricano. Algo le está faltando... Se casa, en segundas nupcias, con un agrimensor argentino; y la pareja se va de luna de miel en un crucero por el Amazonas. De película... Este cuento le da el nombre al libro. Hay también otros cuentos muy buenos. A ver: “El Toque de Diana”, “La Familia Peláez”, “El Cogite de La Pancha” “Los Cuadrados y los Cubos de la Comezón”, “El Cielo del Depravado Acuña”... Y hay uno de tema ecuatoriano: “La Liga de Quito”. Pero, no se trata del equipo de fútbol. Se trata de un coito colectivo, en un estadio de nuestra capital, el día del equinoccio de Marzo. Bueno, el organizador del evento -- un coronel de caballería retirado -- es una especie de genio de la logística sexual. A su lado, el famoso Pantaleón Pantoja, de Vargas Llosa, sería apenas un aprendiz... En fin, te voy a regalar el libro. Te puede ser de utilidad.

-- Gracias anticipadas. ¿Puedo seguir...?

-- Era lo acordado... ¿No?

Creí que Jarama seguiría con la lectura de sus anotaciones. Pero, no ocurrió así. El poeta – ya satisfecho – cerró su carpeta. La puso a un lado de la mesa; y colocó su mano derecha encima de ella, como acariciándola. Y empezó a hablarme, a continuación y sin ambages, de sus costumbres y de su vida.

-- Mira, Giuseppe Tomasi de Lampedusa dice que pasa solo unas diez de sus dieciséis horas de vigilia. A mí, me pasa algo semejante. Mi mujer trabaja; y, en buena hora, toma su almuerzo en la escuela. Es maestra. Yo, por mi parte, me preparo el mío. ¿Sabes que soy un lobo solitario? Si no fuera porque necesito un orgasmo cada día, podría vivir, perfectamente, solo...

-- ¿Tú cocinas?

-- Mejor que todas las compañeras estables que he tenido... Y, en realidad, mejor que todas, todas; incluidas las ocasionales también... Salvo el caso de una sueca excepcional; que era Venus, maestra cocinera, perfecta cantinera, políglota y aceptable escritora en inglés y en español; todo al mismo tiempo; en ese orden descendente y en el mismo hermoso paquete... No sé que opines tú al respecto... Al respecto de la cocina... Yo creo que la mayor parte de las mujeres siente algún rechazo por el arte culinario. Y, claro, no se te ocurra hablarles, a las más remilgadas, de cebollas y de ajos... Yo tengo una opinión muy bien definida sobre este punto: No se puede dejar en manos de las mujeres cosas tan importantes como la comida y la mesa...

-- ¿Y las compras?

-- Igual... Es lo previo. Para lograr unos refinamientos en esto, hay que tener una buena noción del conjunto. En general, las mujeres tampoco aciertan a comprar...

En determinado punto; -- y sólo por decir algo – le pregunté a Jarama por qué “La Cacería de la Pulga” había provocado el escandalete municipal.

-- ¿No conoces ese poema? – me preguntó con un renovado brillo en sus ojos.

-- No. – le respondí.

Ágilmente, lo encontró, entre sus anotaciones sexuales; y comenzó a leérmelo; con explicaciones adicionales sobre la temática, la semiótica, las técnicas y la adjetivación de todas clases (directa, lateral, tangente, superpuesta, subyacente y acumulativa). Los efectos estéticos constituyeron un punto principal y destacado de su explicación. Otro, fue el procesamiento y el acabado: desbaste, forma esencial, forma media, forma definitiva, pulimento. (Tarea, esta última, que debía hacerse con mucho esmero y tiempo generoso; pero, ¡ ojo!, hay que ponerle un límite al trabajo; para no llegar a perfeccionismos esterilizantes...) ¿Cómo detener a un amigo que me hacía conocer – con el subido entusiasmo del verdadero creador – un poema casi perfecto? Había que seguir escuchándolo... Pero, finalmente, sin ningún esfuerzo mío, lo detuvo el azar: Uno de los porteros de la facultad me notificó que el decano Carranza me esperaba, inmediatamente, en

su oficina... Me despedí de Jarama. Lo buscaría mañana, para darle LA LUNA DE MIEL... Y caminé, azorado, hasta el decanato.

-- ¿Qué pasó? ¿Te olvidaste de que tenías clases? – me espetó Carranza; sin responder a mi saludo. / Los alumnos te habían visto en la cafetería de la Facultad de Derecho; pero, tú no llegabas a las aulas...

-- No pude dar clase... Debía tratar un asunto importante con el doctor Jarama...

-- ¡Ah, caray! No sabía que Jarama y tú trataran asuntos importantes... comunes... Bueno... Bueno, justifica las faltas. Pero, vas a tener que usar el ingenio – o, al menos, la viveza criolla – para encontrarte una buena razón... Si me pones, en la justificación, que estuviste en tratativas importantes con Jarama, te largo la multa... Y, esta excepción, la hago porque tú eres un profesor que cumple bien su trabajo. ¡Qué no se vuelva a repetir! ¿Oíste?

Comprendí: Carranza -- colega de especialidad de Jarama -- conocía, mejor que yo, las costumbres y las debilidades del poeta... Salí del decanato. Al llegar a los jardines, vi. que Calancho caminaba -- traje negro, manos libres, periódico en el bolsillo – por ahí, en dirección a la Biblioteca General. Bueno, no sé; allá solía concurrir... Marchaba con cierta lentitud; y, hasta, parecía cojear un poco. Esa impresión de cojear, daba a veces.

Otro asunto más o menos afín. Hace unos diez años asistí, en Quito, a una conferencia que, hoy día, relaciono con Calancho. El disertante – Anselmo García Tobar; poeta y autor dramático; que había vivido bastantes años en España, Francia y los Estados Unidos – habló acerca del oficio de escribir. Y, de paso, demostró su desprecio radical por la vida burguesa. (¿Auténtico, de pose o, a medias, las dos cosas? Difícil determinarlo con exactitud y en las proporciones correspondientes.) Dijo que se encontraba, a veces, con sus antiguos, y hoy prósperos, condiscípulos. Y que ellos casi no podían creerle cuando les contaba que vivía solo, en un cuarto de un modesto hotel. Dijo que, allí, escribía sin problemas y con mucha tranquilidad. Dijo que para vivir – vivir, vivir, - enfatizó – bastan unos nueve metros cuadrados de construcción. Y que, para salir al jardín, ¡basta abrir una ventana! (¿Se contentaría -- pienso ahora yo -- con las fotografías de unas flores?) Contó que, hace tiempo, había tenido una esposa; y que, al presente, estaba separado de ella; y que ni la necesitaba, ni la extrañaba. Dictaminó que, a las mujeres, es mejor, verlas sólo a ratos; sin ninguna excepción... Refutó lo que consideraba la idea vulgar del egoísmo de los escritores. Es cierto – sostuvo – que solemos buscar la forma de vida y el lugar que más convienen a nuestro trabajo; sin pensar mucho en los demás y menos en el qué dirán. Pero, un buen carpintero y un buen médico, ¿no debieran hacer lo mismo? La soledad -- sentenció -- es el precio de la independencia personal; y, también, el precio de la mejor creación literaria. (Recordé a Tomasi de Lampedusa, a García Márquez, a Jarama...) Yo vivo – afirmó – la mayor parte de mi tiempo en un estado de soledad creativa. Escribir es un vicio solitario. – graficó, con un humor cínico./ Y si yo disfruto, también, de vez en cuando, de la compañía, es porque aprendí, derechamente y primero, a disfrutar de la soledad fundamental.

Si la soledad fuera una verdadera desgracia, -- añadió -- el mayor problema de la humanidad sería el de la comunicación. Ni una, ni otra cosa son ciertas. Ni la soledad es una

desgracia; ni la incomunicación es el mayor problema humano. Respecto a lo segundo: Hay, de hecho, comunicación suficiente. Y -- para que ésta sea más satisfactoria y precisa -- hay, nada más, que perfeccionarla. Aquí, una observación: ¿Cuántas personas se preocupan, realmente, de la comunicación eficaz? Ni siquiera, como grupos, los periodistas y los pedagogos...; quienes, en este asunto, debieran ser los más interesados. Ellos se contentan, casi siempre, con una comunicación mediocre. Porque, de alguna manera, les basta... Y respecto a lo primero, a la soledad: Por lo dicho, nunca cometan ustedes el error filisteo de compadecer a los solitarios. -- aconsejó./ Les recomiendo que piensen un poco en esto... Y sí, de todas maneras, van a compadecer a algunos desgraciados putativos, empiecen por los desgraciados que tienen compañía...; y no la aman, o no la desean, o no la soportan. La humanidad ha sufrido más en las pequeñas cárceles de los malos matrimonios que en los infiernos de las guerras... -- afirmé, con un aire de gran convicción. / Bueno, si después de todo esto, ustedes persisten -- y siguen creyendo todavía que deben compadecer a los solitarios -- ustedes lo harán ya, al menos, con mejores criterios... Yo les recomiendo a los pedagogos -- dijo -- que desarrollen una pedagogía de la soledad. (En este punto, me acordé de Calancho...) Tiene una grandísima importancia; porque el hombre es un animal solitario, tanto, o más, que un animal social...

La compañía es algo bastante difícil de lograr. -- sostuvo; y explicó. / Dos soledades simples rara vez hacen una compañía aceptable. La proximidad física, de unos con otros, es muy insuficiente para producirla. Y adviértanlo: Quizá, nunca esté uno tan solo como cuando está en medio de una multitud. Estar en una multitud es como ser uno de los diez millones de habitantes de un país... Un número, un elemento de una estadística... Es como ser un insignificante y muy prescindible Don Nadie; o, apenas, un documento de identidad... En las multitudes, se producen las soledades químicamente puras: las soledades totales y absolutas. En la íntima soledad de mi cuarto, en cambio, yo soy YO, con mayúsculas; sustantivamente yo; yo, ANSELMO GARCÍA TOBAR, con las mayúsculas completas; viviente, pleno, preciso, muy bien especificado... Allí, yo existo, yo siento, yo creo. Allí, me proyecto y me realizo. Eso es la completud del ser y del hacer... ¿Ven ustedes cómo se cierra el círculo humano? ¡Atiendan bien! Al pensar en un solitario, no piensen en una gota de agua en lo profundo del mar; piensen, mejor, en la gota de rocío; que, sobre una gran hoja verde, resplandece al sol de la mañana. Y, por otra parte, acepten la realidad: Solos vivimos, en definitiva... La compañía es, en muchos casos, una ilusión, un engaño, un fraude, una frustración... Y, cuando es auténtica y buena, -- es decir, por excepción o temporalmente -- un milagro. Ya se ha dicho: Cada hombre es una isla; cada hombre es un robinsón. Y, a esto, yo sólo le añado un adverbio: afortunadamente. Y, para terminar, recuerden ustedes que solos nacemos y solos morimos. Esto es lo que yo pienso. Nada más lo que yo pienso... Y, con mis palabras, yo trato únicamente de hacerles pensar a ustedes. Hacerles considerar unos asuntos. No de persuadirles... En definitiva: Claro y por supuesto, ustedes pueden acompañarse, o malacompañarse, en la forma que quieran; y con quien quieran o no quieran. O, como yo, no acompañarse... Pero, en cualquier caso, acepten las consecuencias. Es lo que corresponde. Ustedes optaron... De mi parte, -- y sólo para aclarar un panorama humano muy nublado -- las reflexiones y las advertencias han quedado hechas. Buenas noches, señoras y señores.

García recibió casi una ovación del pequeño público asistente: un medio centenar de personas; escritores, intelectuales, artistas. Quizás, como siempre que él habla. (Porque -- según lo que escuché -- su público tiene...) Bueno, García había dicho sus verdades... Y, tal vez, sus mentiras... ¿O habría puesto, solamente, a flotar sus deseos, sus dudas, sus incertidumbres? Los deseos, las dudas, las incertidumbres de Pedro, de María, de usted, de

mí, de todos... (A su forma, claro...) Se le había perdonado – a cambio del interés – su tono sobrador, orgulloso; despectivo, a veces. Pero, paradójicamente, con algo de ingenua humildad en el fondo... (Como esos chicos fanfarrones; pero, a la vez, también, un poco tímidos, inseguros...) Un buen grupo de asistentes se acercó a saludarlo, a felicitarlo. (Pude escuchar: “Habló usted con el corazón y la cabeza...” ; “ Admiro su sinceridad...”) Bueno, se podía suponer, en un principio, que García no precisaba tales cumplidos... No les daría importancia... Pero, impensadamente, el escritor lucía contento, agradecido... Reflexioné: Todos necesitamos la comprensión y el asentimiento... ; trabajamos para ser apreciados... Todos. Hasta los más seguros, hasta los más fuertes, hasta los más autoafirmativos; hasta los más díscolos, hasta los más originales, hasta los menos rebañegos.

Otra vuelta de la tuerca. Hace unos meses, acompañé a Rivadeneira a la oficina central de EL HERALDO. Debía él buscar, allí, un ejemplar de fecha atrasada del diario; en el que constaba una publicación judicial, que requería uno de sus hijos. Al llegar a la oficina, entró Rivadeneira; y yo me quedé esperándolo en la vereda. Habría transcurrido un par de minutos, cuando vi que Calancho salía con su diario en la mano. Eran las once, claro... Lo saludé y se detuvo.

-- ¡Cuánto tiempo sin verlo! – dije./ Desde aquellas ocasiones de Los Baños del Sur... ¿Como le ha ido?

--Mire – me dijo – en los últimos meses, he estado muy fastidiado... Es que...

Recuerdo su pronunciación : estao, fastidiao; sus eses muy fuertes... La salida de Rivadeneira nos interrumpió. Éste saludó a Calancho. Y, a continuación, -- ¿ sin reparar en nuestro diálogo? – empezó a contarnos lo que había hecho temprano en la mañana. Mientras lo atendía, -- y mirando de soslayo – noté que Calancho tenía la piel parcialmente enrojecida, como con salpullido; la nariz – antes fina, recta, de buen trazo – se veía algo engrosada; el cabello encanecido, opaco, un poco sucio... ; los gruesos lentes, con su montura anticuada, vieja... Rivadeneira seguía:

--... al aeropuerto; a despedir a un amigo reciente: Javier Rodríguez Botero; un colombiano, director de teatro; que dio, aquí, un par de cursos intensivos de actuación y dirección, de unos cuatro meses cada uno. Dice mi hijo Edgardo que Javier es un profesional de primera. Por él, por Edgardo, conocí yo al paisa este... Venía a casa, los fines de semana, con su botella de ron; y nos poníamos a tomar cubalibres, a oír música clásica, y a dar lengüeta sobre todo y sobre todos... Te habría gustado conocerlo, Viñeros. Se preocupaba por la naturaleza, la geografía... Acuérdate que yo te llamé un par de veces, Viñeros. Pero, tú andabas siempre ocupado; o estabas en El Oro, en Quito; qué sé yo... Rodríguez tenía sus preocupaciones; quizás, sus manías. Anotaba cosas sobre distancias, ríos, arroyos, proximidad al mar, lugares pintorescos, árboles, etc. Gracias a eso, llegó a conocer la ciudad y la región muy bien; pienso. Y también a la gente; porque era sumamente curioso y observador. Hace unas semanas, llegó a la conclusión de que Cuenca era un muy buen lugar para vivir. Varias y diversas razones... Pero, dijo que la ciudad sería mejor aún, si mandaran a fusilar a los cincuenta chismosos de la cafetería del Hotel Eldorado.

Yo celebré la ocurrencia. Calancho, en cambio, sólo sonrió, medio desganadamente... Asociando el diario EL HERALDO con el Hotel Eldorado, me acordé de Malaval:

-- Malaval sería uno de los primeros en ir al paredón de Rodríguez. -- dije yo.

-- No de los primeros. No es tan, tan habitúe... Tendría que ser, mejor, uno de los últimos.
-- dijo Rivadeneira. / Malaval, sabes, tiene tantos empleos y ocupaciones, que no le queda tiempo para andar de cafés. Pasa un rato, cada día, por ese lugar; para deslumbrarles a los pendejos con sus vastos conocimientos del fútbol argentino; y, ahora, para tomarse una infusión, una “agüita de viejas”, como él mismo dice... Además, ¿sabes tú que Malaval está muy enfermo? Y, esta vez sí, parece que el asunto es, en verdad, muy, muy, muy... Cara de pescado... En la facultad, - en la Especialidad de Periodismo - ya le están haciendo unos homenajes póstumos en vida. Completamente cierto... Claro: A Malaval le tienen que suceder estas cosas extrañas...

Yo sabía algo de esto. Pero no dije nada...

-- Es verdad. -- dijo Calancho. / El licenciado Malaval tiene la salud muy quebrantada. Está muy fastidiado...

En la esquina siguiente, -- habíamos estado caminando -- Calancho se despidió de nosotros. Nunca más lo volvería a ver.

Y, ahora, mi imaginación vuela tres décadas hacia atrás. Calancho -- recién llegado -- estaba en la secretaría de la facultad; conversando con otros profesores. Yo entré a dicha oficina; porque tenía que hablar con el secretario. Éste me pidió que lo esperara un momento; y yo me ubiqué, para hacer eso, en una silla que estaba cerca de un rincón. Calancho contaba que, esa mañana, se había despertado creyendo que soñaba. ¡Muy extraño! En la calle, un grupo de tunantes mañaneros cantaba viejas canciones de la Guerra Civil Española. Había oído cantar “Ay, Carmela” o “El Ejército del Ebro”; no podía precisar el nombre exacto de aquella canción...

-- Es increíble ... -- comentó./ Esas canciones estaban prohibidas, en España, hace años; y hoy, por supuesto, ya están olvidadas. Y aquí...

Los demás profesores rieron. El asunto era conocido, desde hace tiempo, en Cuenca. Era aquello un exceso frecuente de los estudiantes universitarios. Los jóvenes comunistas escandalizaban -- con sus destemplados coros revolucionarios -- a los católicos cerrados, a la pequeña clase media timorata, a los burócratas altos, a los pobres ricos o ricos pobres... (Todos, en general, eran más o menos pobres...) Los jóvenes cantaban, o gritaban, esas canciones -- al salir de sus noches de bohemia -- por las calles, en la madrugada. (A veces, provocativamente, -- arriesgándose en verdad -- frente a los numerosos católicos devotos; que se levantaban muy temprano, para asistir a esa curiosa procesión nocturna que se denominaba “El Rosario de la Aurora”). ¡Viejos tiempos! Unos años más tarde, estos jóvenes comunistas se hicieron profesionales respetables; y, entonces, terminó de pronto su bohemia. (O, por lo

menos, la bohemia que se remataba tan ostentosamente en las dichas calles.) Luego, otros jóvenes -- los que sucedieron a esos pioneros bolcheviques criollos; es decir, los partidarios de la reciente Revolución Cubana, que inflamaba sus corazones y hacía disparatar sus cerebros -- cantaban “Venceremos”, “La Reforma Agraria Va”, “Comandante Che Guevara” y otros temas revolucionarios de esa índole. Y, en años posteriores, se produjo, en la noche cuencana, un redondo y sorprendente silencio estudiantil... No más coros callejeros. En los recintos de la Universidad Austral, en cambio, aparecieron unos parlantes poderosos; que molían -- a plena luz diurna y en las horas de labor académica -- la música de la nueva protesta planetaria: Temas políticos de varios países; alternados, caprichosamente, con las canciones tristes, dulzanas o nostálgicas de Mercedes Sosa y Los Chalchaleros.

Vaya, vaya... ¡Aquellos viejos tiempos nuestros de bohemia literaria y canciones callejeras! Idos están para siempre. Y, desde entonces, mucha agua ha llovido en los Andes del Sur del Ecuador. Y, parte de ella, se ha llevado el río Tomebamba; corriendo frente a la Universidad Austral; y bajando -- oscuro, en las crecientes; claro, en el flujo normal -- hacia el Amazonas... Bueno, esta metáfora acuática -- que me ha surgido, al parecer, en forma tan natural, en un momento de añoranza -- ¿no estará remotamente inspirada en la poesía de Jorge Manrique? “Nuestras vidas son los ríos...” Claro... Y, de nuevo, -- como en tantas ocasiones -- vuelve a mi mente el recuerdo del doctor Estarellas. Cierta vez, él, doña Julia Helena Tamariz -- la encargada de los prados y jardines universitarios por vocación más que por remuneración -- y yo, conversábamos, casualmente, a la sombra de un aliso, en el borde de uno de esos verdes espacios. Doña Julia -- refiriéndose a la visita del Geólogo del Estado Ecuatoriano, el inglés George Sheppard, a la Universidad Austral -- dijo:

-- Eso ocurrió durante el rectorado del doctor Octavio Díaz; hace... veamos... en mil novecientos ... novecientos...

El doctor Estarellas la interrumpió:

-- No haga cuentas añosas, doña Julia. -- le aconsejó, con una sonrisa./ Le van a salir unos totales vergonzosos... Hable, más bien, del agua. Le resultará hasta un poco poético... Diga: Mucha agua ha corrido, desde entonces, bajo estos puentes de Santa Ana de los Cuatro Ríos...

Y recordé lo del río de Heráclito... / Estarellas en otra ocasión: El tiempo no produce los cambios, Viñeros. Sólo los transporta. El tiempo es como el Tomebamba; que trae las piedras que rodaron hace años en las laderas del Cajas, el polvo que sopló el viento fuerte de anteaer y las ramas y las hojas que, ayer nomás, se desprendieron de los árboles de sus orillas... Y el conjunto de la carga traída nunca será el mismo... El río de Heráclito es una metáfora muy verdadera, hermosa e impresionante...

Y, también, volvió a mi memoria una excursión estudiantil realizada en aquella misma época. Era una jornada de observación geográfica e histórica en la zona de Ingapirca. (El montañoso lugar donde se hallan las ruinas incásicas más importantes del Ecuador.) Iban unas sesenta personas: profesores y estudiantes ecuatorianos; profesores extranjeros y

becarios de unas diez nacionalidades. (Includos, entre los últimos, personas tan exóticas como un neozelandés y una japonesa.) A Calancho, lo contaban entre los profesores extranjeros. Bueno,: observaciones, explicaciones, traducciones, preguntas, anotaciones... Y, luego, -- a la usanza nacional -- un almuerzo con cordero asado; precedido, y seguido, por la cerveza y los tragos de ron. Y, a continuación, el baile. Se destacaba, en esto, Martín López; un estudiante costeño; simpático, buen mozo, bien vestido... Era un bailarín muy ágil y flexible; hasta el punto de parecer, a momentos, un tantito femenino. Era evidente que -- para bailar en pareja -- las muchachas lo preferían. Pero, -- puestas a bailar en grupo -- las chicas metían al ruedo a todos, incluido a Calancho. Mas, él, realmente, no bailaba; se movía, casi en su propio terreno; alzando, en forma alternada, los brazos; y arreglándose -- de algún especial modo -- para hacer, exactamente, los movimientos contrarios a los demandados por el ritmo... Terminada una pieza, Calancho -- que estaba cerca de mí -- me comentó:

-- A mí, no me gusta, en verdad, bailar. Pero, cuando esas chicas se lo piden a uno, ¡qué se le va a hacer...! El baile es, - yo creo - funcionalmente, una preparación para la cópula; y, si uno no va a ella, es quizá mejor no empezar...

-- Comprendo. -- dije yo./ Así debe ser. Pero, bailar es, también, un asunto de simple sociabilidad; como saludar a una amiga con un beso. Aquí, en el Ecuador, - y yo creo que, en ocasiones, en todos lados - se baila hasta con las suegras y las abuelas...

-- Muy mal hecho... -- dijo Calancho, con una cierta sonrisa./ Así, se le quita al baile su verdadera intención; su espontaneidad y su picardía. A mí también me gusta, en efecto, ver cómo Martín López baila con aquella insinuante Carmita... Pero, verle a él bailar con su suegra vieja y gorda... No, por favor... Por lo menos, no para mí.

-- ¿No será que usted se preocupa mucho por la estética del baile..., doctor Calancho? Quizás usted coincida con Bolívar en aquello de que el baile es la poesía del movimiento... Y dicen que El Libertador era un muy buen bailarín.

-- ¿Eso dijo Bolívar? No lo sabía... Yo... Bueno, más bien, él sabía lo que decía... Supongo que él estaría hablando del baile desde el punto de vista de lo más alto del movimiento...; de lo mejor, de lo artístico. Y no sólo es el caso del ballet... Un tango bien bailado; usted sabe... ¡Qué sensualidad, qué expresividad! Pero, mire usted... Eso no deja de lado lo funcional... En forma muy elegante, el tango es también muy funcional...

-- Casi que me convence...

-- No importa... Usted sabrá...

-- ¿Y el baile de Vanegas es funcional? -- insistí yo, aludiendo a un muchacho que bailaba notoriamente borracho.

-- Indudable. -- contestó Calancho./ El alcohol y el baile se llevan muy bien. Así ha sido, desde que se inventó la cerveza y el vino, en la Antigüedad... Y quizás desde muchísimo antes, con cualquier brebaje... Mire, lo que ocurre es que Vanegas es tímido, nervioso y retraído; y, por eso, necesita, tal vez, más alcohol que el resto de los chicos, para aturdirse y distenderse. Pero, mientras baile con una joven, - y no se quede dormido - su baile será

funcional. Quien sabe si muy funcional, verdadera y precisamente funcional... Si se le va un poco el alcohol, le quedará el deseo.

¿Qué habría detrás de la arritmia danzante y de las ideas “funcionales” – tal vez exageradas – de Calancho? ¿Algún irresuelto problemita de matiz sexual? Quién sabe... Uno no puede pensar en todo; hacer conjeturas de todo... Vaya una última, como por inercia: Un siquiatra, ¿no encontraría, allí, un hilo significativo de la trama vital del pedagogo? Es muy posible... Y una adición personal: Siempre que vi – después de aquella vez – a una pareja dispareja, bailando de manera vacía y forzada, me acordé de Calancho. Bueno, en este punto, se cierra la memoria de la excursión de Ingapirca...

Malaval. Otra vez, Malaval... Hace un par de semanas, hablé con él. Fui a la secretaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Austral; a retirar unos documentos. (Ya va para unos tres años que no trabajo en dicha institución.) Y, allí, -- impensadamente -- estaba Malaval. Lo ví muy delgado; inseguro en sus movimientos; tenía un color ennegrecido y una dicción muy mala... Ocupaba -- siempre tuvo sus especiales costumbres -- uno de los escritorios de los empleados administrativos. (Que no estaban todos; porque asistían, en esos momentos, a una asamblea de su asociación.) Quería hablar -- me dijo -- con el decano. Pero, éste -- que iba saliendo -- lo citó para el día siguiente; sin precisar la hora; y, en apariencia, sin dar al pedido del periodista ninguna consideración preferencial. (Malaval está acostumbrado -- por los supuestamente poderosos hilos que maneja -- a que las autoridades universitarias casi lo mimen y lo contemplan. Y este decano -- un político radical, trepador y bastante joven -- algo tiene que deberle... Casi toda la gente de tales condiciones y semejantes puestos burocráticos algo le debe... ¿O, en este caso, no?) ¿Qué pasaría? ¿Habrá Malaval pedido algo que no corresponde? ¿Habrá incumplido sus obligaciones docentes? Le suele suceder. ¿Y entonces...? Ahh, y aquello de las audiencias inoportunas que se le había dado por solicitar... (Bueno, en estas circunstancias de deterioro personal, el influyente periodista ya no puede esperar los anteriores privilegios...) ¿Qué ocurriría realmente? Veamos, es fácil: hay que suponerlo nomás... Supondré. / Cuando el decano salió, Malaval hizo un par de ademanes; que podrían interpretarse, con amplitud, más o menos como: “Y, bueno... ¿Qué carajos importa!” Y: “¿Qué se cree este pendejo?” No se puso, en verdad, molesto. Se limitó a la gestual actitud de resignación y protesta. / Yo no pregunté, ni comenté nada... ¿Para qué? Si ya iba entendiendo lo suficiente, con lo visto y lo supuesto.

-- Total ... -- me dijo, después; con un asomo de sonrisa. / Si puedo resolver ciertos problemas técnicos y administrativos, - enfatizó en estos adjetivos - Viñeros, pronto estaré vendiendo helados en el Infierno. El Infierno no es sólo llamas, Viñeros. En su mayor parte, es nada más que un lugar demasiado caliente. Como Guayaquil... Allá, en esas yungas lejanas, - usó la palabra quichua - pondré los frigoríficos. Voy a emprender en el mejor negocio del Universo... En todas partes, se necesita, hoy, gente emprendedora... Comenzaré con los helados; y, después, seguiré con los ungüentos. Imagínate, Viñeros, ¡con tanto achicharrado que hay...! Y, luego, venderé trajes incombustibles y enfriados por dentro... Hechos con tecnología de punta... Progresaré. Y transformaré el Infierno... Pero, esta vez, ya no trabajaré con el Partido Socialista, sino con la Mafia. Algo he aprendido en esta vida... Y después de la Perestroika; y después de 1989, y después de 1991... Carranza hizo bien en

morirse antes de esta horrorosa debacle. Morirse naturalmente... Mejor: Dejarse morir, abrumado por su insoportable carga de dudas ideológicas y vitales... Porque, de otro modo, - si hubiera vivido hasta hoy - habría tenido, directamente, que colgarse de alguno de los nogales de su hacienda de Nabón.

-- ¡Caramba...! – dije yo./ Tu viejo sentido del humor... Pero, ¿la situación exige realmente tanta revisión, tanta autocrítica...?

Me miró como reprendiéndome... Otro asomo de sonrisa. Y dijo:

-- Tú no eres un ingenuo, Viñeros...

-- Tú lo sabrás.

-- ¡Claro...! Mira... La situación exige mucho de esas cosas... Son las horribles y últimas cuentas de la vejez... O de la enfermedad... ¿Sabes? Me da la impresión de que algunos tipos ya me están viendo a mí como a un fantasma... Pero, dejemos esto de lado, al menos por un rato. No insistamos demasiado... ¿Qué estás leyendo, en estos días, Viñeros?

-- No te interesaría... Un libro llamado SOUTH AMERICA CALLED THEM, de Víctor von Hagen. Trata de los naturalistas europeos que vinieron a nuestro continente en los siglos XVIII y XIX: La Condamine, Humboldt, Darwin...

Imaginé su acostumbrado comentario en casos semejantes: Tú siempre con esos libros en el bárbaro idioma o en el idioma de los piratas... / Pero, no dijo eso; y prefirió seguir por otro lado:

-- Vi. el anuncio de una editorial: “Leer te cambia la vida...” Una editorial argentina. Y me acordé de ti. Después de leer LA NUEVA CLASE, de Milovan Djilas, y EL OPIO DE LOS INTELLECTUALES, de Raymond Aron, tú ya nunca más fuiste el mismo... Leer, efectivamente, te cambió la vida...

-- Bueno, realmente, así es, Malaval. Leer me ha hecho cambiar en unas cuantas cosas grandes; y en muchas otras pequeñas también; todas las que, talvez, sumadas...

-- Hemos leído mucho, Viñeros... La ventaja de haber nacido antes de que la televisión llegara a estas montañas. ¿Ves...? Nos beneficiamos de la lectura entretenida, informada, sabia, útil. ¡Vaya...!

--¿Vaya qué?

-- Que, con estas últimas frases, parezco el Maestro Ciruela... El que puso escuela con sólo lo que aprendió de su abuela...

-- Sí...

-- Y, sabes, en unas excepcionales ocasiones, - como ésta del lema que he visto recientemente - hasta la publicidad y la propaganda te pueden enseñar algo... Y, sin embargo, por costumbre, las despreciamos.

En este punto, debo preguntar algo. -- pensé. / Ya Malaval ha hecho una buena catarsis... Quizás convenga sacarlo un poco de sus obsesiones.

-- Sí. ¿Y tú qué has hecho últimamente? Quiero decir, en cuanto a tus aficiones de siempre.

-- Y... y... ¿Qué puede hacer uno a esta alta altura del partido? Leer EL GRAFICO...; cosa que hago desde que tengo uso de razón; si alguna vez, la tuve... Herencia de mi padre... Vaya, lo de EL GRAFICO... Mi padre era muy futbolero. Tú lo sabes.

-- Sí. Lo recuerdo perfectamente.

-- Y releer los libros de la juventud; para ir cerrando el círculo... Y, oír, al mismo tiempo, música clásica; para ponerle un fondo musical digno a la tragicomedia... Estoy releiendo LA SERVIDUMBRE HUMANA de Somerset Maugham. ¿Te acuerdas? Un libro amargo...

“Un libro amargo...” Malaval casi gozaba masoquistamente con esta expresión ... Alguna vez, le oí decir lo mismo de MI ULTIMO SUSPIRO; el libro de memorias de Luis Buñuel, el célebre español, director de cine. Pensé en esto; pero, seguí el hilo del diálogo:

-- Con un final feliz...

-- ¡Y, ¿en qué le afecta? No le cambia nada al conjunto... Ese final, hasta, resulta prescindible. Hay, por allí, hacia la mitad del libro, una reflexión. Un viejo se está muriendo; y dice: “¡Qué caro que pagamos los humanos la inteligencia y la sensibilidad que recibimos de Dios!” También yo he pagado, con mucho dolor y sufrimiento, esa deuda, Viñeros...; que, en cierto momento, ha terminado por arruinarme, definitivamente.

Malaval estaba abatido... Volvió a lo suyo... Quise – sin pensarlo de manera adecuada, por supuesto; porque no había el tiempo suficiente – alentarle un poco. ¿Convendría o no? ¿Cómo saberlo? ¿Se podría? Dejé de vacilar y procedí:

-- Pero esas cualidades te permitieron ser un intelectual; tener un rico mundo interior... Y apreciarlo... Y gozarlo...

-- ¡Ja! Esas cualidades... Si hubiera podido, te las habría regalado, Viñeros. Aunque, claro, tú tienes las tuyas propias y muy buenas... ¿Y para qué ibas a querer las mías?

-- Para agregarlas a las mías, Malaval... Podría haber salido una muy bonita y respetable suma de capacidades y destrezas... En asuntos de tener, tener, siempre hay un faltante.

Una sonrisa. Y, luego, Malaval se desplazó hacia otra dirección:

-- Tú eras un buen corredor, Viñeros, un buen nadador... De quererlo, habrías podido ser también un buen futbolista... Yo, en cambio, en el deporte, siempre fui una inutilidad. Sólo servía para dirigir las barras en los encuentros de básquet... ¿Sabes? A veces, he pensado que me habría realizado más plenamente siendo un buen futbolista... No estoy hablando de ser un Di Stefano, un Labruna, un Charro Moreno. Me habría bastado con ser uno de los tantos que formaron cualquier selección argentina; o - premio consuelo - uno de los que formaron las dos o tres buenas selecciones ecuatorianas...

-- El fútbol: pasión argentina, pasión latinoamericana, metáfora de la vida...

-- Eso... Eso mismo... Y el espectáculo más grande del mundo, según lo que tú escribiste en ADELANTE. Único artículo tuyo sobre el deporte...

--¿Lo leíste?

--Sí. Te sigo. Como tú a mí... Y no me lo agradezcas al estilo gringo...

-- Un seleccionado de fútbol... Todo lo que pudo ser... Es ciertamente melancólico... Pero, Malaval, acuérdate que la frustración afecta a muchos...

Malaval continuó, como si yo no hubiera dicho nada...

-- Y la realidad... ¿Qué he sido? Un profesor descuidado... Un mal funcionario... Un escritor de cositas efímeras... Esto, sobre todo. En definitiva, yo soy un escritor sin obra... Ya lo dijiste tú: Soy un frustrado y punto. Un solo punto. Ni siquiera doy para los puntos suspensivos... Y la frustración... Y la frustración... Bueno, tampoco va importando ya mucho, Viñeros...

Me callé por un momento. Pensaba... Malaval continuó:

-- ¿Sabes, Viñeros, cuál ha sido el mejor artículo periodístico que yo escribí?

Yo lo sabía. Todos sus lectores lo sabían... Pero, no se lo dije; porque no adivinaba hacia dónde quería ir Malaval... Callé por un momento. Se respondió él mismo.

-- El que yo titulé "La Noche de los Giles". Y es el más alabado, justamente por los más giles. Una simple anécdota... Y ese artículo se escribió porque tu no interviniste...

-- A ver, a ver...

-- Tú lo sabes bien, Viñeros... Cuando llegué a la facultad, al día siguiente del terremoto anunciado, los profesores hablaban de ti. Tú dormías tranquilo en tu finca. No tenías teléfono... En clase, la semana anterior, tú les habías dicho a tus alumnos que los terremotos aún no pueden pronosticarse. Y decían, los profesores, que si tú hubieras tenido teléfono, le habrías hablado a la gente por la radio. Y los giles no habrían pasado el frío que pasaron... Y yo no habría escrito el "gran" artículo... Y el famoso por un día no habría sido yo, el periodista; sino tú, el geógrafo... ¿No es curioso?

-- Sí...

-- Nuestras vidas se han trenzado en varias ocasiones, Viñeros...

-- ¿Hay otra ocasión?

-- Eso te estoy diciendo... ¿Te acuerdas del poeta Barbadillo? Senén Barbadillo y Barbadillo.

-- Claro... Falleció recientemente en Quito. Fue agregado cultural de la Embajada del Ecuador en Pekín.

--Ese tipo... Ese tipo... Aunque, en ciertos momentos, era un buen tipo... Trepó en la burocracia y se colocó en la diplomacia, adulando a los militares de la dictadura... Una vez, - en un "bautizo militar" - hasta bebió aguardiente con pólvora, en el casquillo de una bala de cañon... Bueno, pero eso es otro cuento. Y, ahora, no viene al caso.

-- Así debe ser... ¿Y qué tiene que ver Barbadillo conmigo?

-- Espera... ¿Es verdad que una vez Barbadillo te ofreció un trabajo como titular de EL HERALDO? Él mismo me lo dijo.

-- Es cierto. No acepté porque yo estudiaba; y, también, trabajaba entonces en la radio Ondas Australes. No tenía tiempo.

-- Bueno, si entrabas tú, no entraba yo... Y tú habrías hecho muy bien ese trabajo. Y, quizás, habrías hecho una buena carrera en el diario... Y yo, no... Otra vez: ¿No es curioso?

-- Sí...Mira lo que tú andas pensando...

-- Y los dos trabajamos en la radio. Vaya, en radios diferentes.

-- Lo recuerdo. Tú trabajaste un tiempo de locutor en la Radio de la Fraternidad.

-- Nadie escuchaba esa emisora... En cambio, esos SÁBADOS CUENCANOS que, en La Voz del Tomebamba, hacía Jorge Piedra Ledesma, nuestro actual alcalde, y tú, y Vicente Serrano... Toda la ciudad les escuchaba... Sobre todo, cuando tocaba el piano Huberto Santacruz; y cuando cantaban Colombia Orozco, el Dúo Los Criollos y el Trío Los Plateros... Varias veces yo estuve en el auditorio de ustedes. Pero, por entonces, los dos aún no nos conocíamos... Yo iba por... por... Y esa Colombita, La Pastusa... ¿Qué habrá sido de ella? Se fue de Cuenca, ¿no?

-- Colombia Orozco, la bolerista... No sé. En algún momento, desapareció... Se cerró su cafetería. No tengo la menor idea.

-- La cafetería de Santo Domingo... Bueno... Una vez hice una nota en el diario sobre LOS SÁBADOS CUENCANOS...

-- La leí. Nostálgica... Y gracias por tu bondadosa referencia a mi persona. Aunque estas gracias sean tan extemporáneas...

-- Los dos... Entonces... No nos conocíamos... Pero éramos, existíamos en las proximidades... ¿Sabes, Viñeros, por qué ciertas cosas en el mundo se dan por pares? Por ejemplo: Coca-Cola y Pepsi Cola, Superman y Batman, Cantinflas y Tin Tan...

-- Tu pregunta me resulta un poco rara... Pero, bueno, contéstala tú mismo.

-- Viñeros, quiero decir que bastaría con la Coca-Cola, con Superman y con Cantinflas... ¿Para qué la duplicación?

-- Perogrullo puede responderte: Por el agujero que pasa uno, puede pasar otro...

--Y Sancho Panza también: No hay primero sin segundo... Pero, no es esa la cosa, Viñeros... En este pueblo, no cabemos bien los dos. Habría bastado con sólo uno de nosotros. Los dos, de alguna manera, nos hemos hecho daño... Cuando tú te fuiste, por un tiempo, a la Argentina, a Quito, yo creí que me quedaba solo...

¿Qué podría haber dicho yo? Otra vez, me callé. Otra vez, pensaba...

-- Y eso se vio el mismo día en que nos conocimos. ¿Te acuerdas cuando nos presentó Rivadeneira, en un banco de la Plaza Calderón? A los pocos minutos, discutimos...

-- Sí... ¿Por qué fue?

-- Tú empezaste a contar la transmisión que hiciste - por la Voz del Tomebamba - del discurso de campaña de Velasco Ibarra en Cuenca. Yo te había visto. Estaba en la calle... Tú estabas, junto a Velasco y Carlos Julio Arosemena, en el balcón esquinero del Hotel Patria. En cierto momento de nuestra conversación, tú mencionaste algo que Velasco dijo sobre la Virgen del Quinche... Y te referiste a él, a Velasco, muy despectivamente... Yo lo defendí...

-- ¿No estarás haciendo demasiados recordatorios, Malaval?

-- No, Viñeros. Debía unir los cabos... Y te digo la verdad: En los últimos meses, he pensado que debía también hablar contigo...

Otro desplazamiento del periodista:

-- ¿Eras amigo del doctor Calancho?

-- No sé... Diría que él era un conocido mío. Un buen conocido...

-- ¡Ajá!

-- Bueno, hace un año, más o menos, conversaba de estos y parecidos asuntos con Calancho. Antes de que se fuera... Debes saber que - recién en el último tiempo - encontramos los dos un terreno común; y empezamos a charlar, a comunicarnos, a simpatizar... Antes, en verdad, yo creía que Calancho era un tipo raro, insignificante... Y los dos nos ignorábamos... Pero, ahora, creo, en cambio, que debíamos conocernos. Los dos hemos vivido, de alguna forma, unas vidas paralelas... No cruzadas, como contigo... Creo que Calancho y yo somos - o éramos, o, quizás, hasta seremos - dos infelices personajes en busca de un autor. Y si ese autor es provinciano y mediocre, mejor ... Posiblemente, será el que merecemos; por lo poco bueno que hicimos y logramos en nuestras vidas intrascendentes... Y en el escenario de estos fríos e infértiles páramos...

Pensé para mí: Esto debe ser lo que llaman la agonía; la lucha, según la metafórica etimología griega... En la realidad vital, la vacilación, la indecisión. (Me voy, no me voy, la vida es amable, la enfermedad es peor que la muerte; bueno, me quedaré un poco más, pero voy a sufrir también otro poco más...) Malaval se estaba muriendo en público, delante de mucha, demasiada gente; en una forma muy particular y muy triste. Y yo, en este punto, ya no sabía qué decirle... Dije algo, sin embargo:

-- Te conozco, Malaval... Exageras y mucho. Yo sé bien que las cosas no son así; así como las pintas... Hablas bien, como siempre. Pero, no vas a convencerme...

-- Me quieres alentar, Viñeros. Y te lo agradezco... Pero, ya no te preocupes más por mí...

Me dio unas palmaditas en el brazo... Como en alguna otra ocasión. Era su forma de expresar afecto. ¿Deberé agregar que ésta fue la última vez que vi a Malaval? Tal vez, sí. Pero, no creo que sea tan necesario.

Y, ahora, Cazorla. Cazorla, mi antiguo compañero de la facultad. Lo vi el Viernes pasado, al cabo de varios años. Recuerdo que la vez anterior estaba contento, optimista; con aires de triunfador. Me habló, entonces, de su nueva ocupación:

-- Trabajo en la agricultura, Viñeros. Tengo una quinta grandecita, una haciendita, en Gualaceo. Produzco aguacates, limones, ajo, verduras, hortalizas, miel de abeja, carbón ... Soy abastecedor de los supermercados LA FAVORITA. Les voy entregando toda mi cosecha; y, mensualmente, hacemos cuentas. Y lo que me gusta: vivo en el campo, al aire libre y con comodidad. Tengo una buena casa, con todos los servicios; y, además, televisión, teléfonos, piscina, etc. Me ha ido bien. Un día de estos, te invito; un fin de semana... Te vuelves el día Lunes... Tengo dos habitaciones para huéspedes. Dame tu tarjeta o el número de tu teléfono... Y pensar que desperdiicé mi vida, -¡ durante casi veinte años! - enseñándoles las primeras o segundas letras a tantos niños inquietos o muchachos holgazanes...

Pero, el Viernes, el asunto fue completamente diferente. Cazorla mostraba la barba de un par de días; la piel algo amarillenta; y unas patas de gallo marcadas, al borde de sus ojos oscuros y pequeños. Estaba apoyado en la pasarela adyacente al Hospital del Seguro Social, en la avenida Huayna Capac. Un momento antes, yo le había tocado el hombro. Se dio vuelta:

-- Hola, viejo – me dijo./ ¿Cómo estás?

Solía llamar “viejos” a sus amigos; aun en la época en que todos éramos estudiantes y jóvenes. Una simple forma de trato familiar. Pero, ahora, para mí, la palabra cambiaba sorpresivamente de significado: se volvía adecuada, exacta, muy expresiva...

-- Bien... ¿Qué haces aquí?

-- Nada, realmente, en este momento... Estaba pensando... Pensaba que el tiempo ha pasado. No es que haya volado... Sólo ha transcurrido, ha marchado, se ha ido...; pero, desconcertadamente, malamente, traidoramente... Y nos ha golpeado fuerte, Viñeros. Casi, - diría - que ahora amenaza con triturarnos, ya, muy pronto. Es que hemos envejecido, Viñeros... ¡Nada menos! Y eso es un asco...

--El doctor Estarellas decía que el tiempo no hace nada. Corre, nada más... Y, al correr, sólo se lleva lo que se pone a su alcance... Como un río.

-- ¡Pavadas! Todo está al alcance del tiempo, Viñeros... El tiempo nos desgasta y nos mata.

-- ¿Y hay que estar en las puertas de un hospital para pensar en estas cosas? ¿Buscabas un ambiente propicio?

-- No, hombre... Lo que ocurre es que, hace poco más de una hora, se internó mi mujer. Si tú supieras... Bueno... Esta señora tiene todas las enfermedades del mundo; menos la inflamación de la próstata. Y así fue siempre...

-- Veo que tienes tus problemas, Cazorla. Pero, - si quieres ponerlos en perspectiva - recuerda que, en este mundo, las cruces suelen estar bien repartidas...

-- Hombre, no sé... ¿Estás seguro? ¿No me habrán dado a mí una más, de yapa?

-- Lo sabré, si me contratas para que escriba tu biografía...

Cazorla sonrió. Quería hablar un poco... Siguió:

-- Mira, Viñeros... Las mujeres que yo he conocido - con excepción de mi pobre madre, que ya está medio inútil - han sido unas desgraciadas. No digo perversas, ni degeneradas. Digo,

exactamente, desgraciadas. Me explico: desconsideradas, merecidas no merecedoras, injustas, suspicaces, celosas, inconsecuentes, aprovechadoras... Y estoy ahorrándome algunos adjetivos... Uno llega, finalmente, a la conclusión de que lo mejor es vivir solo. Ojalá que ésta sea la última internación de mi mujer... Y que el Diablo la llame; ya que no creo que Dios quiera semejante persona en su reino...

-- Comprendo, comprendo... Pero, por lo menos, tú tienes la excepción de tu madre. Hay quienes ni siquiera eso tienen... Me acuerdo de Woody Allen, quien decía: "Tengo problemas con todas las mujeres, incluida mi madre." Y, como él, yo sé que hay, aquí mismo, en nuestra Atenas, varios casos...

Cazorla cambió de tema:

-- Me contaron que te divorciaste, Viñeros. Tus buenas razones habrás tenido...

-- Sí, creo que las tuve... El divorcio trae muchos problemas anímicos, sociales, económicos, etc. Para qué te cuento... Pero, aún así, creo que, a veces, es lo mejor que se puede hacer. O lo menos peor... Y claro, claro, lo del Diablo parece ser más deseable, menos complicado, más expeditivo... Vas por el buen camino, hombre. Y con un poco de suerte...

Cazorla sonrió; y siguió:

-- ¡Las cosas que uno aprende en la tarde de la vida, Viñeros! ¿Te acuerdas de Calancho? Él dijo, cierta vez, en clase, que, en la vejez, los humanos aprendemos algunas de las cosas más desagradables... Y que, para eso, lo mejor es estar preparados. Es decir, irse armando de una cierta resignación, de un cierto estoicismo... Ir aceptando gradualmente los deterioros orgánico e intelectual, inevitables... Bueno... Yo hasta llegué a reírme de la paradójica Gerontogogía del pedagogo... Pero fui injusto... Hoy creo, en cambio, que yo debí tomar ese consejo - dado muy a tiempo - con la debida seriedad... Pero, no lo hice. Al contrario, soñé en planes para doscientos años. Y un rato de esos, ¡plaf!: el golpetazo de la realidad...

-- No lo recordaba. O no lo oí. O pude haber faltado a esa clase. ¿De dónde habrá sacado eso Calancho? ¿O será algo suyo? Bueno, algunas cosas originales tenía nuestro pedagogo. Es una reflexión un poco rara... Cuando lo dijo, Calancho era bastante joven, ¿no?

* * *

Hoy es Domingo, por la noche. Hace una hora, terminé el arreglo semanal del departamento que sigo alquilando en Los Baños del Sur. Vivo solo; como puede colegirse por algunos detalles de lo narrado anteriormente. Luego, puse en el grabador un casete de Tchaicovsky. Y me preparé la cena. Me tomé, a continuación, un ron doble; para poder dormir mejor; esta es mi costumbre de hace años. Da resultado. Ayer, me tomé unos tragos demás, en la fiesta de unos vecinos; y, hoy, tuve la resaca correspondiente; no tan mala, pero resaca al fin... / Así que, Viñeros, tienes que volver, ahora, al carril de la moderación. ¡Nada de duplicar los conciertos y tomarte rones adicionales...! (La tendencia a hablarse a uno mismo, -- como a otra persona -- ¿será un efecto de la soledad?)

Ya estoy acostado más de media hora; y no consigo dormirme todavía. Empieza eso que Paul Jagot -- en aquellos viejos, horribles y baratísimos libros argentinos de la Editorial TOR -- llamaba la "superideación". Vaya, ¿qué significa esta curiosa palabra? Pues, claro: abundancia de ideas. ¿O será, más exactamente, abundancia viciosa de ideas? ¿Y existe, en verdad, algo como eso? ¡Qué va! No hay nada de eso... A muy pocas personas les sobran las ideas, ideas malas o buenas. Y muchas, muchas personas, prácticamente, carecen de ellas. Y, a veces, ni siquiera las personas entrenadas en la tarea de pensar -- las que, por lo menos en cierta medida, aprendimos a hacerlo -- disponemos de la idea necesaria para responder, adecuadamente, a una pregunta inesperada. Y, mucho menos, alcanzamos a tener la precisa y justa idea salvadora; ésa que podría sacarnos de una situación difícil; o la que podría cambiar para bien nuestras vidas. (Si la pusiéramos en práctica, claro... Porque la práctica es, en definitiva, la tarea clave y la verdaderamente importante de la cuestión.) Remachemos, entonces: Las ideas auténticas son escasas, esquivas; indistinguibles en todas partes. Y habitan, por lo general, en el centro de unas distantes tinieblas. ¿Las tinieblas del subconsciente? Y, allá, hay que ir a buscarlas; con la lámpara de Diógenes. Hay que decir adiós, pues, a la etérea superideación... ; una noción sólo aparente, ilusoria; que, por lo tanto, habrá que descartar. ¡Descartada!

¡Caray! Estos pensamientos que le vienen a uno, en los insomnios, no son propiamente ideas. Son nada más que la expresión de los viejos temores, o de las viejas preocupaciones, o de las viejas obsesiones. O -- peor todavía -- son algo así como esas antiguas oraciones; que, a fuerza de ser repetidas, terminaban vaciándose de sentido. O --más simple todavía -- algo así como ese mecánico truco infantil de contar ovejitas; para poder dormirse... Un expediente ingenuo para provocar los bostezos. Sí, sí... Creo que de eso se trata: Hallar un expediente... Entonces, en forma empírica, por suerte, hemos dado con una práctica pequeña, útil; y casi siempre disponible. ¿Eso es un expediente, no? Bueno, algo es algo. (Observación de procedimiento: ¿Estoy usando bien los singulares y los plurales? ¿Y qué importa la sintaxis aquí? Esto es una divagación... ¡Manía de escritor!)

Por lo tanto, a ver, otra vez, otra vez a la consabida práctica... Adelante. Aunque no creo, desde luego, que -- haciendo nuevamente lo mismo -- vaya ahora a salir ahora algo distinto. Procedamos, pues. ¡Qué hacerle! ¿Por qué me casé de esa manera tan apresurada, tan irreflexiva? En aquel exacto momento, comenzaron mis dificultades, mis insatisfacciones, mis tropiezos, mis desgracias. Y -- ya que lo hice -- ¿por qué no analice debidamente la nueva situación? ¿Por qué no terminé, a tiempo, un matrimonio notoriamente inadecuado e infeliz? Ese equivocado sentido de la responsabilidad...; que, a la final, nadie reconoció; y, menos todavía, agradeció... ¿Por qué, antes de casarme, no me fui a los Estados Unidos?

Podría haber estudiado, allí, en una muy buena universidad... Ya tenía el contacto familiar, que se precisaba entonces para obtener una visa de inmigrante... Trabajar y estudiar... Esforzado, pero posible. Un par de conocidos míos lo hicieron. Y el crítico literario aquel -- Federico Salazar Caicedo, especialista en literatura ecuatoriana -- se enroló en el Ejército Americano y lo mandaron a Alemania; y, al regresar a Nueva York, le dieron una linda beca universitaria... Claro, se necesitaba energía y entusiasmo. ¡Yo los tenía! Y, más tarde, -- cuando los asuntos personales ya estaban un poco revueltos -- ¿por qué no le di la primera prioridad a mi desarrollo profesional? ¿Por qué me volví de la Argentina? Me volví... Cuando ya tenía -- para iniciarme bien y con el pie derecho en la docencia universitaria -- un trabajo casi seguro en Trelew, una pequeña y muy bonita ciudad patagónica. Y después... ¿Por qué me volví de Quito, a ésta, mi ciudad? Mi ciudad... La que terminó demostrándome -- en últimos y tardíos resultados -- que era lo que yo siempre me había negado a creer que era: provinciana, estrecha, bastante mezquina... En Quito, ya estaba ubicado bien y correctamente; en lo mío... Y, además, me habían llamado de la Universidad Católica; para que comenzara a dar clases allí. De nuevo... De nuevo, ese absurdo sentido de la responsabilidad...: La familia que, tácitamente, le necesita a uno, como el hijo mayor, como el hermano mayor; la patria chica, que pide y merece una lealtad fundamental; que necesita la colaboración de los suyos, de aquellos que pueden hacerla progresar... Y, más adelante aún, ¿por qué me fui quedando aquí? Quedándome...; atado siempre -- real o imaginariamente -- por un lazo cualquiera; involucrándome en uno u otro proyecto menor y pasajero... Dando un montón de clases universitarias básicas; que un buen ayudante de cátedra, bajo mi guía, habría podido darlas tan bien como yo. Mientras, por mi parte, yo me habría dedicado a mis investigaciones... Vaya... Estas universidades nuestras, tan raquíticas, tan absurdas... Pero... Bueno, ya no hay nada que hacer... Estoy pagando, en debida forma, mis equivocaciones y mis quijoterías. Si el éxito es la suma de los aciertos personales, el fracaso debe ser, al contrario, la suma de las equivocaciones. Y, ahora, viene y llega el resultado. Aquí está tu suma, Viñeros...; la suma de lo hecho en los años que ya no tienes... Que ya no tienes... Porque los años que tienes, a ver, ¿cuántos son?

¿Y no debiera acabarse este rollo -- como dicen los españoles -- de una muy mala y puñetera vez? ¿Al estilo de Hemingway, con una escopeta? Habría que pensarlo. Desde joven, yo consideré el suicidio con una cierta frialdad y sin moralinas... En algunos casos extremos... Y cuando la eutanasia es tan repetida y prejuiciosamente resistida...Sweig, Koestler... Aquel André Maurois del **Thanatos Palace Hotel**; ese cuento tan impresionante... Esa señora guapa que le devuelve al presuicida la fe en el vivir... La cita para mañana... Y esa misma noche, sin dolor ninguno, el gas en la habitación... No creo precisamente que se deba hacer hoteles como el dicho. Pero, sí, lugares dignos donde uno pueda morirse tranquilo y, si es posible, sin dolor... ¿Y el buen morir no es, o no debe ser, también un derecho humano? Caray, los españoles... ¿Por qué aparecen, en este punto, los españoles? Bueno, siempre, en mi vida, hubo algún español cerca: maestros, un amigo de la juventud, dos o tres de la madurez, artesanos, agricultores, curas, monjas... Buenos recuerdos de ellos, malos recuerdos... Y, por supuesto y desde luego, esta chica, María Begoña; encontrada, como un milagro, nada más que por un par de días, en el camino de la vida... ¿Y Calancho? ¿Por qué Calancho en el último lugar? ¿Acaso no he estado preocupándome de él por lo menos un par de años? Naturalmente, debía ser él, Calancho, el primero de los españoles que yo recordara... Acaso, de alguna manera, ¿no lo he creado o recreado yo? Vaya... ¿Y esto? ¡Qué significativo! ¿Cuándo fue? Ah, sí. Fue aquella noche de la serenata, el cuento mío de los manchegos y los agradables recuerdos mexicanos de Calancho. (Las amapolas del desierto norteño). Bien, el pedagogo no solía proferir las

usuales y abundantes palabras gruesas de sus compatriotas. Su hablar era característicamente limpio. Pero, esa madrugada, -- al oír las campanas distantes y mirar la hora en su viejo reloj pulsera de cuerda -- dijo:

-- ¡Coño, qué tarde se nos ha hecho!

Eso es... Qué pleno sentido cobra -- hoy día y en este momento -- la muy cotidiana expresión peninsular. ¡Qué tarde se ha hecho realmente para Calancho! ¿Qué será de él? ¿Estará todavía respirando sus postreros aires? Qué tarde se ha hecho para Rivadeneira; que ya nunca escribirá los cuentos, a medias hermosos y a medias terribles, que pensaba escribir en su juventud. Qué tarde se ha hecho para Cazorla; que sólo espera ahora que se muera, y mejor pronto, su mujer... Qué tarde se ha hecho para Malaval; que está viviendo ya sus últimas, deprimidas y patéticas jornadas... Y qué tarde se ha hecho también para mí; con todas estas feas y recurrente preocupaciones sobre mi futuro, cada vez más corto... Pues, mi pasado, que le antecede y corresponde, es ya muy largo... Y es... ¡ya enteramente perfecto y absolutamente imperfectible! Ya no hay nada que hacer...

¿Y qué hago yo, precisamente, en este momento? Mira, Viñeros, la insignificante tarea en la que estás del todo empeñado... Tratar de dormirte y descansar. Nada más... Apenas eso... ¿Y para qué? Sólo para comenzar cuando amanezca, mañana, otra semana de trabajo; otra semana gris, reiterativa, decepcionante, desesperanzada...

FIN

Mendoza, ARGENTINA, Diciembre de 1998